

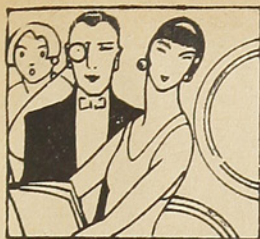


BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
- SE PUEDE CONSULTAR EN -
DIARIO EL UNIVERSO
REVISTAS CHILENAS

Paral
Hodos
M. R.

BIBLIOTECA NACIONAL
HECHO EN CHILE POR
EL UNIVERSO
DIARIOS, PERIÓDICOS Y
REVISTAS CHILENAS





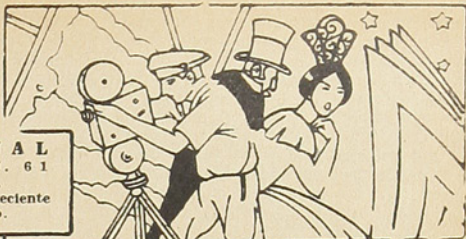
BIBLIOTECA NACIONAL PARA TODOS MR

REVISTA QUINCENAL

AÑO III NÚM. 61

Santiago de Chile, 4 de febrero de 1930.

Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag» perteneciente a la sociedad Imprenta y Litografía Universo.



TRAJE DE NOVIA

POR CARLOS FOLEY

También aquel mes de enero, al penetrar del brazo de su marido en los suntuosos salones del palacio Nortambert, la linda señora Lucia de Favernay sintió unos ligeros latidos en su corazón.

¡Y pensar que todos los años le sucedía lo mismo! Desde que entraba en el gran vestibulo, no pensaba en otra cosa que en su pasado; un pasado tranquilo, en el que, hija del tenedor de libros de la fábrica Pantin, siendo ya una muchachita muy sesuda y muy prudente, iban a buscarla para jugar, en el jardín reservado, con Pablo Nortambert, hijo único del rico dueño de la herrería. El primer día, los dos niños se dijeron que se amaban y andando el tiempo, se amaron mucho más sin decirselo. ¿A qué confesárselo? ¿Acaso no sabían que la *Razón Social*, déspota invisible, exigía que Pablo, al llegar a su mayor edad, se casase con su prima, huérfana paliducha y delicada, pero heredera de las dos terceras partes de las acciones de la fábrica? Y casado ya Nortambert, el tenedor de libros había, a su vez, dado su hija al Sr. Favernay, segundo ingeniero de la fábrica Pantin. Desde entonces, Lucia, dedicada exclusivamente al cuidado de sus hijos y preocupada siempre con hacer economías, ya no salió de su hogar modesto más que para asistir a aquel baile, una vez al año. Aquel día, ella misma se rizaba el cabello, pues el peluquero era demasiado caro, y sacaba de su armario su único traje bueno, su blanco vestido de novia. Al poner los pies en la galería, la emoción de la joven dama aumentó al ver, por encima de tantas cabezas inclinadas, a su Pablo de otro tiempo, ahora muy alto, muy imponente y muy guapo a pesar de la sonrisa cansada que asomaba por debajo de su rubio bigote, a pesar de sus ojos que miraban demasiado lejos. El guante blanco de Lucia tembló debajo de la manga del frac del ingeniero y una nueva angustia le punzó el corazón. "¿Qué he envejecido... ¿Me reconocerá también hoy?..."

Y empujada por los que llegaban detrás de ella, arrastrada

por su marido, apenas tuvo tiempo de cerciorarse, por una sonrisa menos vaga, por una mirada más próxima, de que Nortambert la había realmente reconocido. Mientras Fontenay, algo deslumbrado por las luces, por la música y por las mujeres, se esquivaba para bailar sin perder un momento y durante

toda la noche, ella se encaminó hacia el fondo del saloncito. Cada año, incluso el último, durante el intermedio del cotillón, mientras todo el mundo se dirigía al buffet, Nortambert había ido a reposar allí y a charlar con ella. Sentóse, pues, en el mismo rincón, a fin de que él pudiera encontrarla inmediatamente, si es que pensaba en volver. Pero, ¿volvería? Y sintiendo que la angustia se apoderaba nuevamente de su corazón, dedicóse, para matar el tiempo, a mirar de lejos a los que valsaban. De este modo quedóse como adormecida con sus ensueños y sus recuerdos, sin oír siquiera a los que, pasando por delante de ella, se preguntaban: "¿Quién será esa linda damita vestida de novia, sin flores en la cabeza, que no habla con nadie y que no baila nunca?"

Al comenzar el cotillón, Lucia se reanimó, pero sin abandonar su sitio; y cuando cesó la música y la gente pasó al comedor, quedóse aún más sola ante la serie de los grandes salones desiertos, tuvo un estremecimiento y de nuevo punzó en el corazón la angustia. "¡No, no se acuerda! pensó. ¡No vendrá!"

Un paso cuyo ruidito amortiguaba la mullida alfombra, cortó de repente la respiración: era Pablo Nortambert.

Sentóse junto a ella; sonrojáronse ligeramente las mejillas de ambos, y sus ojos llenos del pasado, se encontraron.

Pablo habló el primero, diciendo con voz turbada:

— Sé que vive usted lejos y que sus hijos, su hogar y mil preocupaciones la tienen apartada de la sociedad; por esto agradezco a usted más que a nadie que haya venido. Si no la viera una vez cada año en este saloncito, en el mismo sitio, con sus hermosos cabellos sin flores y con su traje entera-



mente blanco, este balle sería demasiado triste para mí.

Cada año decíale, sobre poco más o menos, lo mismo; pero esta vez se lo dijo con más lasitud y más desaliento; por esto Lucia se esforzó por imprimir en su conversación un tono placentero.

—También yo—respondió—espero con impaciencia su visita; si no viniese usted, me iría desconsolada.

Por más que hizo, sus últimas palabras fueron dichas con la misma lasitud con que le hablara Pablo, y sus pupilas se nublaron.

—¿Es usted, a lo menos, dichosa?

—Sí, ¿y usted?

—¿Yo... qué importa?—contestó él con un gesto evasivo. —Tenemos demasiado poco tiempo... hablemos sólo de usted.

Tiene usted a puros pecuniarios, ¿no es verdad? Sin avergonzarse puede usted confesárselo a un antiguo amigo.

—Lo confieso, sin avergonzarme.

—¿Y yo no puedo hacer nada por usted... nada que no sea por su esposo! —exclamó desolado.

—He querido enviarlo por seis meses a mi fábrica de Cambray; allí, sin postergar a nadie, le nombraba ingeniero jefe con mayor sueldo y no ha querido aceptar. ¿Conoce usted los motivos de su negativa?

—Son fundados. Teme que este favor excepcional le enajene la estimación y la amistad de sus colegas, y teme también este destierro de seis meses; es hombre muy de su casa, está satisfecho de su suerte y prefiere no dejar a sus hijos...

—Y sobre todo a su esposa, dijo completando la frase Nortambert, con una curiosidad inquietante y maligna en el fondo de los ojos.

—¡Oh! Seis años de matrimonio le han cansado un poco —respondió Lucia, moviendo la cabeza con expresión lastimera.

—¿Pero usted le quiere como el primer día?—preguntó Pablo, en cuyos ojos brilló con más intensidad aquella luz maligna.

—Sí, ciertamente.

—¿Con qué tranquilidad y discreción dice usted esto!

—Es que mi cariño es así, discreto y tranquilo.

Su mirada apacible se posó sobre la mirada apaciguada de Nortambert y ambos se dejaron mecer por sus remembranzas. Después, con acento de fiebre y de violencia contenidas, exclamó:

—¡Ah, Lucia! ¡Cuán capaces nos sentíamos usted y yo de otro amor distinto de éste!

—Sí—replicó él vibrante de pasión;—sí, yo sé cómo nos amábamos sin habérnoslo dicho jamás.

—¿Y para que decírnoslo ahora, cuando es ya demasiado tarde?

Y con los ojos humedecidos de enternecimiento, añadió en un arranque de súplica:

—¡Nuestra novela, tal como es, es tan dulce, tan discreta, tan misteriosa! Si en la sombra de mi vida he visto abrirse esta flor, ¿por qué deshojármela?

Aquella súplica fué dicha con tan delicado halago, que Nortambert no se atrevió a pronunciar las palabras que le quemaban los labios e hizo un esfuerzo enérgico como para volver la

calma a todo su ser tumultuoso; pero su sufrimiento se reveló en esta frase dicha con acento ligeramente zumbón:

—Veo que será usted siempre una mujercita muy sensata.

Lucia, tan sin fuerzas como él, procuró también echar la cosa a broma:

—La sensatez es nuestro defecto de familia; mi madre era así y yo deseo ser como mi madre para que mis hijas sean como yo.

En la gracia de su actitud, persistía una gran firmeza.

—¿Y yo seguiré viéndola sólo una vez al año, en mi baile de enero, durante los diez minutos de intermedio del cotillon.—preguntó Nortambert con amargura.

—Sí, en este rincón del saloncito, sin flores en mis cabellos y con mi traje blanco de novia...

Ante aquella tenaz resignación, Pablo sintióse de nuevo acometido de una violencia.

—Apostaría —dijo con aspereza— a que ese vestido de novia es una superstición; a que lo lleva usted como una coraza de pureza conyugal.

Aunque conmovida por aquel ataque brusco, Lucia replicó vigorosamente:

—Lo llevo sobre todo por economía... pero también miro en él algo de superstición, es verdad.

Pablo quiso que Lucia sufriese algo de lo que él sufría:

—Después de tantos años, ese traje debe de estar muy deteriorado...

—No, mucho; es de una tela sólida y durará tanto como yo.

—Perfectamente; pero llegará un día en que resultará tan pasado de moda y tan ajado, que no se atreverá usted a ponerse-lo para venir.

Con los párpados medio cerrados y agitados por el dolor, Lucia respondió con voz débil, en la que algo se desgarraba:—Esas declinaciones no las

ve jamás uno mismo. Cuando yo esté demasiado ridícula, olvidará usted mi nombre y no me invitará... Entonces comprenderé lo que significará ese silencio, y no necesitando ya mi vestido claro para mi única fiesta del año... me lo haré teñir de negro para todos los días.

Ante aquella frase punzante, Pablo comprendió toda su crueldad.

Los dos palidecieron espantosamente.

Favernay cruzó la galería en busca de su mujer.

—Estaba loco, Lucia, perdóneme usted—imploró Pablo en voz baja y febrilmente.

Lucia le perdonó con una mirada profunda y algo consolada, tendiéndole la mano.

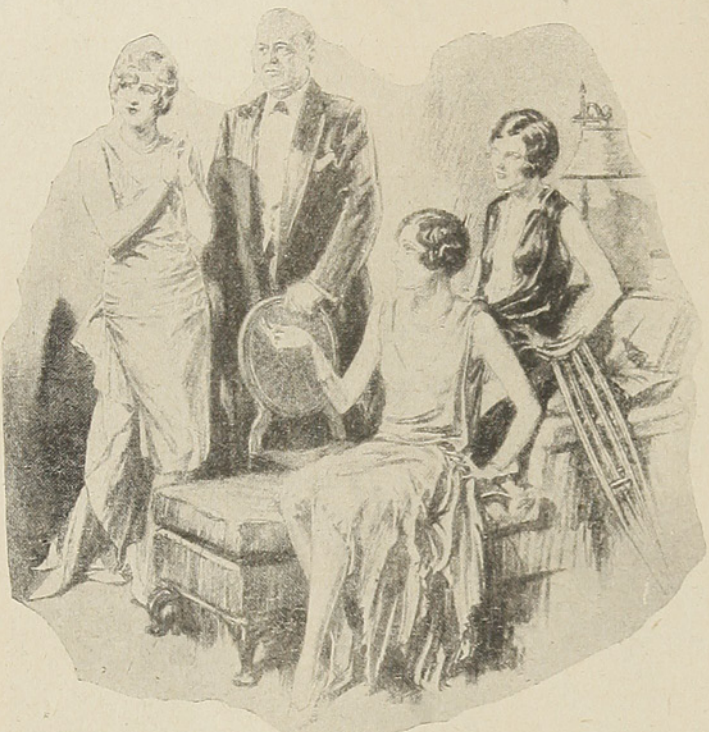
—Hasta la vista.

—¿Dentro de un año?

—Dentro de un año.

Y ya del brazo de su marido, a punto de separarse de Pablo, movió lastimeramente su hermosa cabeza que ninguna flor adornaba, y con voz en la que vacilaba un pesar, en una última alusión velada, casi se excusó de ser un alma prosaica, demasiado razonable y sensata para atreverse a aspirar a dos dichas para ella sola.

—Será menester que siga usted admitiéndome con mi traje de novia... No puedo variar... porque no tengo más que éste.



La Viajera Rubia

Por PEDRO DE REPIDE

La primera vez que la vi, fué a bordo del elegante trasatlántico. Contaba dieciocho primaveras; era blanca, pálida, con sedosos y abundantes cabellos rubios y ojos egros rasgados. Aquellos ojos, en su rostro pálido, ornado de cabellos como el oro, le prestaban un carácter especial. No sé si robaban algo a su belleza; pero lo que sé es que la vez primera que la miré vi dos mujeres en una: la mujer rubia y pálida y la mujer interior que se asomaba al mundo por aquellos ojos negros; pero sólo conseguí quedar prendado de la pálida rubia, cuyo ingenio y cuya delicadeza en la expresión me cautivaban. Su acento era melancólico; viajaba con su madre, señora de noble alcurnia y de distinguido porte, y me lastimaba cierta frialdad que notaba yo entre la madre y la hija.

Quise indagar la causa.

Estábamos en alta mar, y me acerqué a la buena señora, que, distraída, hacía que miraba las olas que se rompían en el costado del buque, cuando en realidad lo que miraba era su propio espíritu, conturbado entonces por sombríos pensamientos. Hablamos de Málaga y de Melilla, y la felicidad por su dicha en ser madre de Consuelo. Se sonrió melancólicamente, y cometí la imprudencia de advertir su melancolía.

—¡Oh, caballero—me contestó—las madres nunca somos dichasas! ¡Vivimos tan poco en el corazón de nuestras hijas! Apenas cuentan catorce años y ya las madres son para sus hijas importunas o enojosas.

—Es ley de la naturaleza, y, como ley divina, debemos, es decir, deben ustedes someterse a ella; aunque no creo que Consuelo...

—Consuelo es mujer—me interrumpió—y si es ley natural, como usted dice, no ha de ser una excepción.

Callé; pero como respondiendo a un pensamiento, continuó la buena señora:

—Pero no es esto lo que me inquieta; lo que me sobresalta es que el amor de Consuelo a...

—¿Acaso él no merece?

—Las madres no se engañan; y ¡ay de Consuelo, si Consuelo se obstina en no mirar más que por sus ojos!

Corté la conversación, y procuré dirigirla a otros objetos; pero hablé sólo, y advertí que en los ojos de doña X... brillaban dos lágrimas. En este instante se unió Consuelo a nosotros; nos miró, y suspiró silenciosamente.

Aquella noche, solos o casi solos en el alcázar de popa, mirando la ancha estela que tras sí dejaba el buque, hablé con Consuelo.

Era una de esas noches del mes de agosto, y en el Mediterráneo, en el que la naturaleza despliega todos sus encantos, y aquellas olas sagradas que han besado las costas de la Grecia y las playas de Italia, murmuran algo que parece un lejano eco de Homero y de Petrarca, pero confundido y armonizado por el aura, que trae en sus alas los perfumes de las vecinas costas de Andalucía.

Hablé a Consuelo, y la conversación fué de amores. Consuelo me escuchaba y sonreía.

—Creo—decía yo—que el amor es como la gloria, como la inspiración; que así como no hay más poetas que Homero y Dante, ni más conquistadores de gloria que Alejandro, César y quizá Napoleón, de la misma manera, entre las innumerables gentes que han vivido sobre la faz de la tierra, sólo tres o cuatro han conocido el amor... Los demás...

—Han creído que lo conocían—murmuró Consuelo.

—O han fingido que lo sentían—añadí yo, mirando intencionadamente a mi interlocutora.

Consuelo levantó la cabeza, y después, mirándome con la más dulce mirada:

—¿Ha hablado usted con mamá?—me preguntó.

Yo no contesté.

—Sí; ha hablado usted con mamá, y lo sabe usted todo; ¿no es cierto?—continué.

Incliné la cabeza en señal de asentimiento.

—Le pareceré a usted una hija desnaturalizada—añadí con tristísimo acento.—Yo también me lo parezco, y muchas veces hay otra en mí que condena, y aún que me maldice.

Su voz se oscureció, y el llanto brilló en sus ojos.

—Pero ya no puedo; hace seis años que le amo. Yo no puedo resistir el impulso que me arrastra hacia él. Era yo muy niña, y lo encontré por vez primera en mi vida en el muelle. Me miró y exclamó:

—¡Lástima que no tenga esta niña cuatro años más; la amaría!

Desde entonces me persiguió aquella frase, y quise estudiar, saber amar, estudiar la manera de amar. ¡Qué locura! Pasaron años, y yo

(Continúa en la página 56).



LOS DIAS DE LAS COSAS Y LA VIDA

Estamos tan acostumbrados a oír sermones de los profesores universitarios que ya ni hacemos casos a los dichos más célebres de los lústris dómicos que forjan «la mentalidad juvenil», como diría un reportero metropolitano.

Hace algunos meses el profesor Roberts E. Rogers, de un Instituto de Massachusetts, consiguió espacio de gran valor en toda la prensa americana con su discurso a los educandos de su instituto, aconsejándoles que al ingresar en la vida de allende las aulas escolásticas, fueran lo más orgullosos y presumidos posible, y que en lugar de casarse con las secretarías de su amo, lo hicieran con la hija del amo.

Pusimos pero al discurso del ilustrado pedagogo. Pensamos que en nuestra vida hemos muchas veces conocido hijas de «amos» que no merecían ni siquiera una frase lisonjera. En cambio vimos a muchas taquígrafas dianas de más de una frase: de todo un poema de amor y de admiración.

Y en cuanto a lo de aconsejar al joven universitario que fuese orgulloso me pareció pedantería, porque jamás he visto a un universitario ser otra cosa que un pedante orgulloso durante el primer año fuera de la universidad. Después del primer año, cuando los látigos de la necesidad los hacen entrar en razón, el sentido de orgullo se convierte en «complejo de inferioridad». Y no me parece que los consejos del doctor Rogers cambiarán este resultado práctico que hemos observado por muchos años.

Y esto de casarse con la hija del patrón no deja de tener sus inconvenientes. Fuera de las novelas y de la película, las hijas de los patrones no llegan a conocer a los jóvenes universitarios que trabajan como principiantes en las oficinas de sus padres. Generalmente el colegial graduado encuentra la amistad de la taquígrafa muy grata. Y si la hija del amo viene por la oficina y su padre observa que alegra el ojo cada vez que ve al colegial principiante, generalmente el colegial toma vacaciones forzadas, o la heredera hace un viaje a Europa.

PENSANDO EN «FEMENINO»

Nos vuelve a sorprender el mismo ilustre dómino con un nuevo consejo. Hablando ante una congregación de hombres de negocios, capitanes de industria y millonarios recientes, el profesor Rogers dijo que corriamos el peligro de degenerar en un pueblo digno del fuego de las dos ciudades bíblicas debido al gran número de maestras que tenemos.

«Hace medio siglo que han sido mujeres quienes han venido impartiendo conocimientos a la juventud», dijo el doctor Rogers. «Cincuenta años de estos han producido un pueblo incompetente para pensar política o filosóficamente».

En dos palabras nos dijo el ilustre pedagogo algo que deseábamos saber. Por muchos años se nos ha dicho que nuestro pueblo tiene la mentalidad de un adolescente; que es un morón perfecto. Y los cínicos, socialistas, panaceístas y pseudo cerebros nos han venido repitiendo con isótoma cantata que

si no abrimos los ojos nos va a llevar el mismo Luzbel. El nombre de «Moronia» y el de «Motinlandia» han sido aplicados no pocas veces a nuestra excelsa república.

Y realmente después de ver a nuestros neoyorquinos entrar en el subway en forma idéntica al rebaño de ovejas que entra en el redil; el verlos salir corriendo a la calle para pararse frente a un agujero se levanta un rascacielos paulatinamente, a veces se nos ocurrió que tal vez los «intelectuales» tuvieron razón y los del rebaño fuésemos solamente niños crecidos. Una vez oí varias conferencias sobre el periodismo en

Chicago, y el conferenciante decía que el periodista americano tendría éxito si lograba interpretar el conocimiento de un niño de nueve años, y se concretaba a escribir para hombres cuya mentalidad no pasaba de esa edad mental.

Al ver las columnas diarias de ciertos pseudo-filósofos, cuyos renglones se leen en el Norte y hasta en el Sur de América, se podría creer que el conferenciante sabía de lo que estaba hablando.

Pero con estas pocas excepciones nos creímos que éramos un pueblo normal. ¿Acaso no tenemos rascacielos, máquinas de todas clases, oro por montones, y cinemas para surtir al mundo? ¿Qué otro pueblo del mundo nos supera en vitalidad, iniciativa, aventura e ingenio? La contestación a esta pregunta nos tranquiliza un tanto. Después de todo los socialistas psicoanalistas, filósofos, panaceístas y pseudo intelectuales estaban celosos y su caso era parecido al de la proverbial zorra que al no poder alcanzar las uvas se dijo: «¡Bah! ¿Para qué las quiero? ¡Están verdes!».

Pero en nuestro fuero interno siempre albergamos cierta duda acerca de nuestra edad mental. Confieso que en todas partes del mundo he visto anomalías parecidas a las nuestras. Pero, ¿caso el mundo entero no está en condiciones parecidas a las nuestras?

Ahora el doctor Rogers nos lo explica todo: «Nuestro modo de pensar es femenino. Mujeres han modelado nuestras mentes, y prestamos mayor atención a una nimiedad que a las cosas serias de la vida».

Se me ocurre que, después de todo, cada hombre tiene derecho a ser feliz en la mejor manera posible, y que la edad prematura tiene mayores posibilidades de ser feliz que la edad caduca. Tal vez el profesor no reconocía dos casos sucedidos en Nueva York en el mismo día en que pronunciaba sus frases.

ARTISTA DE DIENTES

He visto a Mary Fallon en esta ciudad de oro y plata, a Mary Fallon ganarse la vida pintando. Esto en sí nada tiene de nuevo. Pero el caso es que Mary Fallon ha vivido en estado de parálisis absoluta por quince años. Y no ha dejado de pintar ni un solo día. ¿Cómo lo hace?

Mary Fallon se ha valido de su dentadura para esbozar sus siluetas, para mezclar sus pinturas y para manejar sus

NUEVA YORK

RARA DE ALGUNAS MUJERES

brochas. Muchos hombres parálisis se hubieran suicidado o se hubieran convertido en pesadas cargas para sus familiares, o para el Estado.

No así Mary Fallon. Su iniciativa ha superado a la de muchos hombres. Y da compasión verla trazar sus bellos cuadros al lienzo, valiéndose de sus dientes.

Un ayudante coloca las brochas y los colores frente a su parapeto, y ella, sentadita en su silla, hace todo el trabajo con sus dientes. Y se procura lo necesario con los dientes.

VICTIMAS MASCULINAS

El otro caso es el de Margaret Armstrong. Sin tener ni belleza, ni siquiera juventud, esta mujer logró enganar a muchos hombres, haciéndoles creer que tenía propiedades extensas. Cuando los hombres se iban interesando, les daba el sablazo y desaparecía.

Así vivió cómodamente por mucho tiempo, hasta que, envalentonada con su éxito, trató de hacer lo mismo que hacía con los hombres, con un miembro de su amable sexo. Y ahí fué Troya.

La Armstrong empleó como secretaria a una mujer de algunos medios. Después de captarse su confianza, trató de obtener un préstamo, que sería pagado al día si-

EL TWEED SE USA PARA TRAJE DE DEPORTES

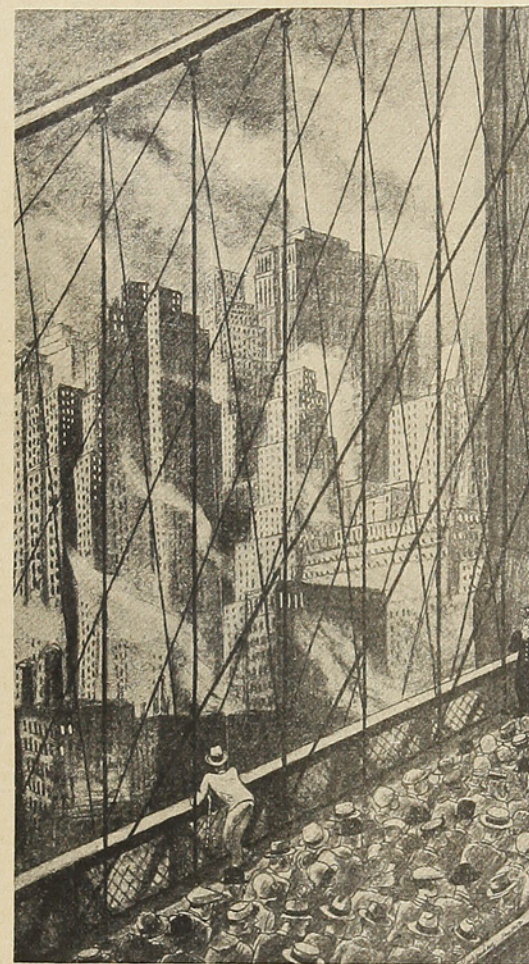
Los trajes de deporte son cada día más elegantes, sin perder por eso ninguna de sus condiciones prácticas. La última moda para estos modelos es el tweed, que se distingue hoy por su flexibilidad y ligereza, a pesar de que a simple vista parecen fuertes y duros.

Un modelo de Paul Caret, en tela Rodier, era de tejido en fina trama de lana marrón y beige, con una raya roja muy fina de vez en cuando. El saco y la blusa eran del mismo jersey muy fino, aunque la blusa beige y el saco marrón chocolate haciendo juego ambos con los tonos combinados de la falda. Completaba el conjunto un echarpe y cartera en la tela de Rodier de la falda.

Este otoño se usa echarpe y cartera en la tela del conjunto, o si no haciendo juego con él. Estos modelos de sport son también para caminar.

La casa Savouret ha perfeccionado en tal forma el tweed, haciéndolo cada vez más flexible, que se le denomina «la reina de los tweeds», y la alta costura acapara todas las telas a medida que salen de sus telares.

Esta boga del traje sastre y conjunto en tweed ha devuelto su importancia a la blusa; hoy por hoy se usa lo mismo la de crêpe de seda que la de jersey fi-



guiente. La secretaria, aparentemente consintió en nacer el préstamo y salió a buscar el dinero a un Banco.

En lugar de ir al Banco, se fue al próximo cuartel de policía, y bien pronto se descubrió a la espiadora. Hacia dieciséis años que esta mujer Armstrong, había venido estacionando a hombres. Nunca tuvo mala suerte. Pero al probar de enganar a una mujer, cayó en una trampa.

Y si las maestras americanas son del tipo de Mary Fallon y de la secretaria de Margaret Armstrong, no me parece tan peligroso que eduquen a la juventud. Y si en realidad tenemos una mentalidad sub-normal, creo que el mal reside en otros lados. Tal vez en la necesidad de aquellos pueblos que continuamente nos adulan; tal vez en nuestro prodigio de recursos naturales, que ha hecho a la nación excesivamente rica. Una nación demasiado rica, tiene generalmente poco tiempo para pensar, política o filosóficamente, ni en masculino ni en femenino.

Es más fácil el sumar con una máquina que con la mente; es más fácil el hacerse conducir en un auto que caminar; y es más fácil el dejar a los profesores de universidad el discurrir sobre el porvenir que cavar sobre edades que probablemente no llegaremos a ver.

CORRESPONSAL

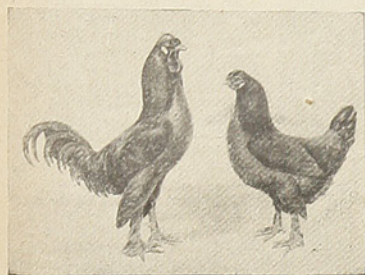
dos respunteados hasta la mitad, donde abren, dejando ver pequeñas tablas. La blusa, colocada debajo de la falda, es de jersey marrón leonado, muy flexible, con cuello angosto. Tiene cartera y echarpe haciendo juego con la blusa.

Lanvin, entre otros muchos, ofrece tres modelos muy bonitos, que son una variante del sempterno marrón y beige. Uno era en marroccain verde almendra con falda amplia en libelva blanca, con saco igual a la falda. Otro, dos piezas, con falda tableada y blusa en tussiny color lima. Las tablas de la falda eran cosidas hasta la mitad a los lados y tres cuartas adelante y atrás; la blusa, adornada con franjas en verde almendra, blanco y negro. El tercero era un traje sencillo, de una pieza, en tweed, muy flexible y liviano, en gris, negro y castaño. Para tennis, el hilo, el piqué, las batistas y hasta las cretonas finas, todas «imprimés», componen toilettes deliciosas, con saquitos de lo mismo o liso.

Lelong exhibe un modelo sencillo en crêpe pesado blanco, sin mangas ni cinturón. La falda es tableada y se usa con echarpe blanco incrustado, con diseños cubistas, en colores vivos, terminado con flecos.

SILVESTRE DORIAN.

LA AVICULTURA, ¿ES REMUNERADORA?



Breda.

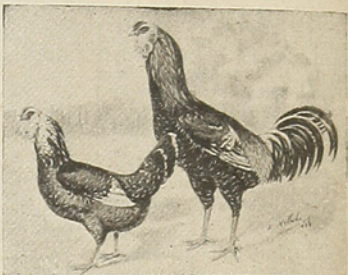
El lector moverá la cabeza en aras de su escepticismo, recordará los múltiples fracasos de innumerables personas que intentaron el negocio avícola y traerá a colación algún refrán que deje mal parados a los animales de pico. Pero, vamos a cuentas: esos fracasos habrán tenido una causa no difícil de descubrir y el refrán, alegado como argumento retrospectivo, es eso, de atrás, de aquellos tiempos pretéritos en que también era refrán aquello de "la mujer honrada en casa y perniquebrada". Si en aquellas épocas se hubiera dicho a la persona más culta e ilustrada, que llegaría un día en que se atravesase el atlántico por el aire, nos hubiera mirado con los ojos desmesuradamente abiertos y entre receloso e intranquilo hubiera recomendado a nuestra familia que nos visitase un especialista en enfermedades mentales. Y, sin embargo, se viajaba en transatlántico por el aire.

Ponemos este símil para llegar a la conclusión de que la crianza de gallinas, tal y como hoy se lleva a efecto, es cosa completamente distinta de lo que antes se hacía. La ciencia ha venido en auxilio del avicultor y se ha llegado a conseguir verdaderos milagros zootécnicos. Las estadísticas de producción avícola, llevadas a cabo con toda la meticulosidad y exactitud que requieren, muestran el progreso, que se engrandece y extiende de año en año. Conseguir que las gallinas, medianamente conceptuadas sobrepasen la cifra de 150 huevos de puesta anual; criar artificialmente en pleno invierno, remitir los pollitos recién nacidos a centenares de kilómetros de distancia, sin que en el viaje sufran lo más mínimo; producir aves, con arreglo a un tipo preconcebido, mediante cruces, selección y crianza adecuadas; contar con una gama variadísima de razas, desde

la enanita, que apenas pesa 300 gramos, hasta la gigantesca que llega a los 5.500 kilos; desposeer el instinto de la maternidad a aquellas gallinas que no nos conviene que paralicen su puesta y tantas otras cosas más, a cual más maravillosa y difícil, no pueden lograrse sin que las leyes biológicas, estudiadas a conciencia, nos hayan trazado la pauta a seguir, para que el gallinero se convierta en la hucha del ama de la casa, en el auxiliar del campesino y en una fábrica de huevos y de carne, según lo veamos instalado en la casita de los alrededores ciudadanos, en la campiña, o constituyendo un negocio con facetas inconfundibles de bien acusada individualidad.

Luego si domésticamente, en concepto de anexo agrícola y como industria propiamente dicha, se explotan los rendimientos gallinícolas, no es desatinado pensar que verdaderamente ha de producir beneficios, pues, si así no fuera, no existiría ninguno de los tres tipos de gallinero a que nos hemos referido.

Ahora bien: ¿qué productos podemos esperar de las gallinas para que nos



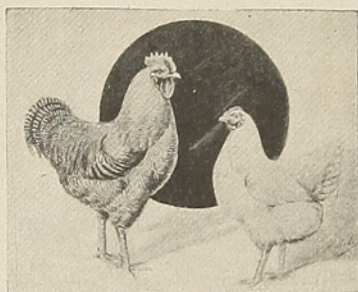
Orloff.

ma conducta en la Gallinicultura. Necesitamos aves cuya capacidad de transformación sea lo bastante elevada para que los alimentos que les suministramos se conviertan en carne y huevos en la mayor abundancia posible. De aquí la necesidad de la selección, del escogido.

Con gallinas perezosas, propensas al engorde, de puesta débil y mediando grandes pausas o descanso entre huevo y huevo, no hay posibilidad de obtener ganancias. Luego, nos interesa sobremedida comprobar la aptitud ponedora de las aves que explotamos. Para ello, cuando se trata de grupos reducidos de gallinas, basta y sobra con la vigilancia de la persona que las cuida, ya que, a fuerza de mirarlas y remirlas, conoce a cada una perfectamente, sabiendo, aunque no lo vea poner, de qué gallina es cada huevo.

Si el grupo de aves resulta nutrido, no hay más remedio que adoptar los llamados nidales registradores o individuales, que están provistos de un dispositivo especial, algo parecido a las ratoneras antiguas, que se cierra cuando la gallina penetra en el nido y que impide su salida hasta que la persona que está al cuidado del gallinero va a liberarla, no sin mirar antes el número que lleva en una anillita sujeta a la pata y que constituye el signo distintivo de cada una. Se nota en el registro de puesta y de esta manera tan sencilla se sabe en todo momento la producción de cada ave. Las gallinas toman estos nidales con verdadera complacencia, pues siempre tienden a estar aisladas cuando les llega el momento de la puesta, para que las otras habitantes de su mansión avícola no las molesten en lo más mínimo.

Como regla general deben ser desechadas todas las gallinas que en el mes de marzo no hayan puesto más de quin-



Plymouth-Rock.

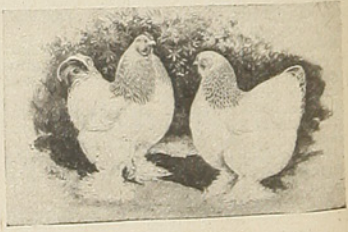
compensen de los cuidados que para ellas tenemos? Todo el mundo lo sabe: los huevos y la carne principalmente y como subproductos, las plumas, el plumón, las grasas cuando están sometidas a cebo y la gallinaza, fertilizante de primera categoría para ciertos y determinados cultivos.

Podemos, pues, representar el éxito en Avicultura, valiéndonos de un cuadrilátero, cuyos lados son: 1.º Las aves que se explotan. 2.º La habilidad de la persona que las cuida. 3.º El alojamiento en que viven, y 4.º La acertada distribución de los alimentos.

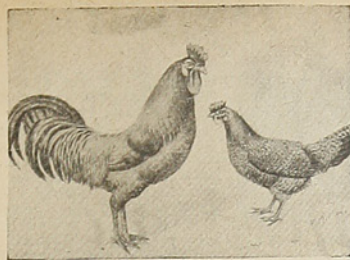
Las gallinas son seres que a expensas del instinto de vivir, consumen todas aquellas substancias alimenticias que son aprovechables por su organismo, para convertirse en elementos reparadores del desgaste que las funciones vitales todas llevan consigo. Consideradas desde el punto de vista de seres que han de producirnos un rendimiento, no es ningún disparate comparlas a una máquina. Todas las máquinas, aun siendo iguales al parecer, no tienen la misma capacidad de producción y aquellas que, por cualquier motivo rinden poco, son desechadas prontamente y sustituidas por otras cuya explotación resulta más beneficiosa. Si esto se hace en la industria en general, no hay razón alguna que impida seguir la mis-



Langshan.



Brahma arménica.

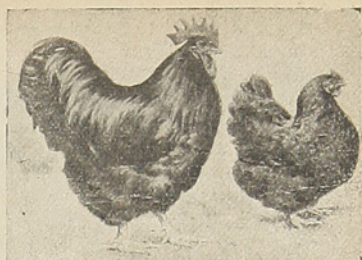


Siciliana.

lir en el ponedero. Es activa, vivaracha, cacareadora incesante, escarbadora, tanto, que sus uñas se pueden ver gastadas y cortas. La mala ponedora opuestos: cresta y barbillas pequeñas, fuerte coloración rojiza, amarilla o grisácea en patas, dedos y pico. Plumaje alisado, cola entera, orejillas gruesas, dorso estrecho. Indolente, gustando de estar tumbada, con uñas largas y curvadas, poco forrajera, alejada del sultán alado que la llama inútilmente.

A poco que se observen las pobladoras del gallinero, será facilísimo encontrar estas diferencias muy marcadas y, sin miedo a una lamentable equivocación, podremos predecir los resultados que unas y otras, buenas y malas, han de dar al fin de la temporada.

Un gallinero no puede nunca producir beneficios, si el 75 por ciento de sus ponedoras, como mínimo, no son de las que rinden entre 130 y 150 huevos anuales. La primavera es la época mejor



Orpington.



La Flèche.

para desechar a las perezosas. Estas se comerán los beneficios que las buenas puedan reportar y, por lo tanto, la selección ha de ser rigurosa, si no queremos caminar hacia el fracaso a pasos agigantados. ¡Cuántas amas de casa tienen cariño a tales y cuales gallinitas, porque se las criaron o porque fueron regaladas por personas a quienes se tiene en gran estima o por cualquier otra circunstancia! ¿Son dignas de esa predilección? En la mayoría de los casos estarían mejor en manos de la habilidosa cocinera, para que pudiese preparar un buen asado o una sabrosa prepotoria.

Con gallinas que consumen por un valor que excede al que representan sus productos, no es posible que la Avicultura prospere, del mismo modo que con malas carreteras, no se pueden organizar carreras de automóviles.

LA SOBREALIMENTACION DE LOS NIÑOS

Cuando a un niño se da más alimento del que necesita, se dice que se le sobrealimenta, o se "le enlecha", según la rase vulgar.

Casi siempre se sobrealimenta a los niños por error, porque se cree que cada vez que lloran lo hacen porque tienen hambre. La sobrealimentación de los niños recién nacidos es tan común, que se puede decir que todas las madres sobrealimentan a sus hijos.

El peligro de este vicio es mayor según el exceso en que se practique; pero generalmente en la alimentación materna no es tan serio como en la alimentación artificial.

La sobrealimentación tiene signos característicos: el hipo, los vómitos y eructos de leche cordada, el cólico, la diarrea y las molestias consiguientes que se traducen en llanto constante, apetito desordenado, sed, insomnio y la que produce una erupción que el niño padece en las asentaderas, como consecuencia de las frecuentes evacuaciones irritantes.

Se puede decir que las primeras molestias, los primeros llantos que sufre el niño en la vida, se deben a la sobrealimentación.

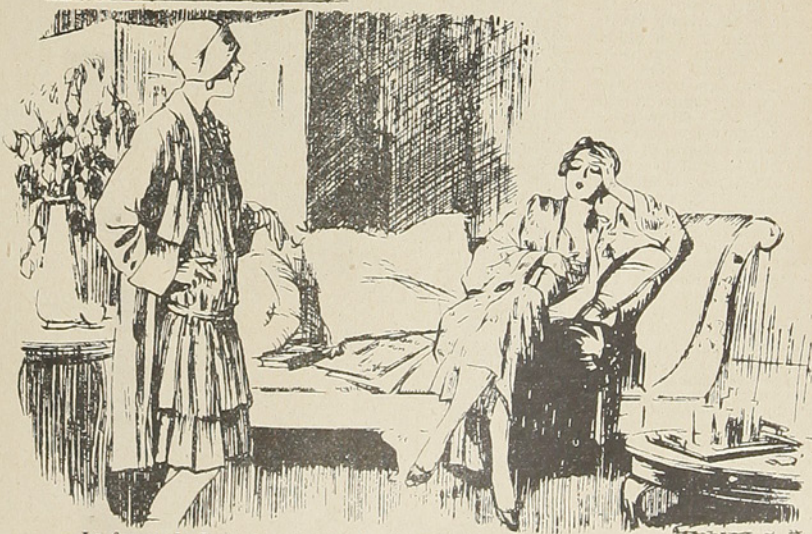
Es muy fácil corregir semejantes transtornos con sólo reglamentar bien a los niños.

Las reglas de la alimentación son sencillas: el niño menor de tres meses debe mamar cada dos horas y media, por espacio de diez minutos. El ni-

ño mayor de tres meses, debe mamar cada tres horas por espacio de diez a quince minutos. Por la noche, mientras menos se alimente a un niño, mejor. Hasta los tres meses podrá alimentarse una vez entre las nueve de la noche y las seis de la mañana. Después de los tres meses, es preferible que no tome alimento durante la noche.

Las madres deben armarse de energía para no ceder a su tendencia natu-

ral de dar a su hijo el seno cada vez que lo oye llorar. Y el medio eficaz de que lo consigan es adquiriendo la convicción firme de que los niños no siempre lloran de hambre; al contrario, muchas veces lloran porque les molesta la indigestión, es decir, sufren porque han mamado mucho. No sería lógico, ni prudente querer curarle la molestia alimentándolos más aún.



—La fresca de Irene ha encontrado el novio ideal.
—¿Es guapo? ¿Tiene dinero? ¿Es noble?
—Es muy corto de vista...

John Gilbert, el afortunado

Dario Varona, que ha tratado íntimamente a John Gilbert, refiere los comienzos de la vida artística de este astro del modo siguiente:

«Tenedor de libros, agente viajero de una fábrica de gomas, dependiente de comercio, periodista, comparsa en un teatro de segunda clase, «extra» en los estudios de Hollywood, escritor de argumentos, ayudante de director, director más tarde y, por último, actor.

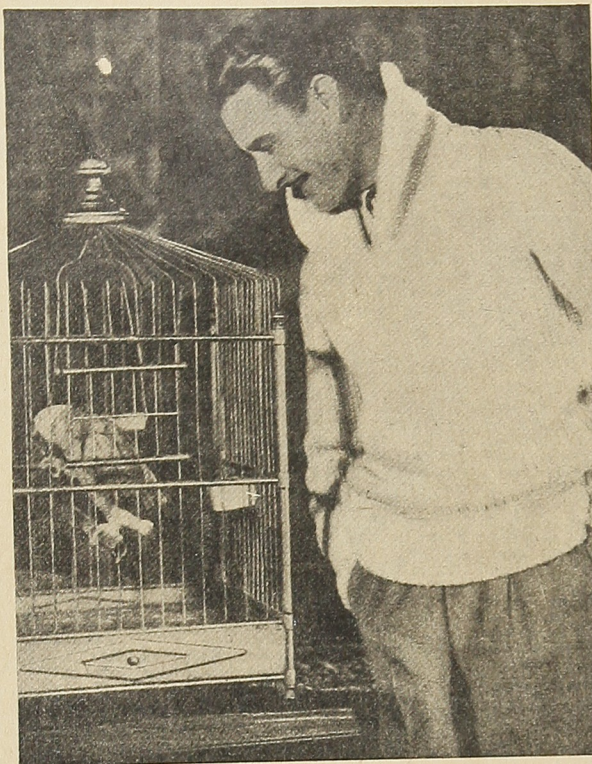
«Tales son algunas de las experiencias que la vida le ha deparado a John Gilbert, la estrella mejor pagada y más popular de Metro Goldwyn Mayer. Pocas vidas en Hollywood tan azarosas, tan ricas y combatidas por la fortuna como la de este venático actor. Sus inicios en la carrera cinematográfica fueron duros como los de la mayoría de sus colegas. Su largo aprendizaje como «extra», con ínfimo sueldo y largos periodos de ayuno y de ansiosa búsqueda, es uno de los capítulos más patéticos de su vida. El mismo nos lo ha contado, y recuerda aún con terror aquellos días en que, hambriento y solitario, iba como azotacalles de estudio en estudio, mendigando trabajo para atender al diario sustento, y tenía que recogerse, la mayor de las veces, exhausto y desfallecido a su buhardilla, sin haber podido conseguir nada con qué engañar el picaresco estómago.

«John Gilbert nació en Utah, uno de los estados más primitivos de los Estados Unidos. Sus progenitores eran ambos actores y su madre, sobre todo, llegó a gozar de fama como actriz. La vida de la farándula los llevaba de una a otra ciudad y con ellos iba siempre el pequeño «Jack». De esta manera trashumante transcurrieron sus primeros años, hasta que sus padres se separaron. Tras la separación vino el consecuente divorcio, y Jack fué enviado a Utah para que su abuelo materno cuidara de su educación.

«La madre, que era una de las mujeres más bellas de los Estados Unidos, casó en segundas nupcias con un señor Gilbert, gerente de teatros, y de él heredó John el apellido hoy famoso.

«Es curioso recordar aquí que John Gilbert no volvió a saber más de su padre hasta hace dos años, en que se le presentó en su cuarto ropero de los talleres de Metro Goldwyn Mayer un anciano pobre que se decía ser el padre legítimo de la estrella.

«Ya adolescente, se volvió John a unir con su madre, pero ésta murió a poco, y el padrastro, según él mismo nos dice, hizo honor a la mala fama de que gozan los de su condición. Los azares de la vida lo trajeron a Cali-



John Gilbert conversa con su favorito...



Y es un buen marido junto a Ina Claire.

fornia y después a Hollywood, donde comenzó el duro calvario de su vida.

«Durante varios años, como ya se ha dicho, trabajó de simple «extra», ganando tres o cinco dólares diarios cuando podía conseguir trabajo; cuando no, ayunaba. Poco a poco le fueron dando partecitas («bits») de más significación, hasta que llegó a ser el galán joven de Mary Pickford en «The Heart of the Hills», que le dio a conocer entre los productores y lo popularizó entre los aficionados. Mas no por eso terminó su miseria. Las oportunidades de trabajar seguían siendo tan escasas como al principio. Y en esta época de vicisitudes, sin tener nada seguro ni contar con entrada fija alguna, no se le ocurrió mejor solución que casarse con una chica de Missouri, tan pobre de solemnidad como él mismo. Huelga decir que a los pocos meses estaban separados, y divorciados antes del año.

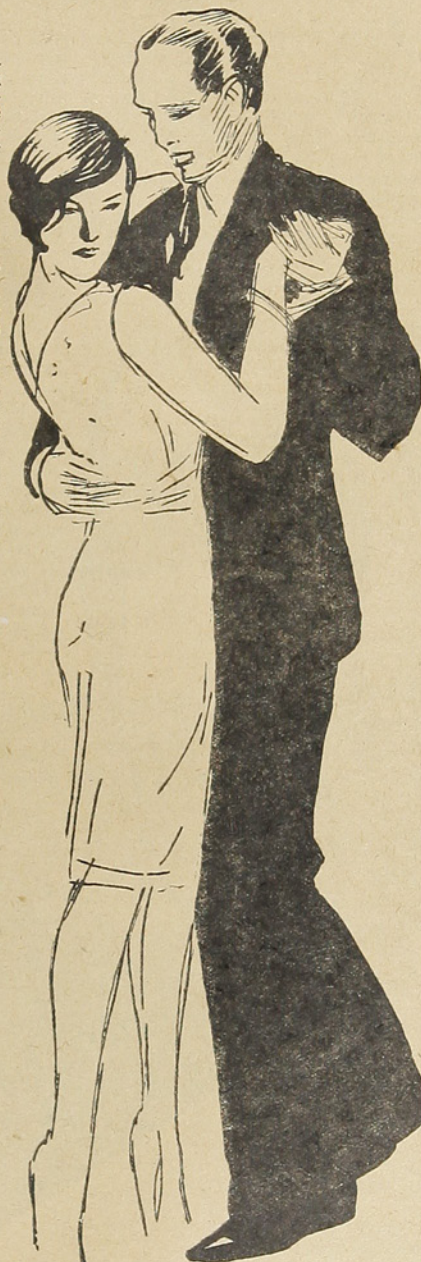
«Por estas calendas de la postguerra, Sessue Hayakawa, el actor japonés hoy ya olvidado, y ese otro gran actor de la pantalla norteamericana, no menos olvidado también, William S. Hart, estaban en su apogeo, y con ambos trabajó John Gilbert como segundo, por fortuna suya; pero el hombre a quien más él debe es a Maurice Tourneur, el famoso director francés que por aquel entonces ya se encontraba en Hollywood. Primero trabajó con él en calidad de actor, pero después no sólo siguió siendo galán joven, sino que hacía también de director auxiliar o subdirector, y al mismo tiempo escribía argumentos originales o los adaptaba de novelas conocidas. Fué una época de gran actividad para el novel escritor y de gran provecho para él, pues le reveló los secretos de las tres fases fundamentales en la elaboración de una cinta.

«Acaso el lector ignore que la máxima ambición de John Gilbert ha sido siempre llegar a ser director de nota. Este anhelo surgió en él como consecuencia de un desengaño. En la época de penuria en que no era más que un galán joven, sin trabajo, la mayor parte del tiempo, oyó que un director contestaba al que le proponía «Jack» como galán para su próxima película: «No; su nariz es horrible». Esto convenció al infeliz joven de que nunca podría llegar a ser una estrella, y de entonces datan sus aficiones al megáfono y a escribir argumentos. Pero después, al colaborar con Tourneur en calidad de «asistan-director», se convenció de que en la confección de una cinta, el

(Continúa en la página 56)

¿POR QUE NO BAILA USTED?

Por E. De Oria y Seties



—¡Adiós!...
—¡Adiós, Anita!... ¡hasta luego!...
—No tardes.

—Pierde cuidado, no tardaré.

Calle abajo perdióse en el tráfico Ricardo; y Anita, cruzando por el césped del jardín, volvió a reunirse con el grupo de amigas que tenía en su casa de visita. Al verla llegar, todas a una, prorrumpieron en exclamaciones de admiración y contento.

—¡Qué guapa estás!...

—Dichosa tú, Anita.

—¿Cuándo es la boda?

—¡Para el mes que viene!...

—¿Tan pronto?...

—Pero a nuestro baile no faltarás, ¿verdad?...

Las preguntas, mezcladas rápidamente, sin dar tiempo a contestar una por una, aturullaban a Anita, que a todas respondía con su sonrisa.

Era de pequeño cuerpo, más bien baja que alta y metida en carnes. Morena, de ojos brillantes y negros, boca sensual, y alegre como unas castañuelas. Reía, reía en brazos de sus amigas con despreocupación, zarandeada por ellas. Calmáronse poco a poco, y mientras unas junto al piano cantaban acompañadas por Mimi, otras diéronse a hablar. En la terraza que sobre el jardín avanzaba, echadas lánguidamente en las amplias butacas de mimbre acomodadas con almohadones. Anita y Lucía, su más íntima amiga, iniciaron las confidencias.

—Sí, Lucía, soy feliz, y para qué negártelo, ansío que llegue el día de mi boda.

—Lo creo, y te felicito, chica. Ricardo me parece un buen muchacho y se ve que te quiere.

—Sí, sí, me quiere, y yo le adoro.

—¿Ha sido tu primer novio?

—Y el último.

—Eso no se puede afirmar.

—¡Lucía, por Dios!...

—Claro que no, pueden pasar en la vida tantas cosas.

—¿Quieres entristecerme?

—No, lo que te he dicho te lo he dicho por decir; pero es cierto, ¿no me lo negarás?...

—No te lo niego.

—También yo quise a un hombre y también él aparentó quererme, y tal vez me quisiera, no le puedo creer tan falso, pero por sus padres, por su situación o por lo que fuere, el caso es que, cuando más cerca estaba de ser su mujer, ya sabes...

—Sí, ya lo sé.

—¿Entonces?... creo yo que tengo razón... Pero ni te atormento, ni sucederá... No me hagas caso.

—¿Por qué no?... Ya sabes que senti mucho tu desgracia.

—Lo sé, Anita, y como te quiero te auguro una eterna felicidad.

—¡Eterna!...

—Sí, mujer, dure lo que dure, será eterna para ti; que la eternidad no se mide por el tiempo.

—Por la sensación.

—Sí, por la sensación, hay minutos que parecen horas y horas tan cortas como un minuto; lo sé por experiencia.

Enmudecieron; de dentro venían mezcladas las notas del piano con las frescas voces femeninas, las risas rompían la melodia. En el lento atardecer gozabase la naturaleza en pintar de rojo el horizonte. Ricardo llegó al club; allí le espera-

los amigos de la tertulia habitual...
Y hablaron del próximo casamiento.
—La quiero tanto, que pienso en ella como en algo divino.
—¿Y cuándo es la boda?...

—Para el mes que viene.

—Pues tenemos que darnos prisa en prepararte la cena de despedida de soltero.

—Gracias, amigos.

Iniciaron una pequeña partida de póker, todos menos Ricardo y don Ramón. A don Ramón, viejo coronel de ingenieros, le agradaba la compañía de la juventud, y por esto, a pesar de la edad, siempre se reunía con los jóvenes.

En el confortable salón, saboreando el añejo y dorado coñac que las bodegas del club atesoraba cobrando su consumo a precio de oro, entretuvieron el tiempo en dialogar.

—Vaya con Ricardito, con que se nos casa.

—Sí, don Ramón.

—Pero tú no sabes lo que vale la libertad.

—Me figuro que mucho, cuando no se ama.

—Y siempre.

—Vengamos a cuentas, don Ramón; figúrese usted que yo estuviera enamorado, enamorado de verdad, con locura, y que por cualquier circunstancia no pudiera casarme... ¿Sería libre?... El tormento de mi pensamiento, siempre fijo en ella, ¿no sería peor que unas cadenas?... Y al contrario, junto a la persona amada, amarrado, perdida la libertad para todo, ¿no sería enteramente libre?...

—Muy bien, Ricardito, muy bien... todo eso con limitaciones de tiempo; porque, desgraciadamente, ese amor de locura, esa pasión pasa más tarde o más temprano... y luego.

—¿Por qué ha de pasar?...

—¿Por qué ha de pasar?... ¡qué sé yo!... pregúntaselo a algún filósofo; pasa, como todo lo perecedero, como acaba nuestra juventud, como fenece las ilusiones, como la vida...

—¿Cómo la vida!...

—Como la vida corre, veloz e intransigente; te lo dice un viejo.

—Y según esa teoría, ¿qué hacer en mi caso?...

—¡Ah!... nada.

—Casarme.

—Claro, casarte, ¡qué remedio!; goza hoy de la ilusión y del amor, y mañana que sea lo que Dios quiera. El matrimonio es un yugo, no lo dudes.

—Pero sagrado.

—Todo lo sagrado que quieras; pero atornillante y pesado, como todo yugo.

—¡Bah!... Don Ramón, usted habla así, porque es un solterón.

—No lo creas.

—¿Que no!

—Que no, hombre, que no!... ¡ojalá lo fuera. Yo de joven también me enamoré bárbaramente, lócamente, como tú, y me casé, y creí hacer mi felicidad. Y pasaron los meses y los años, y aquella joven bella, fué engordando y afeándose, y su dulzura fué trocándose en desagradable humor, y la mansedumbre de los primeros días también se cambió en altanería y hurañez, y el cielo del hogar en un infierno, y como el yugo, ese yugo de rosas, me pesaba como de plomo y no podía romperle, que con él me agarrataron para toda la vida, pues ve ahí, que tuve que divorciarme de la sociedad, dejarla y huir de su lado como del demonio...

—¿Se separaron?...

—No separamos; separamos nuestros cuerpos y nuestros bienes, nada más,

(Sigue en la página 77)

Las Dueñas de Casa Deben Saber Agradar

LAS SIGUIENTES "ENTRADAS" ACREDITARÁN EL BUEN GUSTO DE LAS DUEÑAS DE CASA

Ensalada Pola Negri. — Se cuece por separado toda clase de verduras, como ser papas, zanahorias, apio, arvejas, puntas de espárragos, betarragas, fondos de alcachofas, coliflor, etc. Una vez bien cocidas y escurridas, se pican finamente, si es posible con ayuda de un moldecito especial, para que las papas, la zanahoria y la betarraga queden en forma de estrella o de triángulos. Se coloca todo picado y frío en una ensaladera y se aliña con sal, aceite, pimienta blanca y jugo de limón colado.

sible, se enharinan y frien los trozos, que se arreglan después en una fuente para cubrirlos con el escabeche, que se hace en la forma siguiente:

Se tapa el conejo con este escabeche y se deja así por unas horas de laurel, se le agrega, entonces, un pocillo de vinagre y se deja que dé un hervor. Se aparta del fuego y se cuela, dejándolo que enfrie. Se aliña con sal, añadiéndole un machacado de un clavo de olor, un poquito de azafrán y un pocillo de caldo para mejor desleirlo.

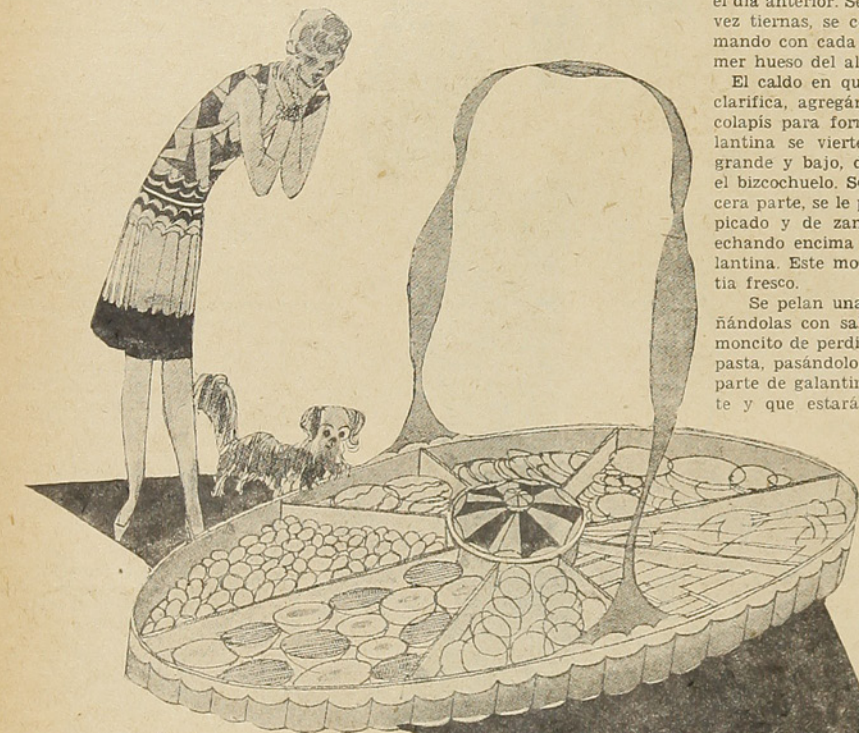
Se tapa el conejo con este escabeche y se deja así por veinticuatro horas, estando entonces a punto de servirlo.

Perdices con paltas. — Esta entrada hay que prepararla el día anterior. Se cuecen las perdices que, una vez tiernas, se cortan por las pechugas, formando con cada lado de la pechuga y el primer hueso del ala una especie de jamoncitos.

El caldo en que se cocieron las perdices se clarifica, agregándole unas cuantas hojas de colapís para formar una galantina. Esta galantina se vierte en un molde rectangular, grande y bajo, de los que sirven para hacer el bizcochuelo. Se vierte en el fondo una tercera parte, se le pone una capa de huevo duro picado y de zanahoria cortada en estrellas, echando encima otra tercera parte de la galantina. Este molde se deja enfriar en un sitio fresco.

Se pelan unas paltas, que se muelen, aliñándolas con sal y aceite. Se toma cada jamoncito de perdiz y se va envolviendo en esta pasta, pasándolo, después, por la otra tercera parte de galantina que se habrá dejado aparte y que estará lo suficientemente caliente para que esté líquida. Una vez bien impregnado el jamoncito, se deja sobre una mesa de mármol y se prepara otro en la misma forma, hasta terminar con todos.

Al día siguiente, se corta la galantina que está en el molde en trozos triangulares, muy iguales unos a otros, que se van colocando en un azafate redondo, con simetría, para que la presentación resulte bonita. Sobre cada triángulo se coloca un jamoncito que se adorna con la manga chica de las salsas, empleando una mayonesa no muy espesa. Se pone entre la



Se hace una salsa de mayonesa, y se tiene, además, una taza con nata muy fresca, batida y sazonada y un plato con nueces peladas y picadas. Se toma, entonces, un molde en cuyo fondo se coloca una capa de ensalada; se cubre ésta con nata, se espolvorea con las nueces; se coloca otra capa de ensalada y esta vez se le pone encima mayonesa, a la cual también se le espolvorea nueces. En esta forma alternada se llena el molde con todos los materiales preparados. Se tapa, entonces, y se coloca en hielo por una hora.

En el momento de servir, se abre el molde y se coloca la ensalada en un azafate redondo; se rodea de cogollos de lechuga y se adorna con ruedas de huevo duro y aceitunas deshuesadas.

Es una ensalada que se puede servir como entrada a la hora de almuerzo, y que resulta exquisita.

Escabeche de conejo. — Se limpia el animal y, hecho pedazos, se cuece en agua con sal, laurel, cebolla, clavo y un diente de ajo.

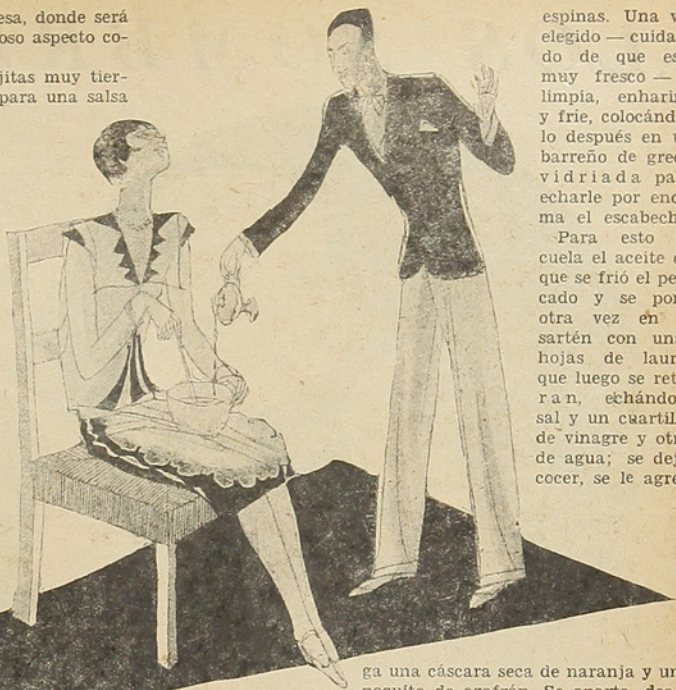
Cuando esté tierno y la salsa se haya reducido lo más po-

galantina ramitas de perejil y se lleva a la mesa, donde será esta entrada muy celebrada, ya que a su apetitoso aspecto corresponde un sabor muy bueno.

Verduras reales. — Se cuecen aparte arvejas muy tiernas, apio y espinacas. Muy bien batida se prepara una salsa de mayonesa aliñada con bastante jugo de limón, sal y pimienta blanca. Una vez cocidas las verduras, se pica finamente el apio y en unión de las arvejas se coloca en un azafate redondo. Las espinacas se pasan por el prensa-puré y se agregan a la mayonesa, que se vierte entonces sobre las otras verduras. Se le pone un adorno de aceitunas verdes, ramitos de perejil y yema y clara de huevo duro, ralladas, para formar una bonita guarnición de dos colores.

Es una entrada muy fácil de hacer, económica y muy agradable al paladar.

Ensalada de la reina Margarita. — Hay que elegir un apio muy blanco que se pica en trocitos chicos, muy iguales de tamaño. Las papas hay que cortarlas con un molde para que tengan forma de estrellas. Los espárragos tienen que ser muy bonitos y se cortan solamente las puntas. Estas tres cosas se ponen a cocer por separado y una vez tiernas se dejan escurrir para ponerlas luego en una ensaladera en compañía de unos plátanos cortados en rodajas, nueces peladas y picadas y pedacitos de cascotes de naranja dulce. Se úne bien todo y se aliña con una salsa de mayonesa espesa, sirviéndolo como entrada, ya sea sola la ensalada o acompañando a car-



ga una cáscara seca de naranja y un poquito de azafrán. Se aparta, después del fuego, dejando que enfrie

para probarlo y ver cómo está el aliño. Si estuviera demasiado fuerte, se le agrega agua cocida fría y se vierte sobre el pescado, que a las veinticuatro horas estará en punto de servirlo como entrada, bien escurrido, acompañado de una ensalada de papas con mayonesa aliñada con mostaza.

Es un plato fuerte y muy sabroso.

Gallina con trufas. — Se empieza a deshuesar la gallina en crudo, una vez desplumada y vaciada, pero sin chamuscarse ni pasarla por agua caliente — por la parte del espinazo, teniendo cuidado de que salga lo más entera posible. Una vez deshuesada, se rellena con un picadillo de lomo de ternera, jamón, trufas picadas, sal y pimienta. Hay que tratar de darle una forma bonita, cocinándola después y envolviéndola en un paño que se amarra apretado. Hecho esto se pone a cocer en una olla grande con vino blanco, agua, sal, pimienta negra y un diente de ajo. Así que esté tierna se pone en prensa y al día siguiente se le quita el paño y se sirve.

Plato fino, de buena mesa.

ne fría de ave. Es un plato nuevo de muy rico gusto.

Bacalao frío con naranja. — Se asa un trozo de bacalao que se tiene en agua un rato para desalarlo un tanto.

Hecho esto se desmenuza y se lo limpia de piel y espinas y se coloca en un azafate un poquito hondo con trocitos de cascotes de naranja y cebolla picada a la pluma, muy fina, pasada por agua caliente y sal varias veces para quitarle el mal sabor.

Se aliña, entonces, con bastante aceite, un poquito de ají molido y una nada de pimienta negra molida, estas dos cosas deseidas con unas cucharadas de caldo frío y desengrasado.

Pescado en escabeche. — El mejor pescado para escabechar es el de carne compacta y gruesa que no tenga muchas

—“¡Lleve usted un vestido de “sport” magnífico”, me dijo uno de los miembros de la compañía de John Barrymore cuando partíamos para el Canadá para filmar algunas escenas de “Amor eterno”.

Estuve muy contenta de esta alabanza, pues yo misma me había hecho el “sweater” y la falda. Era muy sencillo y no me costó nada. Menciono este incidente para apoyar mi afirmación de que las cosas sencillas y muchas veces baratas son encantadoras si se tiene un poco de gusto.

Ir a la moda sin caer en la extravagancia puede ser una realidad si al escoger los vestidos se pone un poco de reflexión.

A muchas mujeres les gusta comprar gangas. A mí también, pues se coser. Un día, mientras estaba en un almacén de Los Angeles, supe que se vendían saltos de cama a mitad de precio. De momento no los necesitaba, pero sabía que más tarde los necesitaría; así es que me compré dos, les hice algún arreglo, y después nadie crea que me habían costado tan baratos.

EL ENCANTO DE LAS COSAS

Para una muchacha que sepa coser, el departamento de retales es uno de los más interesantes de la tienda. Algunas veces puede comprarse un pedazo suficiente para hacer todo un vestido o, si no, puede combinarse con dos telas diferentes, como el satín y el crepón.

El año pasado tenía yo un vestido de terciopelo que, aunque estaba en buen uso, se veía que era algo pasado de moda. Cogi el vestido, lo cepillé bien, y con ayuda de un poco de crepé “georgette” me quedó encantador. La falda es de terciopelo; la blusa de “georgette”, y encima llevo la chaquetilla de terciopelo.

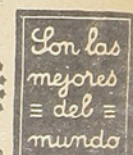
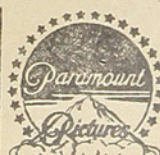
El “cine” es la mejor manera de hacer que en todas las partes del mundo se sepan las modas. La muchacha obrera puede ir tan a la moda como la aristócrata. ¿Y por qué no ha de ser así? Ve los mismos modelos que sus hermanas de Nueva York, Hollywood, París o San Francisco.

Lo que llevéis, elegido sobre el punto de vista del buen gusto. Evitad las cosas extremadas y los colores que no os sien-

ten bien, aunque sean de última moda. No seáis demasiado varoniles; buscad sobre todo la feminidad en el vestir y en todo.

He tenido mucho gusto en escribir para ti, anónima lectora, estos artículos expresando mi modesta opinión sobre lo que constituye el encanto de una mujer. Es posible que no estés en todo de acuerdo conmigo; pero espero que la diferencia de opiniones no me atraerá tu rencor. De todos modos, confío me encontrarás a ver cuando los Artistas Asociados presenten mi última película. Hasta la vista, pues, lectora española.

CAMILA HORN



LOS SOMBREROS EN LAS GRANDES CASAS



co y negro, toda la gama de los verdes y en fin, en castor. Una toca de breichwanz negro está adornada de un alto drapeado en armiño, en el centro por delante, con una punta del lado izquierdo. Otro modelo semejante en la misma piel negra lleva un pequeño borde de armiño con pliegues de cada lado, lo que le da una bonita amplitud; por detrás un pequeño motivo de armiño fantásticamente colocado, le da un chic excepcional.

Madame Amarante me muestra un gran sombrero adornado de terciopelo negro adornado de orejas a los lados y enormemente largo por detrás formado con recogidos. Luego, le toca su turno a una nueva toca que sus-



En casa de Lewis, la joven directora Mme. Lola Amarante gusta de presentar, ella personalmente su colección:

Los modelos de invierno están confeccionados en terciopelos de varios estilos, en taupés flexibles, en fieltro (pero estos últimos, en muy poca cantidad), en pieles planas, tales como el breich-wantz, el ovejo recortado, el armiño y mil más. Las totalidades pre-

feridas a todas las otras, en casa de Lewis, son el negro... bien entendido, el rojo, una reunión de blan-

ceará la admiración de todas las elegantes. En ella en toupé negro, plana por delante, rodeando la frente casi a la raíz de los cabellos, cayendo a la derecha en un perezoso drapeado hasta la punta baja de la oreja, mientras que a la izquierda el movimiento es corto y con una ancha abertura; al través de esa abertura una espléndida cinta de terciopelo color capuchina, sale y rodea esta toca, a veces visible y desapareciendo a trechos.

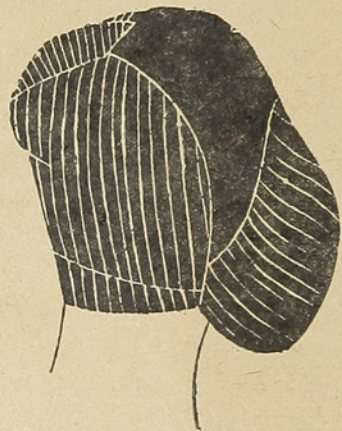
Hablemos ahora de un toupé flexible, cuyo drapeado por delante está incrustado y luego volteado hacia atrás, en donde une un lado al otro; y lo adorna allí un motivo verde pálido y negro.

Todos los medios más elegantes y más refinados son empleados allí para unir las copas y las alas. Un cierto sombrero de fieltro rojo, levantado graciosamente por delante, está trabajado con calados bien curiosos.

Lewis produce sin cesar, porque sus ideas llegan en tumulto, y es éste uno de los grandes atractivos de esa gran casa.

ELENE THIBAUT

Hélène Thibault, fiel a su línea de conducta, busca, por sobre todo, embellecer la mujer que le confía su cabeza; este año, como los precedentes, lo ha logrado, consiguiendo vencer dificultades



Muy bonitas resultan las capelinas de fieltro; una de un beige muy suave, tiene un movimiento levantado por delante, muy tirado hacia atrás, con una ala flexible de un tamaño curioso a los dos lados y por detrás; a la derecha, tres cabezas de plumas de avestruz amarillas y rosadas, están colocadas tan bajas que depasan el sombrero mismo.

Un bello turbante de terciopelo color de gallo del monte, que ajusta la cabeza, se termina por un nudo de un chic sorprendente. A su lado se haya otro turbante, pero en terciopelo negro y cintas de raso, negro también; comienza el arriba de la frente, oculta las orejas, aprieta la nuca y compone una enorme concha, yendo de sobre la cabeza al nacimiento del hombro, con un aspecto muy nuevo.

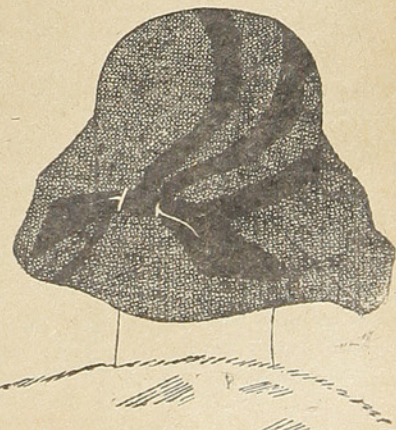
THERESE CLEMENCEAU

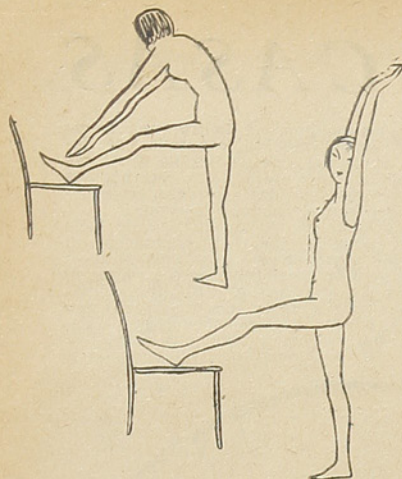


que deben ser muy grandes, para respetar la belleza dada por la naturaleza, al mismo tiempo que orienta sus sombreros sobre las nuevas bases.

El terciopelo es enormemente empleado en esta casa, puesto que lo veo en la mitad de su colección.

Los tonos azules muy fuertes, los verdes botella muy oscuros y el de gallo del monte, son allí preferidos a cualquiera otros. Hay también pequeños sombreros, con bordes o sin ellos, adornados de adorables fantasías de plumajes, los más variados; las pequeñas cabezas de avestruz se agrupan y forman a veces degradados muy armoniosos. He notado una seria tentativa para volver a la grande elegancia en los sombreros para por la tarde, con el fin de acompañar, como ellas lo exigen, las toilettes de esa hora; digamos francamente que nuestro deseo es que las mujeres no se hagan tirar las orejas, para realizar esos acuerdos, que hubiesen debido ser siempre perfectos.





Busque algo en que descansar el pie. Extienda los brazos sobre la cabeza y desde esa posición échese para atrás todo lo más que pueda, conservando siempre los brazos estirados. Vuelva hacia adelante y continúe hasta tocar la pierna con las puntas de los dedos. Repítalo varias veces. Cambie la pierna y repítalo el mismo número de veces. Este movimiento sirve para la región del abdomen, cintura, caderas y para órganos internos y perezosos.

Un palo sujetado sobre la cabeza con cada una de las manos en los extremos, dóblese bruscamente hacia los lados varias veces en cada dirección. Es bueno para la cintura, caderas, brazos y hombros.



Con el mismo palo, y llévelo hacia atrás todo lo que pueda.



Sujete el mismo palo en la forma del diseño, frente a usted misma. Haga un movimiento de torsión, todo lo mayor que pueda, repitiéndolo en cada dirección, y con todo el vigor que le sea posible. Es bueno para los brazos, hombros, pecho y busto.



Los ejercicios que convienen para conservar la belleza

Una amiga me dice, que modestia aparte, es muy celebrada, y se encuentra bastante bien aunque no tanto que deje de tener sus preocupaciones, porque una cosa es vestida y otra al natural; es joven, pero cree que no tiene la flexibilidad en su cuerpo que quisiera y con cuya falta comprende sufre un detrimento en su personalidad; está también convencida de que es un perjuicio muy grande el hacer que la vida se deslice siempre como si se estuviera recibiendo una brisa continua y agradable en paseo sin término de automóvil; está convencida que si no hace ejercicio acabará por oxidarse entre los asientos cómodos y confortables en que la han acostumbrado a vivir.

Muy buenos son sus propósitos si permanece fiel a ellos (perdóneme la duda), y es tan grande mi deseo de secundarla en sus propósitos que en su obsequio y en el de mis demás lectoras, voy a describir una serie de ejercicios que le permitirán hacer una selección, y le aseguro que mediante ellos podrá quitarse la angustia de formar esas odiosas bolsas de grasa, conservando las curvas de belleza, sin las cuales ninguna mujer al día puede sentirse completamente satisfecha. La hora mejor para hacer los ejercicios es al levantarse y si es posible deben ser seguidos de una ducha rápida y fría, frotándose bien toda la piel al secarse.



Los hombros bien levantados, los brazos pegados al cuerpo, levántelos bruscamente como indica el dibujo, luego lívelos otra vez a la posición vertical. Después de hacerlo diez veces, sin variar de posición, levante otras diez veces los brazos hasta tocar con las manos encima de la cabeza.



Consiste en correr sin cambiar de lugar sobre la punta de los dedos. Para comenzar este ejercicio, doble los brazos a nivel de los codos y cierre los puños; entonces levántese sobre los dedos, comience a doblar las rodillas y levantándose hasta darse sobre el vientre con los muslos, alternando la derecha, luego la izquierda. Al mismo tiempo balancee los brazos vigorosamente hacia atrás y adelante. Cuando la rodilla derecha venga hacia arriba, el brazo izquierdo debe ir hacia atrás, tan lejos como pueda, y luego cuando la rodilla izquierda venga hacia arriba, los brazos inversamente. Haga este ejercicio tan rápidamente como pueda durante un minuto.



Apoyando un pie sobre una banqueta, estírese y dóblese lo más posible, y después de repetir varias veces el movimiento, cambie a la otra pierna.



Comience este ejercicio con los pies juntos y los brazos a los lados, entonces dé un brinco y calce como indica el dibujo; luego dé otro brinco y venga a la posición del comienzo.



Tire patadas al aire, primero con un pie, luego con el otro, cambiando de pie alternativamente y mediante un brinco.



De la posición ilustrada, extienda los brazos hacia abajo, dóblese hacia adelante y abajo, entonces doble los brazos, las manos a los lados del pecho, mientras se dobla después hacia atrás.

ROMANCE DE LA VENGANZA

Cazador alto y tan bello,
como en la tierra no hay dos
se fué de caza una tarde
por los montes del Señor.

Seguro llevaba el paso,
liso el plomo, el corazón
repicando, la cabeza
enguida y dulce la voz.

Bajo el oro de la tarde
tanto el cazador cazó,
que finas lágrimas rojas
se puso a llorar el sol...

Cuando volvía cantando
suavemente, a media voz,
desde un árbol, enroscada,
una serpiente lo vió.

Iba a vengar a las aves,
más, tremendo, el cazador,
con hoja firme de acero
la cabeza le cortó.

Pero aguardándolo estaba
a muy pocos pasos yo...
Lo ató con mi cabellera
y dominé su furor.

Ya maniático le dije:
—Pájaros matasteis vos
y voy a tomar venganza,
ahora que mío sois...

Más no lo maté con armas,
busqué una muerte peor:
lo besé tan dulcemente
¡qué le partí el corazón!

ENVIO:

Cazador: si vas de caza
por los montes del Señor,
teme que a pájaros venguen
hondas heridas de amor.

ANFONSINA STORNI.

El Jardín DE LOS Poetas: Versos de Mujeres

CALLA

Sobre el almohadón mullido
su palidez es tan pálida,
que la rosa de sus labios
se ha vuelto una rosa blanca.
La recién nacida llora
con llanto que turba el alma...
¡Llanto de recién nacida,
pena oscura, queja larga,
inconsciencia del dolor
en un alma que aún no es alma!
Se acrecientan las ojeras
de la madrecita pálida,
y su palidez se torna
más grave y atormentada.
Llanto de recién nacida,
calla, calla, calla, calla...
Llanto que su pecho fino
atravesas como espada,
estás llenando sus ojos con el agua de tus
[lágrimas]
Grito tenaz que parece como si la repro-
charas,
Grito de recién nacida,
calla, calla, calla, Calla.

MARIA MONVEL

LA ESPERA INUTIL

Yo me olvidé que se hizo
ceniza tu pie ligero,
y, como en los buenos tiempos,
salí a encontrarte al sendero.

Pasé valle, llano y río
y el cantar se me hizo triste.
La tarde volcó su vaso
de luz, ¡y tú no viniste!

El sol fué desmenuzando
su arida y muerta amapola;
fleclos de niebla templan
sobre el campo, ¡estaba sola!

El viento otoñal, de un árbol
crujieron los secos brazos.
Tuve miedo y te llamé:
“¡Amado, apresura el paso!”

“Tengo miedo y tengo amor,
¡amado, el paso apresura!”
Iba espesando la noche
y creciendo mi locura.

Me olvidé de que te hicieron
sordo para mi clamor;
me olvidé de tu silencio
y de tu cárdeno albor;

de tu inerte mano torpe
ya para buscar mi mano;
¡de tus ojos dilatados
del inquerir soberano!

La noche ensanchó su charco
de betún; el agorero
buhu con la horrible seda
de su ala rasgó el sendero.

No te volveré a llamar,
que ya no haces tu jornada;
mi desnuda planta sigue,
la tuya está sosegada.

Vano es que acuda a la cita
por los caminos desiertos.
¡No ha de cuajar tu fantasma
entre mis brazos abiertos!

GABRIELA MISTRAL

CONOCIMIENTOS UTILES

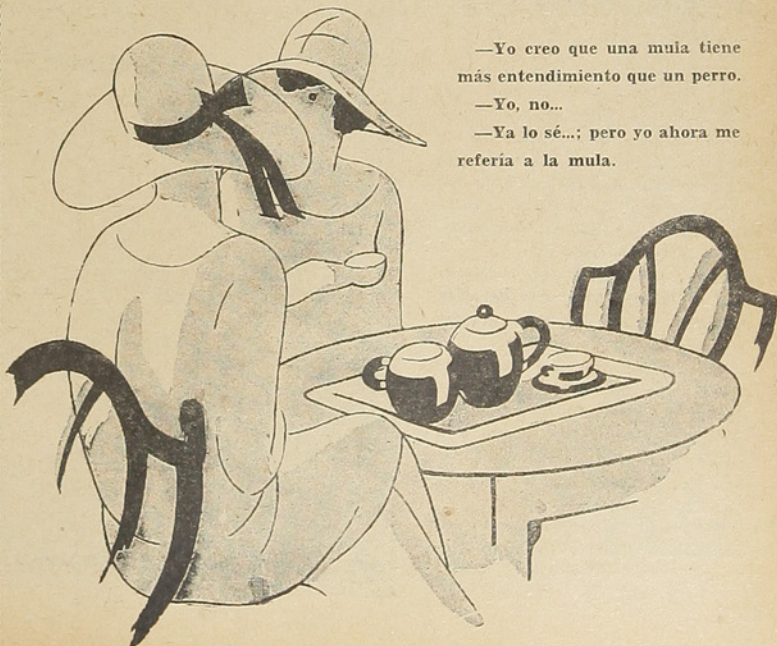
Las quemaduras

La piel de nuestro cuerpo puede ser destruida por la acción de otro cuerpo, bien sea sólido, líquido o gaseoso. El hierro candente, el calor vivo, la cal no apagada, el aceite hirviendo, el vapor de agua, el nitrato de plata, el nitrato ácido nítrico, el agua regia, el amoníaco, la potasa, el cloro, etc. Para el tratamiento, conviene antes clasificar las quemaduras en tres grados.

1.º En el primer grado es, por su categoría, si no benigno, porque no es agradable ni hay por qué cantar sus bondades, al menos carece de gravedad. La piel enrojece y queda dolorida.
2.º En la segunda categoría, la piel se levanta en ampollas, que contienen un líquido amarillento, o si la quemadura es más intensa, el líquido es sanguinolento, oscuro y turbio.

3.º Caracterízase el tercer grado por la destrucción completa de la piel y algunas veces por la de los tejidos subyacentes o más profundos. Fórmase una costra más o menos extensa que, al desprenderse, al cabo de cierto tiempo, deja una cicatriz más o menos profunda y dolorosa y cuyo proceso de cicatrización es lento y deja unas bridas salientes e irregularidades en toda la extensión.

A los signos locales, súmanse los fenómenos generales más o menos intensos.

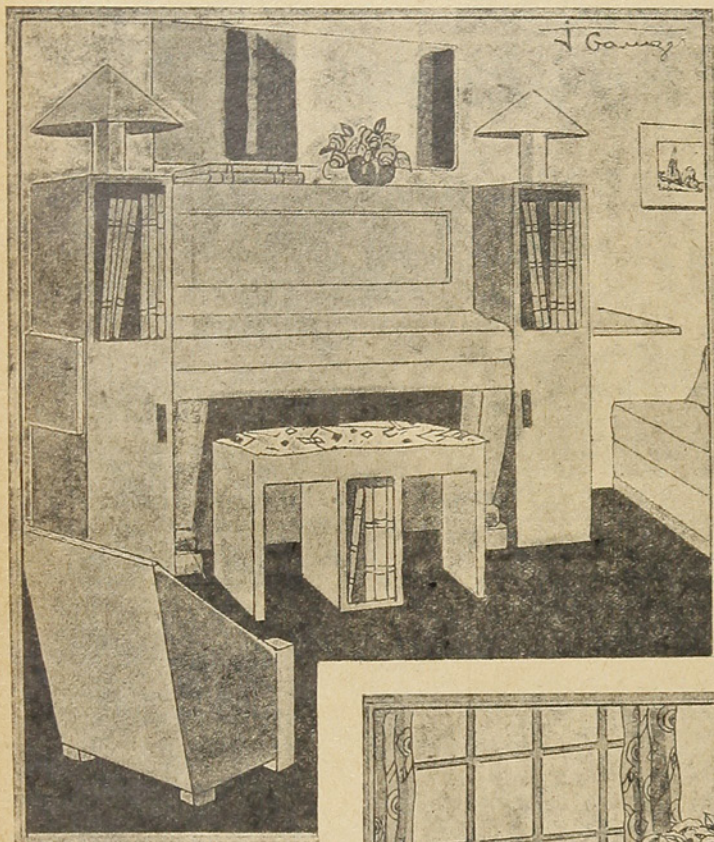


—Yo creo que una mula tiene más entendimiento que un perro.

—Yo, no...

—Ya lo sé...; pero yo ahora me refería a la mula.

EL RINCON DEL PIANO



bremontado de un gran espejo que hará de reflector.

El taburete del piano será reemplazado por una banqueta larga que será del mismo estilo, cuyo centro será provisto de un pequeño casillero que se utilizará también para colocar música empastada.

En la segunda disposición, el respaldo del piano, será recubierto de un tapiz liso o impreso, de acuerdo con el resto de la habitación, y servirá de respaldo del diván, que se colocará del mismo ancho del piano, y se cubrirá con el mismo género. Un estantillo bajo a cada lado, servirá de apoyo y además de biblioteca. Sobre éstos algunos bibelots: lámparas, copas, floreros, etc.

Sobre el piano se coloca una ancha jardinera florida; ésta, para evitar el peso, puede ser de flores artificiales.

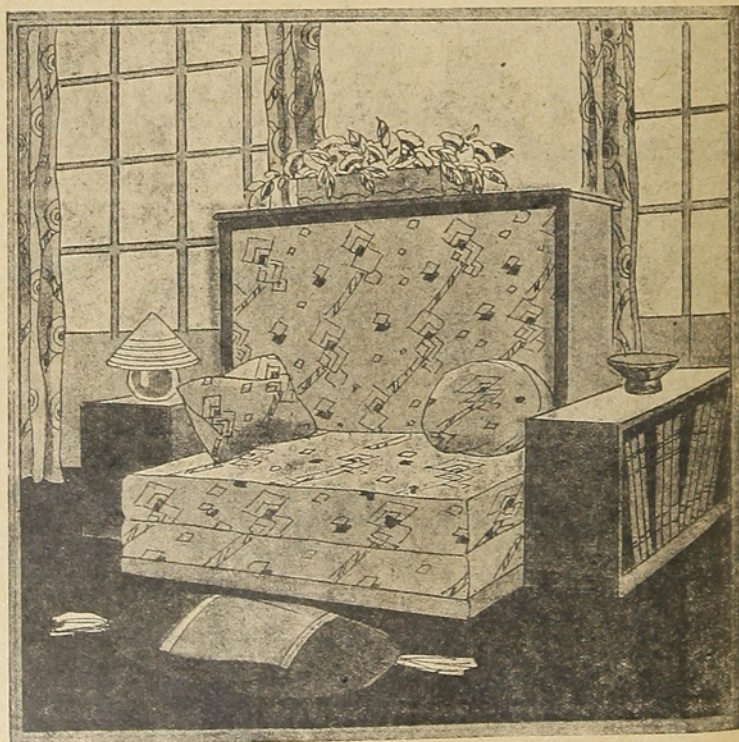
El conjunto puede situarse entre dos ventanas o en el ángulo de una pieza.

De todos los muebles, el piano es el más difícil de emplazar. No hablaremos del piano de cola, que exige piezas muy vastas, muy en desacuerdo con los departamentos actuales, pero si del piano corriente, de forma si se quiere inestética y reñida con todo mobiliario antiguo o moderno.

Pueden presentarse dos disposiciones, de las que trataremos de sacar el mayor partido decorativo. El piano, visto de frente y de revés.

En el primer caso, se le podrá encuadrar entre dos muebles, que servirán de estantes para la música, teniendo la parte superior abierta para colocar la música empastada y la inferior con puertas o cortinas para la que esté en rústica.

Sobre cada mueble, una lámpara con pantalla proyectará su luz, el todo so-



La gente que todo lo pide prestado

—He olvidado mi pluma fuente, ¿quiere prestarme la suya?

—Querida amiga, soy una auturrida, he salido sin paraguas, ¿tiene usted uno que me proporcione?

—No me figuraba que hacía tanto frío, puede usted prestarme un echarpe?

Esta frase se pronuncia a cada instante, en todas partes, y se la dirige a todos los amigos, poniendo así su simpatía, su complacencia y su «savoir-vivre» a contribución. Lo que se considera como un tributo obligatorio de la amistad, como una leve prueba de intimidad fraternal, se debería, por el contrario, evitar tanto como fuera posible, porque el hecho de prestar un objeto del cual se puede tener necesidad es para algunas personas un verdadero sacrificio. La cortesía exige que se acceda en el acto a esta demanda, velada o no, que se nos hace, y que se confíe el objeto deseado con todas las apariencias de buen humor. Por supuesto que no nos ocupamos en este momento y en este lugar de los préstamos de dinero y de joyas que salen del dominio de la cortesía y que son de un orden especial. Nosotros no hacemos alusión sino a un género de obligaciones que se llevan a efecto por motivos frecuentes de amistad.

Hay una categoría de gentes aturdi-

das, mal educadas, que no dudan jamás en abusar de la cortesía y amabilidad de sus amigos para obtener de ellos los objetos de los que han hecho dejación de proveerlos, objetos que piden prestados imperiosamente, como si ellos fueran los legítimos dueños. Cuando ya nos hemos dado cuenta de la clase de personas con quienes tratamos, estamos en nuestro justo derecho de darles una dura lección, sea rechazándoles perentoriamente el objeto pedido, sea diciéndoles:

—Helo aquí. Quédese con él. Yo no presto nada. Doy.

Es raro que con este sistema no obtengamos alguna tranquilidad y un regalo de poco valor; ofrecido de una manera despreciativa, nos puede librar, por algún tiempo al menos, de una serie de préstamos enojosos, y de un «amigo» bien poco delicado.

Es preciso, si se está verdaderamente en la necesidad de pedirle a un amigo o a una amiga que nos preste un objeto cualquiera, hacerlo solamente en caso que este préstamo no ocasione ninguna molestia, y entonces, con franqueza, sin vueltas ni perifrasis. Es, por ejemplo, de mal gusto decir: «Hágame usted el favor de prestarme un abrigo. Supongo que no temerá usted que yo me quede con él». O, todavía: «Usted

sabe que se lo cuidaré». Se sobreentende que devolveréis el abrigo lo más pronto posible y tomaréis las mayores precauciones para que vuelva intacto a las manos de aquel o de aquella que os lo ha confiado.

Aún si la persona que ha prestado un objeto es un amigo íntimo, o una amiga de la misma calidad, debe siempre, al devolvérsele, enviarle algunas palabras de agradecimiento o algunas flores que hacen sentir cómo su complacencia os ha sido agradable.

Por otra parte, la prestadora o el prestador, dará muestra de mala educación apresurándose demasiado a pedir la devolución del objeto pedido. Su reclamo querrá decir: «Desconfío de usted. Usted, sin duda, pretende conservar mi paraguas». Es preciso esperar, por mucho que el objeto nos haga falta, a que el amigo o la amiga nos lo devuelvan voluntariamente, y no reclamarlo hasta que haya pasado un tiempo bastante largo. En tal caso, más vale hablar que escribir. Se desliza una palabra en la conversación y se insiste levemente si esa palabra no ha sido comprendida; así se evita la gravedad que toman las palabras cuando están escritas.

En suma, vale más prevenirse al salir de su casa y tomar todas las precau-





ANTES **DESPUES**

Rodillo para el semblante.

\$ 20.-



UNA SILUETA FINA ES ELEGANTE

EL AUTO-MASAJE CON EL

HEWA SAUG-ROLLER

Elimina Obesidad, Diabetes, Reumatismo, Gota y Arterioesclerosis.

\$ 50

FABRICA DE ARTICULOS DE GOMA
DE JULIO HEERWAGEN

SANTO DOMINGO, N.º 2048

CASILLA 3665 — TELEF. 88915

\$ 50

ciones necesarias, para no tener que imponer a sus amigos la molestia de prestarnos cualquier cosa. Por mucha buena voluntad que ellos pongan, pensados que forzosamente deben temer que le devolváis el objeto deteriorado, y que, a veces, les imponéis un gasto inútil, si ellos necesitan al mismo tiempo el objeto que os han prestado, y que tienen que comprar inmediatamente.

Una cosa que se presta con más facilidad son los libros. Es raro que se devuelvan los libros prestados. ¿Por qué? Los libros se compran, y se compran muy caros. Además, son preciosos para el que los posee. La ligereza con que ciertas personas se hacen una biblioteca a expensas de sus amigos, es incomprensible. Pedir un libro y no devolverlo, parece una cosa muy natural a un gran número de gentes. Jamás se dicen que su negligencia es hermana gemela de la indelicadeza, y que, en cuanto se ha leído, el libro debe volver a las manos de su propietario, y volver intacto. Porque nada es más grosero, nada es de más mal gusto que manchar las cubiertas o las páginas de un libro prestado. En caso que involuntariamente nos ocurra un accidente, una mancha de tinta, un desgarrón hecho un niño, etc., en tal caso y sin vacilar, como haramos con un abrigo que se nos hubiera roto, o con un paraguas que se hubiera quebrado, no hay más remedio que comprar un nuevo libro. Aquel que nos procura el placer de leerlo, debe recibirlo en el mismo estado en que nos lo ha confiado.

Cuanto nos sea posible, debemos evitar aceptar préstamo alguno de personas de pocos recursos. Su corazón, su buena educación, los llevan, a veces, a ofrecer a los amigos más ricos que ellos el préstamo de una cosa indispensable a su bienestar; estos amigos tienen el deber de rehusar gentilmente, sin explicar, sin hacer sentir la razón de su rechazo, y de dar las gracias como si hubieran aceptado la amabilidad que se les ha querido hacer.

Es muy delicado proponer en préstamo objetos de uso personal, zapatos, guantes, ropa interior, y más delicado aún pedirlos prestados. Para ello debe haber una gran dosis de tacto, sea en la

ROMANCE DEL NIÑO INFELIZ

Qué bueno, tener un muñeco de cuerda; un tren, por ejemplo, que fuera corriendo por toda la casa, corriendo, corriendo, ¡mala que los trenes de veras que van por los pueblos.

¡Qué bueno estaría cargado mi tren de muñecos!

Haría una casa muy grande llena de letreros con todas las cajas que tengo guardadas en donde vinieron todos mis zapatos cuando fueron nuevos. Haría una casa que fuera la estación de mis brazos muñecos. Un día de lluvia, uno de esos días eternos, de invierno, cuando ya no sirven los zapatos míos porque ya las suelas se están concluyendo, tres de los cristales, mirando los trenes que llegan al pueblo mientras que la lluvia se encharca en el suelo, desarmar la cuerda de mi tren expreso.

Y ver cómo sobran y sobran las piezas cuando ya de nuevo, quiera componerlo, y ponerme a llorar, sufriendo como en aquel día, sobre mis muñecos.

Pero yo soy pobre y sueño que tengo muñecos. ¡Malhayan los Reyes que no los trajeron! Qué bueno, tener un muñeco de cuerda... ¡Un tren por ejemplo!

Julio Sigüenza Martín.

oferta, sea en la demanda, una intimidad muy grande entre el que presta y el que acepta el préstamo, y los objetos no serán devueltos a su propietario sino después de haber pasado por la casa de la lavandería o la tintorería.

Pero todavía, semejante complacencia no puede concebirse sino en caso de amistad o lazos verdaderamente fraternales, y todo esto no excluye ni la carta de agradecimiento ni el envío de las flores. No porque se es amigo íntimo hay derecho para olvidar la cortesía; al contrario, ella aporta en la amistad una gracia más.

MARGARITA MORENO.

El traje de dos piezas de sport predomina en París

A pesar de todas las predicciones en contra, el «dos piezas» se mantiene en el favor del público.

En el invierno pasado se nos aseguró que estaba en las postrimerías. Sin embargo, apenas llegada la primavera y verano, ha aparecido de nuevo. En Jersey, en las sedas más pesadas de la variedad del shantung y en algunas lanas suaves, el «dos piezas» reaparece en modelos más o menos clásicos, pero que tienen algún motivo que lo modernizan. Para el golf, para caminar o para automóvil es tan popular como antaño. En Le Touquet vi un precioso traje en tussiny en tono color tilo, adornado a un lado de la blusa y alrededor de la línea del talle con rayas blancas, negras y verde almendra. La falda tenía el plis-sée clásico. Otro modelo «tres piezas» de sport era en crêpe marocain verde almendra, con falda y chaqueta adornada con nervures horizontales y con sweater blanco que completa el conjunto.

Nicole Groult tiene un modelo interesante en jersey beige claro, bordeado en el ruedo con una raya angosta roja y negra. El sweater tiene rayas debajo de la cintura y en las mangas en rojo azul y negro. Este es el traje ideal para golf.

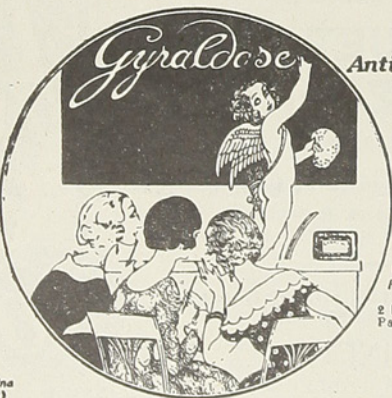
El «dos piezas» queda muy bien debajo de un modelo de tapado de sport en tweed u otra lana suave, y se exhiben algunos modelos muy ingeniosos en que el tweed del tapado se emplea para la falda del traje.

Algunos conjuntos se completan con una boina en el tweed del traje, lo mismo que la cartera. Un modelo muy elegante era en cibelya, uno de los tweeds de Meyer, en rojo, negro y blanco. En vez de un saco este conjunto tiene una capa larga que llega casi hasta el ruedo del vestido. Tiene un chaleco en jersey cruzado; en tanto, la boina como la cartera son en tweed. Cada día es mayor el tiempo que se emplea en las excursiones y en el sport, de manera que el traje sport es cada vez más necesario, y ya sea en seda jersey o tweed conserva sus líneas sencillas y prácticas, que ya se han hecho clásicas.

GYRALDOSE

M. R.

para la higiene íntima de la mujer



La GYRALDOSE

se presenta en forma de polvos o de comprimidos. Es un producto antiséptico, no es tóxico ni caustico, descongestiona y desinfecta, es microbicida, compuesto a base de povidona, de ácido tímico, de trioximetileno y de alúmina coloidal. Le emplea mañana y tarde toda mujer consciente de su higiene.

Antiséptico y Perfumado

Establecimientos CHATELAIN
Procedentes de los hospitales
de París
2 bis, Rue de Valenciennes
París, y todas las farmacias

Agentes:
ARDITI & CORRY
643 Moneda
SANTIAGO

Comunicación
a la Academia de Medicina
(14 de Octubre de 1913)

La GYRALDOSE da belleza y cohesión

Base: Acido Tímico y Povidona.

SILENCIO... POR VICENTE DIEZ DE TEJADA

La condesita de los Volmires — aquella cabecita locuela y adorable — apareció en el salón de confianza, henchido ya de íntimos, que al olor de la noticia habían acudido como abejas al de la melaza.

Entró, como siempre, aturrida y locuaz, ofreciéndonos el regalo de su figurita grácil, esbeltísima, acendradamente aristocrática. Sus deditos de marfil, señoriles, florentinos, cuajados de pedería, según la moda al uso, recogían, zalameros, la falda larga y angosta de la dama, traba de sus menudos pies de gaditana virgencita.

Estaba encantadora aquella monada de mujer, aérea filigulina, a quien Sevres brindaría, galante y cortesano, los esmaltes de su paleta y los besos de sus hornos.

Nos levantamos todos para recibirla: amorosos y enamorados los hombres, recelosos y envidiosillas las damas, y ella, repartiendo sonrisas, besos y apretones de manos, se adueño de todos, uno por uno, con su garrulo parloteo, seductor, incoherente...

—Señores, acabo de saberlo en San Ignacio y me he plantado aquí en un vuelo. Hola, Gorito... Lili... Marqués... Panchito, tu madre mejor, ¿eh? Ya lo he sabido. Enrique, ya está arreglado aquello, ¿sabes? Me lo dijo ayer el ministro; pero tendrás que soltar la mosca... Querida Lulú, estás monísima... ¡Ay, sí! Dejarme que me siento... ¿Y Nonita? ¿Dónde está Nona? —Figúrate, la pobre... ¡qué golpe!... Allí ha ido ahora mismo. Han vuelto los médicos... ¡Está de econsoladísima!... —¡Jesús! ¡Pobre Nona! ¡Tanto como nos queremos!... ¿Y se sabe algo?... ¿Es grave la cosa?... —¡Gravisima! Como que no será nada...

—Tú, loco, guárdate tus chistes de almanaca para mejor ocasión. —Se habla de paquitos vasculares... de radiales... de “cubitos”... Yo no entiendo de esto... —Como que “esto” entra de lleno en el campo de tus vastos “desconocimientos”... —Te agradezco el arañazo, y te repito que no será nada. Nona está monísima tomándolo tan en serio... Y tenía que haber sido a muerte, pero aquello de las condiciones de inferioridad, ¿sabes?... De buena se ha librado!...

—Pero ¿por qué?, ¿por qué?, es lo que yo pregunto... —Por nada, hija. Por imprudencias de Fernando... Parece ser que se hablaba de Tina Cardona.

—¡Oh, qué empecatada chiquilla esa! —Repara, divina moralista, que Tina es prima mía... —Os acompaño a entrambos en el sentimiento.

—Llegó la conversación a un punto verdaderamente... “climaterico”, ¿sabes? Y el bobo de Fernando, en vez de callar o hacerse el distraído, parece ser que se sonrió y echándoselas de pillín, dijo: “¡Ya!” Mira tú qué cosa: “¡ya!”

—No; Fernando estuvo verdaderamente procaz, agresivo. —Eso fué después. El principio fué tal y como yo lo refiero: una sonrisita y un “¡ya!” todo lo seco o todo lo mojado que quieras, pero un “¡ya!” redondo. Di que Pomares estaba loco y, buscando ocasión de lucirse, le dió por llamar ofensa a aquella frase tan inocente. “¡Ese “¡ya!” es una insolencia, Fernando!” ¡Figúrate tú cómo se pondría Fernando al oír esta salida de tono! Como si lo hubieran pinchado, replicó violentísimo: “¡El insolente y el mamarracho eres tú!” “Yo soy quién va a hacer que te tragues esas palabras”. “Estoy a tu disposición...” Y por rápidamente que quisimos intervenir, era ya tarde.

—Estuvisteis oportunistas...!

—Pero, hija mía, si aquello fué un rayo... ¡Como que por milagro no se abofetearon!

—Luego diréis que somos las mujeres las que manejamos las tijeras.

—Te aseguro que no se cortaba sayo alguno en aquel momento. Sólo por la sonrisa y por la palabra de Fernando fué todo. Ya ves tú: por una sola palabra, ¡qué casi no es palabra!... Arreglamos la cosa allí mismo, con el mayor secreto, y esta mañana, en la Cortadilla, Pomares, de un floreteado, ha atravesado a Fernando el antebrazo derecho...

Entonces el viejo marqués de Aldihuena, allí presente, intervino en el debate, y con gran admiración de todos, medió, diciendo:

—¿Y extrañan ustedes que por una palabra, que casi no es palabra, acompañada de una sonrisa, haya ocurrido este incidente que todos lamentamos...? Pues yo sé de algo más raro y más estúpido que todo esto. No se trata de una frase ofensiva, ni siquiera mortificante, escapada de una boca irreflexiva o maldiciente, ni siquiera de una palabra “que casi no es palabra”, ni aun de una sonrisa. Algo menos que todo esto dió origen en cierta ocasión a un desagradable suceso, que tuvo las más trágicas consecuencias...

—¿Menos que una palabra, marqués?

—¿Menos que una palabra!

—¿Menos que una sonrisa?

—¿Menos que una sonrisa!

—¿Una mirada, acaso?

—Una mirada hubiera sido un mundo de improprios.

—¿Qué hay menos que una mirada?

—Nada: la impasibilidad, el silencio.

—¿El silencio?

—Sí, el silencio “absoluto”, correctísimo, de buen tono, que en aquel trance era cruel, mortificante, ofensivo...

—Que era boca que sonreía, ojo que guiñaba, lengua que hiebre, frase que ultraja, guante que abofetea. No se me olvidará jamás aquella escena, que si hoy puede ser referida cambiando nombres de personas y de lugares, no tendrá asilo en mis memorias para que al relacionarla con hechos de mi vida no descubra el tiempo lo que yo deseo que se olvide en brazos de la eternidad...

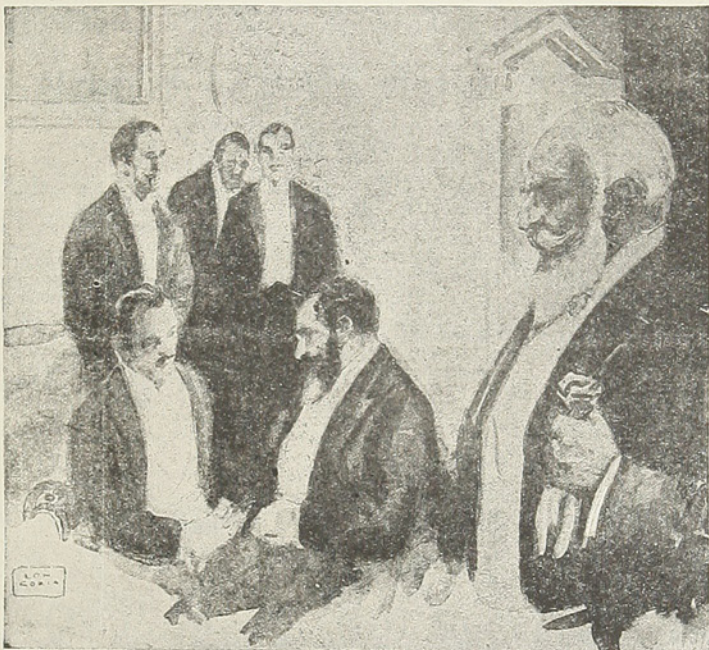
Un amigo mío estaba de embajador en la China... más lejos aún: en el Japón; aún más lejos, lejos, lejos: en Madrid, dando la vuelta al mundo. Persona de exquisita corrección y de honorabilidad a toda prueba, este amigo mío conservaba incólume el brillo de los viejos timbres heredados de sus mayores, juntamente con los conquistados por su brazo y por su talento.

Este noble prócer tenía un hijo: el Judas que suele presentarse en las familias más puras y acendradas.

El mozalbete, en cierta hora menguada, había cometido una villanía, una de esas acciones que, cual ácidos corrosivos, manchan, roen y destruyen cuanto cae bajo la voracidad de sus besos...

El chico estaba oficialmente a las órdenes de su padre. Su Majestad el emperador, enterado minuciosamente del suceso — que oculto en el misterio yacía — llamó al embajador, mi amigo, y con cariño de hermano, pero con autoridad de padre, aconsejó y exigió a éste el inmediato remedio al mal causado... Nada se sabría, y el hijo calavera desertaría de la corte con cualquier pretexto.

Mortal fué el golpe para mi pobre amigo, y sólo halló fuerzas para soportarlo en lo oculto y enterrado que el suceso habría de quedar... El mismo abandonaría también su pues-



—Fué tan rápido, tan profundo, nuestro mutismo, que en él vió el embajador claramente...

to más adelante, renunciaría a todo, se encerraría para morir de dolor, envuelto en los jirones de su deshonra, en uno de sus viejos castillos, ingentes en extrañas tierras...

Alguien más que el emperador y su confidente conoció el hecho, pues pocas horas después, filtrado por mordaces diestecillos femeniles, lo sabíamos todos... ¡todos! Y la honra, hasta entonces immaculada, de aquella ilustre familia rodó por los suelos y anduvo pisoteada por los salones.

Por la noche de aquel día — del día en que estalló la bomba del escándalo — en la rotonda del fumoir de un palacio quedábamos rezagados media docena de amigos con el dueño de la casa. Comentábamos el caso — ¿de qué, si no de ello, se hablaría? — y según la grandeza de nuestros corazones, censurábamos, execrábamos o compadecíamos al autor de la vileza, con ese agrieldice apetitoso de la murmuración y con ese misterio pusilánime de lo impío y de lo vedado.

Cuando más animada era la discusión y más vivos los comentarios, una de las puertas del fumoir, que se abría a la serre, vomitó la severa y abrumada figura del noble embajador. Todos le miramos sorprendidos, y con la cobardía del malsin, que muerde sólo por la espalda, callamos ante la presencia del despellado, que, con su autoridad suprema, im-

puso rápido y absoluto silencio a nuestras bocas, anudando nuestras lenguas, sellando nuestros labios...

Un fenómeno curioso y digno de observación: todos nosotros, "caballeros sin tacha y sin miedo", tácitamente nos declaramos cobardes y villanos, y nos lo confesamos mutuamente, con intimidad descarada de cómplices que no han menester ya de la careta...

Fue tan rápido, tan profundo nuestro mutismo, que en él vió el embajador claramente la realidad de lo que ocurría... También él, con el mayor disimulo, temblando de terror, inquiría, husmeaba, ventaba los aires, temiendo hallar en ellos el rastro de la violación de su secreto, la cruenta huella de su honra, arrastrada por los pedregosos, por los punzantes senderos de la maledicencia...

¡Rasgado estaba el velo que ocultaba su secreto, público era el hecho, cierta su deshonra!

Y mirándonos con miradas que taladraban, lo vimos palidecer primero; enrojecer después, y caer, por fin, a nuestros pies, fulminado por una apoplejía.

"Nadie, nada" lo mató: ni frase, ni palabra, ni mirada, ni gesto, ni sonrisa...

¡Lo mató nuestro silencio...!

LA EMPLEADA QUE PASA A SER ESPOSA

El jefe de una buena empleada rara vez se atreve a desahogar su mal humor y sus nervios sobre ella, como lo hace en presencia de su mujer apenas algo le resulta al revés de como esperaba, o porque está cansado y disgustado. Tampoco se atrevería a proferir los insultos en su casa, a la secretaría como culpa a su mujer por todo cuanto sale mal. Por el contrario, habla amablemente a la señorita Z. y sabe respetar sus pequeñas rarezas, cuando tiene que llamarle la atención sobre alguna falta u omisión lo hace con mucho tacto.

Y esta diferencia en el tratamiento no proviene precisamente de que prefiera a la señorita Z. sobre su esposa,

sino sencillamente de que el hombre considera a la esposa, como una especie de Egipto, propicio para desatar sobre él las siete plagas en cuanto le ataca la ira y su casa algo así como un Olimpo, en que puede relampaguear y tronar en calidad de omnipotente. No cree necesario portarse cortemente con su mujer porque supone que ésta tiene obligación de soportar todas sus explosiones.

Cuando un hombre de negocios llega a encontrar una empleada verdaderamente útil, no vacila en demostrarle su gratitud y confianza. Dice que le paga el sueldo con muchísimo gusto; no espera nunca que trabaje sin cobrarle, ni espera que le dé las gracias

por ese sueldo como si se tratara de una limosna. Se consideraría deshonrado si le robara su trabajo.

Sin embargo, el hombre no tiene en cuenta el trabajo de la esposa, las comodidades que le proporciona en el hogar, el cuidado que presta a los hijos, la representación que le da en la sociedad, el dinero que le ahorra. Por espléndido cuando le compra y obsequia cosas que son absolutamente necesarias.

Es curioso, pero aún entre esposos que dicen quererse mucho, sucede casi siempre que el marido trate a la mujer con muchas menos consideraciones de las que usaría al tratar a una empleada muy útil.



Correspondencia de París

El amor y el dinero

En mis charlas, varias veces os he hablado de la fálida de los divorcios en los Estados Unidos, mis queridas lectoras, facilidad que transforma el matrimonio en un compromiso precario y sin dignidad.

He constatado el hecho y extraído conclusiones todas ventajosas para nosotras, a pesar de que se nos acusa de pertenecer a una nación disoluta, confieso que no comprendo exactamente la causa de esta epidemia de divorcios.

Recientemente hemos tenido en París la visita de un personaje que se intitula: Rey del Divorcio. Como sabéis, existen muchos reinos en esta democracia: rey del hierro, rey del petróleo, rey de las stylo, rey del tóxico, de las conservas, de las agujas. Pero no esperaba este reinado imprevisto: el del divorcio.

El rey del divorcio no es un señor que ha establecido personalmente el record de la separación y que se ha casado una veintena de veces... No, el rey del divorcio es un sujeto que fabrica divorcios a vuelta de brazos, como otros manufacturan autos o huevos sintéticos, pues existen usinas de huevos en los Estados Unidos.

El rey del divorcio es un abogado que cuenta con millares de divorcios en la conciencia, de tal manera que ha asimilado absolutamente el dominio de tales materias.

Parece que hubiera encontrado un eufemismo encantador para designar su comercio: separar los cónyuges, significa para él extinguir los incendios del hogar.

—Mi gran mérito — ha declarado — consiste en haber modificado las leyes en el Estado de Sonora, en Méjico. Es todavía mucho más fácil conseguir un divorcio en esta provincia mejicana que en el Dakota y el Nevada, estados americanos, sin embargo, reputados por las facilidades extremas que ofrecen a los matrimonios deseados de reconquistar su libertad. En Sonora, se obtiene el divorcio en el corto plazo de un día! — También, — es aún el rey del divorcio quien habla, — éste país conoce una prosperidad extraordinaria: los americanos vienen en masa. Hasta para las formalidades encuentran al juez en el muelle o el foyér de la Estación.

Esto llega a resultar irrisorio, pues más que un asunto serio, más parece una representación de vaudeville o de opereta.

Las causas más ridículas son aceptadas como motivos apremiantes: basta que una mujer declare que adora la T. S. F. y que su marido no pueda sufrirla; o que un señor sea adorador de la crema de chocolate, y su mujer haya prohibido a su cocinera de hacerla figurar en el menú. Queda con tales causas infantiles, demostrada la incompatibilidad de caracteres, y el divorcio del Estado de Sonora es también válido en los Estados Unidos.

Interrogado el rey del divorcio, respecto de la causa a que él atribuye tan extrañas costumbres, que parecen tan

chocantes a la vieja Europa, él ha respondido:

—La desgracia proviene de que éste país es demasiado rico...

He aquí la causa inicial de tan anormal concepción del matrimonio; existe en Estados Unidos una enorme cantidad de personas que se enriquecen con demasiada facilidad. El dinero así adquirido los extravía, la posibilidad de satisfacer los menores caprichos, resta todo el interés que para los demás tiene la existencia, y los conduce a un estado de laxitud y de enervamiento, que los induce a buscar placeres siempre nuevos. Es entonces una carrera loca, desenfrenada hacia los placeres más extravagantes, las alegrías más dispendiosas...

El ritmo de la vida se acelera cada día más, se interna en un torbellino frenético, se pierde la sana noción de las cosas... Al perseguir siempre nuevas quimeras, se adquiere la convicción peligrosa de que la variedad en todo orden de cosas forman la regla y el medio que conduce a la verdadera felicidad.

Se casa por azar, por capricho, sin penetrar los caracteres, sin cuidarse de los méritos sólidos que forman las uniones sanas y durables... ¿Por qué preocuparse de tales banalidades, puesto que las costumbres toleran en una parte de la sociedad opulenta el divorcio con la misma rapidez que el matrimonio mismo?

Existe además, para explicar el gusto por el divorcio en la clase acomodada, la temible embriaguez de los felices de la tierra, que, severa desde la prohibición en uno y otro extremo, suprime todo control moral en incontables personas.

Precisa reconocer que existen mucho menos divorcios en la clase media, donde la mujer es a menudo la colaboradora de su marido, en tanto que las esposas de los grandes amasadores de fortunas, de los grandes figurones, sólo se ocupan de sus toillettes, de sus perlas, de sus fantasías, abandonándose a excentricidades que no siempre son de un gusto perfecto, ignorando en absoluto las actuaciones de sus maridos, a quienes consideran tal vez demasiado como banqueros, destinados a satisfacer sus mil caprichos de niños mimados.

Se tornan fantásticas, autoritarias, lunáticas, y esto es aún otra causa de divorcio.

No envidiemos, queridas amigas, los millones de los americanos tan rápidamente enriquecidos... Ellos conocen los placeres — tan falaces en el fondo, y que tan pronto se tornan inspidos, — personas para quienes no cuenta el dinero, pero que se fastidian lamentablemente, llevan en su interior la nostalgia de la ausencia del hogar, que constituye la verdadera felicidad.

Esta es la revancha de la dulce mediocridad, la revancha de las virtudes burguesas!... Sufrir juntos, afrontar unidos las luchas y reveses de la vida, hé ahí lo que refuerza el amor criando lazos indisolubles... Si, los millonarios pueden compararlo todo, salvo el amor...

Y no consiguiendo el verdadero amor, sino una ridícula parodia, vivirán siempre solos, siempre huérfanos de afectos, de la verdadera y única felicidad.

MARTINA

UNA DIGESTION SIN DOLOR

Si su digestión no se efectúa fácilmente, si sufre usted dolores de estómago, después de las comidas, tome la Magnesia Bisurada. Los disturbios digestivos frecuentemente tienen su origen en un exceso de elementos ácidos y para que la digestión sea normal y sin dolor es esencial combatir esa hiperacididad. Una sal alcalina tal como la Magnesia Bisurada, es por lo tanto muy indicada en estos casos, puesto que no sólo neutraliza el exceso de acidez sino que también protege los delicados epitelios del estómago contra la acción irritante del jugo gástrico hiperácido. La Magnesia Bisurada (M. R.), de venta en todas las farmacias, es suprema para hacer desaparecer las eructaciones ácidas, ardores, flatulencias, pesadez e indigestiones en todas sus manifestaciones. Base: Magnesia y Bismuto.



La crema VYTT es un Depilatorio Inglés único en calidad para hacer desaparecer el pelo superfluo. Sólo una delgada capa de VYTT sobre el vello y éste desaparecerá en unos pocos minutos.

VYTT se remite por correo, enviando \$ 7.50 en sellos o giro postal a L. J. Webb, Casilla, 1161, Santiago. También se vende en todas las boticas y perfumerías, a \$ 6.50.

Base: Calcium Sulphhydrate, Carbona Almidón, Perfume, Agua. M. R.

VYTT

Las más lindas cartas de amor

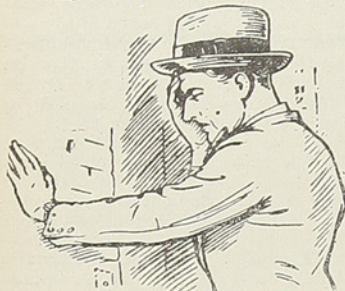
DE JORGE SAND

A ALFREDO DE MUSSET

El amor es la felicidad que mutuamente nos damos.
¡Oh Dios, oh Dios! ¡Y te hago repro-

VAHIDOS Y ATURDIMIENTOS

LA ENFERMEDAD DE LOS RÍÑONES AFECTA TAMBIÉN LOS NERVIOS



ESTE MEDICAMENTO QUE DATA DE MÁS DE CUARENTA AÑOS LE HARA SENTIRSE ALIVIADO

Puede ser que la mayoría de hombres y mujeres que se quejan de vahidos, dolores en la espalda, coyunturas y músculos, e irritabilidad, pérdida de vigor, no se den cuenta que es muy probable que su enfermedad provenga de los riñones.

Los riñones son órganos vitales, pues de ellos depende la pureza de la sangre y, por lo tanto, el estado de los nervios y músculos. Cuando los riñones fallan, los venenos se acumulan en la sangre, causando dolores en los músculos y articulaciones; en consecuencia, los nervios llegan a desgastarse e irritarse causando la debilidad y los vahidos.

¿Qué bien pueden hacerle los tónicos en esos casos? ¿Para qué debilitar su cuerpo con purgantes, cuando el medio más seguro y lógico para restablecerse y conseguir salud y vigor es restablecer el funcionamiento normal de los riñones?

¿Sabe Ud. que miles de personas han comprobado que después de seguir un breve tratamiento con las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga, se hallaron en el sendero de la salud?

Miles de personas recomiendan este medicamento, que se vende por millones en el mundo entero.

PRUEBE ESTE MEDICAMENTO GRATIS

Para que Ud. pueda comprobar por sí mismo su verdadero calor, le ofrecemos una muestra gratis de las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga, que tienen fama de cuarenta años.

Cuando Ud. haya recibido su obsequio, y después de 24 horas haya observado, por el cambio de color en la orina, que las Píldoras De Witt han empezado a hacerle bien, pase Ud. a la botica, compre un frasco y póngase en camino de recobrar la salud. Solicite su tratamiento hoy mismo. Escriba su nombre y dirección completa en una hoja de papel y diríjale a E. C. Witt & Co. Ltd. (Dpto. P. Todos). Casilla N.º 3312. Santiago de Chile.

Píldoras

DE WITT

para los Riñones y la Vejiga

(Marca registrada)

FORMULA: A base de Extracto Medicinales de Fichu, Buchu, Enebro y Uva Ursi como diuréticos y Anil de Metileno como desinfectante.

ches, a ti, que tanto sufres! Perdóname, ángel mío, amado mío, mi infortunado. Yo también sufro mucho, y no sé a quién dirigirme. Y me quejo a Dios, pidiéndole milagros, que no hace, pues nos abandona. ¿Qué será de nosotros? Sería preciso que uno de nosotros tuviese la fuerza necesaria para amar o para curar; y no te engañes: no tenemos ni la una ni la otra, ni uno más fuerza que el otro. Tú crees que aún puedes amarme, porque tienes esperanza todas las mañanas, después de haber renegado todas las noches. Tú tienes veintitrés años, y yo treinta y uno, con un enorme fondo de desgracias, de sollozos, de desgarramientos, detrás de mí. ¿Dónde vas? ¿Qué esperas del aislamiento y de la exaltación de una pena tan aguda? ¡Ay! Heme ya cobardes y flácida como una cuerda rota! ¡Heme ya por tierra, revolcándome con mi desolado amor como si fuera un cadáver, y tal es mi sufrimiento, que no puedo alzarme para enterrarlo o para resucitarlo. Y tú quieres vivir y azotar tu dolor; ¿no te basta lo que ves? Yo, por mi parte, no creo que haya nada peor de lo que experimento.

Pero, ¿aún esperas? ¿Crees poder erigirte? Si; recuerdo lo que dijiste: que cogerías tu dolor cuerpo a cuerpo y saldrías victorioso de la lucha, si de un golpe no perdías la vida. Pues bien; si eres joven, eres poeta; estás lleno de fuerza y de belleza. Intentalo. Yo voy a morir. ¡Adiós, adiós! No quiero separarme de ti; no quiero adueñarme de ti; no quiero nada, nada; estoy con las rodillas en tierra y el cuerpo rendido. ¡Que nadie me hable nada! Quiero abrazar la tierra y llorar. No te amo ya, pero te adoro siempre. Para nada te quiero, pero no puedo vivir sin ti. Sólo un rayo, desde lo alto podría curarme aniquilándome. Adlós. Quédate, márchate; pero no digas que no sufro. ¡Sólo eso puede hacerme sufrir más; amor mío, vida mía, entraña mía, hermano, sangre! Márchate, pero máteme al irte.

DE JORGE SAND

A ALFREDO DE MUSSET

Venecia, 12 de mayo 1834.

No, niño mío querido; esas tres cartas no son el último apretón de manos de la amante que te abandona; son el abrazo del hermano que permanece contigo. Este sentimiento es demasiado hermoso, demasiado puro, demasiado dulce, para que jamás experimente yo la necesidad de aniquilarlo. ¿Estás tú seguro, niño mío, de no verte jamás obligado a romperlo? ¿No te lo impedirá un nuevo amor como una condición? Que mi recuerdo no envenene tus futuras alegrías, pero no permitas que esas alegrías destruyan o desprecien mi recuerdo.

Sé dichoso, sé amado. ¿Cómo no has de serlo? Pero alérgame en un secreto rincón de tu corazón y visítame allí en tus días tristes para hallar ánimo y consuelo. No me hablas de tu salud. Sin embargo, me dices que el aire de la primavera y el olor de las lilas llegan a tu habitación a bocanadas y hacen latir tu corazón de amor y juventud; eso es un signo de salud y de fuerza, lo mejor que la Naturaleza nos da. Ama, pues, Alfredo mío; ama con toda tu alma. Ama a una mujer joven y be-

lla, y que aún no haya amado; que aún no haya sufrido. Mímalas, y no la hagas sufrir. ¡Es tan delicado el corazón de una mujer cuando no es de hielo o de piedra! Creo que no hay término medio, como tampoco lo hay en tu manera de amar y de estimar. En vano procuras resguardarte con la desconfianza o escudándote con la ligereza de la infancia; tu alma ha sido creada para amar apasionadamente o para secarse por entero. No puedo creer que con tanta savia y juventud puedas caer en la augusta permanencia (1). Saldrías de ella a cada instante, y, a pesar tuyo, llevarías a objetos indignos de ti la rica efusión de tu amor. Cien veces lo he dicho y ha sido inútil que te desdijeras después; nada ha borrado esta sentencia: Sólo el amor supone algo en el mundo. Quizás sea una facultad divina, que se pierde y se encuentra después, que es preciso cultivar o comprar con el sufrimiento cruel, con dolorosas experiencias. Quizás me has amado con dificultad, para amar a otra con abandono; quizás la que venga te ame menos que yo, y quizás sea más dichosa y más amada. ¡Hay tales misterios en todo esto! ¡Nos empuja Dios hacia tan nuevos y tan imprevistos senderos!

¡Déjale hacer; no le resistas! El no abandona a sus privilegiados; los coque de la mano y los coloca en medio de los escollos donde deben aprender a vivir, para sentarlos en seguida en el banquete donde deben descansar. En cuanto a mí, niño mío, mi alma se sereniza y la esperanza llega; mi imaginación agoniza y ya sólo respira ficciones literarias; abandona su papel en la vida material y ya no me arrastra fuera de los límites de la prudencia y del razonamiento. Mi corazón permanece aún y permanecerá siempre sensible e irritable, dispuesto a sangrar copiosamente al menor arañazo. Sin embargo, esta sensibilidad tiene algo de exagerada y enfermiza que no curará en un solo día.

Por primera vez en mi vida amo sin pasión.

Tú no has llegado aún a ese punto; quizás tu último amor sea el más romanesco y el más joven. ¡Pero no asesines tu buen corazón; no lo asesines, te lo ruego! ¡Que totalmente o en parte se mezcle a todos los amores de tu vida, pero que siempre desempeñe en ellos un noble papel, a fin de que algún día puedas, como yo, mirar hacia atrás y decir: he sufrido con frecuencia, me he engañado algunas veces, pero he amado. Soy yo quien ha vivido y no un ser ficticio creado por mi orgullo y mi hastío. He intentado desempeñar ese papel en los momentos de soledad y de repugnancia, pero sólo para consolarme de estar solo; cuando yo era dos, me abandona como un niño, me hacía tonta y buena como el amor quiere que seamos.

(1) Es una palabra que Planché empleaba a menudo y con la cual ella le daba bromas.

Para evitar la Gripe

Aunque no estamos en la mala estación, el temor de la gripe persiste. Sé bien que es un poco temprano para hablar de ella, porque es por ahí en mayo o junio cuando comienza a hacer estragos, pero la creo muy capaz de adelantarse para cumplir su funesto encargo, aunque mejor dicho, en nuestro país, se ha hecho ya endémica.

Para saber como evitar la gripe, es preciso no ignorar su modo de contagio. Sabed pues, si no lo sabéis ya, que respirando está el peligro. El germen grippal penetra en nuestro organismo por la nariz.

Evidentemente la mejor fórmula, sería el no frecuentar jamás a los griposos. ¿Pero cómo evitarlos? ¿Cómo huir del toseador o estornudador que proyecta en el aire ambiente parcelas de saliva cargadas pesadamente de microbios griposos? No los huyamos, porque no podemos hacerlo. Solamente pensemos en defendernos, porque la defensa es posible.

Puesto que la nariz es la gran puerta de entrada, sonémonos con frecuencia, ya que sonándonos expulsamos millones de microbios.

Se os recomendará probablemente deslizarlos en las narices aceites o vaselinas. Estos honorables medicamentos están llenos, sin duda, de buenas intenciones, pero yo me pregunto si su presencia no es más molesta e improductiva que útil. La mucosa de nuestra nariz está en efecto admirablemente organizada, y quizás los aceites gomozos que se deslizan en ella inhiben

su función. ¿De qué sirve entonces su riqueza vascular sino es para detener el paso del intruso?

Yo os señalo el argumento. Ahora vosotros podéis naturalmente hacer lo que gustéis.

Si el germen de la gripe penetra por la nariz, le ocurre también entrar por la puerta de abajo, lo que demuestra su astucia, ya que la boca está siempre menos defendida. Así, prudentemente, enjuáguese usted la boca frecuentemente y lávese los dientes por lo menos tres veces al día.

¿El contagio grippal es más frecuente en tiempo de lluvia? No creo, la lluvia purifica la sangre.

Teniente de policía muy psicólogo

No es sólo de hoy que data la moda de que conduzcan las mujeres. Las elegantes del tiempo de Luis XV, cogían ya en las manos las riendas de sus cabriolets, lo que, según parece, ocasionaba no pocos accidentes. Estos parece que llegaron a ser tan numerosos, que su Majestad llamó un día a su teniente de policía.

—Tranquiliúzase, señor, respondió el oficial. Yo conozco el medio de hacer cesar este estado de cosas. Con vuestro consentimiento, voy a lanzar una orden que no permita manejar sino a las mujeres que hallan llegado a la edad de la razón.

Esta medida maquiavélica produjo inmediatamente su efecto. Todas las mujeres cesaron de conducir. Ninguna de ellas había llegado a la edad de la razón...

parfums

forvil

120
Champs-Élysées
PARIS

LES 5 FLEURS FORVIL
E CORAIL ROUGE
A PERLE NOIRE

SE

VENDEN EN

TODAS LAS PERFU

MERIAS Y BOTICAS DEL PAIS

aguas de
colonia
lociones
cremas
polvos
talco

DISTRIBUIDORES

**DROGUERIA
FRANCESA**

HUÉRFANOS 840
SANTIAGO

E.B.

SWEATER BORDADO

Materiales. — 200 gramos de lana blanca, kasha o arena de buena calidad para el cuerpo; 50 gramos de de cada tinte elegidos para el bordado.

El trabajo se ejecuta en punto de jersey en tres partes para el cuerpo y dos piezas para las mangas.

Puede confeccionarse un patrón con las medidas deseadas y trabajar según dicho modelo.

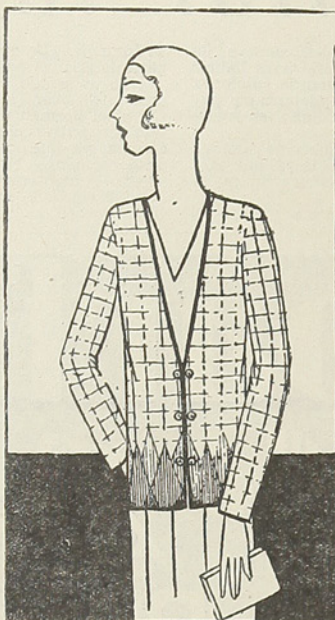
La espalda se empieza de abajo montando el número de mallas de acuerdo con el ancho deseado, generalmente pueden ser 110 a 120 mallas. Esta proporción corresponde a la anchura comprendida entre ambos extremos de debajo de los rebajes de las mangas.

Trabaja derecho hasta donde empieza el rebaje de la manga allí se empieza a disminuir dos mallas al principio de dos corridas seguidas, es decir a ambos lados y en la tercera corrida se disminuirá una sola.

Se seguirá tejiendo hasta formar el hombro, luego se cerrarán las mallas de esta parte de tres en tres, de manera de dar un poco de sesgo. La parte central, o sea el cuello, que constituye de las mallas contenidas en la aguja, se cierra derecho.

Terminada esta parte, se empieza uno de los delanteros, que también se comienzan por la base.

Montar la mitad del número de mallas de la espalda, trabajar hasta una altura de 48 ó 50 cms. y empezar a disminuir de a una malla al principio de cada corrida hasta alcanzar la altura de la espalda; si el descote resulta demasiado exagerado, bastaría para evitar este inconveniente, de disminuir cada dos corridas en lugar de cada una.



Conviene no olvidar el rebaje de la manga a la altura de la espalda.

Cerrar las mallas de los hombros y confeccionar el segundo delantero conforme a éste. Coser ambos unidos a la espalda, por el revés, y en seguida proceder a la confección de las mangas que son derechas y de punto también de jersey.

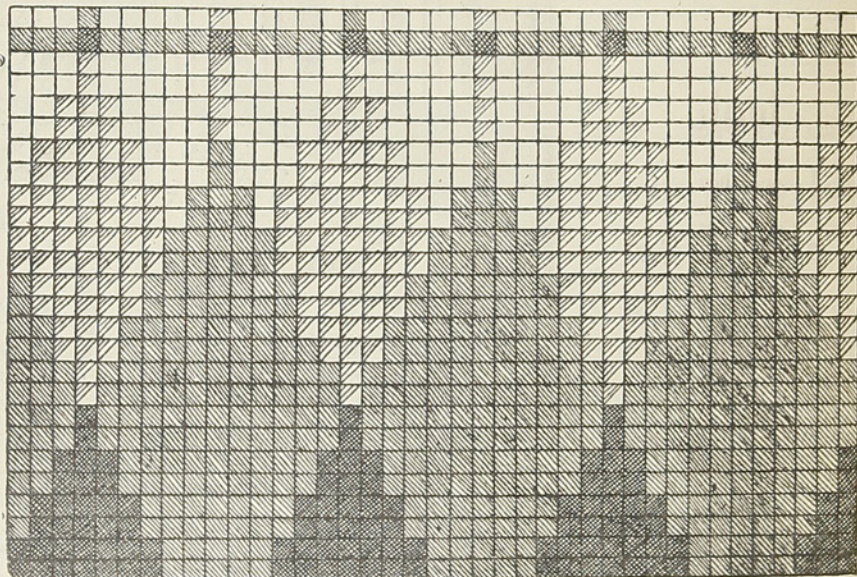
El conjunto del sweater es recubierto de rayados formando cuadros. Estos se obtienen por medio de punto de cruz.

El ruedo es también bordado con punto de cruz.

La variación y detalle de los tintes puede verse en la figura N.º 3.

El rededor de todo el sweater y las mangas se enhiñchan con una cinta de seda apropiada al color del dibujo de abajo del sweater.

Trabajado y siguiendo las instrucciones al pie de la letra, se podrá obtener sin mucho costo un bonito y elegante sweater a la vez tan cómodo y elegante, al par que su confección distraerá los ratos de ocio de las vacaciones.



ECOS FEMENINOS DEL MUNDO

LECHERIAS MATERNALES

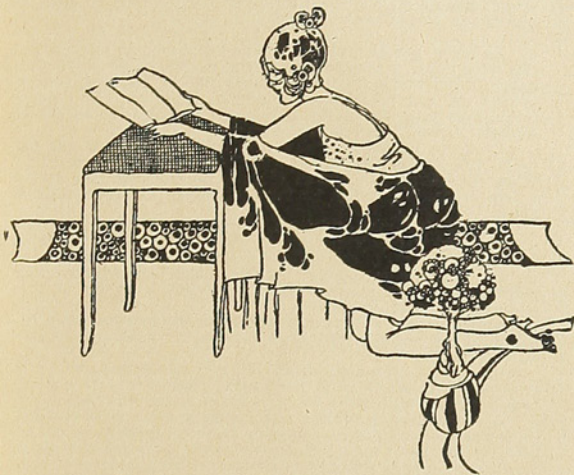
El doctor Hoobler, en los Estados Unidos, acaba de tener una iniciativa puericultural de lo más interesante. Mientras que ciertas madres no tienen suficiente leche para nutrir a sus hijos, otras, en cambio, tienen en tal abundancia, que su hijo no puede bebérsela toda. El doctor Hoobler ha pensado en esta-

blecer el equilibrio, para lo cual a dispuesto ciertas Lecherías Maternales, en que las madres nodrizas que tienen demasiada leche, vienen a vender la que les sobra. Por ayuda de un dispositivo eléctrico se les extrae la leche y este producto, colocado en frascos cerrados, se da gratuitamente a las madres indigentes

y se vende a buen precio a las que gozan de abundancia de dinero.

Las madres buenas nodrizas se hacen así una rentita anual de quince a veinte mil francos, lo que asegura su bienestar durante todo el periodo en que sus ocupaciones maternales les impiden trabajar fuera.

No hay que olvidarse que...



Cuando penetre en los ojos una partícula de polvo u otro objeto extraño, el mejor procedimiento para no sufrir la molestia que ello origina, es cerrar los ojos por algunos segundos y no frotarlos, evitando así que aumente la irritación.

Si un insecto se introduce en el conducto auditivo, el mejor procedimiento para expulsar al molesto visitante es una inyección de agua tibia. También se recomiendan las bocanadas de humo de tabaco.

La irritación de la garganta desaparece si se hacen gárgaras con agua y sal.

Hay dos medios sencillísimos para comprobar si la leche que bebemos es pura o adulterada.

El primero consiste en introducir en el líquido que se quiere ensayar, una aguja de tejer que esté bien pulida. Si la leche es pura, se adherirán a la aguja algunas gotas de líquido, pero si se le ha puesto agua, aunque sea en poca cantidad, saldrá la aguja sin adherencia alguna.

El segundo procedimiento se reduce a tomar un pedazo de papel de estraza y sumergirlo en una taza de leche. Si ésta es pura queda marcada en el papel una raya que señala la línea de la inmersión, de lo contrario, se empapa todo el papel.

Para evitar la picadura de los mosquitos póngase una cucharada de cominos en una palangana de agua durante dos horas y lávese con esta agua.

Quemando esa misma cantidad de cominos en una pieza desaparecerán también los molestos céntifos.

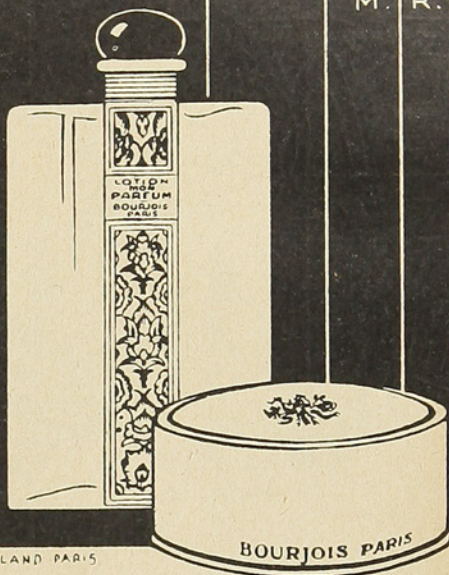
Las escobas nuevas, de paja, deben remojarse en agua caliente y salada, antes de usarlas, dejándolas sumergidas por una hora o más.

Con este procedimiento duran mayor tiempo.

Para Todos—4

BOURJOIS MON PARFUM

M. R.



DORLAND PARIS

LOS PERFUMES
QUE ASEGURAN
PERSONALIDAD

SOLICITE USTED DE SU PROVEEDOR
TARJETAS PERFUMADAS

Concesionario para Chile:

AUGUSTO MEYTRE

VALPARAISO

CALLE O'HIGGINS, 72, 74, 76



PARIS

Los Gustos de los Niños

Hay diversas maneras de preparar el alimento de los niños, y creo que una de las mayores preocupaciones de toda madre consciente de que los bebés tienen también sus predilecciones en este sentido, es la de darles su comida preparada a su gusto, en lo que sea posible, se entiende.

Nunca digo a uno de mis hijitos que *deben* comer esto o aquello; creo que a la fuerza no se puede obtener ningún buen resultado con los pequeños, y todo lo que puede hacerse es tratar de tener en cuenta su gusto individual, y no incurrir en la falta de creer que un niño es *malo* porque no come en seguida lo que le *presentamos*.

La leche, por ejemplo, es uno de los alimentos más necesarios a los niños, y aquellos que hayan pasado de los cinco años, deben tomar por lo menos tres tazas diarias. Ahora, si se comprueba que el niño no puede tomar su leche con gusto, puede prepararse ésta de tantas maneras diferentes, como ser en sopitas, budines, cremas, o con chocolate, etc. etc.

De todos modos, la leche es la bebida más adecuada para el niño; pero debe dársele un hervor antes de tomarla y sobre todo tener muchísimo cuidado de que esté bien fresca y fría antes de hervirla. Es muy conveniente dársela tibia al nene.

Una bebida muy nutritiva, y que por lo general agrada a los niños es el cacao claro, o un buen chocolate también muy claro, mientras que el café o el té aunque sea con leche no son muy recomendables para los bebés, en muchos casos pueden emplearse algunas gotas con leche, si es que el niño se niega a tomarla sola.

También conviene dar a los niños a menudo agua fría y filtrada; no es bueno darles agua hervida, a no ser en los casos de enfermedad.

Nunca en ningún caso, debéis dar una sola gota de vino o de cerveza a vuestro nene si no queréis verlo sufrir de convulsiones o otros males que hasta podrían costarle la vida.

Algunas buenas recetas son las siguientes: empezaré por indicaros los cereales que pueden también prepararse en jaleas, que es como más agradan a los pequeños. Los cereales dan también calor y fuerza al cuerpo y tienen además la ventaja de ser muy nutritivos y al propio tiempo no es alimento caro.

Los más recomendables son las harinas de avena, maíz, arroz, sémola y tapioca.

No deis nunca a vuestro niños el pan fresco; es preferible tostarlo o darles pan del día anterior.

Una papilla, que por lo general consumen con mucho gusto los niños puede hacerse de la siguiente manera: emplead harina de avena, de arroz, de sémola o de tapioca. Echad una cucharada de sopa o dos de agua, y deshaced con una cuchara; luego agregad una taza de leche hirviendo; dejad cocer durante 25 minutos, revolviendo siempre para que no se formen pelotones. Añadid un poquito de sal y de azúcar. Podéis también añadirle una yema de huevo bien batida, al momento de servirlo.

Una manera muy fácil de preparar una jalea de cereales, la que también goza de gran favor entre los pequeños, es echando en una cacerolita con agua hirviendo media taza de cereales, de los que se prefiera, agregando un poco de sal y dejándolo luego al fuego muy suave una o dos horas. Al cabo de este tiempo se cuele caliente y se sirve lo mismo con un poco de leche y azúcar.

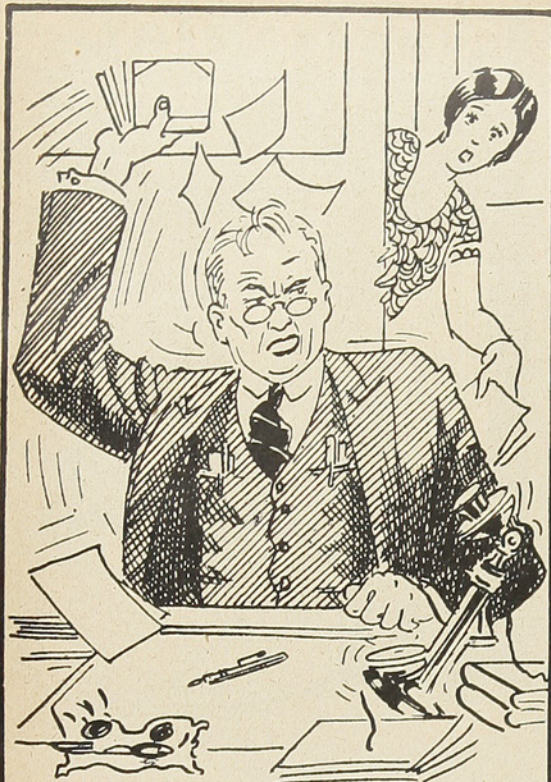
Tratad de tener en cuenta el gusto individual de vuestros bebés.

No hay duda que algunos niños se sienten mucho mejor en invierno que en verano; conozco chiquillos, cuyas mejillas, rosadas en junio se vuelven pálidas en enero, que son activos y alegres cuando sopla el viento frío y malhumorados y perezosos cuando los duraznos están maduros. Esto es desalentador para las madres, porque ellas imaginan que, con la llegada del verano, aumentará la salud y la alegría de la familia.

Y así será; pero sólo si se observan ciertas reglas muy importantes.

Una es no dejar que los niños se cansen demasiado. Y creo que el «adelantar el reloj» en verano no es siempre ventajoso por lo que a los niños se refiere. Y muchas de vosotras estaréis de acuerdo conmigo. Si acostamos a los niños a la hora habitual, siete y media u ocho, sus cuartos están todavía caldeados por el sol. Si los dejamos acostarse una hora más tarde, con la esperanza de que recuperen este tiempo de sueño por la mañana, casi siempre nos decepcionamos, porque los niños se despiertan en cuanto es de día, se hayan acostado tarde o no. Pero podemos hacer algo y es poner cortinas oscuras en los dormitorios, a fin de que las luz no despierte a los pequeños y hacerles dormir la siesta durante las horas de calor, dejando las cortinas también corridas. Las cortinas de malla negra o verde serán las mejores porque permiten la ventilación y no dejan entrar la luz.

Luego, si hay calor por la noche, es necesario que los niños no duerman cubiertos nada más que con la sábana o una colcha delgada, teniendo cuidado de abrigarlos algo más a la hora de la madrugada, en que hace frío.



¡SERENESE!

Ese afán de encontrarlo todo malo; ese carácter insoportable, irascible, tiene sus causas.

TONIFIQUE SUS NERVIOS PARA RECONSTITUIR SU SALUD, TOMANDO

"PROMONTA"

Preparado orgánico a base de sustancias del sistema nervioso central, vitaminas polivalentes, cal, hierro, hemoglobina y albúmina soluble de la leche.

Indicado en los casos de:

ANEMIA

DEBILIDAD

DECAIMIENTO

INSUFICIENCIA ORGANICA

NERVIOSIDAD

NEURASTENIA

Promonta es recomendado por eminentes médicos del extranjero y del país.

De venta en todas las boticas.

LA VENGANZA

No—anunció Pepe Lomo de Carey, asomándose a la ventana del club y observando el camino que corría allá abajo.— Todavía no viene.

Sacudió la cabeza, con aire preocupado, dió un estirón a sus pantalones y se detuvo cerca de mi silla.

—¿Quién?—le pregunté, mirándolo por encima de mi vaso, lleno hasta el borde.—¿Quién es el que no viene todavía?

Pepe Lomo de Carey, vagabundo del mar, patrón de buque hasta el año anterior, se dejó caer en una silla, prendió una pipa infecta y suspiró. Viejo y curtido lobo de mar, Lomo de Carey había sido apodado así por aquella brava tripulación que él había gobernado, utilizando, en lugar de otro castigo, una vara de hierro y un chicote de cuerdas. A través de los años no había podido desprenderse de aquel apodo.

Siguió fumando malhumorado, por un rato; hizo un movimiento brusco al escuchar mi pregunta y dejó escapar en seguida la respuesta:

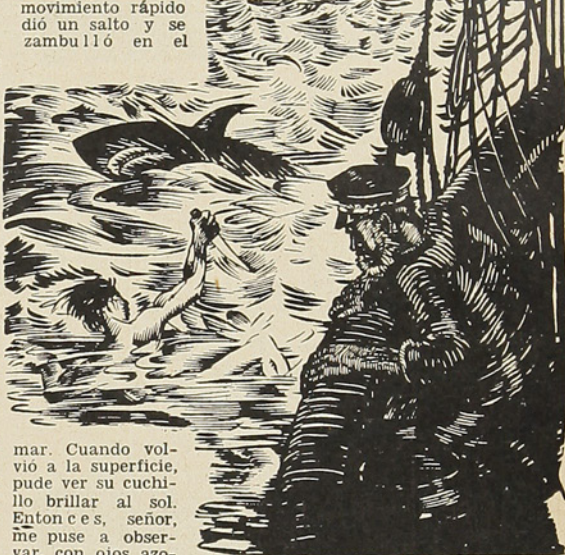
—Sansón, el Sueco—dijo, y llamó al mozo para que llenara de nuevo su vaso.

—¡A la salud de usted—exclamó—y también a la de Sansón! He advertido que usted no sabe quién es Sansón el Sueco. Si hubiera usted recorrido los mares... ¡pero qué! ¡No lo ha hecho usted nunca! Le hablaré, pues, de Sansón, que de un momento a otro ha de llegar. Sansón, ese nombre es el que mejor le convenia, pues media cerca de dos metros de altura. Se separó de mi barco en el 86. Era tercer oficial y un hombre tan vigoroso y valiente como no se podía encontrar otro en toda una vuelta al mundo. Poseía las espaldas de un toro; podía cargar a dos de mis tripulantes—eso que no llevaba yo a ningún jovencito—en una sola mano, y sostenerlos a mayor altura que su cabeza. Abandonó mi barco después que hubo matado al tiburón.

Su mirada se hizo retrospectiva.

—Los tiburones—continuó—son una plaga que el mar alimenta en vez de extinguir. Me acuerdo de Sansón, parado, observando con una mirada terrible aquel pedazo de aleta triangular que aparecía cortando la superficie. Viendo que yo lo observaba, detuvo repentinamente su respiración con una especie de ladrillo salvaje; se quitó el saco, el pantalón y la ropa interior, y quedó de pie al rayo de aquel sol del Pacífico, con sus músculos vibrantes bajo la piel suave como el

raso. Cuando le vi sacar de su cinto, tirado sobre cubierta, un enorme cuchillo y saltar entre los aparejos, no pude contener un grito de sorpresa. “¿Qué demonio vas a hacer? ¿Cuál es tu intención?”, le dije. Podía haberle dicho muchísimo más, pero en aquel instante, con un movimiento rápido dió un salto y se zambullió en el



mar. Cuando volvió a la superficie, pude ver su cuchillo brillar al sol. Entonces, señor, me puse a observar, con ojos azo-

TODA MUJER TIENE LA EDAD QUE REPRESENTA

Algunas recetas para conservar LA BELLEZA JUVENIL

Por CHARLOTTE ROUVIER



El secreto de un cutis perfecto

Las “estrellas” del cine no destruyen los poros de su piel con cremas para la cara y otros pretendidos “alimentos” para el cutis. Ellas saben muy bien que no hay substancia alguna que tenga el poder de revivificar una piel muerta. Lo que hacen ellas es quitarse la piel vieja. Para lograrlo basta aplicarse al rostro cera mercolizada, haciendo esto de noche, antes de acostarse y retirando la cera por la mañana. De esta manera, la tez desgastada se elimina gradualmente, dan-

do lugar a la aparición del nuevo cutis que toda mujer posee debajo de la cutícula exterior. Procúrese hoy mismo cera mercolizada en la farmacia y comience a recuperar su hermoso y lozano cutis juvenil.

Para extirpar las raíces del vello

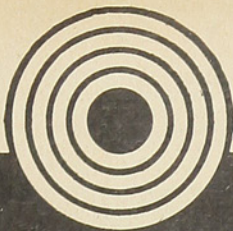
Las damas a quienes contrarie el crecimiento de pelo superfluo, deben saber que existe un medio que permite obtener la definitiva desaparición de todo vello, lo que se consigue matando las raíces. Para conseguir este resultado basta aplicar porlac puro pulverizado a las partes donde se haya presentado tan incómodo huesped. Recomendase muy especialmente este tratamiento, porque él tiende a la instantánea desaparición del vello y porque, además, al extirpar las raíces de dicho vello, hace que éste no vuelva a reaparecer. Una onza de porlac, que puede ser adquirida en cualquier farmacia, es suficiente para el tratamiento.

El atractivo de los cabellos abundantes

La belleza del cabello contribuye poderosamente al magnetismo personal de damas y caballeros. Lo mismo las actrices que las damas de la sociedad elegante están siempre a la mira de cualquier producto inofensivo que aumente la natural hermosura de su cabellera. El remedio novísimo es usar stallax puro como shampoo, a causa de la brillantez, suavidad y ondulación que produce en el pelo. Como el stallax no ha sido usado nunca antes de ahora para este efecto, sólo lo reciben los droguistas en paquetes con sello original, conteniendo cada una cantidad suficiente para veinticinco a treinta lavados de cabeza. Una cucharadita de las de café llena de los olorosos gránulos del stallax, disuelta en una taza de agua caliente, es más que bastante para cada shampoo. Beneficia y estimula grandemente el cabello, además del efecto embellecedor que le produce.

Barrillos grasos y porosos

El nuevo tratamiento del cutis del rostro por medio del método del baño espumante de la cara, procura como resultado la inmediata extirpación de los puntos negros, barrillos y otras porosidades grasas que nos afean. Este tratamiento es absolutamente inofensivo, agradable y de efectos inmediatos. Todo lo que es necesario hacer consiste en echar en un vaso de agua caliente una tableta de stymol, substancia que se halla en venta en las farmacias y droguerías. En cuanto haya cesado la efervescencia que se produce al disolverse el stymol, hay que bañarse la cara con el líquido así obtenido. Cuando se seque el rostro se hallará que los puntos negros habrán salido de su guarida para ir a morir en la toalla, que los poros de la cara se habrán contraído y que también habrá desaparecido la apariencia grasa, quedando el cutis liso, suave y fresco. Este tratamiento tiene que ser repetido con intervalos de tres o cuatro días para dar carácter de permanencia a los resultados obtenidos.



Concentración

calma, dominio de su mismo, reflexión, decisión, nervios tranquilos y acierto con el uso de las mágicas

Tabletas de Adalina

M.R. a base de Bromoditilacetilurea

¡No tiene los efectos nocivos del Bromuro!



M. R.

rados, que aquel tiburón se abalanzaba sobre Sansón, como un hambriento que ve la comida preparada. Pude ver su peligrosa aleta surcar las aguas y alcanzar a Sansón, cuya cabeza desapareció en medio de un remolino de agua. Fue aquella una lucha salvaje; experimenté la sensación de que iba a tener que contar con un hombre menos para el resto del viaje. De repente, el agua se tiñó de sangre: Sansón apareció, dió un rugido de triunfo, agitó la mano fuera del agua y volvió a sumergirse cuando el gigantesco animal se dirigía enloquecido a atacarlo de nuevo. Una mancha volvió a verse sobre la superficie del mar. El tiburón, abierto de un tajo por el hábil cuchillo de Sansón, desapareció entre la espuma sanguinolenta. Sansón regresó al barco, permitió que se le ayudara a subir a bordo, recogió su ropa y se volvió a vestir.

El narrador dió una chupada a su pipa, y con la mirada fija en el espacio siguió diciendo:

—Limpió su cuchillo y bajó a comer, tan tranquilo como si hubiera regresado de un paseo por la playa. Cuando se hizo a la mar en el "Viento en Popa", al mando del capitán Pollock, tuvo ocasión de matar en la misma forma dos tiburones más. Siempre que perseguía a uno de estos monstruos, los vencía. Tenían lugar entonces aquellas luchas en el mar, en las cuales Sansón, siempre victorioso, sabía zambullirse en el momento oportuno para hundir con fuerza su cuchillo y tornar el azul del mar en una enorme mancha de sangre. Abandonaba siempre el pez muerto y volvía a bordo sonriente. "No existe ningún pez en el mundo capaz de dominarme", solía decir con jactancia. Y le aseguro, señor, que todos lo creían así. Sabía zambullir como un hombre nacido en el mar. ¡Era maravilloso! Con el tiempo llegó a hablarse de él como del hombre a quien ningún monstruo del mar podía vencer.

Después de una pausa, prosiguió:

—Sansón era un hombre, además, de muchísimo amor propio. Comenzó a desdeñar a los tiburones como si fueran sardinas. Eso que llegó a ganar mucho dinero, porque las autoridades, sintiéndose molestas con la presencia de dos o tres ejemplares de los más feroces, ofrecieron una buena recompensa si conseguía despejar la costa de estos animales. Así lo hizo Sansón, que no esperó una oportunidad y supo aprovecharla. Pero, como le decía, quiso buscar enemigos más dignos de su acero, y un día atacó a un pulpo. Había uno de estos animales que era muy temido y odiado por los navegantes del Pacífico. Los marinos lo llamaban Wallace el malvado, y se le encontraba entre las profundidades rocosas de una pequeña ensenada, en una isla, sobre el derrotero seguido por las embarcaciones. Después de desnudarse, tomó Sansón su cuchillo y se zambulló. Se trepó al pequeño

promontorio de una roca y allí esperó a Wallace, con la misma confianza de un chico que pescara mojarritas. Se vio aparecer entonces una especie de brazo que, retorciéndose, salía del agua y se apoderaba del brazo izquierdo de Sansón, sujetándolo con fuerza: su brazo derecho permanecía cuidadosamente libre, ya que era seguro el uso que podía hacer de él. Un segundo tentáculo apareció subitamente, como si fuera un látigo, le rodeó la cintura y se la apretó fuertemente, al mismo tiempo que un tercer tentáculo se elevaba y rodeaba su cara. Apenas dos minutos estuvo Sansón imposibilitado de utilizar el cuchillo y conseguir libertar sus miembros. Al observar la mirada fría y serena del monstruo que lo contemplaba a través del agua, dió un grito salvaje, y sintiendo que la presión de su brazo tendía a hundirlo, se sumergió rápidamente; buscó aquel ojo debajo de las aguas y le sepultó su cuchillo. Un chorro de tinta asquerosa saltó entre la espuma. Cuando Sansón regresó a bordo, se jactó otra vez de que no existía en el mar ningún animal que lo dominara. Había estado apenas un minuto debajo de la superficie y había dejado al pulpo hecho tiras. Era realmente maravilloso y parecía un pez en el agua. A bordo era considerado como un héroe. Había un holandés que solía persignarse cada vez que pasaba delante de él. "Ahora, dijo Sansón, ¿hay quien crea que existe monstruo en el mar capaz de vencer a Sansón el Sueco?" Le aseguro, señor, que ningún lobo de mar creía que lo había.

Quitándose un momento la pipa de la boca, Lomo de Carrey escuchó atento. De pronto, se puso de pie y corrió a la ventana.

—¡Ahí viene!—gesticuló mirando afuera.—¡Sansón el Sueco viene por el camino!

Me acerqué al balcón donde estaba Pepe, miré hacia afuera y pregunté con ansiedad.

—¿Dónde?

Con su dedo calloso me señaló allá abajo.

—Allí—contestó—en aquel coche que viene tirado por dos caballos.

Por la calle veía acercarse, con solemnidad tétrica, un coche fúnebre con dos caballos negros.

—¡Gran Dios!—exclamé.—Entonces, ¿ha muerto?...

—Sí—dijo sonriendo con ironía.—¡Murió la semana pasada por haber comido una lata de sardinas! Estarían malas, quizá, y él no se ha dado cuenta.

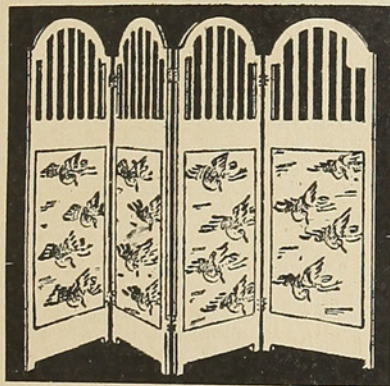
T. LONSDALE.

ODONTINE
Pasta Dentífrica
Deja los Dientes como Perlas

ELEGANCIA Y UTILIDAD DE LCS BIOMBOS

En verdad no es esta la época más propicia para dedicarse a hacer labores. Cuando se siente a nuestro alrededor vibrar la primavera, hay que ser realmente muy heroica para substraerse a su influencia y sentarse a crear fantasías. Sin embargo, la mujer hacendosa, aquella que cuida en todo momento de embellecerse y de embellecer todo cuanto le rodea, hace un sacrificio, sabe buscar una hora del día para pasarla junto al costurero. Esas son las que a cada momento hacen exclamar a las amigas: ¡Qué delicioso nidito tienes! o, ¡qué encantadora y personal eres!

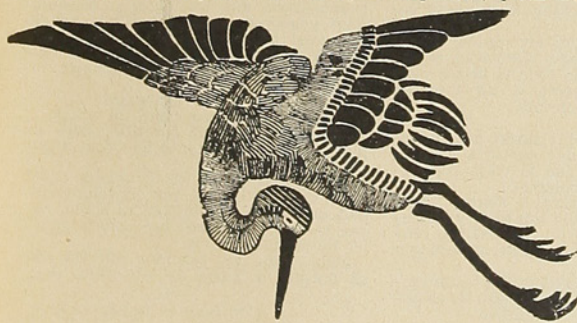
Para esas deliciosas mujercitas, habrá siempre una idea nueva o una sugerencia práctica. La de hoy, por ejemplo, sa-



tisará, sin duda alguna; lleva un sello de distinción único y une la ventaja de poder ser hecho en gran parte por las hábiles manos femeninas, sin contar con la utilidad que representa, en esta época en que los hogares son tan diminutos, que más bien parecen casas de muñecas. Y eso es una ventaja de las que saben sacar partido las mujeres de buen gusto. Con pocos muebles se completa un nidito envidiable y confortable, y muchas veces un sólo detalle suple la falta de espacio.

Por ejemplo, un biombo es un detalle de lujo, que representa la doble utilidad de su comodidad.

El que reproducimos es de cuatro hojas; el armazón lo puede hacer, en pino blanco, cualquier carpintero; queda lue-



go la tarea de vestirlo y decorarlo. Se le da a la madera una mano de ripolin, de un color claro, por ejemplo, verde mar, luego se corta la tela, que puede ser seda de un tono algo más claro que el del marco, y se bordan los matices decorativos, que pueden ser flores o pájaros fantásticos.

El pájaro del grabado B está bordado en seda negra e hilos metálicos, oro viejo.

La fijación de la tela al marco es tarea que requiere más prolijidad que práctica.

El buen gusto de nuestras lectoras sabrá combinar colores y detalles que hagan de su trabajo una verdadera obra de arte.

Flores de Savia

AGUA DE COLONIA

de perfume delicioso, la más apropiada para la época del verano. Usada por todas las personas de refinado gusto.

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS
DEL PAIS

Frasco de 1 litro	\$ 29.—
Frasco de ½ litro	\$ 15.—
Frasco de ¼ litro	\$ 7.80
Frasco de ⅓ litro	\$ 4.80

EL SUEÑO IRREMEDIABLE

Ud. evita futuras
recriminaciones

si acostumbra a sus hijos a tiempo a la higiene bucal diaria con ODOL. El fuerte poder bactericida de ODOL evita la carie y da a los niños un aliento sano y perfumado. ODOL significa para el niño buena salud y alegría.



Base: Orthoxy-
benzilalcohol
M. R.



Pruebe Ud. un Jabón de CHERAMY. Sentirá su abundante espuma cremosa penetrar en su epidermis y purificarla hasta el fondo de los poros. Su delicado perfume, venido de los Jardines de Francia, es otro atractivo más.

JABON DE AGUA DE COLONIA
JABONES "CAPPI", "FAUSTA",
"OFFRANDE", "JOLI SOIR"

Jabones de
CHERAMY
PARIS

Todo había marchado bien en el matrimonio hasta que él se comenzó a dormir en las veladas.

Durante la primera época de dormirse, achacó la cosa a que se había cansado demasiado durante el día; pero después comenzó a ver en ello una fatalidad.

Isabel no le perdonaba aquel sueño, que consideraba hipocrita voluptuosidad.

—Ernesto, ¿ya?
Ernesto, sobresaltado, respondía con una cara llena de tiesura:

—No... no.
—Ernesto, ¿otra vez?
—Te repito que no, que no me duermo, que miraba hacia el final de la plana del periódico, y eso te ha hecho creer que cerraba los ojos.

Ernesto encontró en su mujer, a propósito de aquel sueño invencible, una especie de ira sorda contra él, algo así como un rencor antiguo que afloraba en ella, pretextando aquellas interrupciones del sopor misterioso.

Si no se hubiese dormido durante las veladas, no habría comprendido la falta de bondad de su esposa, aquel fondo implacable que la hacía avisadora de sus gestos en cuanto pasaban las diez de la noche.

Durante todo el día hacía alusiones a aquel vencimiento de la noche.

No sé por qué quieres que te instalen otra lámpara, porque para dormirte te sobra luz.
—Con tu dulzura de todo el día parece que vas preparando tu molición de la noche.

—La intimidad del hogar es para ti la intimidad del sueño.
—¡Ya! Ya me regalarás la atención de un sueñecito.

Ernesto miraba espantado a su mujer. ¿Cómo se hubiese vuelto contra él si se hubiese encarado con algo más grave y violento que aquel pobre sueño sumiso y borroso!

Hacía esfuerzos terribles con su sueño, abriendo velas de vigilia, nadando sobre la ola que le sumergía como un naufrago desesperado. Se oía el ruido de la sábana del periódico, desplegándose con fuerza, con deseo farruco de meter miedo al sueño.

Isabel le miraba con vigilancia disimulada, dando vuelta a la lámpara para verle mejor, clavándole miradas como pеллizcos.

Ernesto toma gestos enarcanados, las cejas muy altas, la nariz aliabiada, la boca con mueca tensa, todo él alerta contra el sueño, dispuesto a no torcerse, encendido para no decaer.

—Ernesto!
¿Cómo sonreía él cuando se equivocaba y le bastaba dar vuelta a los ojos hacia arriba para que le viese completamente vivo y despierto.

La dispesía avanzaba contra todas sus medidas de doble guardia, y entreabría la boca como un agonizante, rendido por el sueño, que tanto se asemeja a la muerte.

—Parece que estás dictando testamento... Es insuportable tu sueño. No es posible tener confidencias contigo.

El dejaba para escribirlas, bajo la luz de la lámpara, las cartas atrasadas, y su letra se hacía temblorosa, a veces ininteligible, sorprendiéndole a él mismo la sucesión de sus trazos, al haber podido dar cima a cartas que había escrito casi dormido por completo.

—¡Ya está!... ¡Siempre dormido!—gritaba Isabel, sin agradecer sus esfuerzos de buzo de los sueños, su lucha teñida con los tentaculares monstruos del sueño. Aquel siempre le abrumaba, pues pagaba muy mal su consideración amorosa, el deseo de no enturbiar ni su mirada ni su inventiva para sería amable.

Tanto temía la fuerza insomne de su mujer, que se colocaba detrás de ella y la traía libros interesantes y novelescos que absorbiesen su crueldad.

De nada valían sus estratagemas, pues ella era una hiena de su sueño y le encontraba dormido en ese único momento en que se desdibujaba.

El se sentía fatal y se daba cuenta de que aquel hundimiento en los sueños quería decir que él era quien primero se iba a ir de la vida.

—¡Ya está hecho un tronco!—exclamaba ella como para sí misma, con crueldad inaudita.

La escritura de Ernesto durante la sobremesa era cada vez más de otro, como de un apoderado de los sueños.

—¡Zopenco!... ¡Ya estás haciendo testamento!

Ernesto, al oír aquella inventiva una noche de más rendición que las otras, comenzó un verdadero testamento, que modificaba en contra Isabel el que hizo en otros tiempos.

Sonreía al escribirlo, y fué recobrando una deshabilitación extraordinaria mientras avanzaba en su texto.

Su "yo" tomaba proporciones luminosas al dictar la disposición suprema, que tiene, por única vez en muchas vidas, carácter de disposición real, de decreto imperial.

Firmó con todo sosiego el documento, procurando que su firma no pudiera parecer "dormida", y lo dobló con solemnidad de pliego de ordenes trascendentales, metiéndolo en el sobre largo en que no ha de escribirse una dirección, sino una palabra; sobre guardador, más que sobre correveidille.

El perseguido, el mezzquindado en su sueño, daría una lección a la mezzquindosa y acorraladora. Ya estaba vengado aquel brusco despertar de una noche, y ahora tendría ironía suficiente para soportar aquellos coscorrones súbitos de su sueño.

—Ernesto! ¡Qué cabeceas!

—Ernesto, no leas como un miope...

—Ernesto: podías dormirte, pero no poner esa cara de tonto de Coria mientras duermes.

Ernesto se metía en el sueño aquel como en un Nirvana, ya con voluntad de suicida, echándose al surco, como si así se atrinchera contra aquella mujer persecutiva.

Isabel cada vez era más colérica con su dormir, y hasta se levantaba para

(Continúa en la página 62)

Fume **Piccardo** TABACO
SIEMPRE
IGUAL

EL MUERTO VIVO

Celestino Rougeot, comerciante en maderas, viudo desde hacía diez años, había resuelto volver a casarse. Puesto de acuerdo con su novia, se fué al Registro Civil de su pueblo para sacar los papeles necesarios para el matrimonio.

—¿Qué desea usted?—le preguntó el encargado.

—Voy a casarme, y vengo a solicitar los documentos que necesito.

—¿Su nombre, apellido y circunstancias personales?

—Juan Bautista Celestino Rougeot.

El encargado hizo un movimiento de sorpresa.

—¿Cómo dice usted?

—Juan Bautista Celestino Rougeot.

—Por lo visto, amigo mío, viene usted con ganas de broma.

—¿Por qué?

—Porque Juan Bautista Celestino Rougeot ha muerto.

—¡Muerto!

—Muerto y enterrado hace seis meses.

—El que veo que tiene ganas de broma es usted.

—Hablo en serio—añadió el encargado—. Su cadáver fué descubierto en un arroyo; registrado, se le encontraron sobre sí documentos muy auténticos de identidad, y además fué reconocido por varios testigos. De las diligencias que se practicaron entonces, pudo saberse que el muerto se había suicidado, arrojándose al agua para rehuir la acción de la justicia por un robo que había cometido en un vecino pueblo. El acta de defunción fué legal y debidamente registrada.

—Todo eso habrá ocurrido como usted lo cuenta; pero lo cierto es que yo no estoy muerto y nunca he robado ni he sido condenado.

—Se equivoca usted: Juan Bautista Celestino Rougeot ha muerto; el Registro del estado civil da fe de ello, y yo no sé, ni puedo, ni debo saber nada.

Tomó un libro el encargado y enseñó a Celestino la correspondiente acta de defunción.

Rougeot, confuso, se palpó, preguntándose si verdaderamente habría muerto, sin darse cuenta. Le pareció, sin embargo, que estaba bien vivo, y recordó que al ir al Registro Civil, había entrado en el café del Comercio, donde un amigo le estrechó la mano y bebieron juntos unos «bocks», y que la víspera el delegado municipal le había presentado unos recibos. No, no estaba muerto.

—Señor encargado—dijo humilde y cortésmente—, sin duda hay un error.

—No hay error que valga. El Registro del estado civil hace fe.

—Sin embargo...

—Es inútil que insista usted.

—Pero si yo no estoy muerto!

—Para mí usted ha muerto, y eso basta. El acta está ahí. Si usted cree otra cosa, pruébela donde corresponda.

—Anule usted el acta.

—Anular un acta de estado civil!

—El comerciante en maderas empezaba a intranquilizarse.

—Escúcheme usted, señor encargado. Usted me conoce perfectamente, y no puede haber olvidado que hasta hemos tenido negocios juntos.

—Eso es otra cosa. Usted, en efecto, se parece a Celestino Rougeot; pero eso no cambia en nada el asunto.

—¿Me reconoce usted? ¿Sí o no?

—Y ¿qué prueba eso? Hay dos personas en mí: Estanislao Bandru y el encargado del Registro Civil. Es posible que Bandru le reconozca a usted; pero el encargado, ni lo conoce, ni puede conocerlo. ¿Comprende usted?

—Confieso que no lo comprendo muy bien. ¿Me reconoce usted?

—Mi persona, sí.

—Entonces, yo no estoy muerto.

—El encargado del Registro Civil no lo reconoce. Son cosas distintas, comprendalo usted.

Rougeot se tomó la cabeza con las manos.

—Dios mío!—exclamó—. Eso es un absurdo. Yo quiero casarme.

—Imposible.

—¿Cómo han podido asegurar que el ahogado y yo éramos uno mismo?

—Por los documentos encontrados sobre el cadáver.

—¿Qué documentos?... ¡Ah! Ya caí-

go. Perdí mi cédula de identidad hace unos ocho meses. Un vagabundo se la encontraría y de ahí viene el error. No hay más que rectificarlo.

—Claro; pero no así como así. Usted ha muerto legalmente. Es necesario una sentencia del tribunal competente para anular su acta de defunción y otra sentencia para devolverle a usted su personalidad civil.

—Y ¿qué tengo que hacer?

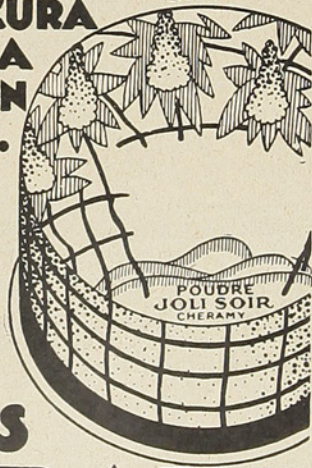
—Eso, allá usted; infórmese.

—¡Ya es demasiado! Si yo no estoy muerto. ¿Cómo es que pago las contribuciones?



...¿ POR QUÉ USO SIEMPRE POLVOS CHERAMY?

... PORQUE COMUNICAN A LA TEZ EL ESPLENDOR Y LA FRESCURA DE LA JUVENTUD.



POLVOS CHERAMY
PARIS MR.

RCOLLIERE Representante. Casilla 2285. Las Rosas 1352. SANTIAGO DE CHILE



Admiración
causa su belleza
porque solo usa:

JABON
DE
ROSS

(Certificado Puro)
M. R.

The Sydney Ross Co. — Newark, N. J.

—A mí no me importa eso.
—Puesto que no estoy muerto para pagar, no debo estar para casarme.
—Pues, pruébelo.
—¿Cómo?
—En el juicio correspondiente.
—Yo no estoy muerto, ¡qué caramba!
—Usted ha muerto administrativamente—dijo el encargado, recalcando.
—Puesto que estoy muerto, ¿qué pasaría si le diera a Ud. un puñetazo en las narices?
—Lo haría detener.
—Entonces no estaría muerto.
—Es inútil que discutamos. Hágase usted reintegrar sus derechos por una sentencia y después veremos.
—¡Dios mío! ¿Qué hacer? Yo conozco al juez. ¿Le parece que fuera a verlo?
—Vaya usted.

El comerciante en maderas salió vacilando del Registro Civil. La duda se había apoderado de él. ¿Estaba realmente vivo? ¿No sería víctima de un estado letárgico o de una pesadilla horrible? Iba por la calle como un autómatas, y así llegó a casa del juez. Este lo recibió en seguida.
—Buenos días, señor juez—dijo Rougeot.
—Buenos días, señor Rougeot.
—¿Me reconoce usted? ¿Soy yo, en efecto, Celestino Rougeot? ¿No se equivoca usted?
—¡Caramba! No, usted es Rougeot, el comerciante en maderas.

—Es que el encargado del Registro Civil pretende que yo me he muerto. ¿Qué le parece a usted eso?

—¡Valiente tormenta!
—¿No me he muerto todavía?
—Naturalmente, puesto que está usted aquí hablando... Pero supongo que no habrá usted venido a verme para eso.
—Para nada más que eso. Yo soy viudo, como usted sabe; pienso casarme otra vez. Me he presentado en el Registro Civil, para arreglar los papeles, y el encargado me ha dicho que se había inscripto mi defunción hace seis meses, por causa de un fresco que se apropió de la cédula que yo había perdido.

El juez adoptó una actitud más fría.
—¿Su defunción está inscripta ya en el Registro Civil?
—Sí, señor; yo la he visto.
—Eso es muy grave—dijo el juez.
—El encargado se niega a casarme. Supongo que le ordenará usted que lo haga.
—Imposible. El encargado ha hecho bien. Sería ilegal, y la responsabilidad caería sobre mí.

—Pero yo no he muerto, y usted mismo me lo acaba de decir.

—Es que yo ignoraba... Pero no se puede casar a un muerto.

—¡Pero si no estoy muerto!
—Usted no está muerto; pero legalmente ha fallecido, y esa es la verdadera muerte... Ahora recuerdo perfectamente que yo firmé su acta de defunción.

—Y ¿qué tengo que hacer?
—No lo sé. Hace falta una sentencia para reintegrarse a la vida civil. Consulte con algún abogado.

—¿Consultar yo con abogado...? Tendré que pagarlos.

—Probablemente. Es cosa larga y costosa.

—Pero, ¿cómo? ¿se equivocan los demás y he de reparar yo el error a costa mía?

—No hay otra solución.

—Su testimonio debe bastar.

—Eso no basta; yo lo reconozco a usted; pero el juez no lo conoce.

Y el celoso funcionario empujó suavemente al comerciante en maderas, hacia la calle.

Rougeot daba traspiés como un hombre borracho.

—Estoy muerto—decíase—; es raro, yo creía que después de muerto ya no se sufría.

Pasó un vendedor de diarios; el comerciante le pidió uno.

—Son diez centavos—dijo el vendedor.

—¡Diez centavos! Yo estoy muerto; no pago...

El vendedor llamó a un vigilante. El viudo, riendo a carcajadas, dió un empujón al vigilante y lo tiró al suelo.

Fué detenido y siguió riendo... ¡Estaba loco!

Para la Dueña de Casa

TORTA DE FRUTA

Se toman 500 gramos de harina, 250 de manteca fresca, 250 de azúcar y cuatro huevos. Se hace una masa sin sobarla mucho; después se deja reposar durante una hora y se tapa con un paño limpio. Después se toma una fuente de metal, y se unto el fondo de pasta, sacándola fuera del molde y haciéndole un borde. Después se tienen preparadas 24 mitades de duraznos (pueden utilizarse de tarro) o de manzanas; si son éstas, se rocían sólo con kirch. Se le pone estas frutas en el fondo de pasta, con tirillas de la misma pasta se hace un cruzado y se pone al horno regular durante 20 minutos.

Las Últimas Novedades de la Moda en el Mundo



Ha sido un inglés quien ha sorprendido este otoño a los visitantes de allende los mares con sus creaciones nuevas. Norman Hartwell vino de Londres y sus colecciones de modelos pueblan hoy las tiendas de los más famosos «couturiers» parisienses.

Mangas cortas, sweaters tejidos a mano se ven con trajes «tailleurs» con cinturones de «crêpe de chine». Ensembles de cuatro piezas: falda, blusa corta,—hasta la cintura,—una chaquetica hasta las caderas y gabán de siete octavos de longitud. Eso está entre las novedades autumnales. Estos ensembles se ven en lana twsed de color marrón. Los cinturones de «crêpe de chine» son amarillos.

Verde de aceitunas y negro son los colores que Hartwell favorece. Para trajes de noche, encajes, tules y terciopelo.

(Continúa en la página 39)

Y ASI MURIO

P o r

MIGUEL SARMIENTO

Pasaban siempre al anochecer. A larga distancia Rosa y su abuelo tío Longinos, sentados a la puerta del corral, oían el rumor de las esquilas innumerables... Era un tintineo dulce como el goteo de una fuente, nostálgico en aquella hora beatífica y en aquel paisaje inmóvil sumido en un profundo silencio de adoración. Por las lomas y sobre el crepusculo verde aparecía el ganado, la gran masa ondulante, los machos con los cuernos partidos en las luchas por la hembra, los cabritos patizambos, las cabras madres que al avanzar mecían, de pata a pata, las ubres hinchadas, cubiertas de polvo. Y a lo último, Pablo, seco y tostado como un beduino.

Frente al corral deteníanse el ganado, a beber. En tanto que las cabras se enracimaban

hombros. Vamos, no se entusiasmaba. La satisfacción era para su padre, que con los ojos chispeantes de codicia miraba ya el camello como herencia indiscutible. ¿Ambicionar Pablo? No le conocían. Que le dejaran tranquilo con sus cabras en el monte. Y de allí a la gloria.

Bueno. Ya estaba llado el cigarro. Al despedirse Pablo, Rosa se plantaba en mitad de la vereda. Llegaba para la chica el momento de un placer renovado cada tarde, contemplar el desfile, verse perdida, arrastrada por el gran remolino; sentir en las piernas el roce del vientre de las cabras, oler el acre olor de los machos que la envolvía como onda turbadora.

—¡Adiós!... ¡Adiós!...

desnudos y mal ceñido el zagalejo, Rosa corrió a abrir: lo de costumbre; el abuelo llegaba dormido.

Confiado al instinto del animal, el hombre, en sus largos viajes del puerto a su casa, se dormía recostado en la cruz de la silla, al rítmico paso de la cabalgadura. Eso, cuando no llegaba hecho un pellejo, babeando aguardiente, sin blanca en el bolsillo. Entonces era cosa de transportarlo en una estupa a dormir la mona al aire libre.

Frente a Rosa, el Dorado permanecía erguido. La chica se aproximó. ¡Cristo! ¡Y cómo llegaba el viejo! Blancos los ojos, torcida la boca, las piernas velludas y quemadas, abiertas como un horcón. Atemorizada Rosa le llamaba inútilmente:



¡Si yo o estuviera aquí!... Te la comías a besos

en torno de la pletla del abrevadero. Pablo llevaba un cigarro a tío Longinos y trataba pánolique con Rosa.

El viejo recibía al pastor con las zumbas de costumbre, con cada ajo y cada chiste capaces de poner al rojo vivo la cal de las paredes.

—Vamos, vamos, decía el abuelo. Rosa te gusta. ¡Si yo no estuviera aquí!... Te la comías a besos.

Y Longinos sacudía las orejas.

Hecho una ruina le bailaba el alma. Llovían atrocidades. Los muchachos soltaban el trapo a reír. ¡Era más bueno el viejecito! Quería al pastor como si fuera sangre de su propia casta. Ginés, padre de Pablo, y el abuelo de Rosa, habían sido y eran compinches inseparables, carne y uña. Longinos había visto nacer al muchacho; le arrulló, le sacó de pila, y hora tras hora, atendió su crecimiento, con la misma solicitud, con el mismo gusto con que en años de agua veía esponjarse los sembrados en la vega. Diariamente Longinos, señalando el Dorado, su camello, le decía al pastor entre veras y bromas:

—Mira, cuando yo me vaya a los "plátanos" (morirse), será tuyo. Dejas las cabras. ¿haces arriero. Es otra cosa.

Pablo acogía la promesa levantando los

Detrás de todos seguía Luceiro, el mastín, cojeando dolorosamente, alzando de cuando en cuando la pata inútil. Lejos, por la vereda blanca y sin contornos, se perdía el ganado. Marchaba lentamente, bajo el misterio de la noche, mientras que allá en el aire y al son de las esquilas encendíanse las estrellas una a una.

—O—

Un día, al amanecer, llegó el Dorado a la puerta del corral. Medio dormida, oyó Rosa, desde el catre, el resuello de la bestia que hociacaba por las rendijas del portalón. Displaciente y perezosa, la muchacha se mantuvo quieta, dando tiempo a que su abuelo bajara a abrirse paso por sí mismo. Dos, tres minutos corrieron. Nada: ni voces en las viñas, ni chirrido en el cerrojo; ni el lamento de los goznes, largo y doliente como el llorar de las becerras. La luz del alba se metía por el resquicio del postigo y bajo la cama de la moza, en un nidal de piel de cordero, la cría de clueta se despertaba piando alborozada. El viejo no se movía. Era inútil. Alzar el portalón entornado. Con los pies

—¡Abuelo! ¡Abuelo!...

Le tiró de una pierna: la pierna no jugaba. A Rosa se le quedaron las venas sin sangre. Desparovida se metió en el corral, gritando:

—¡Madre, madre! ¡Muerto! ¡El abuelo muerto!

Muerto, bien muerto, agarratado. La muerte le había sorprendido en las veredas extraviadas, en la quietud de los campos solitarios, bajo el cielo inmenso, testigo mudo de su interminable soliloquio de beodo. Una mueca, un temblor de mandíbulas: el alma se quedaba atrás, y el Dorado siguió su camino columpiando el muerto entre las palmeras invisibles que poblaban la sombra de suspiros y murmullos.

—O—

Pablo se negó en redondo a exigir el cum-
(Continúa en la página 55)

VANIDAD

POR

VICENTE DIEZ DE TEJADA



chida de áureas doblillas, y con el corazón pletórico de ilusiones y la mente de quimeras, comenzó a andar y voló, a bosque travieso, como pájaro que ha logrado burlar los hierros de su jaula, huyendo de las rejas de su cárcel.

¡Qué hermosa es la vida!... ¡Qué hermosa es la vida cuando hay ensueños en la mente, juventud en el pecho, fuerza en el brazo y oro en la bolsa!... Es más azul el cielo, más verde el prado, más puro el ambiente, más amplio el horizonte. Nos besa el sol con sus vivificantes rayos de fuego y nos acaricia la luna con sus tibios haces de plata; para nosotros deslumbran las claras luces del día y para nosotros arden los lumináres de la noche; canta el ruiseñor para nosotros; y para nosotros murmura el arroyuelo, florece el campo, suspira la brisa y enciende su vidua esmeralda la luciérnaga... ¡oh, qué hermosa es la vida cuando hay ensueños en la mente, juventud en el pecho, brio en el corazón, fuerza en el brazo y oro en la escarcela!...

Alto iba el sol por el horizonte, y cada vez más lejos de su palacio y de sus gentes el príncipe; perdido, caminaba y sin rumbo por intrincados laberintos, por quebrados vericuetos tan desconocidos para él como los senderos ignotos de la vida... El mozo sintió hambre... Justamente iba a almorzar, cuando los perros alzaron el maldito rebeco, desprendido de las peladas rocas de la montaña...

Siguió caminando el fracasado cazador; comenzó a clarear el bosque, inclióse una vereda, perdióse ésta en un camino y éste en una calzada, y, como creada por el deseo, una espléndida granja se alzó ante los ojos del príncipe.

Por el ancho portalón flanqueado por altas y labradas verjas de hierro forjado, veíanse los amplios corrales en los que trasteaban los criados entregados a sus labores. Sesteban, rumiando, los ganados, señores del prado húmedo; por tapias y tejados revoloteaban las palomas, vivos copos de nieve bañados por los rayos del sol; y un pavo real, como una cascada de esmaltes, ofrecía a la luz los zafiros y esmeraldas de su manto, tendido en la balaustrada de un estanque salpicado de nenúfares y surcado por cándidos cisnes de pico de coral y ojos de azabache.

Entróse, osado, el príncipe, puerta adelante, y con recias voces, llamó:

—¡Ah de casa!

Acudieron presurosos los perros acometedores ladrando enfurecidos. Tras ellos presentóse un viejo criado.

—Dios guarde al caminante, dijo, y vea en qué puede servirsele en esta casa honrada.

—¿Sabéis quién soy?

Había, una vez, allá quién sabe dónde, un príncipe de ensueño, hijo de un rey de conseja. Y este príncipe, mal criado por serviles aduladores, tenía las puertas de su corazón abiertas, de par en par, y siempre, a la lisonja; y por ellas, sin él notarlo, deslizóse insidiosa la sierpe viva de la vanidad, de la soberbia y del orgullo, sabandija monstruosa de tres cabezas, que en la hinchada viscera hincó sus uñas y clavó sus dientes. Y así fué cómo el príncipe fátau se convirtió en el hombre más altivo, más vano y más tieso de la tierra.

Sucedió, una vez, que Su Serenidad, durante una partida de caza, galopando ciego tras un rebeco herido, que había tenido la osadía de no rendirse a las jaras y venablos del príncipe, alejóse tanto y tanto de su séquito, que cuando su caballo, reventado, rindióse a la muerte, no supo Su Alteza dónde se hallaba, ni en qué lugar de los dominios de su padre; ni aún si realmente de su padre eran tales dominios. Más claro. El príncipe, como Pulgarcillo, perdió en el bosque.

Inútiles fueron sus voces de mando para llamar a sus servidores fieles; insuficientes sus gritos para romper el pesado silencio de la selva; baldíos sus silbos agudos para atravesar el corazón del monte. El eco devolvía burlón los votos y porvidas del egregio mancebo, y el carabo, con su carita de Pierrot, saltando de rama en rama, se reía del príncipe con su carcajada cristalina.

—Bueno, ¿y qué?, exclamó el cazador cazado. Acaso esta aventura me permita gozar un nuevo aspecto de la vida... Por de pronto, estoy solo; soy libre... ¡Nunca he gozado de semejante placer!...

Requirió el príncipe su espada, sopesó su escarcela hen-

—Ni es menester saberlo, señor, para cuando llamáis, acudir a contestaros.

No fué muy del agrado del príncipe la respuesta, precisamente por lo discreta y oportuna; mas, reprimiendo un vivo impulso de su soberbia, añadió:

—El príncipe Arnaldo soy, futuro monarca de estos reinos, a quien conoce y respeta todo el mundo.

—Nunca de vos oí hablar, ni más señor conozco que mi amo; acaso el sol trastornó los sentidos... Ved qué es lo que queréis, o partid presto, que el tiempo es oro...

—¡Vive Dios!... ¡Almorzar quiero!, galeó Su Alteza.

—Pues Dios vive, contestó el nuevo Pedro Crespo, que no es posada ni mesón la casa ésta, mas a nadie en ella se le niega el pan, si, con el pan, demanda trabajo el mendicante... Estas órdenes tengo... Tomad un bieldo y aventaréis el trigo... Ved cómo las brizas de paja pueblan el aire de mariposas de luz.

—Loco o necio sois por fuerza, mentecato, que osáis hablar así. Decir a vuestro amo que ni yo trabajé jamás ni el trabajo se ha hecho para mí. Oro hay en mi escarcela para pagar con creces cuanto podáis darme. Id presto..., y no olvidéis que hay también acero en mi cinto y energía en mi brazo para tomar por la fuerza aquello que de grado se me niegue.

Entróse el anciano servidor, corral adelante, en dirección a la casa, y el orgulloso príncipe, henchido de vanidad y muerto de hambre, quedóse paseando por el patio, vigilado por los mastines de encarnizados ojos y afilados colmillos.

Volvió el criado a poco; y haciendo una profunda reverencia, rogó al caballero:

—Mis amos suplican a vuestra magnificencia que, pues lo podéis pagar, dispongáis de su casa y de los moradores de ella; que no es cuerdo entregar de balde a la fuerza lo que en paz puede cederse al oro. Dignaos seguirme, perdonando desde luego que os preceda.

Adelantó sus pasos el príncipe, y entonces ya los canes, horeando zalameros, dejáronlo avanzar. Dos filas de servidores de la granja daban guardia de honor al orgulloso prócer, y a la puerta de la casa, los dueños y sus hijos, ataviados con sus mejores ropas, esperábanlo humildes.

—Pasad, señor, dijo el huésped al viajero, y mandadnos. En el comedor de gala de esta morada, que fué abadia y fué castillo, y que sólo en las grandes solemnidades se franquea, tenéis dispuesto un almuerzo digno de un emperador. Pasad y servíos.

En la suntuosa estancia colgada de viejos tapices, flanqueada por obscuros aparadores de nogal añoso, en los que refulgía la plata y centelleaba el cristal; en la ancha mesa de encina tallada, cubierta por lienzo nítido adornado con

valiosos encajes; sobre sutil vajilla de la China, humeaban ya los suculentos manjares. Con las espumas de los lienzo y los esmaltes de las flores alternaban las gemas preciosas de los vinos, temblando en las esbeltas redomas y en las copas finisimas, como topacios y rubies.

Ofreció el labrador al príncipe, en rico servicio de plata, aguas perfumadas para lavarse las manos, y terminado que hubo Su Alteza, el labriego se expresó así:

—Mis blancos pavos reales y mis faisanes de oro os ofrecen su cría; mi despensa, sus más preciadas conservas; mi bodega, sus vinos más estimados... Aquí tenéis mis frutas, que han pasado a la mesa desde el invernadero; desde la estufa al bucaro estas orquídeas singulares; las más

delicadas esencias perfuman estos almibares... Señor: servíos.

Sorprendido por el hallazgo de tanta riqueza y de cortesía tanta allí donde no eran, por cierto, muy esperadas, almorzó el príncipe, no queriendo ceder un ápice de su indomable orgullo; y al levantar manteles, para pagar el opiparo ágape, presentó al huésped su escarcela, diciéndole:

—Cobraos.

Soresola el rico labrador y contestó guardándosela: —Con esto, señor, escasamente pagáis las flores que adornan vuestra mesa. En lucha con los tigres y las serpientes, diez hombres perdieron la vida en las selvas birmanas por lograr esta orquídea rarísima.

—Ved si este cintillo de diamantes cubre el gasto. —Apenas pagáis con él mis rancios vinos, cada gota de los cuales vale un doblón.

Esta cadena... —Apenas lleve con sus quilates a pagar mis reales papillos de plata y la cría de falsanes de oro...

—Tomad esta patena, esta venera y este relicario. —Con lo que no llegáis a pagar el uso de mi plata cincelada en Venecia y de mis cristales en Bohemia esmaltados.

—Decid, pues, cuánto os debo... —Nada me debéis; que no está obligado a más quien da lo que tiene. Pagado quedo, id con Dios y seguir vuestro camino.

Partióse el orgulloso príncipe y anduvo a la ventura en busca de suerte, sin hallar más compañía que la de su sombra que con él caminaba escondiéndose entre sus pies. La inmensa antorcha del sol parecía estar clavada en el cenit, sin osar despenarse por la bóveda azul para comenzar la tarde, y cuando el extraviado cazador sintió de nuevo en sus entrañas los besos del hambre, como por arte de encantamiento, la famosa granja dibujóse de nuevo ante él, en el horizonte.

—Esto debe de ser, dijose el príncipe, que he perdido la mañana andando en torno de esta alquería... Veamos: algo daré mi espada guarnecida de oro, aquel avaro bodeguero.

Vendió su acero, en efecto, el caminante a un criado, y no por mucho: sino por un pedazo de pan y un trozo de queso, que, prudentemente, dividió en dos porciones: una para que le sirviese de comida, de merienda o de cena la otra, por si venían mal dadas. Por primera vez, fué el príncipe económico.

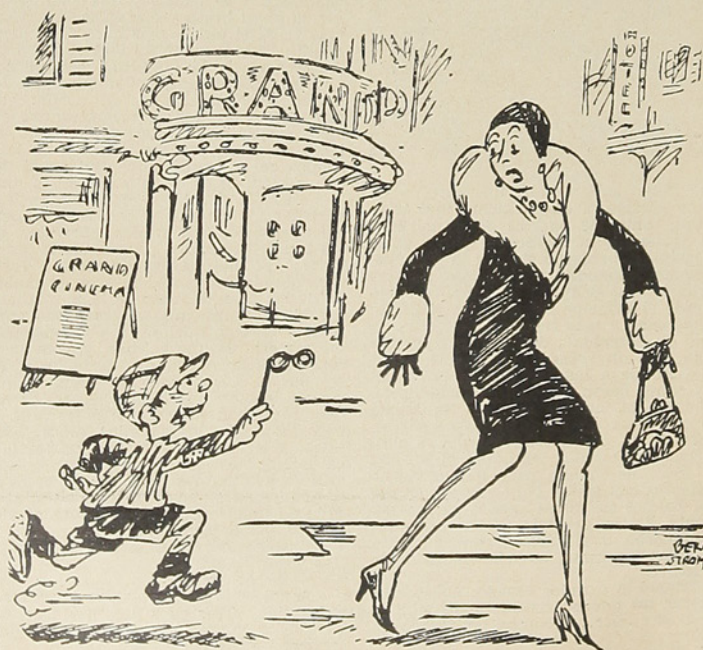
Esta vez, fué el amo mismo quien acudió a las llamadas del caminante angustio, a quien, reconociéndolo al punto, dijo:

—Ni mesón ni posada es la casa ésta; mas en ella a na-

die se le niega el pan, si con él se pide trabajo... Necesito limpiar las cuerdas; si queréis ayudar a mis mozos en tal tarea, podéis quedaros; No os faltará ni pan ni lecho...

El orgullo del príncipe se reveló por vez postrera, pretendiendo sacudir las cadenas del hambre y del cansancio; más recordando que Hércules limpió los establos de Augia, humilló la cerviz y entró en la granja... Y no a las cuerdas, sino al regío comedor fué conducido de nuevo, y ante la bien provista mesa colocada.

—Noble soy, señor; y criado de vuestro augusto padre. Dios os ha inducido a estas andanzas, para demostrarnos que la Vanidad almuerza con la Abundancia, come con la Escasez y cena con la Humillación. No lo olvidéis, señor; y perdonadme...



—¡Señor!... Que pierde usted el parabrasis.

Pétalos sobre la Ceniza

Por

RABINDRANATH TAGORE

— I —

¡Cuánto recuerdo aquel día!

La tupida lluvia se detuvo un instante, después cayó de nuevo, cerrada y caprichosa y como violentada por brucas sacudidas.

Yo había tomado mi arpa. Sin prisa, rocé las cuerdas hasta que la música inconsciente silencio las cadencias locas de la tormenta.

Ella dejó su labor, y se detuvo en mi puerta; después se alejó con pasos vacilantes. Volvió de nuevo y quedó en espera, de espaldas contra el muro; al fin, con mucha lentitud entro y sentóse calladamente.

Nada más que esto: una hora de crepúsculo lluvioso; la sombra; un canto... Y el silencio.

— II —

Te das a mi como una flor que sólo entreabre su corola cuando la noche se aproxima y cuya presencia se traiciona por sus perfumes entre la sombra. Así llega a pasos sordos la primavera cuando sus savias hinchaban las cortezas del bosque.

Te impones a mi espíritu como las olas de la marea ascendente, y mi corazón se sumerge bajo tus frescas espumas.

Yo presentía tu llegada como la noche presente la aurora y a través de las nubes teñidas de púrpura, la visión de un nuevo cielo se impone a mi alma.

— III —

Pienso, viendo tus pies desnudos y delicados, que las flores con la huella de los pasos del estío.

Los tuyos marcan ligeramente sobre la arena una historia que la brisa desnae al pasar.

¡Ven! ¡Desliza esos tiernos pies sobre mi corazón! ¡Deja una huella perdurable sobre el camino del país de mis sueños!

— IV —

Estábamos los dos unidos cuando la primavera llamó a nuestra puerta gritando:

— ¡Déjame entrar!

Ella nos ofrecía los secretos murmullos de su júbilo, el estrechamiento de los nuevos retoños!

Pero yo estaba preocupado con mis pensamientos, y tú estabas sentada junto a la rueda... Se alejó y de súbito la vimos desaparecer con las últimas rosas.

Ahora que ya no estás aquí, oh mi Bien Amada, la primavera pasa y dice aún:

— ¡Déjame entrar!

Viene a ofrecermé el crujido de los hojas secas, el eco de un arrullo de paloma.

Estoy sentado a la ventana abierta y un fantasma, cerca de mí, teje sus tristes sueños...

Y para la primavera que sólo tiene secretos dolores que brindarme, todas las puertas se han abierto!

— V —

Abandonome a la hora en que la noche se disipa ante el día. Mi espíritu trataba de buscar consuelo en el pensamiento de que todo es vanidad. Y sin embargo—me decía yo—este



nombre que fué suyo, este abanico de hoja de palmera que sus dedos bordaron de roja seda, ¿no son objetos bien reales?

Como un niño que hiere a su propia madre, lo destrozaba todo dentro y fuera de mí, y murmuraba con rencor: Nuestro mundo es un mundo de traición!

Pero el firmamento sembrado de estrellas descendía un reproche, una voz hablaba quedamente a mi oído:

— ¡Ingrato! ¡Aprende a llenar el vacío de mi ausencia con el recuerdo viviente de mi paso!

— VI —

Aquella noche tu silueta se hundía en las tinieblas y tus cabellos agitados por el viento acariciaban mis mejillas y perfumaban mi tristeza.

Yo traté de asir un pliegue de tu flotante túnica y te pregunté:

«¿Existirá más allá de lo Infinito, oh diadema de mis pensamientos, un jardín de los muertos donde mis cantos florezcan bajo tu silencio?»

Sonreiste... y tu sonrisa era radiante como el halo de las estrellas en la media noche.

La Moribunda

Por Andrés de Lorde

Era día de visita en el santo hospital. Un hombre de unos treinta años, que sin duda acudía allí por primera vez, se acercó al conserje para informarse.

—Dispense usted... ¿Podría indicarme la sala de Santa María?

El portero le explicó la dirección, con voz indiferente, y el recién llegado atravesó rápidamente el patio, subió una escalera y siguió por un largo corredor, para detenerse finalmente ante una puerta sobre la cual se leía la inscripción "Sala de Santa María".

Era este hombre un verdadero coloso, de amplias espaldas y mucha frente, pero de dulces ojos y sonrisa ingenua. Llevaba barba en forma de collar y cuidadosamente afelados los labios, por cual particularidad, unida al color tostado de su piel, se le reconocía como marino a primera vista.

Efectivamente, regresaba de la pesca de atún por las costas de España. Había embarcado en Camaret, y allí encontró una carta de su madre, enferma en París, donde trabajaba desde que su marido pereció en el mar.

Emprendió el camino en seguida, llevando sus beneficios de la pesca en un grueso cinturón de cuero. Llegado al hospital, obtuvo inmediatamente buenas noticias, pero había tenido que esperar al día siguiente para poder ver a la convaleciente en las horas reglamentarias. Dudaba ahora ante esta puerta, a pesar de que habían calmado su inquietud. Un sentimiento de angustia le oprimía el corazón ante la consideración de todos los sufrimientos acumulados en aquel local, y el penoso olor de yodoformo, del que estaba impregnado el aire, aumentaba su molestia y le producía náuseas.

Sin embargo, así que hubo traspasado la puerta, notó una sensación de cierto bienestar ante el meticuloso orden de la sala, que se alargaba ante él como una gran avenida inundada de luz y bordeada de camitas blancas. El piso reluciente estaba cruzado por un apropiado linóleo. A la cabecera de algunas enfermas había flores, dejadas por cariñosos visitantes y cuidadosamente conservadas, dando una nota de alegría casi. Sobre cada cama, una tablilla decía el nombre de la enferma y el de su enfermedad; constaba también la fecha de entrada; la de salida permanecía en blanco, representando para unas la curación y para otras la muerte.

Una monja que le había apercibido, se acercó a él con paso silencioso. Y él le preguntó por la cama 18.

—¿Es usted ese Carlos al que se espera con tanta impaciencia? — le preguntó a su vez la monja. — Todo el mundo le conoce aquí por su nombre. ¿Puede usted enorgullecerse de tener una madre que le quiere tanto? Su cama está al fondo de la sala. Yo le acompañaré.

Mientras caminaban, la monja iba dándole detalles de la enfermedad de su madre.

—Su madre ha pasado una neumonía del lado derecho — le explicaba. — Una enfermedad que suele ser funesta en las personas de su edad. Llegamos a temer que el mal pasara

también al lado izquierdo; pero, afortunadamente, se ha curado sin ninguna complicación.

—Entonces — balbuceó Carlos — ¿es verdad que hubiera podido perderla?

—No hay que pensar en cosas tristes, puesto que ya está curada.

A la emoción que sintió al conocer el peligro que había corrido su madre se dio cuenta Carlos de la desesperación y del vacío que su muerte le hubiera causado.

Pensó algo que decir y sólo se le ocurrió una frase:

—Hermana, le estoy muy agradecido por todos los cuidados que ha tenido usted con ella...

—Todas las enfermas tienen derecho a nuestros cuidados — le interrumpió la monja — y su madre es una buena mujer con la que da gusto tratar. ¡Mire, mírela, que le ha reconocido!

En efecto, su madre, que le había apercibido, estaba incorporada en su cama y le hacía alegres señas para que corriese a ella. El se precipitó en los brazos que le tendía y estampó dos sonoros besos en sus delgadas mejillas.

—¡Ah, mi pobre Carlos! ¡Crea que no iba a volver a verte más!

—¿Por qué? — preguntó él, aparentando extrañeza y tranquilidad.

—He estado muy enferma. Ha faltado poco para que muriera sin poder abrazarte. La visita

que me hiciste hace seis meses hubiera sido la última... Fué el día de mi santo, ¿te acuerdas? Y yo estaba muy contenta de tenerte a mi lado. Cuando marchaste no tuve ningún mal presentimiento.

—Porque no había motivo. Volvemos a encontrarnos con buena salud los dos. ¡Ya verás qué felices vamos a ser! Por de pronto, no quiero que permanezcas aquí. Así

que puedas salir nos iremos a nuestro pueblo y ya no nos separaremos más. He ganado mucho dinero. Soy rico. Tengo para comprar una barca y pescar tranquilamente por mi cuenta. Mira, para comenzar, fíjate en lo que te he traído.

Y mientras hablaba, fué colocando sobre la cama los obsequios que le había comprado.

do: pañuelos de bolsillo, un chal, bombones, un reloj... La anciana tomaba cada objeto, lo palpaba y decía:

—¡Es demasiado, Carlos! Haces locuras... Me mimas demasiado...

Pero él seguía halagándola, bromeando sobre la buena cara que tenía la convaleciente, haciendo proyectos para el porvenir, hablando del mar y de sus viajes y del pueblo natal.

Alrededor de ellos, unas figuras descarnadas se incorporaban en sus lechos; unas caras dolorosas se inclinaban curiosamente — casi con envidia — para examinar mejor al visitante. Pero la madre y el hijo, entregados por completo al placer de encontrarse juntos, parecían haber olvidado a los seres y los objetos que les rodeaban, para no ocuparse sino de ellos mismos.

—No puedes imaginarte — decía la anciana — lo que se sufre cuando uno se siente morir en medio de extraños. Mientras tenía conocimiento pensaba en ti y me decía: "¡Está muy lejos! ¡Llegará demasiado tarde! ¡No podré darle el beso de despedida!" Porque todo lo que deseo es que seas tú quien me cierre los ojos.



Carlos le estrechaba la mano y procuraba cambiar el curso de sus pensamientos; pero ella seguía:

—Mira; allí frente a mí, en aquella cama, hay una vieja, madre como yo, que también tiene un hijo viajando lejos. Y la pobre no disfrutará la alegría de verle a ver, porque va a morir. Mientras ha conservado fuerzas no ha cesado de preguntar a todos los que se le acercaban: a las hermanas, a los internos, al director... Han acabado por prometerle que hoy a las seis vendrá. Y parece que esto es lo que la sostiene hasta ahora, porque hace ocho días que no toma el menor alimento y arde de fiebre. Desde que se le ha hecho esa promesa se ha calmado. Ahora está amodorrada; creen que no se da cuenta de lo que pasa a su alrededor y buena suerte es, porque su hijo no vendrá, no puede venir. Es mecánico de un vaquebot que no atracará en el Havre hasta dentro de tres días. No le verá ella ya. ¡No le verá nunca más!

—¡Pobre mujer! — exclamó el marino, ensombrecido por la visión de su madre agonizando durante una de sus largas ausencias.

La convaleciente adyacentó en seguida su pensamiento.

—¡Si yo fuera ella...! — La alegría de un momento antes se había envenenado. Olvidaron las mil cosas que tenían que decirse y, en el profundo silencio de la sala, un ronquido de agonía fué elevándose poco a poco.

En aquel momento un reloj, en el patio del hospital, dió seis campanadas.

—¡Las seis, ya! — exclamó la madre. — Va a ser preciso separarnos.

A la vibración de la campana, la moribunda se había incorporado en uno de esos destellos de vida en los que reúnen sus últimas fuerzas los agonizantes, como una lámpara lanza un supremo resplandor antes de apagarse. Un llamamiento desgarrador saltó de sus labios descoloridos:

—¡Juan! ¿Estás ahí?

Al oír este grito de infinita amargura, todas las enfermas de la sala, a pesar de la costumbre que tenían de ver morir a todas horas del día y de la noche alrededor de ellas, sintieron oprimido el corazón. Carlos, muy emocionado, se aproximó instintivamente a su madre.

—¡Dios mío, ten piedad de nosotros! — exclamó ésta. Dijo «nosotros», identificándose con la moribunda, como



si también ella experimentara los mismos sufrimientos.

—¡Está allí! — deliraba la otra. — Acaba de llegar... ¡Juan! ¡Juanito mío! ¡Ven a prisa! ¡Voy a morir!... ¡Corre!

En vano la hermana se había precipitado a su cabecera, tratando de calmarla. La enferma fijaba los ojos, ya turbados por la muerte, frente a ella, y repetía:

—¡Está allí!... ¡Le veo! ¡No le dejáis que se me acerque!...

—¡Me mira a mí! — dijo Carlos, estremeciéndose.

—Es que en su delirio tal vez le toma a usted por su hijo — dijo la monja en voz baja.

En efecto, la moribunda extendía los brazos hacia él, implorando:

—¡Juan!... ¡Juanito mío!...

—Te llaman... — dijo a Carlos su madre. — Acércate a su cama... Déjala creer que eres él...

—¡Pero será una profanación!

—Será una obra de caridad tranquilizar esa pobre alma desesperada — murmuró la monja.

—¡Hazlo por amor a mí! — suplicó su madre.

Arrastrado por estas palabras, temblando de emoción, Carlos se acercó a la cama de la agonizante sin tener fuerza para articular una palabra.

—¡He aquí a vuestro hijo! — dijo la monja al oído de la moribunda. — Ha venido para daros un beso.

El delgado cuerpo marcó un sobresalto; los ojos se abrieron y dejaron pasar un relámpago de alegría, mientras la boca, en una mueca que quería ser una sonrisa, balbuceaba:

—Ya sabía que vendría... Estaba segura de que él estaba allí... ¡Acércate! ¡Acércate más, hijo mío!... Inclínate a mí... ¡Besame!...

—¡Dígame algo! — imploró la monja.

Carlos hizo un esfuerzo. Las lágrimas que procuraba contener mojaron sus mejillas.

—¡Madre!...

Y se inclinó sobre ella para rozar su frente con sus labios. La moribunda, como resucitada por este beso, tuvo fuerzas para levantarse, extender los brazos y estrechar por última vez contra su corazón al que tomaba por su hijo adorado. Después se desplomó bruscamente hacia atrás. Había acabado todo.

Carlos se desprendió con suavidad de aquel abrazo. Cruzó las manos de la muerta y le cerró plácidamente los ojos.

Enfrente, en su cama, la otra madre sollozaba...

LAS ÚLTIMAS NOVEDADES DE LA MODA

(Continuación de la página 33)

lo. Casi todos los trajes de etiqueta llevan faldas ceñidas, bastante largas.

En trajes de novia, Hartwell diseña princesas de satén blanco, tocando casi hasta el suelo en el frente y con cola como de costumbre. Algo que me llamó la atención fué un abrigo de terciopelo azul plateado que va sobre el traje de novia. En el borde el abrigo está cortado, formando redondeces encantadoras, algo así como «Us» invertidas, con estréllas en mostacilla que le dan brillantez singular.

Otro traje de novia elegantísimo era de satén con incrustaciones de hoja en terciopelo pana. Los trajes de las maridinas eran de encaje parecido al que se usa en velos, con incrustaciones en

negro. El refajo era de tela de oro suave y brillante. Sombrero sin adornos de terciopelo negro completaba el cuadro.

Otro traje de etiqueta raro que observé era de terciopelo de colores con efecto de bolero, tanto al frente como atrás. Estaba adornado con rosas que eran casi duplicados de los colores del terciopelo.

Un traje del mismo tipo llevaba blusa de encaje negro larga y la falda tenía grandes pliegues de terciopelo pana negro con «motifs» de encaje a la izquierda de cada pliegue. Sesenta metros de tul blanco en una de estas creaciones con siete falderones era el blanco de todas las miradas.

Además del inglés, están Andarse, Marta, y Renée, entre las nuevas modistas elegantes. En todas partes predominaba el terciopelo ya simple, o ya en chiffon de colores. Malva y negro son los colores predominantes. Las mangas son generosas alrededor de los codos y terminan en puños ceñidos.

En trajes de tarde le había con cinturones angostos colocados en la cintura normal. Lucile Paray tenía trajes con cintura baja como el año pasado. Tافته brocado en patrón de terciopelo se veía en trajes de tarde y de noche. Charol se usó en cinturones, lazos y bandas de adorno aun en materiales tales como la gasa y el terciopelo.

CATALINA DECLOS.

Lita, en el colegio; pequeña, gris, con los ojos muy grandes en un rostro inocente, marchito, sin color. Para hacerse la raya había que mirarse sin verse en el cristal deslustrado de la puerta. Sólo alguna mayor, de instintos «mundanos» incurria en esa debilidad. El que se mira toma posesión de sí, de su imagen, acto superfluo allí donde toda acción convergía al propio abandono, al vacío total, página en blanco dócilmente ofrecida al invasor «espiritual» del colegio.

Lita se entregaba inmóvil, sin repugnancia ni fervor, a aquellas manos dominadoras. Todo era bueno para su indiferencia. Esa paz dura, obtenida, que convertía en goce personal las más extrañas aportaciones. Nadie adivinó el secreto de esa niña obediente, demasiado estudiosa. Sólo una monja, alguna compañera, la sentía distinta, rebelándose contra el orgullo que la hacía asimilar de un modo suyo los productos pedagógicos distribuidos colectivamente con vistas a un idéntico resultado.

En las vísperas solemnes, su preparación interior, cenida a los ritos habituales, sabía apartarse de ellos por un matiz opuesto que transformaba en su raíz la dádiva ofrecida o la mortificación impuesta. Sus profesoras no sospechaban que Lita, renunciando al recreo para quedarse en la capilla, lejos de imponerse una penitencia, ganaba media hora de soledad, que apuraba deleitosamente, fuera de la común disciplina, escuchando como un milagro la resonancia de sus menores latidos. El altar era un rincón fragante, acogedor; allí podía refugiarse y acariciar su pensamiento, complaciéndose en su naciente vaguedad, mientras gritos y pájaros estremecían las acacias, bajo el sol de los vitrales. Las hermanitas encerraban el piso; un olor de limpieza pulía los rincones y la luz fingía cándidos ropajes, dulcemente inclinada sobre el hombro de la colegiala.

El Dios que reinaba en el colegio no era el mismo para todas. Cada una interpretaba a su manera la imagen sin forma sugerida por el catecismo o los Evangelios. Lita tenía el suyo, perfilado, concreto familiar; sin él no se hubiera mantenido tan erguida sobre el inflexible reglamento que curvaba a las otras educandas. Era un Dios adolescente, ingravido; llegaba a ella en un estremecimiento de belleza humana, en un poderoso hábito de espiritual perfección. Un poema o una rosa satisfacían su anhelo mejor que los rezos diarios, y un día escandalizó a su clase confesando que había substituido las preces matinales por una lectura de las «Rimas».

Lita, castigada, no quiso excusarse; su sonrisa creció lentamente hasta cubrirle la cara.

El aire azotado por las raquetas intentó vengarse enredando melenas recién onduladas; pero las redécillas burlescas desafiaban sus trucos. No había aún pelotas interesantes. Cruzaban la red muy bajo, sólo atentas a botar blandamente, sin herir el cemento de la pista.

Al llegar Lita, varió la trayectoria del juego. Los golpes se sucedían en silencio, trascendentes. Cada saque era un tiro al espacio. Invisibles agujeros desgarraban la atmósfera; sólo quedaron jirones que la recién llegada fue trenzando con el mango de su raqueta. Su delgadez atravesaba imprevistas distancias. Los demás muchachos sentían repelido cualquier ensayo de aproximación. Era inútil. No llevarían nunca a esa mujer obstinada, aunque estuviese desnuda entre las flechas de tantos deseos. Jugaba al tenis de un modo grave, desentendido. Sugiera con cada gesto la presencia de una red inadvertida, peligrosa, una red espiritual en el centro del campo visible. Se movía ansiosamente, como temerosa de fallar el misterioso blanco que perseguían sus jugadas. El éxito de su pareja, el partido, no le interesaban. Sin embargo, corría de un lado a otro, abstraída, aladamente,

buscando la sombra de su pelota, más real a sus ojos que la pelota misma.

Finalizado el «match» huyó a descansar, tendida entre dos árboles. Con el peso del cielo en la frente contaba los huecos que sus pelotas abrieron a las nuevas estrellas. ¡Qué firme y dura palpitaba su vida, estremeciéndose al contacto de la tierra! Un saltamontes le abrochó de esmeraldas los cabellos.

Luego vino el muchacho de todas las tardes; sabía el camino; Lita, inconsciente, lo señalaba estrujando las hierbas que esorbaban su paso. Ramas de Fresno caían entre sus dedos, rotas con cruel precisión.

Cuando llegó el amigo, opuso a su énfasis una sonrisa quieta, esgudada hacia el claro mutismo del poniente.

El día se marchaba atropellado, convulso, suspirando en falso. Lita prendió a su boca los últimos minutos. La hora, cojeando, tuvo que refugiarse en la mitad más ancha de la conversación. Allí, nada en sombras, ni siquiera dudoso; frases inofensivas, pueriles, con el filo bien limado; los gorriones venían a picotearlas, llenándose de letras el buche. Del otro lado saltaban palabras redondas, maduras, jugosas; dos o tres colmaron de zumo las invencibles lagunas del diálogo. Un hacha roja cortaba los nudos a cada interrupción.

—¿Te has caído, Lita?

—No.

—¿En qué piensas?

—¿A qué llamas tú pensar?

—Lita, ¿quieres que hablemos despacio, sinceramente, como buenos amigos?

—No puedo.

—¿Por qué?

—¿Se asustarían mis pájaros azules!

El diálogo cayó desplumado, sin fuerzas para sostenerse. Lita alzó los brazos jubilosa, mientras se alejaba su interlocutor. Sentía remordimiento al recordar las pobres palabras pisoteadas, que su voluntad decapitó antes de nacer. Las puso en sus labios, haciéndolas suyas, bautizándolas con la gracia de un significado irreal.

Después, como todas las tardes, brillaron las estrellas que sus pelotas habían presagiado.

Lita saltó los peldaños de la noche, salvando rápidamente cien islotes de sombra. El lecho daba vueltas, ciñendo un punto obscuro clavado a la pared con dos cabezas de tortuga. De prisa, de prisa, de... prisa. ¡Más aún! Las piernas de la muchacha, lanzadas al techo, describieron una elipse vertiginosa, parándose en la ventana junto al campo de tenis, que invadía ya la habitación. La cabeza de un muchacho servía de pelota. Lita, empujando una hoja de cactus, inició el partido.

Alguien dijo: ¡Fenomenal!, fenómeno, feria. El tiovivo de lechuzas montadas por colegialas se deslizo cuesta abajo, recorriendo las paredes en declive. Un piano de cola trimotor los seguía, tocando un preludio para órgano de Bach. Lita recogió sus piernas y emprendió también la carrera. Un cesto de palabras nunca dichas le colgaba del brazo. Eran ciruelas de azules y hacían explosión al caer. Tropezó con un ramo de azucenas hecho de miga rancia, y estalló el fardo. Las uñas de la angustia le oprimieron la garganta. Despertó sudando, cansada de sujetar la pared blanducha que se le venía encima.

(Concluye en la página 56).

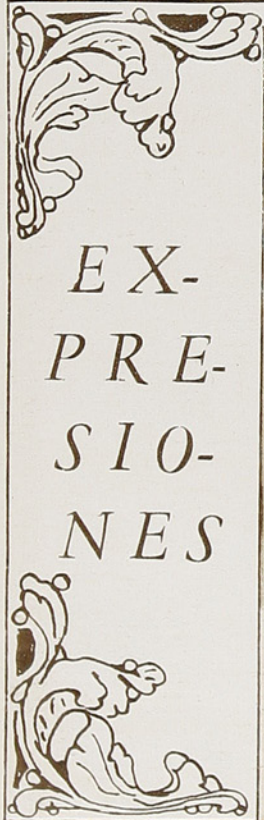
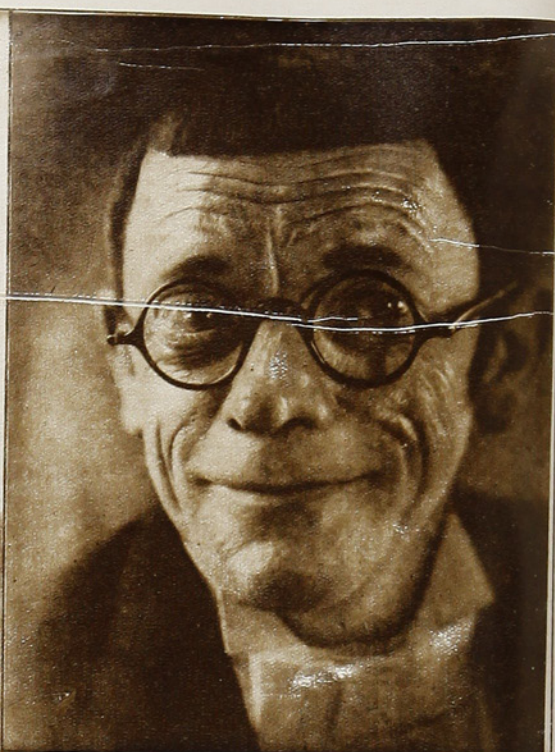


BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE

SECCION
DIARIOS, PERIODICOS Y
REVISTAS CHILENAS

Lily Damita.





EX-
PRE-
SION-
NES

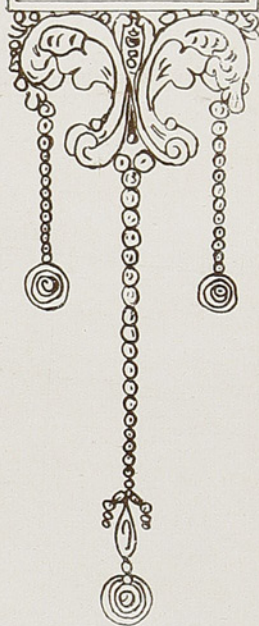


Karl Valentin, el célebre actor alemán, que es el caracterizador más prodigioso de las expresiones humanas.





¿VOLVERA EL VELO
A SER COMO UNA
SUAVE SOMBRA
DEL ROSTRO?



*Volverá este año el velo a
hacer furor.*



*Así lo anuncia este modelo
delicioso.*



*En esta forma el velo cae deli-
ciosamente, como una agradable*

Mujeres Bonitas y de Talento

Dita Parlo
Bebé Daniels
Baclanova
Lya de Putti
Joan Crawford
Lupe Vélez

CFE
- SEON -
DIARIOS, FODICOS Y
REVISTA
HILONAS



LOS TEMAS QUE
NO ENVEJECEN



La eterna historia,
cuadro
de J. G. God-
ward.



Modellbilder einer Theaterkostümung



Was in Berlin die Theaterkostümung nachschaffte

ELEGANTES

Elegantes de hace cincuenta años, de hoy y del futuro: pantalón corto, sweater, nada de sombrero.



La Eterna Encantadora



Greta Garbo, con su boina, que tambien le sienta.

Modelos de Abrigos y Sobretodos para Niños



1. Abrigo en lana verde oliva, trabajado de cortes, que forman los bolsillos abotonados. Cuello de piel café.—2. Abrigo para niña en paño beige. Cortes forman patas abotonadas a los lados. Cuello imitación armiño anudado a un lado.—3. Abrigo en buen cheviot marino, con bolsillos y cuello sastre, cerrado adelante por dos botones.—4. Pequeño sobretodo en paño gris. El tablón encontrado de la espalda lleva pespuntos hasta la mitad y es retenido por medio de una traba.—

5. Abrigo para jovencita en lana bordeaux, adornado de aplicaciones del mismo género en bandas entrecruzadas para formar los bolsillos y la cintura. Cuello de nutria negro.—6. Sobretodo en cashmir beige simplemente cruzado adelante y adornado por cuatro botones. Bolsillos y cuello sastre.—7. Abrigo muy elegante en lana color rosa viejo. El canesú redondo está formado de bandas abotonadas al lado. Cerrado al centro por un botón y bolsillitos a los lados.—8. Práctico abrigo en fieltro beige. El adorno se compone de originales cortes en los bolsillos. Cuello tailleur.



El Terciopelo y el Crepe de Chine



1.—Vestido en crepe de china verde almendra, con el mismo corte en el busto y la falda sobre un puño plisado al que se une por medio de pespuntos. Cuello de crepe de china y cinturón de ante ceñido al talle.

2.—Vestido en terciopelo marino ajusta a las caderas y falda de godets. Anchos pespuntos forman una gran faja sobre las caderas, en medio de la cual va un cinturón de ante adornado de hebillas de metal. Puños y cuello en crepe de china blanco; éste último forman una gran amarra adelante.

3.—Vestido en terciopelo gris claro. Nervurés en punta marcan el cuerpo del vestido descendiendo un tanto sobre las caderas. Un tabloncillo encontrado pespuntado hasta la mitad, da amplitud a la falda. Cuello en crepe de china blanco cerrado por un nudo de seda negro.

4.—Vestido de terciopelo marrón foncé. Un sesgo pespuntado rodea el escote en punta terminado adelante por una chorrera de godets. Un pespunte en forma cierra las caderas sobre la falda de godets. Las mangas son terminadas por un vuelo en forma adornada, también de un pespunte.

5.—Sobre una falda en crepe de china negro finamente plisada, cae graciosamente la blusa de terciopelo negro con cintura de ante blanco y cuello de crepe de china, de igual color, terminado adelante por una pata abotonada. Un corte pespuntado adorna el bajo de la blusa.

Vestidos de Comida



Vestido en crépe satín negro. Todo el alto de la blusa va bordado en plata, como así mismo las mangas y la pollera en el delantero y junto a las caderas. El corselete liso es trabajado de nervurés.

2.—Vestido en terciopelo jacinto. Falda trabajada de cortes hasta la altura de las caderas y las mangas. El ruedo de la falda es muy en forma. Una pelerina también en forma adorna la espalda.

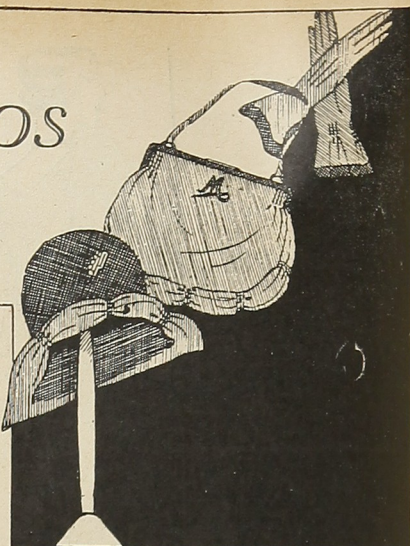
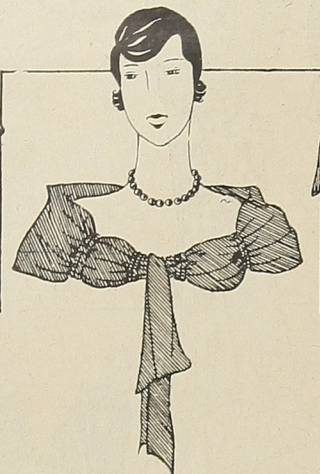
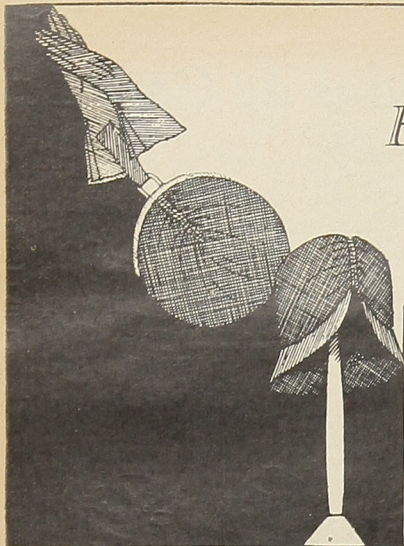
3.—Vestido en tejido impreso gris claro y beige en varios tonos. El vestido es drapado al talle en el delantero por medio de pliegues transversales. Una túnica muy en forma va colocada en la parte baja de la falda en la espalda.

4.—Vestido en tejido negro. El corpiño es cruzado adornado a un lado por un vuelo ondulado. La falda formada de dos vuelos en forma, respuntados en forma dentada o aserrada.

5.—Vestido en motré crema floreado de azul y rosa. Un pequeño bolero liso recubre el busto, éste, en forma de princesa, se entreabre en túnica recortada y caída hacia atrás.

6.—Vestido en muselina impresa de varios tonos de gris. Efectos de vuelos lisos adornan la blusa y la falda, esta última continuándose por grupos de pliegues a un lado. Echarpe del mismo género y cinturón de satín negro.

FRUNCIDOS



Los fruncidos son unos de los adornos favoritos de la estación; se lucen en toda clase de tejidos; aun sobre los sacos y guantes de cuero.

Juego de sombrero y saco en paño marrón y beige, adornados únicamente por una triple corrida de fruncidos. Los guantes de ante beige son fruncidos para dar amplitud al puño o pequeña manga.

Un motivo muy gracioso y nuevo para disimular y adornar un escote exagerado es una banda con grupos de fruncidos espaciados y anudados adelante.

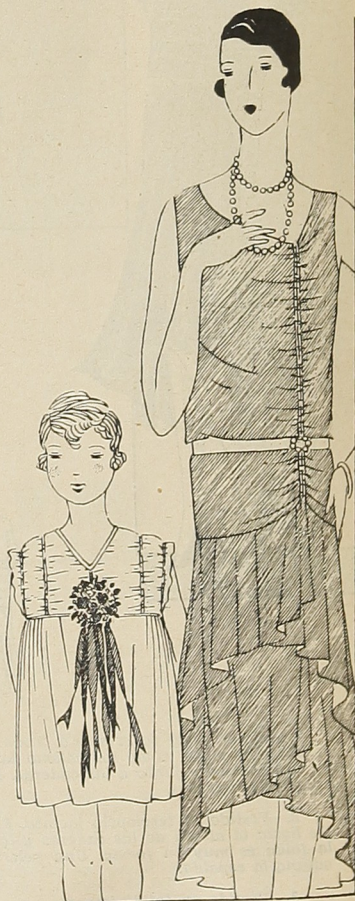
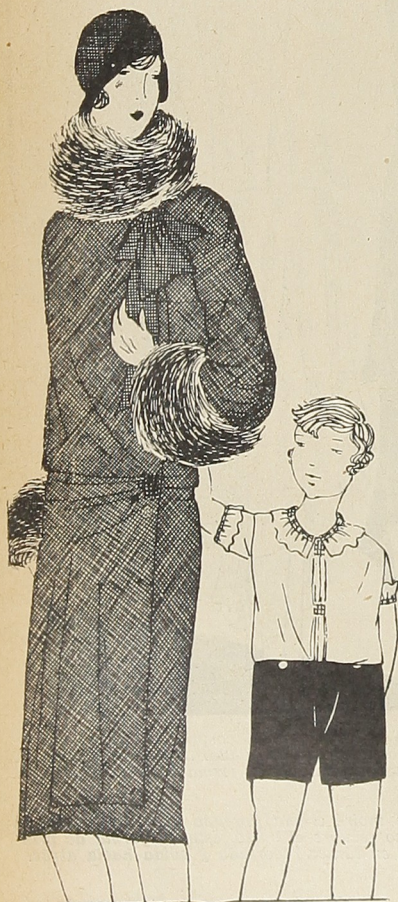
Juego de sombrero y saco adornados de varios grupos de fruncidos, confeccionados sobre terciopelo. El mismo adorno puede hacerse extensivo a las mangas y los guantes.

Abrigo de tarde en terciopelo verde con cuello y puños de skungs. En el hombro va adornado de una triple corrida de fruncidos que llegan muy junto a las mangas. En el talle otro grupo de fruncidos retiene la amplitud del abrigo formando un puño amplio.

Para un niño, combinado con un pantalón de terciopelo negro, una blusa en crépe de China rosa pálido, adornada adelante de dos grupos fruncidos. Vuelcito con fruncidos en el cuello y las mangas cortas.

Elegante vestidito en crépe georgette marfil. Falda sostenida en una pequeña blusita con grupos de fruncidos y adornada de un bonito ramo de flores rosa y azul pastel, con una caída de cintas semejantes.

Vestido de noche en crépe georgette verde Nilo. Una triple hilera de fruncidos parte desde el escote sobre un lado y desciende hasta tocar el comienzo de los dos vuelos en forma, caídos hacia atrás.



La Boga de las Faldas Largas



1.—Vestido en grueso tul marino. Descote prolongado hacia atrás y terminado por un vuelo suelto a cada lado de los hombros. Estrecha cintura adornada con un ramo de flores rojas. Falda caída hacia un lado ampliada por panneaux en forma.

2.—Vestido en falla azul violeta. Blusa cruzada ligeramente drapeada, con una gran lazada a un lado y un largo panneau prolongado formando cola, cintura ajustada al talle.

3.—Vestido en crepe marrocaín color marfil. Hebillas de esmeralda en los hombros, sostienen los fruncidos comenzados en la blusa. Un largo vuelo en forma da amplitud a la falda y se prolonga en una doble cola.

4.—Vestido de moiré satin rosa vieja, ligeramente drapeado al talle y escote en punta en la espalda, prolongado hasta el nudo formado del mismo género. Vuelo en forma subido atrás sobre la cola.



Los Elegantes Vestidos de Baile

1.—Vestido en terciopelo negro cuyo escote en punta va formado por un gran echarpe del mismo género anudado en la espalda y formando vuelos flotantes. El talle va diseñado por pespuntos de los cuales parte un festón en forma, sobremontando la falda también en forma.

2.—Vestido en muselina impresa rosa sobre fondo negro. El busto es completamente liso y corto. La falda y sobre falda adquieren forma de campana y ambas van caídas hacia atrás. Cinturón de metal.

3.—Vestido en crepe georgette verde claro. El cuello redondo va premunido de un echarpe unido a los hombros por medio de pequeños plieguecitos. La falda hace dos movimientos de vuelcitos igualmente montados de plieguecitos.

4.—Vestido en terciopelo gris plata. El

corpiño muy liso lleva un fruncido justamente en el delantero. La falda también adornada de fruncidos, lleva una especie de gran nudo y panneaux, formando colas dispuestas a cada lado de la espalda.

5.—Vestido en crepe de China blanco. La blusa ligeramente drapeada se sostiene por una cintura de metal cerrada por un broche de diamantes. Un broche análogo sostiene los tirantes del hombro, desde donde parte un echarpe que rodea el cuello. La falda está formada de dos vuelos en forma, montados de un pequeño corte que rodea las caderas.

6.—Vestido en terciopelo color berengena. La blusa larga es drapeada y adornada de un panneau flotante en la espalda, sostenido en el hombro por una gran joya. La falda forma panneaux en puntas y empieza desde un corte en punta también.

(Continuación de la página 34)

plimiento de la voluntad del difunto. Ni le preguntó nunca en serio por la promesa del camello, ni aun cuando se le hubiese prometido existían «pales» que acreditaran la promesa. Bien lo sabía Ginés; al viejo le repugnó siempre tratar de aquellas cosas tan íntimamente relacionadas con el morir. Convencido el padre de que Pablo no cejaría, le dijo resuelto:

—Si no vas tú, iré yo.

Y una tarde, a tiempo que allá en el monte el pastor dormía tendido en las grandes peñas, pobladas de lagartos, Ginés se fué en busca de Dolores, la hija del muerto.

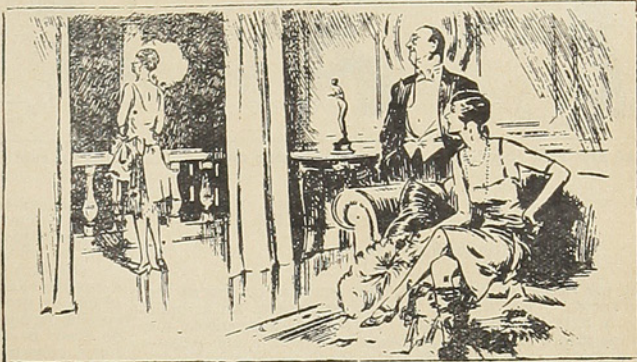
A la primera insinuación, la mujer saltó hecha una pólvora. ¡Sin vergüenza! Que se limpiara el hocico. Y vació sobre Ginés todo el odio, toda la rabia acumulada desde mucho tiempo atrás. Dolores no había olvidado, no olvidaría nunca, que aquel hombre había sido el autor de las francachelas que tan hondos desgastes habían causado en la hacienda y en la salud de Longinos... Ginés se cegó. ¡Hi de tal! ¡Rafosa! Dolores se puso livida. Agarró un gánigo y se lo tiró al viejo, a la cabeza. Si le coge se la deshace. Las relaciones entre ambas familias quedaron rotas. Tres días después Dolores vendió el camello.

Cuando Pablo se enteró de lo ocurrido, estuvo una semana sin hablar a su padre. Ahora el cabrero hallaba el corral cerrado a cal y piedra. Dentro cantaba Rosa. Algunas veces la oía reír con Barreto, que la visitaba a diario. El pastor sentía ímpetus de locura que le hacían temblar las piernas. Una tarde arrancó un geranio y lo tiró por sobre las tapias. Desde el corral se lo rechazaron. El cabrero pateó la flor y siguió su

ño, eructando aguardiente. Se perdía en los atajos. Horas y horas caminaba sin rumbo. Concluía por sentarse a esperar el sol.

Pero la angustia de ser sorprendido y desatrapado por los camellos, que en los meses de brama huyen de los corrales y vagan fiecos y libres por los campos, le obligaba a le-

ta al hombro y de regreso de un baile, volvía Pablo a la casa. Era en el plenilunio de abril. La luna besaba los sembrados, el camino, las veredas, las montañas casi invisibles adornadas en el horizonte. En un cercado ladraba un mastín. Lejos se oía la voz de un grupo de gente que entre los trigos



SMITH (enamorado de una dama que acaba de revelar hábilmente su edad). — ¿No te parece, hermana mía, que treinta años no es mucho para una mujer?

LA HERMANA. — En efecto... sobre todo, si tiene cuarenta.

vantarse y a andar, andar sin reposo, con el oído alerta.

Tal era su vida. Pero, ¡ay, no lograba, no podía acostumbrarse! Cuando de noche, después de la cena, se tendía en los poyos del patio, el alma se le escapaba y se iba volando a discurrir tristemente alrededor de la casa de su padrino, en torno de la luz del hogar vedado, lejano y sola como una estrella caída en un surco de la llanura. Y Pablo se dormía pensando en Rosa, en el diablillo

marchaba cantando hacia la mar. Se columbraba la casa de Rosa, cuando, de pronto, sintió Pablo que a su espalda se abrían los sembrados. Volvió a ver y la piel se le erizó: ¡era el Dorado en brama, suelto! Pablo se arrojó de golpe a la cuneta; y engañado, sin respirar, huyó sintiendo la muerte próxima, inevitable. El Dorado, enfurecido, le perseguía por lo alto del camino arrastrando la cadena, galopando a veces y a veces deteniéndose para alargar el cuello y olfatearle en la sombra. La casa de Rosa blanqueaba aislada en medio del campo. Instintivamente Pablo se lanzó a ella. El camello se lanzó a los trigos. Entonces comenzó una fuga terrible. En la huida se le cayó a Pablo la chaqueta. El Dorado se detuvo, la olió un instante y siguió el galope. Pablo perdía el aliento. Tropezó dos veces. Las piernas le flaqueaban. ¡Iba a morir, iba a morir! ¡Señor! Estuvo a punto de entregarse, de arrojarse a tierra para que el camello le escuchara de una vez. Pero el miedo le azuzaba. De un brinco salvó los muros del corral. Al caer, Pablo sorprendió a Rosa cuchicheando con un hombre, su primo. La muchacha se desprendió de los brazos de Barreto y huyó.

Este se puso en pie, hizo cara al importuno.

—¿Qué? ¿A qué vienes? ¿Largo!
A Pablo le faltó voz para contestar. La ira, el cansancio horribles le ahogaban. Sintió que en su corazón se moría la alegría de vivir, la vida misma. Se apoyó en la tapia.

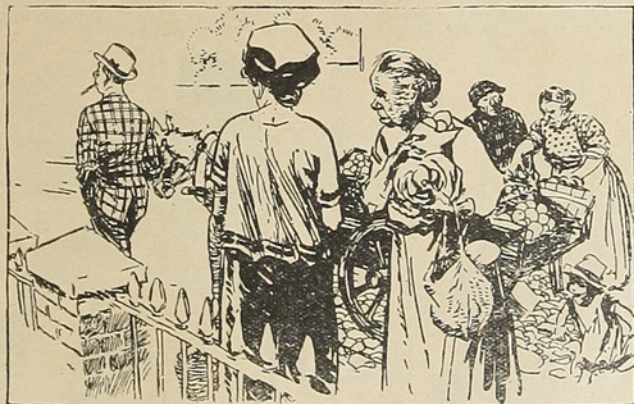
Al cabo pudo hablar.
—¡No, no vengo por ti, ni por ella! El Dorado anda suelto. Me perseguía; no me podía salvar. Salté. ¡Así me hubiera reventado antes! ¡Pero, ahora, ahora me voy!... ¡Adiós, adiós Rosa!...

Abrió el portalón, echó al campo y cerró por fuera.

En el sosiego de la noche oyéronse sus pasos claros y firmes. Se iba.

Un insecto se posó zumbando sobre la tapia. De repente sonó a lo lejos un alarido espantoso que excitó el ladrar de los perros, despertó los ecos del campo y a fué a perderse en el silencio de las montañas del horizonte...

LOS GRANDES INVENTOS



—¿A qué se dedica su nuevo huésped?
—Es uno de los más grandes inventores de nuestra época.
—¿Caramba! ¿Y qué es lo que ha inventado?
—Pues... cada mes inventa un nuevo motivo para no pagar.

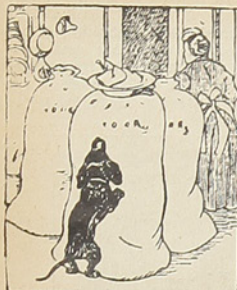
camino. No pasó más por allí. Buscó otro abrevadero, otras veredas.

Quiso olvidar a Rosa. Los domingos se emborrachaba. Iba a las taifas y a las velaciones. No perdía uno en tres leguas a la redonda. De tales holgorios salía a la una, a las dos de la madrugada, muerto de sue-

querido, alegre como un álamo en días de viento, silenciosa, ondulante como el humo de las hogueras en tardes de calma...

—O—

Sólo en mangas de camisa, con la chaqueta



—¿Qué alto está el pollo!



—Buscaré el modo de hacerle descender.



—¡Eh! ¡Ya está!

LA VIAJERA RUBIA

(Continuación de la pág. 3)

creí que me había ya hecho digna de aquel amor que se me había ofrecido, y que llenaba toda mi existencia. En el baile de X... le hablé por vez primera, le recordé su promesa; me miró y me dijo que me amaba. Desde entonces, a qué negarlo, soy dichosa, pero mamá dice que es digno de mí ¡él!

Aquella confesión se hizo en tono agitado, con voz entrecortada, con la mirada vaga: No era ella la que hablaba; era otra mujer que hablaba por medio de Consuelo. Yo quedé asombrado; aquella mezcla de candor y de pasión me causó un dolor profundo, y creo que me inspiró un afecto cual yo no le he sentido nunca.

Quise hablar, pero no encontré frases, y me irrité conmigo mismo. Y allá en el fondo del alma comenzó a brotar ese odio implacable que se profesa a los rivales que no se parece a ningún odio humano. Llamé en mi auxilio el recuerdo de los demás afectos que había sentido en mi vida para acentuar mis palabras, y quise descender el velo de la realidad, que aquella niña no conocía. Pero todo fué en vano; mis persuasivas y cariñosas frases provocaban sólo una sonrisa de indulgencia; mis indicaciones con "él". Un "Usted no le conoce", y mis palabras pintaron el dolor de su madre, lágrimas y suspiros. Calle, porque comprendí que tenía delante de mí un ser atacado de la locura, de la pasión, y para esa dolencia no hay más lenguaje que el de Dios, el tiempo y los acontecimientos.

JOHN GILBERT, EL AFORTUNADO

(Continuación de la pág. 8)

eje central o figura principal es el director, y ya entonces fué una ambición estética lo que antes había sido mera derivación de actividades. Y quiso ser director y lo fué. Con el dinero economizado decidió marcharse a Nueva York a dirigir películas por su cuenta, y así hizo unas cuatro, pero la falta de recursos para competir con los grandes productores le obligó a abandonar su quijotesca empresa y volver a Hollywood. A su regreso a estos lares ya no trabajó más que como actor, aunque su reconducida ambición sigue siendo aún hoy el megáfono. Trabajó primero como «actor libre», es decir, sin contrato permanente con ningún taller. Esto, como fácilmente se comprenderá, tiene sus ventajas y desventajas. Entre las primeras, está la inapreciable de la libertad: se trabaja cuando se quiere, con el director que nos place, en el papel que más nos gusta y con el estudio que mejor paga, entre las segundas hay una que es suprema y casi única: la inseguridad respecto al sueldo, que es lo mismo que decir la inseguridad del pan nuestro de cada día. Y como la situación económica de John Gilbert por aquellos días no le permitía este lujo, decidió al fin aceptar un contrato a largo plazo que la Metro Goldwyn Mayer le ofrecía, con suculenta remuneración.

«Su popularidad ha ido «in crescendo» desde que empezó a trabajar en la Metro y con la popularidad ha aumen-

tado el sueldo, al extremo de que hoy es una de las «estrellas» mejor pagadas de Hollywood. «Al terminarse el presente

contrato, nos afirmaba el otro día, no lo renovaré. O trabajo de director, o como «actor libre».



—¿Te acuerdas de cuando hicimos la Primera Comunión? Nos parecíamos tanto que nos tomaban al uno por el otro.

Callando yo, ella me habló, y me pintó su pasión en un lenguaje que no conocía. No era el de los poetas, ¡oh, no! La retórica no había falseado aquella libre y espontánea transformación del sentimiento en palabra; eran los latidos del corazón los que yo escuchaba; eran las emanaciones de una Virgen las que yo sentía. Encadenado por aquel mágico acento, yo me embriagué en su palabra, besaba con el alma las palabras que iban cayendo en mi encantado espíritu, y casi llegué a amar al rival que poco antes odiaba.

—Usted es amigo mío; ayúdeme usted; hace dos días que mamá sólo me habla de usted; cree que usted me ama. ¿No es cierto que usted no me ama? Usted hablará a mamá; dígalas usted que yo no soy mía, que hace cinco años que mi vida está en su corazón. Convenza usted a mamá; auxílleme usted; calme mi dolor y el suyo; ¡que no tenga yo estos remordimientos que me acusan, y yo le bendeciré a usted con todo mi corazón!

Ofrecí lo que quise; ella hablaba, y yo sólo decía que sí a cuanto ella decía; no sé lo que ofrecí de esta manera; sólo sé que de pronto sentí que estrechaban mi mano e imprimían en ella un beso ardiente, apasionado, que penetró como la hoja de acero hasta mi corazón. Me desasí bruscamente de ella y hui a encerrarme en mi camarote.

PEDRO DE REPIDE.

LITA

(Continuación de la pág. 40)

Volvió al colegio ya grande, veinte años, con la cinta del mérito prendida en los zapatos. Mauricio le ofrecía bombones asomado a las tapas de todos los cuadernos.

Con qué facilidad bajaban las escaleras! Un leve salto, y el cuerpo flotaba en el aire, descendiendo suavemente hacia cualquier dirección. Entre los jazmines del patio, Dios guardaba los naufragos del sueño. Cogió a Lita de la mano y fué diciéndole versos hasta llegar a la playa.

Un horizonte de belleza purificaba las estrellas, el mar, la negrura viscosa de los moluscos. Las algas detuvieron su danza salina. Un friso de cuerpos yodados opuso su dique a las olas.

En el esquife de una raqueta, Lita navegaba hacia las riberas del día.

Consultorio Sentimental

A los lectores.—Toda correspondencia relacionada con suscripciones o de carácter análogos, deben ser dirigidas a la Administración de Zig-Zag. La edición del Almanaque de "Para Todos" está agotada y no se volverá a reeditar.

Toda carta dirigida a éste Consultorio debe traer su dirección respectiva, en otra forma no se dará a la publicidad.

Quiero encontrar un hombre de 25 a 35 años, que conozca a fondo el arte de fingir, de engañar y dar a las almas cada día un poco de piadoso engaño de amor. Lo deseo culto, cariñoso y sobre todo muy buen mentiroso. Llaneda, Correo Central, Santiago.

Hace algún tiempo conocí al gentil subterfugeante R. Rodríguez, actualmente en San Fernando. Fuimos muy buenos amigos; un día nos distanció una causa banal, sin embargo, como no hay distancia para el pensamiento, el recuerdo de su alta silueta y sus ojos verdes, que son un poema, sigue siendo para mí lo más grato, lo más bello, lo mejor. Una amiga olvidada.

Eliana, Cristina y Mina Guerra, Correo 5, Santiago.—Tres primas, las dos primeras de 18 años y la segunda de 16, desean correspondencia con jóvenes de 20 a 28.

Raúl R., Correo, La Serena.—Desea saber la dirección de la señorita que pasó las anteriores vacaciones en Coquimbo y que a fines de diciembre viajaba a Arica. Esto si ha podido vencer la instintiva indiferencia que yo le inspiraba.

Chita V., Correo Cauquenes.—Chiquilla de 16 años, aficionada al cine y deportes, cursa 6.º año de humanidades y de piano, desea correspondencia con joven no mayor de 20, naval, aviador o militar.

C. L. L., Fortuna "S", Rancagua.—Dirijase a la dirección que dió "Viudita Triste", en su párrafo.

Flor Silvestre. Correo, Cañete.—Señorita alta, delgada, amante del trabajo, la tranquilidad y la sencillez, y que detesta el baile, desea correspondencia con fines matrimoniales con joven de 25 a 30 años, de nobles sentimientos, aunque pobre y de físico no muy atrayente, pero trabajador y muy educado.

J. Becerra, E. y E. A. P. S., Radioestación Talcahuano, desean correspondencia con chilquillas de 15 a 20 primaveras, aunque no bo-

A Octavio, Puerto Montt.—¿Por qué no ha vuelto a escribir? ¿No ha recibido mi última carta? Espero su contestación con impaciencia. Bebé Lexi.

R. Stewart, Correo 2, Valparaíso.—Desea correspondencia con la señorita Magdalena P. de Quipué, que en las últimas fiestas primaverales andaba en compañía de un "Gaucho"

Omar Prebost.—Falta dirección.

Húngara, Correo, San Bernardo.—Vea la dirección del señor a quien se dirige y escribale directamente, ganará tiempo y no contravendrá las disposiciones de la dirección.

Maggie y Helen, Correo 2, Chillán.—Aceptan 2 guardiamarinas que sepan corresponder a dos corazones ansiosos de amar. Ellas actualmente están de paso en ésta.

Meche, Correo 2, Chillán.—Una chica encantadora, que tiene un mundo de pretendientes, está dispuesta a aceptar solamente a un estudiante universitario que la enseñe a ser sericita, pue es bastante viva.

Magali, Correo, Corral.—Chiquilla seria, trabajadora, que está dispuesta a querer mucho, y es de físico muy aceptable, desea correspondencia con joven de nobles sentimientos, buena familia y de porvenir. Ojalá rubio y de preferencia marino.

El sarcasmo del destino une y separa a las almas. Un telegrama bastó para abrir una barrera entre dos. ¿Por cuánto tiempo?... Sólo él podrá decidirlo. Nuestra promesa recíproca de amor eterno se disolvió, destruyendo mis ilusiones, mis esperanzas, mi vida. Si él reconoce la procedencia de estas líneas, comprenderá que aún espero la carta que nunca llegó allá en Antofagasta, donde lejos de los míos anhelaba su consuelo en mi abandono. Mena A., Correo, Talca.

V. P. Y., Correo 2, Santiago.—Desea saludar amistosamente a P. Keyer, Estación E. Saito, y advertirle que cuánto le dijo en aquella carta fatal, motivo de su rompimiento, fué tan sólo una mentira que le ha costado no pocos pesares y remordimientos. Si él no es rencoroso, puede escribirle.

M. F. D., Correo, Talca.—Joven simpático

desea correspondencia con la encantadora señorita de la Sección Despacho del Correo de ésta, cuyas iniciales son E. E. Ojalá su corazón esté libre para que pueda contestarme.

M. F. D., Correo 2, Chillán.—Desea correspondencia con el subteniente de Carabineros de la capital, cuyas iniciales son J. D. A.

Nené Campino, Correo, Chillán. — Una simpática pimpolla de 19 abríles, desea a sus correspondientes de 1929, un año lleno de dicha, y anhela mas que nunca un amigo gentil de 23 a 30 años, alto, fino, simpático, educado y sincero.

V. X. M. G., Rancagua, Teniente "C". — Provinciano dedicado única y exclusivamente al trabajo, muy desdichado en amor, desea correspondencia con una personatía comprensiva y muy buena.

L. Armando González R., Batallón Escuela de Comunicaciones, presente.—Desea correspondencia con una señorita de 18 a 20 años, no importa su físico, pero que sea excelente dueña de casa. El es militar y tiene 21 años.

A. Arancibia & Cía., Petorca.—Sírvasse leer el párrafo N.º 1 de esta Sección.

Lucy Ahumada, Villa Alegre.—Morena de ojos verdes, 17 años, desea correspondencia con joven que la supere en edad, de familia honorable. Prefiere naval o militar.

Violeta Blanca, Correo 3, Valparaíso.—Simpática rubia de ojos verdes, desea correspondencia con el encantador italiano que un año atrás actuaba en la 6.a Compañía de Bomberos de éste puerto, y actualmente se encuentra radicado en Santiago. Sus iniciales son J. P.

I. T. M., Correo, Puerto Montt.—Joven de 19 años, estudiante del Instituto Pinochet Le Brun, de Santiago, desea correspondencia con señorita de la misma edad y del mismo Instituto, no importa que habite el pueblo más distante.

Segundo O. Martínez, Correo Central, Valdivia.—Joven de 24 años, que desea irse pronto a la capital en donde no conoce a nadie desea correspondencia con alguna bella santiaguina, para cultivar una amistad incógnita, mientras él llega a esa. La desea de más de 18 años, soltera o viuda, simpática y desprejuiciada.

Ginebra y Germana, Correo, Copiapó.—Desean correspondencia con algunos lectores que sientan la nostalgia de la soledad y de la ausencia de amigas buenas y sinceras. Ojalá contesten pronto y envíen foto.

F. S. A. C.—Falta dirección.

Rubia, Correo 2, Temuco. — Una enamorada de la poesía, desea correspondencia con un joven poeta o un aficionado a la literatura como ella.

M. Reyes., Hacienda Calleque. Estación Peralillo. — Una morocha muy simpática de 15 años, de ojos negros hermosos, desea correspondencia con un joven simpático de cualquiera edad.

P. L., C. y P. A., Correo 4, Playa Ancha.—Tres chiquillas de la sociedad, desean correspondencia con estudiantes de medicina o guardiamarinas. Si es posible enviar foto. Contestar a nombre de la segunda, indicando referencia.

Interesado, Correo, Talca.—¿No le sería mucho más fácil dirigirse directamente a la señorita Sultana M., de Talca? Para algo sirven las direcciones que envían las lectoras.

Rubén Darío, Talca. — Diríjase simplemente a "Viudita Triste", Correo, Talca.

Nané X., Talca.—Desde hace tiempo me interesa profundamente un joven que trabaja en el Banco Es-



WATKINS pasta Dentífrica

TONIFICA LAS ENCÍAS Y CONSERVA LOS DIENTES
PERFECTAMENTE SANOS Y BLANCOS

Agente general para Chile:

PEDRO GHISI

BANDERA, 575 - OFIC. 49

Casilla 3114

Teléfono 86984

SANTIAGO

pañol de Chile, cuyas iniciales son A. S. Soy una chica de 20 años, de carácter alegre, alta, sencilla y que sabría corresponder a todo sentimiento noble. Si él quiere descifrar el incógnito, vaya los domingos al paseo vespertino de la Alameda y... lo sabrá.

Nadya S., Correo, Talca. — Trigueña, ojos glaucos, simpática y graciosa, desea correspondencia con un joven alto, empleado en la Caja de Crédito Popular, cuyas iniciales son J. V. Ella es una muchachita soñadora, hija única de padres preclucos, y espera anhelante una cartita de él que la despierte del letargo en que se encuentra sumida. ¿Vendrá?...
A Esclava del Destino.—Para los dolores de

A Esclava del Destino.—Para los dolores de



¡Aunque dejes de comer, no te curarás!

Frecuentemente se quiere curar la diarrea dejando de comer: pero aunque no se tomen alimentos, no se hace desaparecer esa molestia. — Al contrario, con eso se acelera la decadencia de fuerzas. Te curarás tomando

las **Tabletas de Eldoformo** que hacen desaparecer enseguida las trastornos de estómago, regularizan la función de los intestinos, procuran una buena digestión y el peso normal del cuerpo se recupera en poco tiempo.



M. R. A base de tanino y levadura

tu alma, ofrezco mi corazón sincero, también saturado de incomprensiones, esperando armonizar nuestras vidas en un canto de alegría de vivir al margen de los prejuicios y convencionalismos, que ponga en nuestras almas un poco de aromada ilusión. Gastón R., Correo, Chillán.

Diana Facet, Correo Central, Santiago. — Chiquilla de 20 años, que mide 1.70 m., blanca, de ojos verdes, pelo negro, quiere encontrar entre los lectores de esta revista la consecución de su ideal. Lo desea de 28 a 30 años, de familia honorable y posición holgada, físico regular, ojalá amante de la música, que constituya su mayor deleite.

Berta Romeral, Correo, La Serena. — Desea correspondencia con joven educado, aficionado a la literatura. Ella tiene 16 años y es muy amante de todo lo bello.

A Myriam de la Guarda. — El lamento de sus labios es el mismo de los mios. Tal vez un poco amarga, esta cicuta que envenena mi alma, de solitario ávido del diálogo, con un ser amigo de exquisita sensibilidad, pueda encontrar hoy un lenitivo en una alinidad de sentimientos, y unidos podamos olvidar la vulgaridad de la materia que nos rodea. Me considero un bufón grotesco en la corte de la vida, y esta es mi tragedia. Carnet 298017, Correo 3, Santiago.

María de las Mercedes, Romeral, Correo, La Serena. — Desea correspondencia con joven católico, estudiante de Leyes, de muy buena familia, no mayor de 25 años. Ella tiene 17 años, blanca, ojos verdes, pelo oscuro.

Alejandro Valdemar, Correo, Potrerillos. — Desea correspondencia con chiquillas simpáticas porque él es feo, y que no sea como la heroína de "Malditas sean las mujeres".

A. Briones, Correo 2, Linares. — Chiquilla que usa moño, ricachona y muy buena, desea correspondencia con joven educado, sentimental, culto. No importa que sea pobre y feo.

Katty Brandt, Correo 3, Valdivia. — Desea conocer un joven de este puerto, cuyo nombre es Raul C. A., que vive en la calle Cumming. Ella está segura de no serle indiferente.

Chela V. P., Correo 3, Valparaíso. — Desea correspondencia con joven de 25 a 30 años, rubio y muy serio, prefiere extranjero.

Maruja R. Undurraga, Correo Central, Santiago. — Desea correspondencia con joven de 25 a 30 años, que anhela amar y ser correspondido por una simpática chiquilla de 20 primaveras, y que esté dispuesto a hacer la compañía de todo su vida, por lo tanto lo desea de buena situación.

Francisco Conte, subteniente de la Escuela de Aviación. — Puede escribir al Correo Central de Santiago al nombre que él conoce, y decir si desea tener una entrevista con un "viejo amor" que le garantice absoluta seriedad.

M. V. E., Correo, Viña del Mar. — Desea que llegue hasta ella la súplica de su amistad, pues no desea otra cosa de una señorita de negro que trabaja en la Caja de Ahorros de ésta, a quien en una ocasión acompañó hasta su casa en un día de lluvia. Ojalá conteste positiva o negativamente.

A Myriam de la Guarda. — No acostumbro leer las mil ideas, siempre igualmente monótonas que en los Consultorios Sentimentales se exteriorizan. Los que se sienten románticos, sufren de espejismo sentimental. Evitando la aridez de muchas consideraciones que el caso me sugiere, quiero decirle, sin embargo, que su llamado, el primero en la edición de "Para Todos", me interesó sobre manera. No escribo por romanticismo ni por aventura. Se adivina en Ud. un espíritu selecto, culto, serio. Juzgo que estará de mi parte para acusar de falsa una sociedad en que para buscar un espíritu sincero precisa hacer lo que Ud. hace. Cordialmente, R. C. Presente.

Alicia de Monte Rey, Correo Central, Santiago. — Morena de 20 años, desea correspondencia con joven marino que la supere en edad. Serio, educado, de sentimientos nobles. El físico no le merece consideración.

Betty M. Y Mary A., Correo 3, Casilla a 3454, Valparaíso. — Dos amiguitas lindas, de 20 a 17 primaveras, adineradas y bien educadas, desean correspondencia con jóvenes de reñán idénticas condiciones,

además, han de ser esencialmente cariñosos y enviar foto.

Iris Redal, Rancagua, Machali. — Desea correspondencia con joven bueno, sincero, culto, inteligente, de preferencia profesional (como ella), próximo a serio, que quiera traérsela en la inmensa soledad que la vida del campo la condena.

A Myriam de la Guarda. — Estoy cierto que podemos entendernos, muy de acuerdo con sus deseos, pues nuestras situaciones son armoniosamente semejantes. Dirijase a J. M. R. Ch., Correo, Traiguén.

María del Pinar, Rancagua, Machali. — Chica de 16 años, y nobles sentimientos, desea correspondencia con joven leal y sincero, de 18 a 22 años, simpático, educado, capaz de comprenderla en su soledad y su tristeza.

A Myriam de la Guarda. — Quiere Ud. lo que yo quiero. Por primera vez he leído el Consultorio, guiado por la fuerza poderosa de mi intuición o quizás atraído por la corriente simpática de los deseos de Ud. Ignoro si sea que queramos para nosotros ser algo para alguien. Sea Ud. quien fuere y bajo promesa solemne de no romper el misterio de este lazo que el Destino tan enigmáticamente nos ha tendido, quiero responder a su llamado. Siento que si le soy a Ud. útil, me es necesaria, y esto basta. Mucho tiempo antes de ahora, Ud. prestó un servicio inapreciable a un alma enferma, en donde las almas no tienen más Consultorio que sus propias afinidades. Estoy ahora en condiciones de retribuir a Ud. su ancestral interés por mí. José B., Traiguén.

Betty, Margot, Correo 3, Valparaíso. — Desean correspondencia con lectores del "Para Todos", de 25 y 21 años respectivamente. Ruegan contestar y enviar foto.

J. M. M., Correo Central, Santiago. — Joven honorable, culto, de 23 años, moreno, de regular estatura, amante de la literatura y el trabajo, desea correspondencia con fines matrimoniales con una señorita de posición económica, ojalá independiente; de buen cuerpo, no mayor de 40 años. Ruega enviar foto.

E. Domínguez, Prat 41, of. 11, Valparaíso. — Desea conocer a la señorita rubia, viñamarina que viajaba en autobús de este lugar, a las alhajas, el domingo 22 de diciembre, teniendo yo el placer de cederle el asiento. Como tengo la pretensión de creer no haberle sido indiferente, ruego enviarme su dirección postal para escribirle.

Carmen Boch, Correo, Talca. — Desea correspondencia con algún simpático lector de la revista, de 20 a 22 años, educado y de buenos sentimientos, de preferencia alto. Ella tiene 19 años y posee unos encantadores ojos negros.

Maryld, Correo, Talca. — Desea correspondencia con el simpático muchacho rubio de ojos verdes, que en el mes de diciembre la miraba tanto en los carros Parque, de Santiago, y que en dos ocasiones la siguió hasta la casa. Ojalá la recuerde y le haga el don de una cartita afectiva y complaciente.

Max Renabal, Casilla 4, Coligüe. — Joven de buena posición social, alto, buenmozo, hijo de rentista y muy educado, desea correspondencia con señorita educada, garantizando seriedad. Ruega enviar foto.

Norma Shearer, Correo, Linares. — Desea correspondencia con el simpático militar Manuel Cerda. El es de Linares, pero por el momento ignora el sitio en donde se encuentra, por tal motivo ruego a una persona que lo conozca y lea mis líneas, se sirva transmitir las.

Hemos recibido para su publicación la siguiente carta: "Muy señor nuestro: Viendo continuamente la amabilidad con que sabe atender a todos aquellos que se dirigen a Ud. solicitando ayuda de cualquiera índole, nos permitimos enviarle las presentes líneas en las que expresamos nuestros deseos más ardientes de encontrar en esa lejana y hermosa tierra de tan tiernas sujeciones, unas marinitas de guerra, que con la miel de su innata dulzura quieran hacernos olvidar a ratos la pesadez de nuestra vida de profundos solitarios. Emilio Ponce y Vicente Caro. Sección Ciclista del RIF. Estado Mayor.—Villa San Jurjo.

Jenny A. Paredes, Correo 7, Matadero. — Señorita de 25 años, educada conforme las antiguas usanzas, que no usa melena ni pin-

turas y posee un vasto concepto de lo que son la vida, el amor y el matrimonio, desea ver realizarse su ideal tanto tiempo acarariado en la persona de un joven mayor de 30 años, trabajador, sin vicios, de amplio criterio, comprensivo y delicado. El físico lo conceptúa secundario y sólo es intransigente en la estatura que no debe ser inferior a 1.68 m.

A Myriam de la Guarda.—Espíritu selecto. ¿Cuántos como yo no se sentirán atraídos por ese conjunto de ideas superiores que revelan una sensibilidad exquisita, una inteligencia poco común en las mujeres de hoy día? Esta demás que pide un ser a quien desentresen físicos, edades y fortunas. Todo hombre que lea su párrafo, comprenderá como yo, que posee una personalidad sin precedentes, y esto basta. Afectuosamente, "un admirador" que ansia su amistad. Correo Central. Presente.

Timoteo Parra Villar.—Falta dirección. Somos tres chiquillas inseparables; dos rubias y una morenita, de almas apasionadas y dispuestas a amar con locura si llegan a ser comprendidas. E. P. M., desea correspondencia con el simpático chiquillo M. Valenzuela A. P. R. M., con el simpático telegrafista R. P. E., con el futuro abogado Osvaldo Erbelia J.; si sus encantadores ojos leen tan simpático consultorio, les rogamos contestarnos al Correo de Constitución.

Ruth Roland, Villa Alegre, Correo.—Desea correspondencia con el simpático telegrafista de Putagán, a quien no es del todo indiferente.

A. M. L., Correo 2, Santiago.—Joven de 30 años, de ascendencia inglesa, familia honorable, regular estatura, cabello rubio, ojos verdes, artista pintor que anhela surgir, desea correspondencia con señorita o viuda de 20 a 35 años, caritativa, trabajadora, y con algo de capital.

Germán Larrazábal.—No se devuelven originales ni se contesta correspondencia de indolentes privados. Si Ud. ha enviado algún trabajo que merezca la aprobación de la Dirección, se publicará.

E. O. S., Casilla 29, Molina.—Provincianita de regular estatura, delgada, color trigoño, poco castaño, loca por la música, desea correspondencia con joven de 20 a 25 años, educado, honorable e independiente.

Lina Ugarte V., Correo, Viña del Mar.—Chiquilla de 17 años, desea correspondencia con joven de 20 a 25 años, moreno, simpático, lo prefiero de Osorno.

M. M. G., Correo, Lota Abajo.—Marino de 23 años, anhela encontrar en tierra una sirvienta que se interese por su destrozado corazón y esté dispuesta a unir con profundo cariño aquellos despojos.

María y Elvira F. L., Correo, Concepción.—Dos hermanas muy simpáticas, desean correspondencia con jóvenes de 30 a 35 años, altos, morenos, de buen carácter, no importa que sean feos, siempre que sean querendos.

Agnes Scott, Correo Central, Santiago.—Chiquilla rubia, de 18 primaveras, muy alegre y jovial de ojos azules, desea correspondencia con cadete militar o naval. Agradecería foto, que ella también se compromete a enviar.

E. E. E., Correo, Chillán.—Chiquilla estudiante de buena familia, desea correspondencia con militar o naval; no importa su físico, sólo mira modales y un corazón dispuesto a amarla. Ella pertenece a una buena familia y es muy simpática.

Emilia E., Correo, Chillán.—Desea correspondencia con santiaguino de 19 a 25 años, profesional o estudiante próximo a recibirse, ella tiene 18 años y es muy simpática.

Corazón sin Dueño, Correo 2, Valparaíso.—Desea correspondencia con un joven que estudia Leyes; es alto, moreno y que generalmente pasa en un almacén que está cerca de la calle Retamo.

Carmen R. Z., Correo, Talca.—Desea correspondencia con un simpático viudo ocupado en la Vinícola, que vivía en 1 Norte 11 Oriente. Es a mi juicio muy simpático.

Beba.—Falta dirección.

Esthercita P., Correo 3, Valparaíso.—Ruega a Admirador Interesado, ampliar sus datos

referentes a la persona que alude, pues su nombre es exacto, pero no recuerda haber viajado en carro acompañada de un joven. ven.

Isabel, Lila y Berta Squella, Casilla 992, Concepción.—Desean correspondencia. La primera con un joven de Talcahuano, alto, de ojos verdes, que está empleado en el Dique. Sus iniciales son O. N. La segunda, de 18 años, desea con un marino o militar, y la última, con un empleado de la Caja de Ahorros cuyas iniciales son M. F.

Andrés Galiana, Aviación Militar, Cetafe, Madrid, España.—Saluda cordialmente a todas las gentiles lectoras de la revista "Para Todos" y solicita de entre ellas una madrina de paz que endulce su vida con el consuelo de sus encantadoras caritas.

A Myriam de la Guarda.—Un admirador incógnito y entusiasta ruega le envíe su dirección postal para tener cuanto antes el inapreciable placer de iniciar una encantadora amistad epistolar. B. Baria, Teniente "C", Rancagua.

H. Z. X., Casilla 159, Curicó.—Desea correspondencia con una simpática señorita que el domingo 5 del presente, como a las 6 P. M. viajaba en un autobús Alameda. Es de mediana estatura, con un lindo lunarcito al lado derecho de su carita. Creo que aquel día veía traír la lacre. El que escribe estas líneas es un joven alto y lentes que iba afirmado en la cabina del chauffeur.

A. Villaseca y Alex del Campo.—Desean correspondencia con señoritas de 18 a 20 años, no importa físico. Correo, Potrerillos.

Clyde Brook, Casilla 2 v., Valparaíso.—Joven de 22 años, empleado en casa miorista, bastante educado, desea cartearse con chiquilla simpática, regular estatura, amante de la música, la literatura y el deporte; que posea buenos sentimientos y sea bastante educada. De 18 a 20 años.

José Cáceres, Valparaíso.—Lea Ud. el primer párrafo de este Consultorio.

Rogady, Roberts, Raley y Rodny, Casilla 276, Talca.—Cuatro amigos inseparables, nada de mal parecidos, desean correspondencia con cuatro chiquillas muy dijes, no mayores de 18 años, que es la edad de ellos. Ruegan enviar fotografías y escribirles por nombres separados.

Elena A. Vidal Z., Correo, Talca.—Desea correspondencia con argentino o peruano de 19 a 22 años.

Fernando R. X., Correo, Arica.—Joven alto de 22 años, sin ningún vicio y con un corazón capaz de amar hasta lo sublime, desea correspondencia con señorita simpática de 17 a 26 años que sepa ser fiel y amar de verdad.

Lily y Lilian.—Falta dirección.

Nora C., Correo 7, Santiago.—Desea correspondencia con el joven de bigotitos, estudiante de medicina, a quien he conocido varios días seguidos en el Santa Lucía. Yo soy la chiquilla a quien él creyó que estudiaba matemáticas.

R. Manríquez M., Rancagua, Teniente "C".—Desea correspondencia con pebetera de 15 a 18 años, seria en el amor. El tiene 20 años y dará por carta toda clase de datos de su persona.

Desearía en-

contrar entre los lectores de "Para Todos" un amigo verdadero, con quien poder cambiar impresiones. Lo deseo muy educado, noble y sincero, de 28 a 40 años. Su físico no me importa, pero sí sus sentimientos. Si alguien se interesa por ésta huastita, puede dirigirse a Morocha Pinochet, Correo, Talca.

A Myriam de la Guarda.—¡Es extraño! Cuando más comentaba el poco interés a los mil párrafos que he leído en mis ratos de perfecto ocio, advertí esas líneas trazadas por una mano femenina que acusan la procedencia de un espíritu muy digno, muy culto, muy excepcional.—Han venido a hablarme de la posibilidad de leyenda de encontrar un ser amigo de la índole de la inteligente autora de tan simpático párrafo.

P. Prin., Correo, Antofagasta.—Español de 40 años, instruido, desearía correspondencia con fines matrimoniales con señorita o viuda de fortuna, pues deseo formar un hogar modelo y desarrollar actividades comerciales.

Jocoyote, Correo, Chuquicamata.—Joven de 26 años, hijo de extranjeros, muy amante de los deportes, de buen físico, que ha viajado mucho, sin vicios y actualmente muy bien ocupado, desea correspondencia con una niña de Antofagasta o Copiapó, que no sea mayor de 24 años, bien educada y de buena presencia.

Tita Báez, Bety Morel y Ely Ray, Correo, Ramadillas.—Desean correspondencia con tres chicos no menores de 20. Ellas son morenas alegres y cariñosas.

Elena Z. de C., Correo Central. Presente.—Viudita simpática de 24 años, desea correspondencia con joven de buen carácter que tenga una situación más o menos buena, hasta de 40 años. Lo prefiero rubio.

Miguel Villa U., San Fernando.—Sirvase leer el párrafo inicial de esta Sección.

Gaynor y Yarett Garcés G., Correo 3, Santiago.—Chiquillas estudiantes de 15 años, desean correspondencia con dos cadetes navales o militares, amables y sinceros.

H. B., Correo 3, Concepción.—Desea correspondencia con alguna niña de 15 a 17 años. Ojalá envíe foto.

José M. Sanfurogo, Freire 315, Concepción.—Joven de 18 años, desea amistad con señorita de ésta o del Talcahuano, no menor de 15 años y que sepa quequer.

Sara Huach, Correo Central, Santiago.—Desea correspondencia con joven de 20 a 28 años, inteligente, educado, comprensivo y de nobles sentimientos que pueda despertar el amor dormido en una alma sedienta de

PARA ALIVIAROS
DE LOS DEPRIMENTES CALORES

HEMOS FABRICADO UN PRODUCTO MARAVILLOSO DE UN PERFUME EXQUISITO EL CUAL AL PRO-

VOCAR UNA REACCION DE FRESCURA INMEDIATA OS PRODUCIRA UNA SENSACION DE DELICIOSO BIENESTAR

KOLOSOL

MAGUA DE COLONIA SOLIDA



ANTES DE COMPRAR EXIGID EL VENDEDOR UNA DEMOSTRACION

LABORATORIO SALAZAR Y NEY
ART. PRAT 221-CASILLA 1034 SANTIAGO

afectos. Ojalá sea extranjero y que no resida en esta capital. Ella tiene 20 años, regular físico, ni usa melana ni pintura.

A. Marta González Prieto, Maruja y tía Adelaida, Talcahuano.—Deseo sinceramente haber efectuado un viaje feliz, y acepten el afecto de su prima, Chela.

Clara Luna, Correo 2, Santiago.—Desea correspondencia con joven de 18 a 22 años, provinciano, educado, cariñoso y alegre. Ella tiene 18 años, nada mal parecida y anhela hallar un amigo conforme sus deseos entre los lectores de tan simpática revista.

Chita, Lyla, María y Esther, amiguitas simpáticas y serietitas, de muy buena familia, desean correspondencia con morenos de mediana estatura, buena situación económica, serios, trabajadores y muy cariñosos. Dirigirse a Lyla Corvalán, Correo, Copiapó.

Desgraciado.—Falta dirección.
R. Villarreal A., Correo, Concepción.—Desea correspondencia con muchacha no mayor de 17 años, amante al cine y a la buena música. Ojalá de Concepción o Santiago.

J. V. V., Correo, Concepción.—Desea amistad con la señorita Rosa Rebollo, de Linares, por estar encantado de su voz. Es un hombre de 40 años, de buena presencia y buena fortuna.

María Quezada C., Correo 3, Valparaíso.—Desea correspondencia con joven de 20 a 23 años, serio, educado y trabajador, ojalá porteño, ella tiene 19 años, usa lentes, pero es una morena bastante simpática.

E. G. R., Correo 2, Valparaíso.—Desea correspondencia con el subteniente L. Carvajal, del Regimiento Eleuterio Ramírez de Temuco. Ella tiene 18 años, lo conoció en Playa Ancha cuando era cadete.

Arsenio Navarro, Parral, Correo.—Desea correspondencia con la señorita Blanca

J. P., profesora de una Escuela de Linares. Sus pretensiones son con fines matrimoniales.

Walthie, Correo 2, Santiago.—Desea saber de una señorita muy serietita a quien encontró varias veces en la calle Echaurén, cuyas iniciales son G. T. del R. Si su indiferencia no hubiera sido tan tenaz, hubiera reparado en el joven alto, rubio, que sigue sus pasos desde noviembre del año pasado.

Sarah Gutiérrez, Marchigüe, La Estrella.—Desea correspondencia con un joven estudiante, simpático y de familia honorable. Ella tiene 17 años, es buena y posee un corazón muy libre.

Diamante Azul, Correo Central.—Concepción.—Chiquilla de 15 años desea correspondencia con joven no mayor de 20 años; lo prefiere moreno de ojos azules. Indispensable enviar foto.

D. Augusto A. P., Compañía Disciplinaria, Quiriquina, Talcahuano.—Marino que ha estado castigado durante 13 meses sin bajar a tierra, y que está próximo a cumplir su castigo para resarcirse, desea conocer una chiquilla de Talcahuano.

Lilola.—Correo, Central, Concepción.—Chiquilla de 16 años, desea correspondencia con joven no mayor de 2, de físico agradable, lo prefiere extranjero. Indispensable enviar foto.

Jorge Salas, Correo 18, Santiago.—Desea encontrar niña de 18 a 25 años, de regular estatura, blanca, ojos claros, de familia muy honorable y de muy buen carácter. El tiene 33 años y cuenta con una renta más o menos aceptable.

Milonga G., Correo, Linares.—Desea correspondencia con el señor Osvaldo Cortés Trucí, a quien conoció hace poco en Talca.

Billie Dove, Correo, Penco.—Chiquilla de 17 años, no mal parecida, desea correspondencia con joven no mayor de 23, de muy buena situación económica, amante del baile; lo prefiere rubio. Indispensable enviar foto.

E. P., Mc Connell 189 Howell, Av. Milwauke, U. S. A.—¿Deseo correspondencia? ¿Por qué tan despreciable?

¿No toma los sinsabores como cosa natural de la vida? Si es tan femenina y sincera, como me lo imagino, podría escribirme hasta esta lejana y bella tierra en donde sus caritas serían el dulce recuerdo de la patria, de quien hubo de abandonarla para venir a estudiar al país del dólar. Siempre me interesaron las mujeres excepcionales, muy felices y sería muy feliz si en esta ocasión llegáramos a constituir una fusión de ideales y de sentimientos.

Pochito y Cachito, Casilla 834, Concepción.—Jovenitos de 17 años, muy estudiosos, desean correspondencia con chiquillas de 14 a 16, simpáticas y cariñosas a la par que educadas.

Myrna Lee, Correo, Concepción.—Desea encontrar un amigo sencillo, bueno, que sepa comprenderla y endulzarle la existencia. Lo prefiere alto, educado, que vista bien y sea de familia honorable.

A Myriam de la Guarda.—Estoy lejos de ti, Myriam, sin embargo, por poder de los pensamientos, me siento muy cerca de tu espíritu exquisito y, cualquiera que sea, te siento llegar a mí como una eterna saludable portadora de la sola felicidad que ambicionaba mi corazón de luchador tenaz, de indiferente empernado. Silvio Maró, Correo, Chillán.

Para Myriam de la Guarda.—Creo llegar a ser un compañero, el confidente que sus líneas, que destilan sentimiento, buscan entre los lectores de la revista. Soy también un hastiado de vivir y creo, repito, que lo gratificaré fusionar nuestras almas e ideales. Espero me enlazará su dirección, cuanto antes. M. Sepúlveda, Casilla 96 V, Valparaíso.

Gladys y Ruby, Correo, Talca.—Desean correspondencia con dos jovencitos que vieron el domingo 5 de enero, en el paseo de la tarde, en la Alameda; uno es de ojos negros y el otro azules. El último de ellos andaba con una mano vendada.

Eliana, Correo Americano, Chuquimata.—Morena, 21 años, educada, simpática, desea correspondencia con joven no mayor de 25, alto, ojalá profesional.

Rosa M. Arévalo, Correo, Linares.—Desea correspondencia con joven extranjero, de 25 a 28 años, franco, respetuoso, de buen corazón. Ella tiene 19 años, posee 3 idiomas, pero prefiere el inglés, por lo que le agradaría que la correspondencia fuera en este idioma.

A Myriam de la Guarda.—Seguramente llegaré el último... Pero soy acaso quien más ha analizado sus ideas, y le escribo con mayor entereza. Vivo solo, y desconfiaba hasta ahora de hallar un ser tan cultivado, tan esmeradamente delicado y bello, como el suyo, y que me permitiera ser suyo cuando fuera el último de sus amigos, el primero de sus admiradores. J. L. L., Correo, Linares.

Bessie Letelier, Correo 2, Valparaíso.—Desea correspondencia con joven de 21 a 28 años, serio, amante del cine y el baile; que sea alto, vista bien y sea educado, y esté dispuesto a formar su hogar con una chiquilla que lo querrá enormemente.

Angel L., Valparaíso.—Si te molestan mis pobres líneas, entonces ¿por qué te empeñas en ese silencio tan hiriente, más aun que el peor de los insultos? Piensa en el enorme mal que me ocasiona tu portía y dedica un mometo a tu lejana amiga. G.

Estrella de Oriente, Correo, San Vicente.—Chiquilla de 17 años, nada mal parecida, desea correspondencia con un joven de Huasteca, cuyas iniciales son N. Q. y cuya fotografía he visto en un grupo en que se encuentra sirviéndose un racimo de uvas en compañía de varios amigos.

P. M., Valparaíso, Correo 3.—Señorita seria, educada, cariñosa, alta, buena presencia, de familia honorable, que posee una herencia, desea correspondencia con condiciones muy apreciables, desea conocer joven de preferencia extranjero, no mayor de 45 años, educado, de buena figura. Indispensable enviar foto.

Swet Kika, La Lertel y América L., Correo, Quilpué, desean correspondencia con jóvenes serios no menores de 25 años.

Inés Urrutia, Correo, Concepción.—Desea correspondencia con un joven cuyo nombre es Germán M., que vive en Castellón de E. Freire.

Lupe Vélez, Casilla 382, Viña del Mar.—Desea correspondencia con un simpático jovencito que trabaja en el almacén La Palma de la calle Conell, de Valparaíso. Sus iniciales son M. M. B. y es muy aficionado al paseo de Pedro Montt.

Swet Kika, Quilpué.—Ruégole indicarme su dirección postal. Luvilo, Casilla 88, Valparaíso.

J. B. O., Casilla 40, Curacautín.—Joven de 25 años, ojos castaños, moreno, buena presencia, desea correspondencia con jovencita de buena figura. Ojalá enviar foto.

E. O., Correo, Concepción.—Desea conocer a una linda Nenita, para pasar estas aburridoras vacaciones en su graciosa compañía. La quiere de 16 a 18 años, ojalá use trenzas. El es un muchacho sincero, correcto y culto, es estudiante de Medicina y anhela quererte mucho.

LA FORTUNA GOLPEA A SU PUERTA ¡¡OIGALA!!



De cien personas, noventa se lamentan. ¿De qué se lamentan? De mala suerte, de falta de oportunidades, de falta de ayuda, de escasez de dinero y de mil cosas más. Es menester que sepamos de una vez por todas que TODO LO QUE NOSOTROS NO HAGAMOS POR NOSOTROS MISMOS, NADIE LO HARA. Y nosotros no haremos nada sino estamos preparados.

EL INSTITUTO PINOCHET LE BRUN, Santiago, Avenida Club Hípico, 1406. — Casilla 424.—Teléfono 474. (Matadero). Dirección Telefónica: «Iplle».

Enseña por correspondencia los siguientes Cursos: TENEDURIA DE LIBROS — CONTABILIDAD — ARITMETICA COMERCIAL — GRAMATICA CASTELLANA — MECANOGRAFIA — TAGUIGRAFIA — CORRESPONDENCIA MERCANTIL — ESCRITURA — ORTOGRAFIA — REDACCION — MENTALISMO Y AUTO-SUGESTION — DETECTIVISMO — INGLES — CARICATURISMO — APICULTURA — AVICULTURA — DACTILOSCOPIA — GEOMETRIA — DIBUJO LINEAL — VENDEADOR — ARCHIVO — LEYES TRIBUTARIAS — ESQUEMAS — CONTADOR — ESCUELA ACTIVA.

Este Instituto tiene un DEPARTAMENTO DE ENCARGOS, donde el residente en provincia puede dirigirse para lo que se le OFRECE en la capital.

Sírvase pedirme informes hoy mismo acerca de la enseñanza por correspondencia y le enviaremos amplios detalles, sin compromiso alguno para usted: recorte y envíenos el siguiente cupón, llenándolo con letra legible:

INSTITUTO PINOCHET LE BRUN, — Santiago. — Av. Club Hípico 1406.—Casilla 424.

Sírvanse mandarme informes, sin compromiso alguno por mi parte, del Curso que me interesa:

NOMBRE
CIUDAD CASILLA
CURSO
P. T.—Feb. 4-30.

Lucía Lorca, Correo 15, Santiago.—Desea correspondencia con Edmundo Menge, alemán que reside en Osorno. Sabe que ha viajado mucho. Ella lo conoció de vista en La Serena, y desde ese día su corazón lo recuerda con particular estimación, por lo que espera ser atendida en su ruego de solicitar unas cuantas líneas.

S. W., Correo, Melipilla.—Desea correspondencia con militar o marino, moreno, de ojos claros, amante del cine y muy serio. Ella es simpática, de buena familia.

Margarita Poncel R., Casilla 106, Los Angeles.—Lea el párrafo 1.º

Dolly, San Pablo 4233, Santiago.—Desea correspondencia con joven extranjero de 25 a 35 años, lo prefiere del Sur; que sea de nobles sentimientos, para que llegue a comprenderse con igual.

Huguette Dufour, Correo 2, Talcahuano.—Desea conocer a un señor de la Escuela de Grumetes, cuyo nombre es Ricardo y su apellido empieza por S.

Peter Box, Crucero Blanco Encalada, Valparaíso.—Marino de 22 años, buena presencia y situación social, y con deseos de formar su hogar, desea conocer señorita joven, buena presencia y educada, que se encuentre capaz de hacerlo feliz en la triste soledad que le produce el mar.

S. A. R., Tenencia de Carabineros "Brac", Iquique.—Joven de 26 años, moreno, regular porte, amante del arte y de la música, de modesta, pero decente situación, anhela encontrar en el afecto de una mujer amante y cariñosa, no mayor de 25 años, el sendero que lo conduzca a conocer el sentimiento único de un amor verdadero, que no se cubra con la máscara hipocrita del mentado adulto, y tenga que luchar con su femenina comprensión del dolor ajeno.

J. O. G., Correo 2, Valdivia.—Desea reanudar amistad con la señorita E. C. M. de Temuco, con quien hace más o menos un año, mantuvo un corto flirtado, del cual aún conserva imborrable recuerdo.

Lirio Negro, Correo Americano, Chuquimata.—Quisiera encontrar reunidos en una mujer ideal, femenina, un conjunto armonioso de cualidades de que él carece; buen carácter, afabilidad, firmeza en sus afectos. Además, desea que escriba bastante bien para que pueda servirle de maestra.

Angel A. B., Correo 3, Talcahuano.—Desea saber de Ofirilia Robles, a quien conoció hace 8 años en Santiago. Ya que no la olvida, le ruega a ella o la persona que la conozca, se sirva enviarle algunos datos.

Helene.—Falta dirección.

Paz, Fort-Castells.—Desea correspondencia con un muchacho alto, moreno, delgado, que se parezca a Gary Cooper. Ella es morena de ojos negros, amorosa y sencilla, y está dispuesta a amar siempre.

Martha S.—Saluda atentamente a su estimado e inolvidable amigo Jorge Dietz, que cree se encuentra actualmente en Valdivia, y le expresa que a pesar de haber trascurrido tanto tiempo, su recuerdo permanece inalterable en su memoria. Pues es un alemanito tan simpático! Ojalá no haya olvidado a su amiga que conoció en una Noche de Año Nuevo, hace ya bastante tiempo, y se digne contestarle por intermedio de éste con su nombre que él conoce.

Desdémona P., Correo, Iquique.—Una chiquilla amante del hogar y que no es exigente, recién llegada de Santiago, buenamozza, alta, de lindo cuerpo y ojos matadores, desea encontrar un hombre dispuesto a casarse, comprensivo, de 25 a 35 años. Inútil escribir sin enviar foto.

Flor de Sombra, Estación Villa Alegre.—Desea correspondencia con un joven de 25 a 30 años, que sea serio y cariñoso.

Contadora, Correo 2, Valparaíso.—Desea correspondencia con un teniente de Carabineros, de la Comisaría del Tránsito de casa. Es alto, rubio, ojos azules, sus iniciales son F. F. y lo conoce desde su más tierna infancia.

De Bernardis, Correo, Colina.—Joven extranjero de 25 años desearía correspondencia con chiquilla de 18 a 20 años, buena dueña de casa y muy amable, pues desea iniciar una

amistad con fines serios. La prefiere de los alrededores de Santiago.

Miris Juan, Correo, Colina.—Joven extranjero, de 26 años, desea correspondencia con chiquilla seria y trabajadora, sincera y formal, pues él reúne idénticas condiciones. Ojalá enviar foto.

Ameluz y Adebilques, Correo 2, Talcahuano.—Desea correspondencia con joven marino, que sea muy simpático. Por carta privada quiere a conocer mis cualidades físicas y morales.

Marino de pantalones muy anchos, que viste muy bien la "lanilla", alto y negro, amante del cine y el baile, desea conocer chiquilla alta, rubia, de ojos sonadores, que peine con fonitos. Pobre y Regodón, Cuartel "Almirante Silva Palma".

Gustavo, Casilla 1074, Valparaíso.—Caballero honorable, de 170 m., buena figura, simpático, alegre, culto, buen carácter y situación económica, poco interesado en esta capital, desea conocer señorita o viuda de 23 a 35 años, que posea un alma noble y virtuosa, capaz de amar a un solo hombre. No importa su situación, siempre que sea simpática, bonita y de un cuerpo escultural. De preferencia porteña.

Alberto Robert L., Calle Independencia N.º 987, Valparaíso.—Joven estudiante de Leyes, de 18 años, nada de mal parecido, desea conocer señorita santiaguina o porteña, muy simpática más o menos de su misma edad. Ruega enviar foto.

Mireya y Odette.—Falta dirección.

Monita.—Falta dirección.

Ton Morse, Crucero Blanco Encalada, Valparaíso.—Marinero joven, serio, educado y sin pretensiones, desea encontrar entre las lectoras de esta revista, una señorita de condiciones análogas, que quiera ser su confidente. No le interesa su situación social.

Tristeza Sentimental.—Envíe su dirección.

Solitaria.—Diríjase directamente a la dirección que éste señor indica en el número correspondiente.

Inés Riquelme, Correo 3, Valparaíso.—Señorita de más o menos 40 años, muy honrada y buena dueña de casa, que puede hacer la felicidad de cualquier hombre por su vasto criterio, desea conocer una señorita de condiciones análogas, educado, no importa sea viudo y con hijos, pero que no sea mayor de 30, y desee formar cuánto antes su hogar.

N. T. M., Correo, Talcahuano.—Chiquilla joven y sonadora, de 17 años, desea conocer joven de 20 a 24, serio, cariñoso y lleno de ilusiones.

Bur-Esco, Casilla 3569, Santiago.—Desea conocer chiquilla simpática de 16 a 18 años.

R. R. P. P.—Falta dirección.

Chita Jeria, Correo, Viña.—Desea correspondencia con un simpático marino de la Escuela de Comunicaciones, a quien ha visto mucho en la calle Valparaíso, acompañado de otros jóvenes. Es alto, rubio, ojos color cielo, a veces viste de civil. Ojalá conteste a la dirección que indico.

Odontólogo.—Falta dirección.

Oreste Nuñez A.—Sirvase leer el párrafo 1.º de esta sección. La edición del Almanaque se agotó.

Armando Duval, Casilla 189, Arica.—Joven chileno de 20 años, buen mozo, alto, ojos verdes, desea encontrar entre las lectoras de "Para Todos" una chiquilla tan bonita y apasionada como una Margarita Gautier. Ojalá enviar foto. Absoluta formalidad.

S. Poblete, Correo Principal, Valparaíso.—Joven porteño de 19 años, desearía correspondencia con jovenita morena de 15 a 18 años, la prefiere de Valparaíso.

Rachel Eckart, Correo, Chillán.—Mi ideal sería mantener correspondencia con un doctorcito alto, no importa su físico; que tenga 25 a 30 años, o bien un estudiante próximo a recibirse. Yo soy alta, rubia, de 18 años y muy linda.

Emilia y Anita Correa, Correo, Copiapó.—Chiquillas simpáticas, desean correspondencia con jóvenes mayores de 22 años; la primera

lo prefiere de Vallenar, la segunda de cualquier punto, y ambas, desean simpáticos y de buena familia.

I. Briones, Correo, Idahue.—Morena de 17 años, desea correspondencia con joven de 18 a 20, alto, delgado, sincero y cariñoso con la chiquilla que lo amará toda la vida.

O. A. C., Oficina "Los Dones", Antofagasta.—Desea amar a una chiquilla de 20 a 25 años, simpática, cariñosa y bastante dueña de casa. El tiene 25 años, es triguero simpático, bastante cariñoso y es profesional.

Ilusionada.—Falta dirección.

Kaupo-Licán, Casilla 700, Valparaíso.—Desearía cambiar tarjetas postales para recuerdo amistoso y colección con señoritas Sud y Centro Americanas; argentinas, peruanas, chilenas, etc.

Incógnita.—Falta dirección.

Azuena del Valle, Correo, Talca.—Desearía correspondencia con joven de 19 a 25 años, serio, sincero y generoso, que esté dispuesto a amar a una simpática chiquilla de 18 primaveras, de figura atrayente.

Amada Rubia, Correo 7, Santiago.—Desea correspondencia con joven de 20 a 22 años, ojos verdes, simpática, de buenos sentimientos. Ruega enviar foto que será devuelta a no ser de su agrado.

Español de 24 años, instruido, de buena familia, desea correspondencia con señorita adulta, de preferencia francesa. Dirigirse a: R. S. Estrella, Comandancia de Intendencia de Transentes, Melilla. Protectorado Español de Marruecos.

M. M., Casilla 373, Talcahuano.—Joven rubio, educado, desea correspondencia con señorita de 18 a 20 años, de buena presencia y que responda de las tardes dominicales. La prefiere de Concepción.

Flavia Angelotti.—Envíe su carta a la dirección que da en el número correspondiente su destinatario.

Ignotus, Casilla 3445, Valparaíso.—Joven italiano alto, delgado, simpático, de sentimientos nobles, educado aunque sin fortuna, desea conocer señorita culta, de su misma nacionalidad, o anglo-sajona, de 18 a 20 años, esbelta, rubia, y que deteste la pintura aplicada a sí misma; que posea sentimientos muy elevados aunados a una vasta comprensión.

J. B., Mineral "El Teniente", Sewell.—Joven obrero de esta compañía, desea correspondencia con chiquillas de las mismas condiciones, de la capital.

José Corts, Crucero Blanco Encalada, Valparaíso.—Joven marino de carácter serio y corazón entero, alegre, franco y sincero, desea correspondencia con señorita no muy fea, fiel a su cariño, para formar su nido.

P. Navarro, Correo 2, Valparaíso.—Desea correspondencia con señorita amante a la música y el arte, que sea simpática, de 16 a 20 años.

Meché Díaz.—Falta dirección.

Graciela G., Correo 18, Santiago.—Muchacha de 18 primaveras y delicados sentimientos, desea confiar su alma a un hombre que aspire a hacer la felicidad de una muchacha muy buena. Lo desea alto, no mayor de 25 años.

L. H. A. L., Rancagua, Teniente "C".—Ex marino de 26 años, alto, triguero, cabello castaño ondulado, de carácter aventurero, desea correspondencia con señorita que no sea de más edad; prefiere rubia, de regular estatura, educada y que guste de la vida intelectual.

Anacle Nichón.—Llame de 12 a 13 horas al teléfono 134, Playa Ancha, hay quien espera ansiosa su llamada. D. A.

José Efranzo, Crucero Blanco Encalada, Valparaíso.—Desea encontrar entre las amables lectoras de esta revista, una que esté dispuesta a amar con sinceridad, para que endulce su vida; que sea simpática y no mayor de 20 años. El es físicamente simpático, marino, joven, serio y educado.

Primavera, Correo, Gorbea.—Desea encontrar joven de buena familia, de corazón no-

bile que desee formar su hogar. Ella tiene 20 años, distinguida y honorable.

Mary Bow, Correo, Talca.—Desea correspondencia con un joven que conoció el día 11 de enero y de quien quedó encantada. Su nombre es R. Scholz, es de Santiago y tiene la casilla 3743.

B. B. y C. B., Correo, Gorbea.—Simpáticas campesinas de 16 y 19 años, desean amistad seria con hombres simpáticos y trabajadores, de buena situación económica. Ruegan enviar foto.

A. R., Correo, Talca.—Joven empleado en el Banco de Chile, desea correspondencia con la simpática señorita que tocó piano en la presentación de alumnas en el Palet. Sus amiguitas la llaman Aida.

Nela Leterier, Correo 2, Valparaíso.—Chiquilla de 19 años, muy simpática, desea correspondencia con joven de 20 a 30, serio y cariñoso, amante de la poesía, el cine y el baile, de trato agradable y muy buen carácter.

Viudita Triste, Correo, Iquique.—Morena muy simpática, desea correspondencia con joven universitario santiaguino, que sea simpático, serio y de corazón muy noble.

Chita Enamorada.—Falta dirección.

Cuatro socios del Club "Las Revoltosas", Rebecca Gutiérrez, Mercedes Villegas, Mary Bravo y Flor González, de 18, 17, 16, 15 años respectivamente, desean correspondencia con jóvenes que como sola condición reúnan una gran simpatía, pues ellas son bastante arracadas y salerosas. Correo Central, Talcahuano.

Gaby Nordith, Correo, Penco.—Viuda de 37 años, sola, desearía correspondencia con caballero o joven de regular edad, educado, de cualquier pueblo, ojalá viva en el campo que ella adora. Es muy trabajadora, no tiene fortuna y fué un modelo de esposa.

Magali V.—Falta dirección.

Lyla D., Correo 3, Valparaíso.—Desea conocer un gringuito de 22 a 25 años, de grandes ideales, estudioso, y de nobles sentimientos. Ella es una morena que está en la primavera de la vida y anhela un cariño verdadero.

Sergio M. R., Casilla 146, San Felipe.—Joven moreno de ojos verdes soñadores, desea correspondencia con alguna lectora de "Para Todos"; preferiría rubia, aunque le gustan también las morenas.

Bertha Cornejo, Correo 2, Valparaíso.—Desea correspondencia con el joven Manuel Arancibia, con quien en una ocasión habló por teléfono a la botica en donde trabaja.

Superunda, Correo, Antofagasta.—Caballero instruido, educado, solicita correspondencia con fines estrictamente serios con señorita o viuda, culta, distinguida, buena presencia y que pueda aportar buena dote. Escribir dando amplios detalles.

Huerfanita, Correo 3, Santiago.—Chica de 17 años, morena, desea conocer joven de 18

a 22 años, moreno simpático, cariñoso y sincero. Ruega enviar foto.

Agnes, Correo, Población Oriente, Linares.—Desea correspondencia con un joven de Linares cuyas iniciales son R. R. y que vive en la calle Colo-Colo.

S. Colmans y Roberto Gilbert, Correo, Pterillos.—Dos amiguitos de un apartado rincón, desean ofrecer sus corazones a señoritas delicadas y finas, cultas y que sepan querer, para poder saborear las dulces emociones de tan benéfico sport.

Cuatro Sirenas iquiqueñas, bellezas rubia, trigüña y morocha, desean correspondencia con jóvenes de 30 a 35 años: Pierrette y Luisette, los desean altos, morenos y sentimentales; Myrette y Nanette los prefieren gringuitos.

Sperata C. y Mignon V.—Falta dirección.

Gaby Aguirre, Correo Central, Valdivia.—Gordita muy simpática, de 20 años, sentimental y educada, desea correspondencia con joven instruido, de situación holgada, moreno de 22 a 35 años, de nacionalidad chilena.

María Aliaga, Correo, Talca.—Señorita de 21 años, amante del hogar, de físico agradable, desea correspondencia con fines serios, con joven educado, de buenos sentimientos, de 23 a 30 años.

Leonor Campuzano.—El Almanaque de "Para Todos" está completamente agotado.

L. Campos, Correo, Viña del Mar.—Chiquilla de 18 años, que reúne los requisitos que pide Visconde de Bragelone, desea le escriba a la dirección anotada.

Nelly Doy, Correo, Los Andes.—Chiquilla de 19 años, muy dulce, desea correspondencia con joven de 23 a 27 años, de buena familia y que guste de la literatura; debe ser moreno, alto, de ojos verdes.

Glodys Correa, Correo, Los Andes.—Simpática joven, morena, de 20 años, desea correspondencia con joven serio, alto, rubio, y de buena familia. De 28 a 30 años.

A Myriam de la Guardia.—Dulce, Myriam! Desde el retiro en que vivo en el fondo de mis vastos jardines que son, por hoy, mi sola distracción, he acariciado su alma delicada y sus ideas altruistas se han fundido con las mías, formando una amalgama de nobleza y tibias esperanzas. Es raro, muy raro encontrar entre los cientos de párrafos que publica un Consultorio dedicado a la juventud, uno que verdaderamente llene el espíritu de optimismo al considerar que aún quedan mujeres que pueden acaso hacernos mirar la vida a través de un lente de superioridad. A. rolal Q., Casilla 379. Pte.

desapareciera. Ella, esas noches se quedaba como dando lección a la lámpara, cantando victoria de despierta, mientras él se confesaba rendido, infiel de soledades.

A sus cuñadas y cuñados les contaba Isabel, exageradora:

—Ernesto se duerme todas las noches, y, sin embargo, tiene el amor propio de quererlo ocultar... No os podéis imaginar qué escenas más cómicas... Parece una película... Aunque toma una actitud de caballero en una visita importante, al poco rato está dormido; pero, ¡con qué distinción!, dormido como si oyese música.

No le gustaba a Ernesto que propalasen su somnolencia, pues le parecía como sentir plaza de acobardado y de pusilánime.

—No cuentes lo de mi sueño, Isabel.

—Pues no te duermas y no quieras ha-

Murmullo del Bosque, Princesita de Leonforte, Esperanza Vana, Lirio Marchito.—Cuatro amiguitas profesionales, educadas, de 20 años de edad, desean correspondencia con jóvenes que reúnan idénticas condiciones. Diríjase a Correo Central, Talcahuano.

"Un enamorado tímido".—Falta dirección.

Lucila Palma S., Los Angeles.—Sus versos no son del todo malos, pero todavía no pueden darse a la publicidad; debe Ud., escribir, señorita, leer mucho y cultivarse, después, veremos.

¿Quién pudiera amar con credulidad de niño! ¿Quién pudiera dar en alas de una dulce y piadosa mentira de amor hacia un terreno extra-humano en donde las almas se funden, se comprenden, se armonizan y luego en una explosión de dicha caer pulverizada, herida de muerte, llevando en los ojos la visión de una ilusión querida y en el alma, muy oculta, la laguna dulce producida por los labios amados que supieron mentir!... Idealista. Consultorio Sentimental.

Cuando creí en la fe de tus palabras, cuando intenté ver el mundo a través de tus ojos, e interpretar la dicha a través de tus palabras, un nuevo dolor me advirtió que mentas. Una vez más el presentimiento me engañó. Una vez más tu alejamiento me produce la angustia de una duda atroz, la esperanza de una resignación incierta. ¿Por qué fingir? La crueldad es inhumana, la mentira lo es aún mucho más; ambas se unen para que tema en adelante a todos los hombres, por la acción refleja de los de tu tierra que por tanto tiempo supe amar y respetar como el símbolo de lo más perfecto. Sí, mi amigo W., me has dado una lección severa que en tu recuerdo, en adelante sabré respetar. Desengañada, Correo Central, Santiago.

Martha S., Correo Central.—Desea correspondencia con joven serio, sin vicios, que tenga algún dinero para que la lleve al cine, que es su delirio, y un corazón muy tierno que responda a los gritos angustiados del suyo que busca la sinceridad de un amigo leal, en el desierto de éste mundo incomprensible e incomprometido. ¿Habrás alguien que responda a mi llamado? A la simpática revista que tantas veces ha podido distraer mi espíritu, encomiendo tan delicada misión.

A. P. Willis.—Tienen el agrado de saludar muy cariñosamente sus amigas Martha y Chela, y esta última le ruega presentarle un griguito menos malo que aquel que él conoce como así mismo, menos ambicioso. Correo Central, Santiago.

A la señorita Martha González Prieto, Talcahuano.—Un admirador le envía un grato recuerdo y le ruega escribirle al Correo 7 de Santiago. Seguramente, podrá recordar al joven médico que tanto la miraba en el Lucerna, aquella noche que con un grupo de amiguitas se servía helados, según creo. Sus hermosos ojitos han quedado grabados en mi alma, y espero me conteste.

cerme creer que no estás dormido. La lucha era cada vez más ruidosa, hasta que una noche, como todas las noches, los dos bajo la misma enagua de la pantalla, Ernesto se quedó dormido con aquel gesto de lanzar un "do" de sueño en gorgorito silencioso.

Isabel le removió en su asiento y echó hacia atrás su cabeza carientornada.

—¡Ernesto! ¡Ernesto! ¡Qué pesado eres!

Por como se descomentó todo él, comprendió repentinamente Isabel que se trataba de otra privación que la del sueño, y gritó consternada:

—¡Concepción! ¡Concepción!

Y entre la criada y don Pacho, el médico del segundo, fué comprobada la muerte repentina de Ernesto, metido en sueños para siempre.

Ramón Gómez de la SERNA.

(De la página 30)

EL SUEÑO IRREMEDIABLE

despertarle, removiéndole como la policía remueve a los borrachos o a los vagabundos dormidos que tienen que responder de algún crimen.

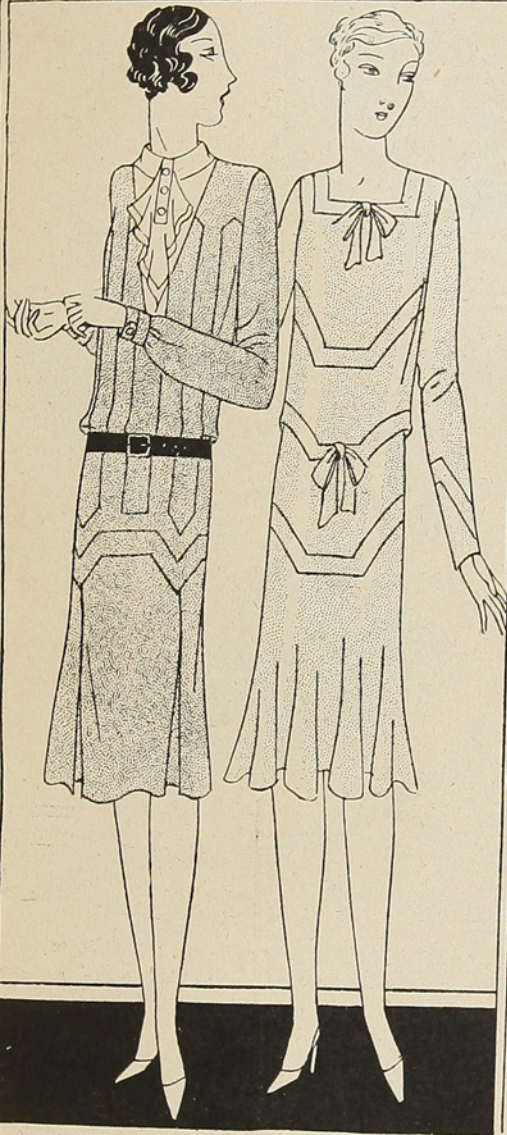
Ernesto se quejaba como un niño al salir de aquellos descansos, que ya había creído eternos, y levantaba las manos como en gesto de juicio final.

—Me voy..., me voy a acostar... No puedo más...

Y huía hacia el sueño, que ella sólo le perdonaba cuando se ocultaba entre sábanas, o sea cuando era un sueño legítimo y confesado, sin fanfarronada de presumir de estar despierto, estando dormido. Hasta dado un beso al vencido de esas ocasiones, antes de que

MODELOS

ENCANTADORES

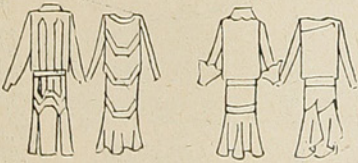
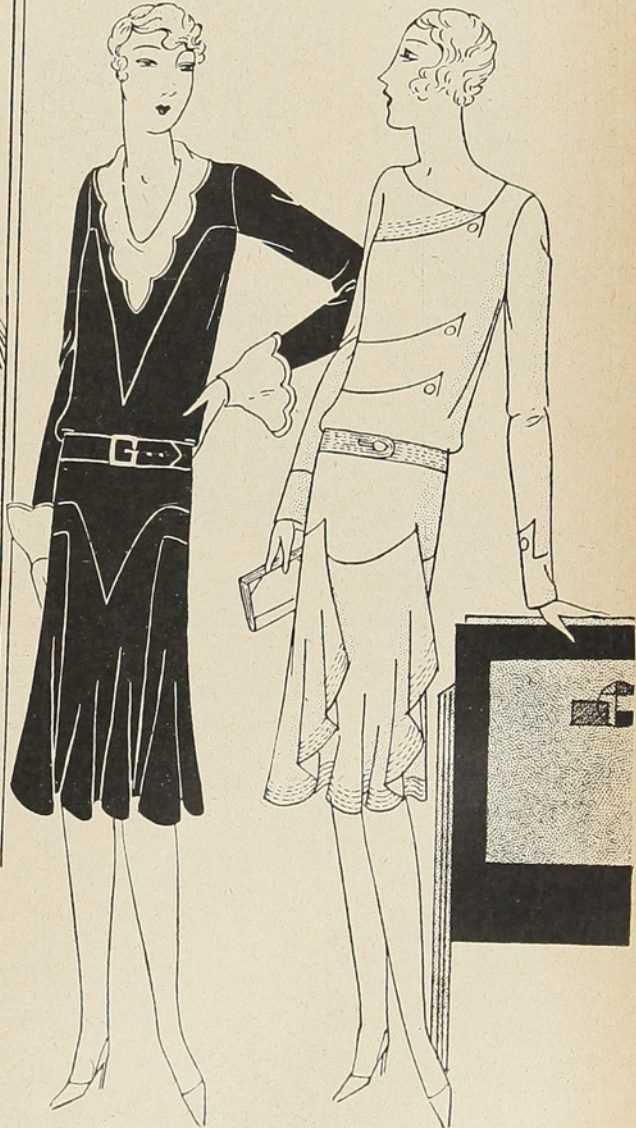


Vestido de kasha roja adornada con incrustaciones. Cuello y pechera de crepe "Javanais" blanco.

Vestido en crepón "Ramona" gris claro adornado de incrustaciones.

Vestido de crépe "Javanais" azul, cuello y bocamangas en "Georgette" blanco.

Vestido en crepe "Crepella" blanco picados de seda amarilla.

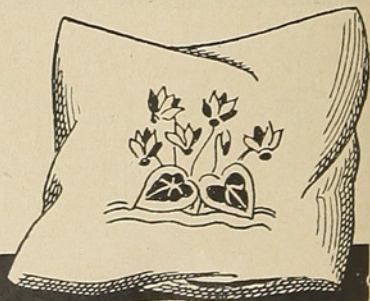
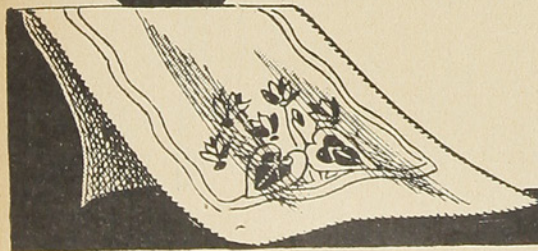


MOTIVO DE BORDADO



Este motivo, dado en tamaño natural, puede emplearse sólo o repetido en bordado.

Las flores van bordadas en Richelieu. Algunos pétalos van deshilados. Los tallos van bordados en punto de cordoncillo, con punto de cruz. Las hojas van bordadas indiferentemente con punto inglés con barritas o en Richelieu, con barritas y centro deshilado. Una línea ondulada forma la base.



LA BALANZA DEL YO

La vanidad es el exceso por «más»; la modestia es el exceso por «menos». Si nosotros una cualidad fuerte, notable, no ¿no corremos el riesgo de que nos rebañen y desprecien los demás?

Seamos como somos. Si sentimos en nosotros una cualidad fuerte, notable, no la ocultemos; pongámonos siempre en el justo medio.

Hay que pensar que si nos colocamos en un nivel más bajo de aquel en que realmente estamos, habrá, seguramente, muchos espíritus finos, conocedores, que verán la injusticia que nos hacemos a nosotros mismos; pero habrá también otros que creerán nuestras palabras como la más autorizada expresión de la

verdad. Los primeros serán pocos, porque pocos son los espíritus avisados, penetrantes; los segundos estarán en mayoría, porque son más los que se guían por testimonios ajenos y no por lo que es en realidad.

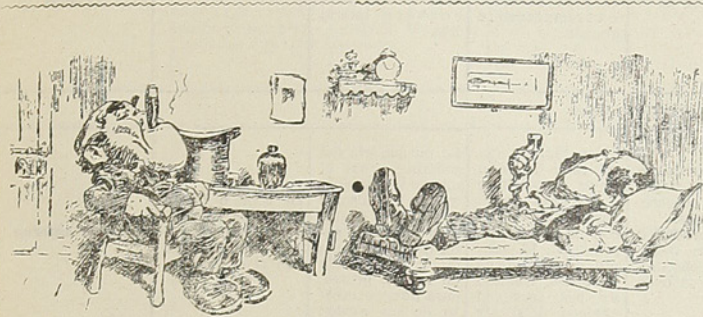
No nos hagamos daño a nosotros mismos; el equilibrio está en el justo medio; ni tengamos vanidad, ni alardeemos de modestia. Amemos simplemente la sencillez, la naturalidad.

Si nos tenemos en menos de lo que somos, corremos el riesgo de que los demás opinen del mismo modo. ¿Qué mejor testimonio para ellos que el del propio interesado? Tal vez haya quien, al contemplar nuestra actitud, protesta y restablezca la verdad. Pero ¿y si no la hay? ¿Y si entre los que nos rodean v presencian nuestra modestia, no existe ese espíritu penetrante que se destaca de la masa y sabe ver el fondo de la realidad?

No atentemos contra el equilibrio de las cosas y contra su orden natural. Ni el más, ni el menos.

Si tenemos conciencia de nuestro mérito, no subamos sobre los tejados para aclamarlo; pero no lo pongamos tampoco debajo de todo.

AZORIN.



—¿Fue anoche a ver a Kelly?

—Hice dos tercios de camino; pero estaba tan fatigado que no me sentí capaz de llegar y me volví a casa.

No más restricciones

NO DIGIEREN
NADA
LO DIGERIRÁN
TODO
con la

Sal Digestiva
Beme-ce

M. R.

ARDORES DE ESTÓMAGO
ACIDEZ GÁSTRICA
PESADEZ DE ESTÓMAGO
VÓMITOS

DOSIS: Una cucharita después
de cada comida

FÓRMULA: Magnesio
Bicarbonato sódico
Carbonato de cal liviano

VENDESE EN TODAS LAS FARMACIAS
CONCESIONARIO PARA CHILE: AM-FERRARIS CASILLA 290 SANTIAGO

**Fuerte
como los pinos**



Contra las inclemencias del tiempo, que amenazan desde la más fuerte salud al organismo más débil, atacándolo en forma de TOS, GRIPPE, CATARRO, BRONQUITIS, ASMA o bien desarrollando una TUBERCULOSIS incipiente

—que son las más peligrosas enfermedades propias de esta época del año—; para curar y prevenir estas enfermedades tome usted el infalible, científico y admirable remedio,

JARABE
Resyl
M. R.

Se presenta también en comprimidos forma muy práctica para las personas ocupadas.

06 "P A R A T O D O S"
¿QUE TRAJE DEBE LLEVAR UN HOMBRE

Prenda Principal	Material	Chaleco	Pantalón	Sombrero	Camisa y Puños
OCASION.—Actos Oficiales, Comidas, Bailes, Recepciones, Teatros y Bodas.					
A Frac con solapa de seda hasta el borde, con cuello de paño o de seda. O hasta el ojal del botón de la solapa. Botones forrados de seda.	Negro o azul obscuro, en paño labrado o sin labrar, tejidos lisos.	Telas blancas, lavables. Abiertos o cruzados Abiertos en forma de V. Cuello liso o vuelto o la abertura extremadamente grande.	La misma tela del frac. Con doble franja estrecha bastante juntas, una sola más ancha. O cosidos, costura lateral lisa.	Sombrero de copa, cinta de paño de dos pulgadas. Chaqué o fieltro superior.	Pechera dura y puños sencillos, de hilo liso o piqué, de dibujos muy sencillos.
OCASION.—Reuniones informales de noche.					
B Frac, como antes se dice. Smoking abierto con uno o dos botones o presilla. El cuello puntiagudo o «shawl» con vueltas de seda hasta el borde; el primer cuello puede ser de paño. Botones de hueso o forrados con paño o seda.	Lanas labradas o sin labrar, negro o azul obscuro. Tejidos lisos. Lanas labradas o sin labrar, negro o azul obscuro. Tejidos lisos o de fantasía.	Telas blancas lavables o de paño como el smoking o de seda negra para hacer juego con la prenda principal. El mismo estilo indicado antes. Cuando se usa frac, el chaleco debe ser del mismo género que aquél.	La misma tela del smoking, con el mismo tejido mostrando las mismas rayas. Una franja muy ancha de seda o una trencilla de 1/2 de pulgada de ancho, gruesa, para hacer efecto de un cordón de seda.	De copa o fieltro de buena calidad, o el Homburg negro puede usarse con el smoking.	Como el anterior.
OCASION.—Bodas de día, actos de tarde de importancia o ceremonia.					
C Levita o chaqué. La primera con las vueltas de la solapa forradas de seda hasta el ojal. Los bordes pueden llevar trencilla ancha o mediana o sin trencilla. Los chaqués negros pueden tener vueltas de seda hasta el borde.	Paños labrados o sin labrar para levita o chaqué. Vi-cuña y cheviots suaves. La levita puede ser gris en tonos oscuros.	Abierto o cruzado, del mismo género que la prenda principal o de telas lavables o paños labrados en blanco o tonos pastel. Estos efectos u originales deben ser D. B.	Con levita o chaqué negros, listas negras y blancas o tonos de plata a cuadritos. Cuando la levita o el chaqué son grises, el mismo material.	Sombrero de copa, cinta de dos pulgadas y media de ancho.	Pechera dura o alforzada, blanca.
OCASION.—Actos semiformales de mañana y tarde.					
D Chaqué, saco abierto o cruzado. Los bordes como antes se dice. El saco cruzado puede llevar vueltas de seda hasta el ojal de la solapa.	Tela negra o gris para el chaqué. Saco negro.	Abiertos o cruzados, del mismo material, mostrando ribete interior blanco de tela lavable a tonos medios de gris, carmelita, etc., lisos o de listas finas.	Con saco negro, como antes se dice, para la levita. Con saco gris, pantalón de la misma tela o de listas y cuadros que armonicen.	Sombrero de copa con el chaqué. Sombrero de copa, sombrero hongo o Homburg, negro; puede ser usado con saco.	Camisa blanca o de color entero, como la de arriba. Puños blancos con todas.
OCASION.—Traje de confianza en la ciudad.					
E Abrigo de mañana. Saco abierto o cruzado.	Trajes de cheviots lisos o de fantasía. Franelas, saxons, lanas y casimires, etc.	Abiertos o cruzados, como antes se dice. Color entero para contrastar con el traje. Cuadros de tela escocesa a listas, para hacer juego con el saco.	Como la levita o el chaqué o de listas que armonicen, si el saco y el chaleco son de color entero o mezclado.	Sombrero hongo o fieltro suave.	Camisa blanca o de color, con pechera dura o plegada. Los puños de las camisas de color pueden ser blancos o haciendo juego con la camisa.
OCASION.—Partidas de campo, golf, caza, montar a caballo, paseos en auto, etc.					
F Chaqué con faldones cortos, sacos abiertos o cruzados, sacos con cinturón.	Casimires, home spuns, cheviots, franelas, etc.	Como el traje. Sedas o lanas de color entero o tejidos de fantasía Tattersall, piel suave, etc.	Como el abrigo o el saco, o de un color que case bien. Pantalones, breeches, knickerbockers, jodhpurs.	Fieltro ligero o sombrero de paño. Gorra de paño, etc.	Pechera blanda, blanca o de color, de franela o tela gruesa, como cheviots. Puños blancos, haciendo juego.

"P A R A T O D O S" 07
BIEN VESTIDO EN LAS HORAS DEL DIA?

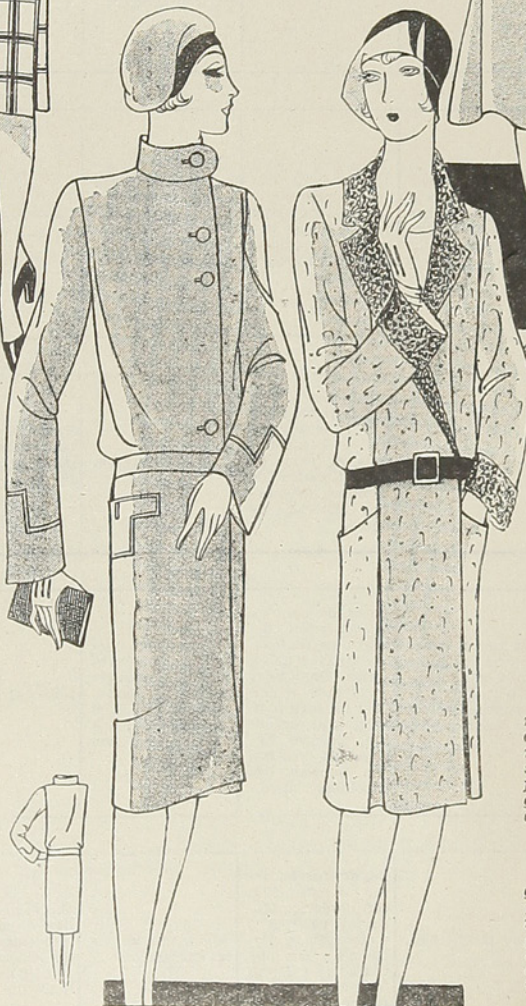
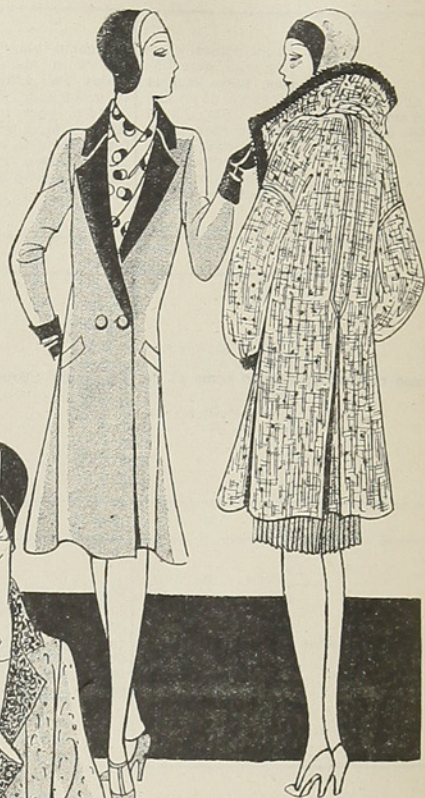
Cuello	Corbata	Guantes	Zapatos	Joyas	Calcetines, medias	Abrigo
OCASION.—Actos Oficiales, Comidas, Bailes, Recepciones, Teatros y Bodas.						
Cuello sencillo, con las puntas sujetas o sueltas.	Tela blanca, clase superior, para hacer juego con la pechera de la camisa. En forma de mariposa, larga y estrecha, los picos ligeramente redondeados o terminados en punta.	De gamo blanco, vueltos o abotonados. Piel blanca mostrando un botón, para los bailes y otros actos de etiqueta en que se usan los guantes dentro de la casa.	Zapatos de charol, de cordones. Puntera lisa, un solo cordón o lazo de seda. Escarpines de charol. Botas criollas de charol o polainas Congreso, hechas para imitar el escarpín, con calcetín de seda.	Uno o dos botones de camisa. Perlas o combinaciones de piedras preciosas. Yugos que hagan juego o armonicen. El botón de camisa debe ser de perla u otra piedra preciosa. Reloj de bolsillo.	De seda, negro sólido o azul obscuro. Blancos, negros u oscuros, cuadrados o ligeramente bordados en el frente, en blanco o negro.	Esclavina negra o azul Prusia Chesterfield, cruzado o sin cruzar. Paletot o Inverness. Todos, menos el Inverness, pueden llevar forro o cuello de piel.
OCASION.—Reuniones informales de noche.						
Como el anterior.	Negra, de seda, como las vueltas. Estilo como el de arriba. Blanca, como la de arriba, con el frac.	De gamo blanco, vueltos o abrochados.	Como el anterior.	Dos o tres botones de camisa, perlas, piedras preciosas, nácar o esmaltados, etc. Yugos que armonicen. Reloj de bolsillo.	Como arriba o con listas blancas perpendiculares.	Como el anterior.
OCASION.—Bodas de día, actos de tarde de importancia o ceremonia.						
Como el anterior.	Corbata de nudo, ascoto de lazo, en tonos oscuros de color entero o con listas blancas o en el mismo tono. Tonos pastel o blancas, para bodas.	Blancos, grises o color de ciervo. Abrochados o vueltos. Botones de adorno para usar dentro de la casa.	Botas de charol o lustradas, de ca-brillita negra, polainas de paño carmelita con botones, mostrando la puntera lisa.	Alfiler, de una sola perla u otra piedra preciosa. Yugos de oro o de piedras semipreciosas. Reloj de bolsillo o de pulsera.	De seda obscura.	Capa Paletot guarda Chesterfield. Todos pueden usarse forrados de piel, con o sin cuello.
OCASION.—Actos semiformales de mañana y tarde.						
Cuello sencillo, recto, o con las puntas dobladas o cuello vuelto, blanco.	De plastrón, corbata larga, o de lazo.	Como el anterior.	Como más arriba. Botas de cordones con paño carmelita. O botas negras, de palas de tela. Zapatos de cordones Newmarket. Polainas de cuero.	Como el anterior.	Haciendo juego con el traje o las botas de seda, lana, etc.	Como el anterior.
OCASION.—Traje de confianza en la ciudad.						
Como el anterior.	Como el anterior.	Rojo tierra, canela, gris o gamo blanco. Abrochados o vueltos. Lana suave. Blancos o de color.	Botas de becerro, negras, botón sencillo o de fantasía o atadas hasta arriba. Borceguies o zapatos para lluvia lustrados, lisos, con cordones. Zapatos negros, de becerro, con puntera lisa y polainas cuero.	Alfileres con perlas pequeñas, pequeños efectos de joyería o deporte. Yugos sencillos, si son de color, que hagan juego con la camisa.	Como el anterior.	Chesterfield, paletota, capas, raglans, Newmarkets, Ulsters, Chesterfield forrados de piel con cuello de piel o sin él.
OCASION.—Partidas de campo, golf, caza, montar a caballo, paseos en auto, etc.						
Flojo o duro, cruzado o vuelto, blanco o de color.	Corbata de lazo, larga, de plastrón y stock.	Como el anterior.	Zapato fuerte, negro o carmelita, con cordones. Zapatos rústicos o semirústicos. Polainas de piel flexible. Botas jodhpur. Botas de fieltro. Botas Fiel, Newmarkets, etc.	Solamente lo que sea necesario.	Calcetines o medias de lana, ligas escocesas, polainas de tela con botones, polainas de lana, etc.	Manta de montar, abrigos cortos, Chesterfield, raglans, Newmarkets, Ulsters, los abrigos forrados de piel corriente.

ABRIGOS



3.—Abrigo de lluvia en crépe de China impermeabilizada. Muy cruzado, es abotonado en el cuello y adelante. Cortes pespuntados adornan los bolsillos y el borde de las mangas.

4.—Abrigo en lana frisu-da beige y marrón, adornado de un cuello y botaman-gas de astrakán. Bolsillos formados por cortes que se enanchan a los lados por medio de tabloncillos encontrados. Cinturón de cuero marón.



1.—Abrigo para la mañana en tweed marrón y blanco. Un corte empezado adelante, se continúa en la espalda en donde se prolonga por un tabloncillo encontrado. Cuello formando echarpe, cinturón de cuero.

5.—Redingote en paño fino rojo viejo. Esanchado a los lados por efecto de los godets formados desde el bajo de los bolsillos. Dos botones lo cierran al final del cuello de terciopelo negro que adorna también el bajo de las mangas.

2.—Abrigo de viaje en gruesa tela de lana cuadrada beige y marino. Una capa desmontable se abotona adelante y se prolonga hacia atrás. Bolsillos abotonados y cinturón de cuero beige.

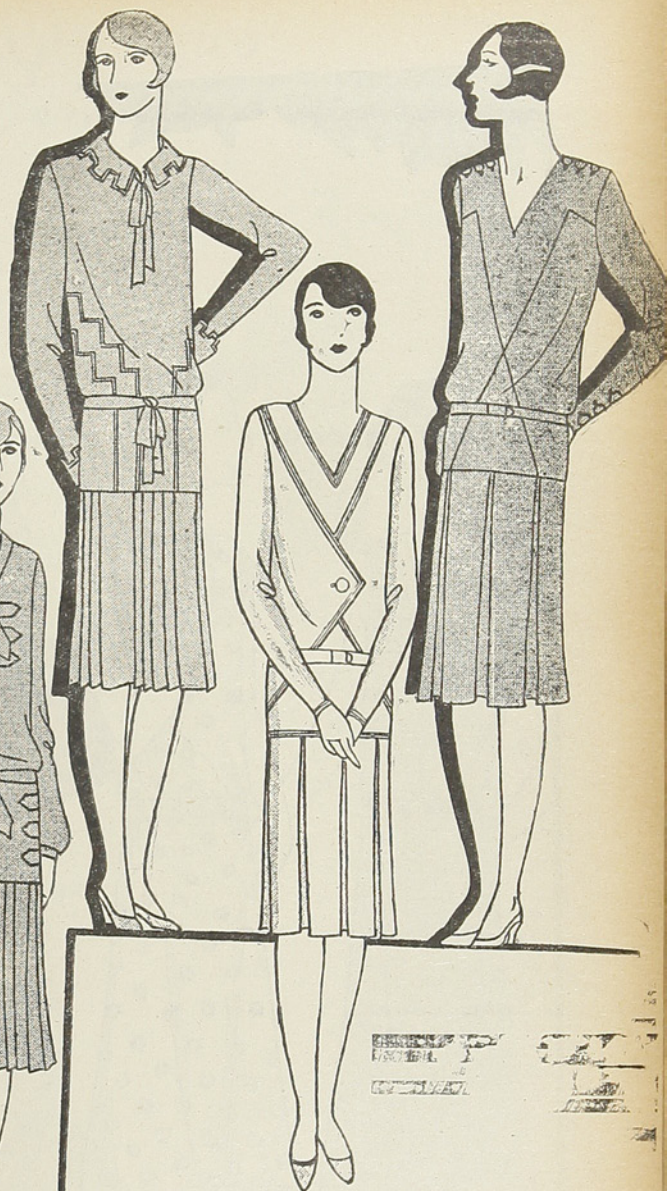
6.—Abrigo tres cuartos en grueso tweed gris salpicado de rojo. De forma raglán. Cuello y mangas adornados de piel negra. Dos botones lo cierran adelante. En la espalda, un tabloncillo encontrado reforzado por una pata respuntada.

Las Jovencitas Prefieren el Jersey

1.—Vestido en jersey gris con falda plisada. La blusa va adornada de cortes en el tono, pero un tanto más obscuro, más uno rojo viejo. Cintura en ante rojo viejo.

2.—Dos piezas en jersey azul porcelana. La falda ampliada por un pliegue encontrado adelante. La blusa adornada de grandes trenzas de lana azul obscuro y blanco de diferentes dimensiones y dispuestas en forma aserrada. Cuello y puños de género liviano blanco. Cinturón de ante azul.

3.—Vestido en jersey rojo obscuro. La falda es plisada. La blusa lisa y trabajada de incrustaciones en forma de pequeñas trabas dispuestas adelante y a ambos lados. Cinturón, puños y cuello del mismo género, anudados adelante.



4.—Vestido en jersey color avellana. Falda ampliada por grupos de tablas. Blusa trabajada en cortes escalonados pespun-tados. Cuello con igual corte. Cinturón y corbata de cinta negra.

5.—Vestido en jersey verde almendra. Falda de grandes tabloncillos encontrados. El corte de la blusa simula un cruzado adelante cerrado por un botón; pespuntes o sou-tache completan la sencillez de este traje encantador.

6.—Dos piezas en jersey marino. La falda es de tablas encontradas. La blusa tra-bajada de cortes y patitas adornadas de un sesgo negro en los hombros y el bajo de las mangas. Cinturón de cuero del tono.



Veraniego



1.— Vestido en tela azul, adornado de pespuntos transversales y tela blanca, unida por medio de calados.

2.— Vestido en tela estampada, adornado de incrustaciones azules. El sesgo del canesú, simula mangas cortas y hace a la vez efecto de capita.

3.— Vestidito de niña en tela blanca, adornado de romboides rosa, incrustados con calados.

4.— Vestidito en tela verde jade, adornado de banda y bordados en tela blanca.

5.— Mantel en tela blanca, adornado de romboides incrustados alternativamente azules y rosa. Servilletas y cojín adecuados.

Trajecitos Practicos para Niñitas



de franela a rayas rojas: botones de nácar, cuello de tela blanca, corbata roja.

Al lado una niña de siete años, luce un abrigo en kasha verde foncé, muy cruzado y simplemente abotonado de nácar blanco, bordado de un trabajo de soutache.

Sigue un vestidito de terciopelo marino con blusa de terciopelo adecuado cuadriculado, se une a la faldita ligeramente en forma, por medio de tirantes pespuntados en un tono más claro. Cuello anudado en crépe de China blanco.



A las niñas convienen trajecitos de sobria elegancia a la par que ligeros, sin dejar de ser abrigadores.

Para una niña de 13 años, el tailleur dibujado abajo, al centro, en popelina azul marino o guinda seca, simplemente cerrado por un botón colocado sobre un cinturón fijo.

Sencillos cortes adornan la blusa. Quitada ésta, parece se convierte en la batita graciosa de la derecha arriba. Falda con tabloncillos encontrados terminados arriba en un corte en punta terminado por un botón fijo sobre la blusa



Vestidito en jersey de lana marino ampliado por tabloncillos. Cinturón de ante marino, pasada por trabas a los lados.

Corbata en terciopelo marino con lunares blancos, pasada a través de una traba y cayendo sobre la blusa.

A la izquierda, abajo, abrigo impermeable café claro, enteramente forrado en tartán escocés y botones de cuero trenzados.

Por último, abriguito raglán en kasha natural, simplemente adornado de pespuntos en el cuello y bolsillos.

Sombrerito adecuado.



El modelo inicial presenta un bonito vestido confeccionado en crêpe de China o crêpe georgette, para la tarde o una sencilla soirée. El talle es adornado por un gran cuello formando capita, bordado por un pequeño plisado. Cintura drapeada; la pollera caída a los lados, va adornada de cuatro vuelos plisados, que se interrumpen en el pequeño panneaux derecho, que forma el delantero.

1.— Algo menos juvenil, pero igualmente encantador, este vestido de talle cruzado con una vuelta adornada de un pequeño vuelo plisado. Mangas largas y lisas. Falda irregular adornada de un doble vuelo plisado.

2.— Este modelo es muy adecuado para jovencita. Doble figaro adornado de plisado fino. Lazo del mismo género anudado adelante. Doble falda remontada hacia adelante y adornada de plisado, como el figaro.

3.— Vestido muy gracioso, de talle liso recubierto por un bordado de un plisado. La falda ligeramente remontada hacia adelante y adornada abajo de cuatro vuelos plisados finos.

4.— Vestido derecho con paletocito sin mangas, adornado de plisados en su base. El talle va unido a la falda por un movimiento de escalera, que se repiten en los tres vuelos plisados de alturas degradadas que adornan el ruedo.

Vestido princesa de escote irregular, adornado de tres vuelos plisados que rodean el talle en forma de diagonal, sobre la falda en forma. Mangas largas y lisas.

Vestido en crêpe georgette. El talle drapeado al lado, lleva un corte en punta adelante y en la espalda, sobre la pollera en forma prolongada hacia atrás y adornada de un plisado fino que se encuentra también en la especie de capita que adorna el cuello.

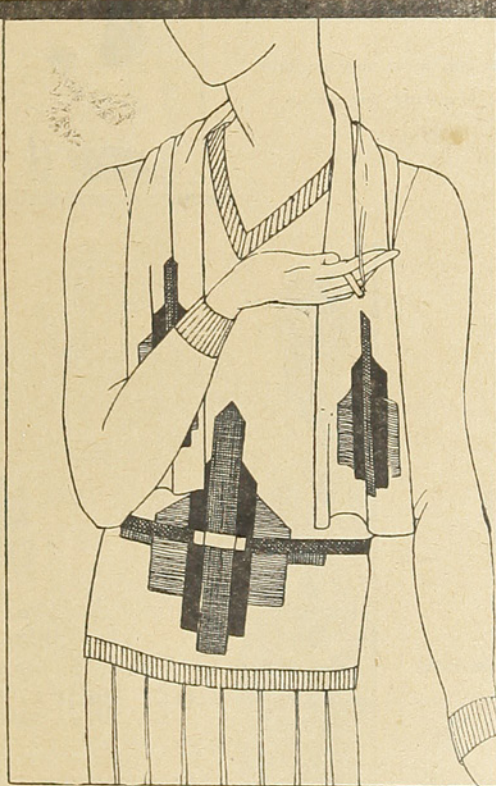
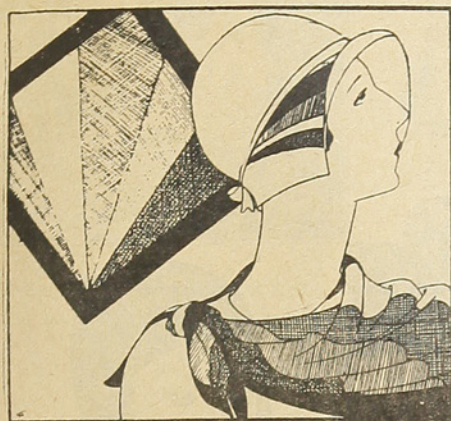
Vuelecitos

Plisados

EL ECHARPE

DEBE SER

ADECUADO



Dos accesorios por lo menos deben ser semejantes en un conjunto bien tenido. Los tres modelos de echarpes muy diferentes que damos en la presente página, se asemejan, cada uno a otro de los objetos de la tenida.

El primero, un echarpe de crepe de Chine trabajado de cuatro puntas en un género de cuatro tonos, o más armoniosamente elegidos yendo del marrón al limón, del

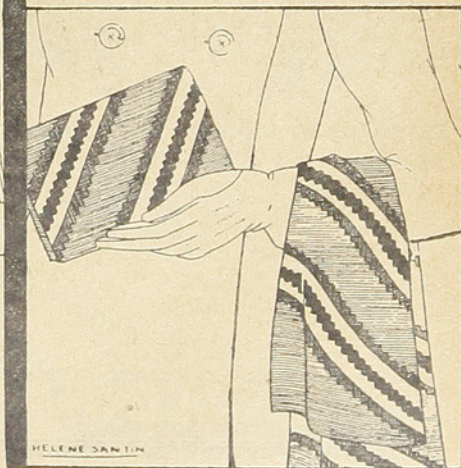
rosa al gris o al azul, blanco, rojo, que son, en general, los más favorables para esta clase de obras. El todo va bordeado de una banda lisa formando cuadro. Se trabaja dos veces la misma obra de manera de no dar lugar a notar revés ni derecho.

El sombrero es de fieltro y repite los mismos tonos y disposiciones.

El pull-over tejido se ha vuelto clásico, este se adorna de un motivo arquitectural de varios tonos tejidos juntamente, o bordados en un tejido de jersey liso. Un echarpe corto se adorna con los mismos motivos en cada uno de los extremos.

El bordado en tul imitando ciertas obras originales de los países checoslovacos, está muy en boga actualmente.

Puede confeccionarse un saco de rayado diagonal de tonos vivos y un echarpe de doble faz para llevarlo con los primeros vestidos de Otoño o en la playa para protegerse de la brisa marina.



HELENE DANTIN

Sombreritos Deliciosos

MODELO MARCELLE LELY

Bonete en fieltro verde botella con nudo muy bajo de la nuca, en satén verde del tono.



MODELO AGNES

Turbante en antilope rojo tomate y guarda negra.

MODELO Mme. GEORGETTE

Sombrero estilo muy moderno y elegante en taupé negro, empleado por ambos lados.



Un Remedio Inofensivo y Rápido Contra los Dolores

**FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZON
RECETADA EN EL MUNDO ENTERO**

Todos los dolores son perjudiciales. Afectan y debilitan las fuerzas físicas y el vigor mental, abatiendo el ánimo de la persona que sufre. La FENALGINA debe tenerse siempre en la casa para tomarla en el momento que se experimente un ataque de REUMATISMO, DOLOR DE CABEZA, NEURITIS, DOLOR DE MUELAS, NEURALGIA, LUMBAGO. Tomando una tableta de FENALGINA, en cuanto empiece a sentir dolor, impedirá usted que los dolores pequeños se conviertan en dolores mayores. La FENALGINA ofrece un alivio seguro, rápido e inofensivo contra todo dolor, tanto para los adultos como para los niños. Tómese según las instrucciones impresas en cada caja.

NO ACEPTE SUSTITUTOS. INSISTA SIEMPRE EN QUE LE DEN

PHENALGIN
(FENALGINA)



FENALGINA M. R.: Fenilacetamida carbo-amonizada.
Se vende también en sobresitos de 4 tabletas a \$0.60 cada uno.

Unico distribuidor: AM. FERRARIS—Casilla 29 D, Santiago de Chile



EL REGULADOR DE LOS INTESTINOS

"EL BIOLACTYL"

INDICADO EN LAS FERMENTACIONES GASTRICAS

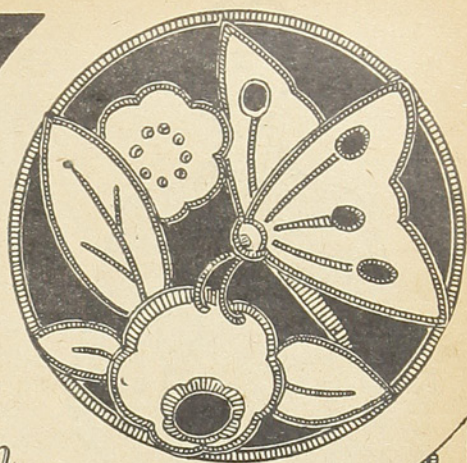
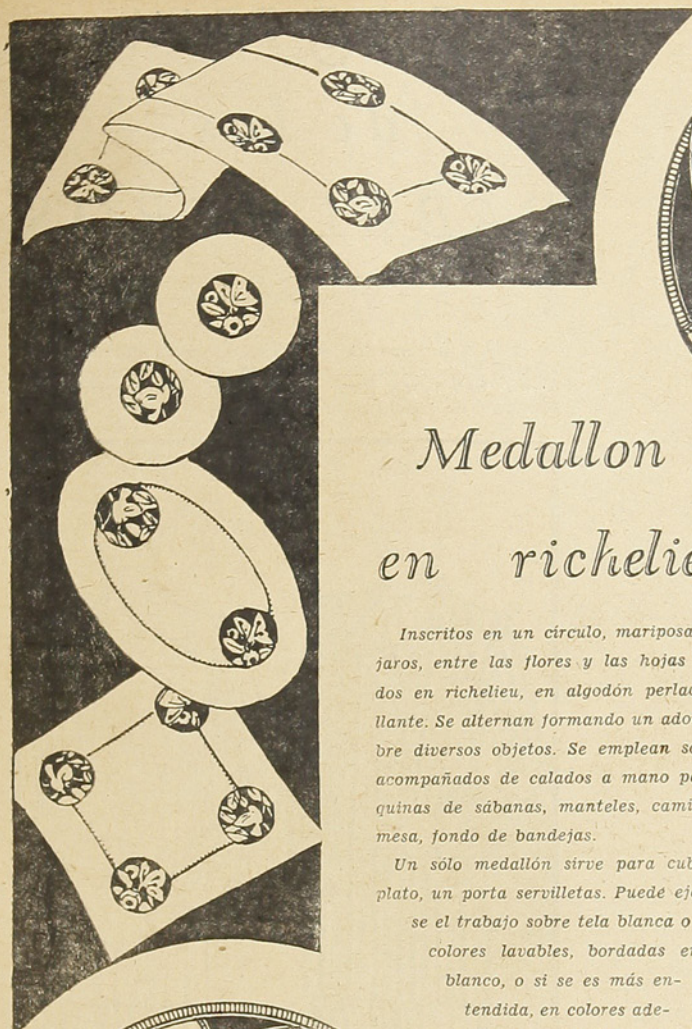
Enteritis, Gripe, Disenteria y

TODAS LAS INFECCIONES INTESTINALES

PARA TOMAR DESPUES DE LAS COMIDAS

BIOLACTYL

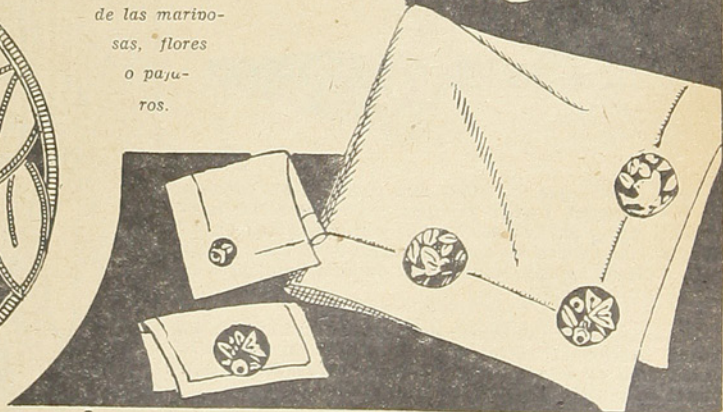
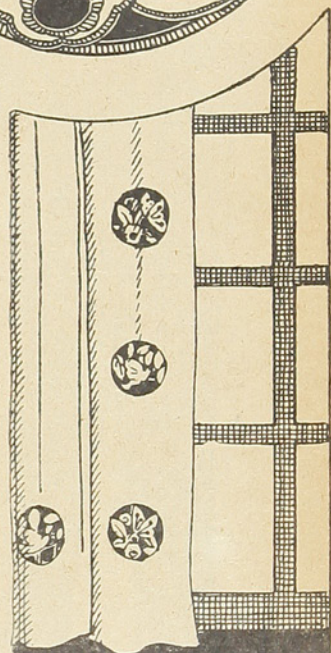
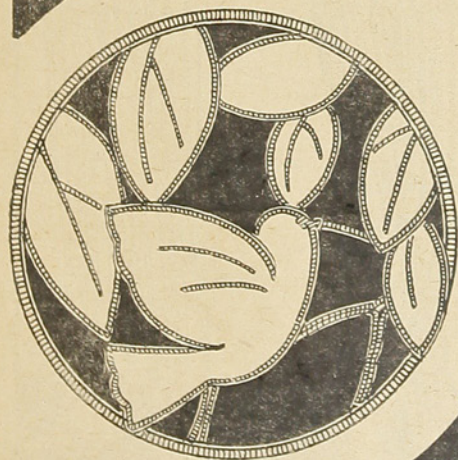
Base: Fermentos lacticos orientales. Bacilos lacticos, 50 millones. p. m. m. Excipiente, 0.40 gr. para 1 comprimido.



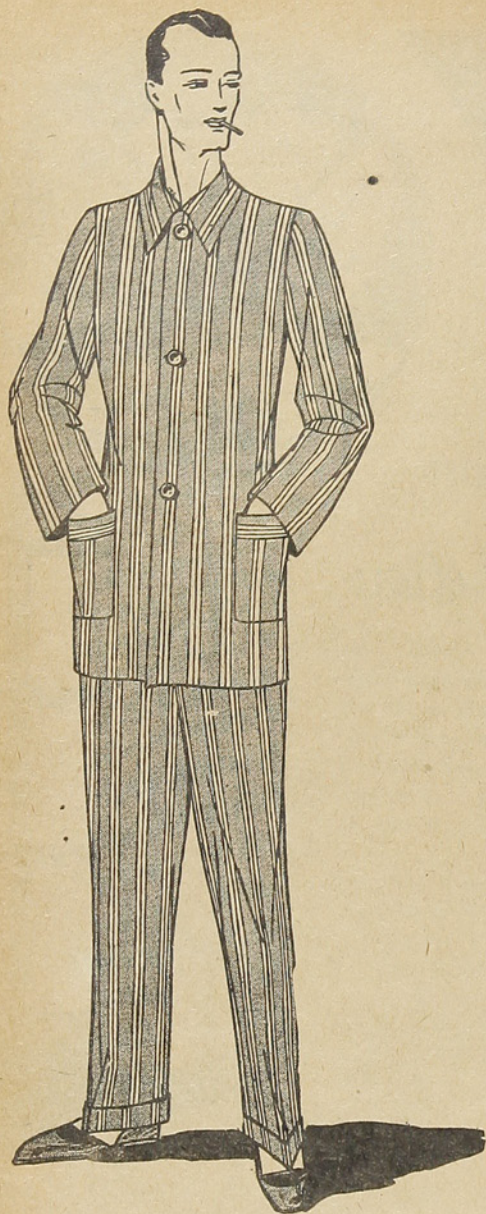
Medallon en richelieu

Inscritos en un círculo, mariposas y pájaros, entre las flores y las hojas bordados en richelieu, en algodón perlado brillante. Se alternan formando un adorno sobre diversos objetos. Se emplean solos o acompañados de calados a mano para esquinas de sábanas, manteles, caminos de mesa, fondo de bandejas.

Un sólo medallón sirve para cubrir un plato, un porta servilletas. Puede ejecutarse el trabajo sobre tela blanca o en colores lavables, bordadas en blanco, o si se es más entendida, en colores adecuados a la tonalidad de las mariposas, flores o pájaros.

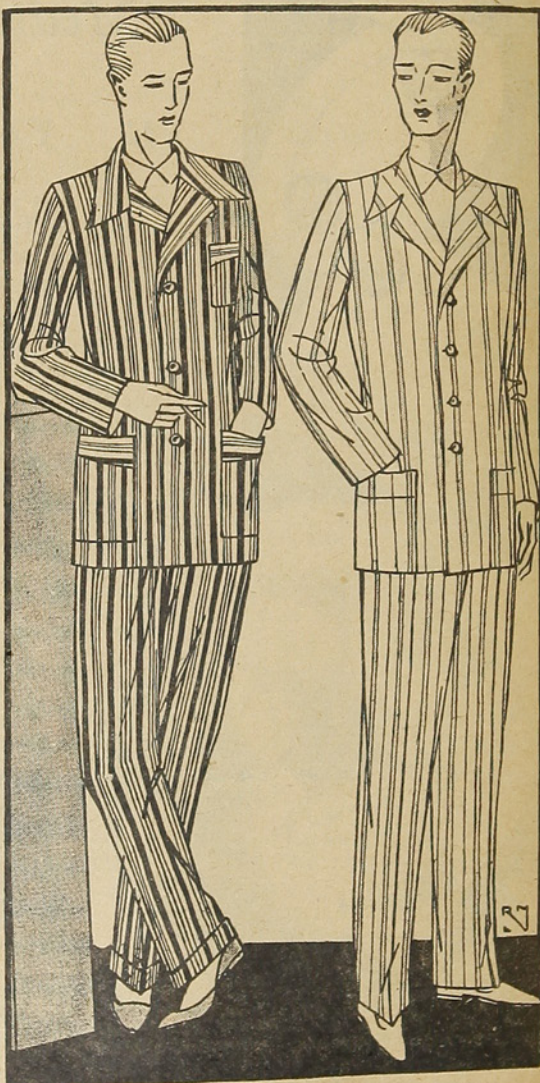


PAGINA de los CABALLEROS



una banda en sentido inverso. El cuello en punta, se lleva abierto. Tres botones cierran el vestón adelante. Metraje: 4 m. 50 en 1 m.

3.—Pijama sencillo en franela rayada marrón sobre celeste. El pantalón es todo recto. El vestón cerrado por cuatro botoncitos, lleva un cuello abierto recortado en puntas y formando revés. Metraje: 4.25 m. en 1 m.



Hoy hemos querido ceder una página a los caballeros y en nuestra revista familiar, queremos serles ligeramente útiles dando éstos bonitos y sencillos modelos de pijamas, que pueden ser confeccionados en la casa, ya sea en franela de algodón, céfiro, tela de seda, terciopelo de algodón o velutina.

1.—Pijama en terciopelo de algodón rayado gris. El vestón ligeramente acinturado es abotonado adelante. Cuello semi cerrado y grandes bolsillos bordeados de una franja en sentido inverso. Metraje: 4.25 m. en 1 m.

2.—Otro pijama en céfiro botella rayado negro. El vestón adornado de tres bolsillos bordeados también de

(Continuación de la página 9)

¿POR QUE NO BAILA USTED?

que por todas partes como la sombra me sigue el fantasma de mi mujer.

—No conocía su historia, don Ramón. —Pues te advierto que, después de todo, no es de las peores; afortunadamente, la naturaleza no nos hizo el regalo de unos cuantos hijos, como a otros.

—Quizás esto les hubiera unido. —No, hombre, cuando dos almas se repelen, no las une nada ni nadie... nuestros hijos se hubieran educado mal y ni a uno ni a otro nos hubieran querido y respetado.

—Bien, don Ramón, ¿y usted cree que a todos los matrimonios les pasa igual?... —A todos, a todos, tal vez no: algunos parece que congenian siempre; pero una gran mayoría soportan por no ponerse en evidencia.

—¿Y usted, qué me aconseja?... —¿Qué quiere que te aconseje?... si no me habían de hacer caso, y si por el momento el renunciar a tu novia te haría infeliz... Vive el instante y corre el albur, puesto que la quieres...

—La quiero tanto, don Ramón, que hasta en sueños la veo. Me cautiva su



—Si esta carne se la sirve usted a otro par-
roquiano se la tira a la cabeza.
—Lo sé, señor. Ya lo han hecho tres veces.

voz y su bondad, su alma y su cuerpo. Le juro que sin ella no podría vivir. Se me ha metido dentro y siento su calor y me abrasan sus besos y me anima su sano optimismo. Es tan buena, que yo creo que por eso, por serio, se queja a veces del corazón.

—¿Está delicada?... —Un poco, pero no de importancia, a decir de los médicos. Con el cambio de estado es casi seguro que su naturaleza cambie también, y se aliviará del todo.

—¿Del corazón?... —Sí, del corazón. El Club Unión, reunía en su seno a lo más brillante de la alta sociedad. Y aquella noche, dábale el baile anual que organizaban las señoritas de la Liga Antituberculosa.

Y en el baile, lujoso y animado, estaban las amigas de Anita. Y Ricardo también, velando cerca de su amor. Avanzaba la noche sin sentir; el bullicio tapaba el sincronismo de los relojes... la alegría inundaba con su oleaje todos los pensamientos que no fueran los del placer...

El baile era de fantasía, y pululaban los pierrots, las colombras, las damas de época, los personajes célebres. Otras ligeramente adornadas, lucían sus encantos físcos, sin tacañería; la

frágil y suave tela de seda se pegaba a las carnes marcando las formas. Los amplios escotes ponían muestra de la finura de la piel y los perfumes enervantes y la música lánguida enardecían los sentidos.

Ellos, correctos, caballerosos, no eran hombres al parecer, ascetas, santos, más bien parecían, que de madera de santidad o de hipocresía, tenían que ser para no dar rienda suelta ante tanta provocación a las malditas tentaciones. Y las madres, madres honradas de hijas decentes, reían contentas al verlas deslizarse por el salón, maceradas por el apretado abrazo.

Claro que al son de la orquesta, que sin ella, aquel abrazo inocente se convertiría en pecaminoso y ellas no lo consentirían. Ni sus hijas tampoco. Al son del jazz, no importaba que, pecho con pecho y pierna con pierna, cabeza con cabeza y pensamiento con pensamiento, ellas y ellos se abrazaran; pero sin los estridentes sonidos, imposible de no volverse todos locos.

Juntos en el “buffet” habían cenado Anita y Ricardo, y juntos bailaban. Estaba hermosa la prometida, el color rojo tenía sus mejillas exuberantes de vida y juventud. Atendíala él, cortés y enamorado; alto, un poco pálido y de ceño color, la alba pechera del frac tapaba su corazón palpitante de angustia y anhelante de amor.

Bailaron sin perder pieza; más que con la boca, con la mirada se besaban y entendían... Desfalleciente ella cluicó:

—¡Qué feliz soy, Ricardo!... ¡Cuánto te quiero!...

Y él, animoso, la miraba contento: —Si pudiéramos estar así siempre juntos, como ahora, pensando igual, sintiendo lo mismo.

—Así estaremos. Y sin premeditación, se apretujaron por el mutuo deseo.

Hablaban, hablaban deslizándose por el encerrado parquet; palideció un poco ella y cerró los ojos en tenue suspiro. Contemplábala Ricardo arrobado de dicha, y así, entre las demás parejas, dieron la vuelta a la sala, que como ascuá resplandecía.

—¿Qué tienes Anita?... ¿Por qué te dejas desfallecer?...

Y llamó la aludida y continuó él arrastrándola. Pero cada vez se hacía más pesada, más inerte... y la música cesó, y al saltarla, ella, la novia, cayó al suelo, redonda.

Livido, Ricardo, gritó angustiosamente:

—¡Anita!... Y llamó.

—¡Anita!... Háblame, ¡amor mío!... Y llamó.

Arremolináronse los amigos. sacaron la fuera del fuego refrigente. Terpsicore, soltó una carcajada, y fuera, en la galería, la hermosa y deseada mujer, seguía callando.

El tropel de disfraces, alborotando, sonando campanillas, se acercaba al grupo doliente, sin pensar en el caso, y la muerte, cruzó riendo, riendo como loca.

Ricardo es ya un hombre talludo, que han pasado muchos años desde la noche aquella. Exigencias sociales, llévanle de vez en cuando a los bailes. En uno de ellos, una encantadora y provocativa mujer, le dice:

—Ricardo, usted nunca baila... Y quiero bailar con usted.

—Le agradezco mucho, señorita, su deseo, pero...

—Pero, nada... ¿Por qué no baila usted?...

Y acercándose a ella muy confidencialmente, le refirió su historia. Y amplió:

—No bailo, por eso, porque prometí no bailar jamás; pero usted es tan encantadora, tan simpática y tan hermosa, que claudico, vamos a bailar...

Y la enamorada, trémula y desfallecida, expuso:

—Ahora no, lo dejaremos para otro día, estoy un poco mareada...

Y se alejó.

Y Ricardo, con enigmática sonrisa, se lo contó a sus amigos.

Y éstos intentaron consolarlo por su dolorida historia. Y él, riéndose con ganas, repuso:

—¡Qué historia ni qué ocho cuartos!... Puro cuento; no se me ocurrió otra cosa para aplacar a tan insípida mujer.



Odorono mitiga las molestias que trae el calor al cuerpo.

Ni mal olor, ni humedad, por la transpiración

Solamente con el uso regular de Odorono puede estarse seguro de ahuyentar el olor desagradable que sobreviene al sudar. Odorono mantiene secas las axilas, al reprimir, sin peligro, la transpiración. Preparado por un médico para su uso personal, Odorono resulta una protección segura.



Hay dos clases de Odorono Líquido:

El de Fuerza Regular, que puede emplearse dos veces por semana y el Odorono Número 3, Moderado, que se recomienda para pieles tiernas y puede aplicarse con frecuencia. También hay Crema Odorono, que se vende en tubos.

Distribuidor:

GUSTAVO BOWSKI

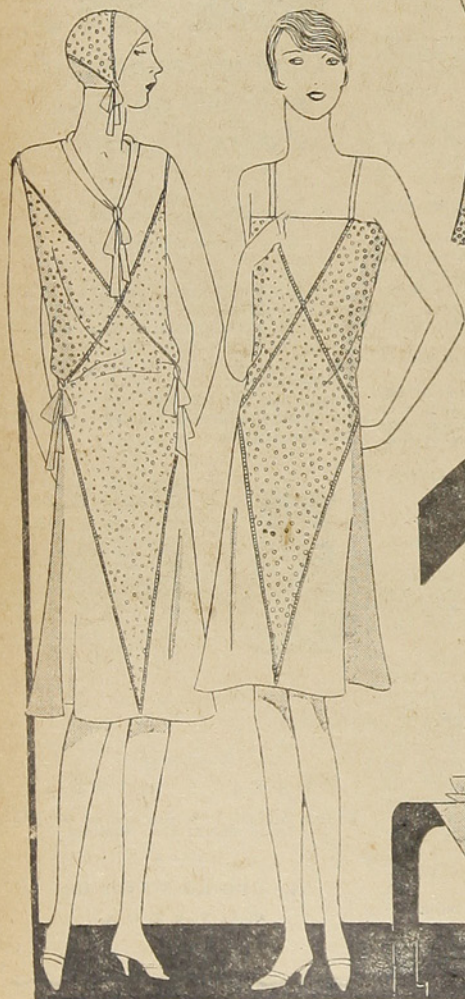
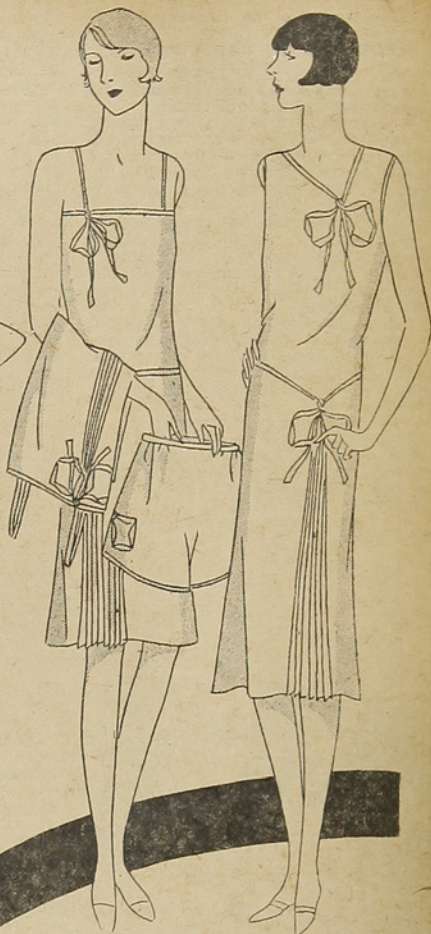
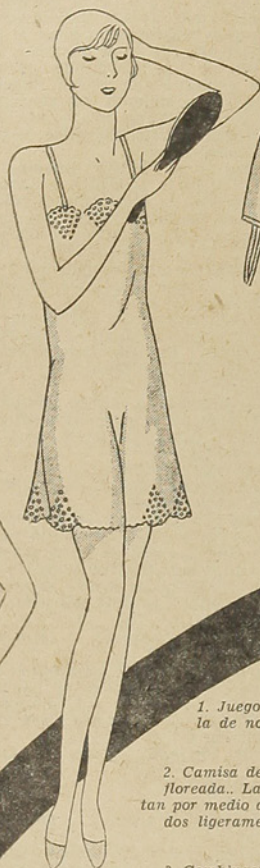
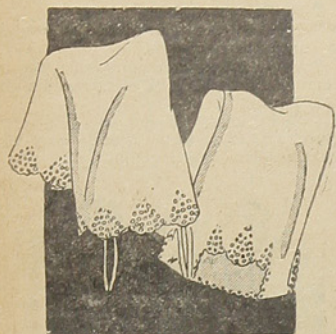
Edificio Mutual de la Armada, 7.º piso, Of. N.º 10. Casilla 1793. Santiago.

The ODO-RO-NO Co., Inc.

Nueva York, E. U. A.

La Hermosa

Lenicería



1. Juego en nansouk blanco muy fino. La camisa de día y la de noche son adornadas de pastillas bordadas formando puntas.

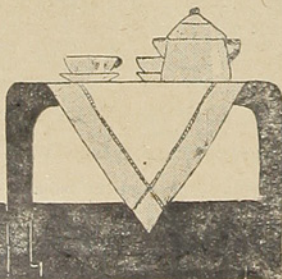
2. Camisa de noche en tela de seda rosa lisa combinada con id. floreada. Las partes unidas de ambas combinaciones, se ejecutan por medio de calados. Lazos de cinta rosa adornan los lados ligeramente drapeados al talle; el mismo lazo anudado al cuello, adorna el alto.

3. Combinación enagua semejante. La misma hechura. La unión de ambos géneros ejecutada por medio de calados. Tirantes de cinta lavable color rosa.

4. Camisa pantalón haciendo juego con las dos piezas No 1. Pastillas bordadas adornan el alto y los lados ligeramente en forma. Tirantes de cintas.

5. Juego completo en crepé de China ligeramente rosa. Un grupo de pliegues amplía la combinación y la camisa. Sesgos del mismo género adornan la boca y forman un gracioso nudo adelante, ligeramente a un lado. Sobre el pantalón la cinta forma nudo Luis XV.

6. Camisa de noche perteneciente al mismo juego. Escote asimétrico es bordado de un sesgo anudado al lado, lo mismo que en la cintura, que se amplía hacia abajo por medio de un grupo de tabillitas pequeñas.



El verdadero trabajo de una esposa

¿Conviene que una mujer trabaje fuera de su casa, después del casamiento? Eso depende de las circunstancias.

Los dos jóvenes pueden enamorarse el uno del otro en una época en que el hombre no gana aún suficiente para mantener a su esposa. Si postergan la boda, quizá tendrán que esperar varios años; en cambio, si la muchacha continúa trabajando, pueden casarse en plena juventud. En tal caso, es mejor que se casen y que la mujer conserve su trabajo fuera de casa; es preferible tener un hogar en estas condiciones que no tener ninguno.

Hay otros casos en que la esposa se ve en la necesidad de seguir en el empleo que tenía antes de casarse. Puede tocarle un marido enfermo, o uno que no tiene suerte en los negocios. Hay hombres excelentes que carecen de talento para ganar mucho dinero, y por más que se empeñen en trabajar, no pueden ganar lo suficiente para proporcionar a su familia una vida holgada.

FANDORINE

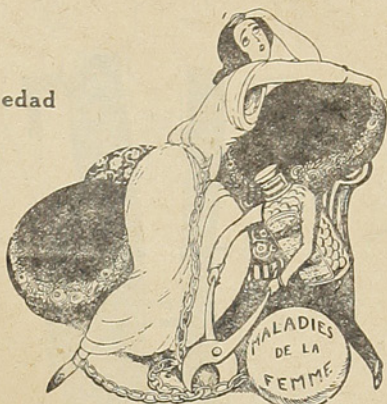
M. R.

contra las enfermedades de la mujer

Vuelta de la edad
Hemorragia
Vapores
Metritis

Establecimiento CHATELAIN
Procedentes de los hospitales
de París
2 bis, Rue de Valenciennes
París, y todas las farmacias

Agentes:
ARDITI & CORRY
643 Moneda
SANTIAGO



80 % de las mujeres
no están satisfechas
de su salud

Esta preparación admirable
tiene enseguida las hemorragias,
Profesor GARRIGOL,
de la Facultad de Medicina de Tolosa,
Director del Instituto de Hidrología.

La Fandorine está basada sobre
los descubrimientos los más mis-
teriosos de la Ciencia Moderna
y realiza el medicamento com-
pleto, típico, de las enfermeda-
des especiales del sexo femenino.

Docteur POULET,
profesor agregado de París en la
Facultad de Medicina de Lyon.

La Fandorine cura la mujer de sus malestares

BASE: Extractos Mamario y Ovario, Amidoperina. (M. R.).

ASCEINE
ACIDO ACETIL SALICILICO ET FERRUGINO
M. R.
NEURALGIAS
CIÁTICAS
JAQUECAS
GRIPE
REUMATISMOS
ANALGESICO
ANTITERMICO
ANTIREUMATICO
VENTA RÁPIDA
ACCION RÁPIDA
SIN ACCION DE PRESION SOBRE
EL CORAZON Y PERFECTA TO-
LERANCIA PARA ASISTIR A
LA COMPLICACION
DE PRESION
SE VENDE EN TODAS LAS
FARMACIAS EN TUBOS DE
20 TABLETAS Y SOBRES
DE 100 TABLETAS

ENFERMEDADES DE LAS MUJERES

debidas a una mala
circulación de la sangre

VARICES, HEMORROIDES,
ENTORPECIMIENTOS, VERTIGOS,
CONGESTIONES, REGLAS IRRE-
GULARES O DOLOROSAS

se combaten con los comprimidos de
TOT'HAMELIS
M. R.
El mejor remedio contra los accidentes
de la edad crítica

Seis comprimidos por día
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS
CONCESIONARIO PARA CHILE
Am. FERRARIS, Casilla 29 D, Santiago
HAMAMELIS TOTAL — Citrato de Sosa.

EL TERCIOPELO CHIFFON



El precio de las cosas

POR ELINOR GLYN
(CONTINUACION)

Entraron al salón verde, y ella le dijo muy agradables frases sobre el deseo de conocer a su madre, esforzándose en manifestar serenidad y soltura; pero el joven sintió sus manos frías como el hielo cuando se las tomó para despedirse, luego que Filson anunció el automóvil.

Y los ojos que poco antes lo miraron con amorosa turbación, ahora se le hincaban suplicantes y apenados.

—Adios, Denzil...

—Adios, Amarillis—contestó él, dirigiéndose a la puerta sin más cumplidos.

Despejóse la frente de Amarillis como si su amor, su tormento, su incertidumbre la bañasen de pronto en una riada fresca de luz.

—¡Denzil!

Volvió él a su lado, con espanto. ¿Por qué lo llamaba?

—¡Denzil!—repitió la mujer, con más intensa palidez en su rostro jadeante de ansiedades.—¡Por favor! ¿Qué significa todo esto?

Y se arrojó en sus brazos.

La sostuvo él sin aliento. ¿Se había desmayado? No, pues aún podía sostenerse en pie, descansando en el pecho varonil su rostro, blanco como un lirio, y llorando ton ojos entornados.

—¡Por el amor de Dios, Denzil! ¿Nada tienes que decirme? ¿No puedes dejarme así!

Un profundo estremecimiento sacudió al desventurado.

Nada tengo que decirte, hija mía—contestó con voz ronca.—Estás sobreexcitada y en gran tensión nerviosa. Sólo tengo que decirte adios.

Lo asió de las solapas y en un arranque de rebeldía exclamó:

—¡Denzil... fuiste tú y no Juan!

Dejó él de estrecharla en sus brazos.

—Debo partir.

—No saldrás mientras no me contestes. Tengo derecho a saberlo todo.

—Te repito que nada tengo que decirte—y la voz y el semblante se le endurecieron en el esfuerzo por dominarse.

Y otra vez se colgó de su cuello.

—¿Por qué, pues, has pronunciado la palabra «dulzura»? Esa palabra es tuya. Ah, Denzil! ¿No puedes ser tan cruel que me dejes en la incertidumbre! ¿O me dices la verdad o moriré!

Se desasía de ella y permaneció en silencio. No podía hacer falsas protestas de que no le entendía ni le quedaba otro recurso que marcharse como un bruto, aun rompiéndose el alma de pena.

Amarillis prorrumpió en sollozos de aflicción y hubiera caído al suelo si no la hubiese él recogido para colocarla en el sofá. Y le sobresaltó el temor de que aquella excitación no pasase en algún mal.

Se arrodilló a su lado y le pasó la mano por la cabeza, en una caricia que aún la excitó a más hondos sollozos.

—¡Qué horriblemente crueles son los hombres! ¿Por qué no has de contestar a lo que te pregunto? ¿No te atreverás a negar que entiendes!

Sabía él que callando otorgaba. Daba lástima verlo en aquel apuro.

—Por Dios, querida—dijo al fin sufriendo horrores,—déjame marchar.

—Denzil...

Y de pronto cesó de llorar. Gruesas lágrimas brillaban en la nieve de sus mejillas. Su rostro, no desfigurado por el llanto, era el de una Virgen dolorosa.

—Denzil: si lo supieras todo, no te sería posible abandonarme. No sabes lo que ha pasado; pero debes saberlo, puesto que...

La atajó él poniéndole ambas manos junto a la boca, en ademán de desesperación.

—Calla, por favor; no me digas nada. Lo sé; pero te amo y debo marcharme.

Lanzó la mujer un grito de alegría y lo atrajo hacia sí.

—¡Ahora menos que nunca! ¿No me importan las conveniencias, las leyes ni nada! Soy una salvaje y tú eres mío. ¡Juan debe saber que eres mío y lo sabrá! A él sólo le interesaba la familia, y me ha tomado como un instrumento, como un medio para perpetuarla; pero tú y yo somos jóvenes, Denzil, nos amamos y hemos de vivir. A ti se dirigen todos mis deseos, a ti te pertenezco. Tú eres el hombre, yo soy la mujer... ¡y el hijo será nuestro hijo!

Su alma brava se levantaba indómita rompiendo las cadenas. Estaba exaltada, transfigurada, transportada. Nadie hubiera reconocido a la dulce Amarillis en aquella hembra arrebatada que reclamaba al macho.

Y al empuje de aquel arranque femenino se desbordaba la pasión de Denzil, rompiendo el dique de todos los artificios de la civilización y de las sociales conveniencias. La naturaleza reclamaba lo suyo y ponía sus fuerzas pujantes al servicio de dos hijos de ella a quienes la pícara casualidad unía en un torbellino de la vida. La estrechó en un abrazo impetuoso y la besó en los labios, en las orejas, en los párpados.

—¡Mía, mía! ¡Dulzura mía!

Durante unos segundos los parecieron una eternidad de gloria se olvidaron de todo menos del gozo del amor.

—Con todo, tesoro mío, debo dejarte. Di a Juan mi palabra de no sacar ventaja de una situación que las circunstancias acaban de hacer irresistible. Aunque no me crea muy culpable, tampoco me siento desligado de mi promesa. ¡A tan terrible precio se paga el orgullo puesto en la familia! ¡Amor mío, dame valor para marchar!

—¡No quiero! Es una crueldad afrentosa que nos separemos ahora, que soy completamente tuya, sólo tuya—y lo retenía abrazándolo de nuevo.—Todas mis entrañas, toda mi vida piden a gritos tu compañía... eres la realización de mi sueño de amor, tu imagen nace meses que anima mi fantasía. Te amo, Denzil, y tienes derecho a permanecer a mi lado como yo lo tengo de decirte cuánto pienso acerca de nuestro hijo. ¡Ah, si supieras lo que es para mí esto! ¡Qué gozo, qué portento, qué delicia! ¡Yo sola no puedo con tanta dicha! ¡Me muero de frío! ¡Me muero de ganas de contárselo todo a mi amado!

La tomó él en sus brazos, y se olvidó del tiempo y el espacio, transportado con las cosas divinas que ella le iba diciendo en un arrullo de paloma.

—Denzil; hasta aquí mis sentimientos se han sucedido de una manera extraña y alborotada, y en adelante tendré este momento de ti y de nuestro amor entretendido a mi existencia. Pero ¿qué me reserva el porvenir? ¿Seguiré fingiendo con Juan? ¡Imposible! Me brotará a la boca, sin pensar, toda la verdad. Para mí no existe otro hombre que tú, no el «tú» que conozco desde hace tres días, sino el hombre que conocí en mis sueños y en mis fantasías con mi amor, mi delicia. ¿Cómo expresaría a Juan mi dicha y mi ternura ante la cuna de mi tierno angelito? No; resultaría una farsa grotesca, monstruosa. Cuando Juan me dio a ti, debí renunciarme. Fue un convenio entre los dos por razones de familia, y si no te amase, ahora te odiaría y desearía matarte. ¡Pero te amo, te amo! —repitió, echándole los brazos al cuello.—Acepta las consecuencias de tu acto. Yo no busqué complicaciones en mi vida; me obligó Juan para sus designios y puedo presentarle mis cuentas: deseo mi amante..., reclamo lo que me pertenece.

Sus mejillas eran dos ascuas; sus ojos dos centellas.

—Y tu amante te desea para él—contestó Denzil, correspondiendo a sus tiernas caricias;—pero no está en mis manos la elección, querida, aunque fueses mi mujer. Has olvidado la guerra. Debo partir y pelear.

Todo el calor de la pasión se le enfrió de pronto a la joven, que se recostó en los cojines del sofá y cerró los ojos. Había olvidado aquel horrendo coloso, distraída en su felicidad.

Si, debía partir y luchar... También Juan... Los dos podían caer muertos, como habían caído tantos amigos y conocidos en Mons y en la batalla del Marne.

No era tan mezquina que pensara sólo en sus intereses personales y en el amor. Debía sobreponerse a su egoísmo y no hacer más penoso para el soldado el cumplimiento del deber. Su hermoso rostro adquirió una expresión resignada de santidad, y Denzil esperó que hablase, contemplándola con ojos encendidos y anhelantes.

—Es verdad. No pensaba más que en ti y en mis deseos de tenerte a mi lado. Pero tienes razón. Denzil: no puedo retenerte. Y estoy contenta de haber gustado un momento de felicidad y creo, Denzil, que nuestras almas continuarán unidas aunque no volvamos a vernos en la tierra.

Y cuando por fin se despidieron, Amarillis aguardó a que se perdiese a lo lejos el ruido del automóvil, para salir en dirección a la iglesia. Y allí, sobre la tumba del joven caballero, estuvo rezando y suspirando hasta que cerró la tarde.

CAPITULO XIII

Dos días antes de embarcar para Francia, Denzil y Verischzenko comieron juntos. La intensa actividad que hubo de desplegar en los últimos preparativos de guerra distrajo al soldado de sus penas. Sentíase desgraciado al pensar en Amarillis, pero otro instinto primitivo le hacía pensar con agrado en la lucha feroz que le esperaba.

Verischzenko hallábase deprimido. Su país no le dejaba la oportunidad de llevar a cabo sus ideales, y le consumía el tener que dirigir sus negocios desde tan lejos.

En aquel rincón pacífico del Berkeley hablaron de cosas inconsistentes, durante los *hors-d'oeuvres* y la sopa.

—¡Estoy harto de todo, Denzil!—exclamó por fin Verischzenko,—y el día menos pensado acabo con todo de una vez.

—Desmintiendo así todas tus creencias. No seas loco, Esteban. Siempre he sostenido que en todo ruso vive en germen el suicida que ahora se está moviendo en ti. Bebe otro vaso de champaña, amigo, y volverás a la cordura. Ya es bastante fastidioso que lo maten a uno o lo dejen estropeado en el cumplimiento del deber; pero darse uno mismo la muerte, es sencillamente una locura..., una insensatez.

—De acuerdo—dijo Verischenszko, y llamó al mozo para pedirle *fine champagne* de la mejor clase.

—No tienen un *vodka* decente, pero el *coñac* hará sus veces.

Antes de que sirvieran el licor, ya estaban de otro talante los amigos.

—Cuando hablo así, Denzil, es que obran en mí lejanos vestigios de otra existencia; siento el retroceso a tiempos de tinieblas, de nieves, de noches que duran meses, y oigo el aullido de los lobos y tengo miedo a los azotes. ¡No es esta mi primera vida de Rusia!

—Probablemente, pero debes de haber pasado por otras vidas más equilibradas; de lo contrario ya te hubiera hallado muerto con veronal u otra ponzoña, con esos nervios tan desatados. Pero no me alarmas, Esteban, porque te creo perfectamente sano.

—Me alegro que pienses así. Pocos ingleses nos comprenden.

—Porque ni vosotros mismos os comprendéis. Estáis atiborrados de cualidades y defectos y no tenéis discernimiento para diferenciar unos de otros. No sois conscientes como nosotros ni teméis pasar por locos, y de aquí que se os desborde y manifieste lo que mas abunda. Con tu talento, ninguno de nosotros hubiera dicho una tontería tan opuesta a su natural propensión, por una contrariedad momentánea.

Verischenszko lanzó una carcajada.

—¡Adelante, Denzil, a todo vapor!

—No hagas más el loco.

—No lo haré. ¿Como está miladi Amarilis?

Denzil lo miró sorprendido.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque me ha escrito y voy a verla...

—Entonces, ya sabes cómo está.

—Lo supongo. Mira, Denzil; procura serme franco. Me conoces lo suficiente para saber si merezco tu confianza. No ignoras que la amo pláticamente. Tú y el digno marido vals a exponerlos a una muerte probable, y no porque tengáis esa condenada reserva, propia de ingleses, habéis de hacer el tonto ocultándome la verdad, para que, en caso de que vayáis los dos a la gloria, pueda yo defender los derechos de la madre y del hijo y ejercer mi protección sobre la viuda. ¡En este caso, tú eres el loco y no yo! Si alguna vez me dejo llevar de mi carácter y hablo de suicidio, no hagas caso; son pompas de jabón; y no guardaria un secreto porque sea feo revelarlo, cuando se refiere a una mujer, aun en el caso de serle provechosa la confidencia. Tengo más sentido común. Luego pueden surgir algunas dificultades con Fernando Ardayre, y me gustaria ser el depositario de vuestra confianza para mantenerlo a raya. Si tú me ocultas las cartas que te han tocado en este juego, no podré defender a Amarilis tan bien como quisiera.

Denzil dejó cuchillo y tenedor y estuvo reflexionando un momento; era verdad lo que decía el ruso, pero se le hacia violento hablar.

—Dime todo lo que sepas, Esteban, y veré lo que puedo hacer. No es que desconfie de ti, sino que no me está permitido hablar.

—¡Vuelta a las formalidades y al egoísmo! Piensas más en no lesionar las normas de la educación inglesa que en el bien de la mujer que amas, porque deduzco de su carta que os amáis... Supongo que el hijo es tuyo y no de Juan, aunque no adivino cómo se ha realizado el milagro, siendo claro para mí que no os habíais visto hasta que os presenté aquella noche en el Carlton.

Denzil vació la copa de champaña y en pocas palabras reveló el misterio, que Verischenszko completó con su poderoso imaginación, en el tiempo de encender un cigarrillo y lanzar las primeras bocanadas.

—¿De modo que el pobre Juan ideó el plan, amándola como la amaba! ¡Es preciso estar obsesionado con la idea de la familia!

—Lo está... y es el hombre más discreto... Estoy seguro de que desde el primer día trató a su mujer con una frialdad horrible para una recién casada.

—Fue la idea que me asaltó cuando llegué a Ardayre. Comprendí en seguida que un misterio de familia flotaba en el ambiente de aquella morada, y pensé que ella simplificaría las cosas tomándote por amante tan pronto os conocieseis, convencida de que era la pareja que le hacia falta. Créeme: tenía intención de sugerirle la idea, utilizando toda mi influencia para alcanzar este fin; pero ¡caramba! el marido se nos adelantó trazando y llevando a cabo un plan mejor que el que podíamos desear. ¡Eso es tener talento y sentido común, Denzil!

—Sí, mucho; mas no contó con el corazón. Debí pensar que yo me enamoraría de Amarilis tan pronto la viese, debí comprender que la misma naturaleza del hecho la impulsaría hacia mí en adelante. Ahora la situación es trágica, no importa como se mire. A Juan le espera un infierno: cada vez que vea al hijo lo devorarán los celos, y la tensión entre él y Amarilis, ahora que ella lo sabe todo, será insostenible. ¡Desgraciada Amarilis! Es fogosa y vivaracha como un colibrí. Cada uno de los cabellos de su adorable cabeza vive y palpita en ansiedades de gozo espiritual y carnal, y está condena-

da a llevar la vida hambrienta de una monja! Yo la adoro, la amo con toda mi alma; de modo que tampoco se me ofrece una envidiable perspectiva. No sé si obramos bien o mal, después de todo, ni si la familia vale el sacrificio de tres personas. ¡Quizás hubiera sido mejor dejarlo todo a la fatalidad!—y Denzil suspiró sin percatarse del plato que le servían.

—Es verdad—dijo Verischenszko con rostro de iluminado—que siempre trae graves consecuencias la manía de torcer el curso natural de los sucesos. Creo que tienes razón. Yo me habia propuesto algo parecido por ese puero de turco, por Fernando, lo cual también podía alterar un poco la marcha de las cosas, y alguien hubiera salido perdiendo; pero hubiese procurado que la víctima no fuera miladi Amarilis. Toda su desgracia proviene de tu dramática y honrosa promesa. Ahora resulta que no puedes hacerla objeto de tu amor porque un caballero no ha de faltar a su palabra. Si yo hubiese arreglado esto, no te hubieras comprometido y podrías ser dichoso... Pero ¿quién sabe? Una falsa posición siempre resulta violenta y hubiera empuñado mi estrella, que ahora brilla en todo su esplendor. Quizás sea esto preferible. Pero, ¿tú has pensado bien lo que es estar enamorado, chico?

—Es estar en el cielo... y en el infierno.

—¡Eso es! Amarilis, que es el polo opuesto de Enriqueta Boleski, posee la misma fuerza de atracción física que esta, si bien Amarilis no proporcionará desengaños al alma en los *entractes*. «Estar enamorado» es hallarse en un estado de exaltación corporal; «amar» es sumergir el espíritu, en cuyo crisol se ha purificado el instinto del placer, en una beatitud divina. Se puede estar enamorado de Enriqueta, desearla con toda su sangre y nunca amarla con emoción de alma. Pero se puede siempre amar a Amarilis, tanto, que no se dé una cuenta de que la mitad de su felicidad proviene de estar enamorado de ella.

—Ya sabes, Esteban, que hombres y mujeres dicen una serie de tonterías al hablar de otros intereses más vitales que los del amor y otra clase de felicidad mucho mas apetecible. Son sandeces y nada más. El hombre honrado ha de confesar que no hay felicidad verdadera fuera de la satisfacción de amar. Todo lo demás es un bien secundario. Existen diversiones y pasatiempos, pero no son más que *le pis aller*, si se comparan con la suprema dicha.

—Y cuando la gente lo niega pensando que habla honradamente, es porque todavía no les ha llegado el tiempo o se han embrutecido con transitorias complacencias, incapacitándose para la exaltación de su alma.

—¡Brindemos por el amor!—gritó Denzil, apurando la copa, que es el Dios supremo!

—¡*Ainsi soit-il*!—contestó Verischenszko, bebiendo.—¡Ya hemos brindado otras veces por el hijo de Ardayre, bebamos ahora por su creador!

Los dos permanecieron un rato en silencio. Luego anadió Verischenszko.

—Después de «amar» suele ganarnos un afecto nuevo, una inclinación especial. Siempre me ha puesto nervioso la mujer que luego de amarme se hunde en cariñosos sentimientos.

—Define el amor, según tú.

—El amor hace palpitár la carne de delicia y estremece el espíritu con una emoción religiosa; lo sentimos como una enfermedad y una tristeza de que no podemos curarnos. Cuando una mujer ama de veras, tiene la pasión de la querida y la dignidad y el afecto de la esposa. Es ardiente como una brasa fría como la nieve, astuta y sincera apasionada y recatada, autoritaria y obediente... reina y niña.

—¿Y el hombre?

—Cesa de ser un bruto para convertirse en un dios.

—¡No sé si puede durar eso!—suspiró Denzil.

—Duraría si la gente no fuese tan necia. Casi siempre destruye el hombre el encanto de su amor con la estupidez de la sensualidad, sin advertir que el fuego se apaga sin combustible. Los amantes se desengañan mutuamente, porque así que han obtenido el gozo no se toman la molestia de conservarlo. Cuando la mujer entra en posesión de un amante y adquiere confianza, hace cosas que ni habia soñado cuando trataba de atraerlo; y un hombre lo mismo; sin comprender uno y otra que el amor es una embriaguez de los sentidos y que los sentidos se cansan y se rinden muy pronto.

—¿Qué voy a hacer con Amarilis, Esteban? Si vuelvo será para mí un infierno de incesante ansiedad y sufrimiento, y yo quiero emprender algo en esta vida. Nunca tuve la idea de incapacitarme por el amor de una mujer. Una pasión sin esperanza podría soportarla, pero una pasión correspondida, con el solo obstáculo de las leyes y de una promesa, es un tormento demasiado horrible.—Y se llevó las manos a los ojos, para ocultar el dolor que asomaba a ellos.—¡Y su vida! ¡Qué fastidio, también! Si vas a Ardayre, a verla, ya me dirás cómo la encuentras. Yo no he escrito. Procuero pensar lo menos posible.

—¿Te interesa el hijo que está en camino? No sé hasta qué punto nos preocupa a los hombres un hijo antes de nacido; si nos engañamos y no le concedemos otro sentimiento que una participación de nuestro amor a la madre o de nuestra vanidad, o si es algo de ese espíritu que informa la relación de parentesco. ¿Tú qué sientes?

Denzil pensó en lo mucho que había cavilado desde que vio a Amarilis en el Carlton.

—Es difícil explicarlo — contestó. — Está tan entrelazado con el amor de Amarilis, que no puedo concretar qué siento y cómo siento su estado. Yo creo que son emociones peculiares de la mujer, que no llegan a los hombres más que como complemento del amor.

—Dos hijos tengo en Rusia, engendrados antes de que empezara a pensar en el significado de las cosas. Les di una buena educación, pero los aborrezco. No puedo pensar en sus madres sin asco. Pero tú, que adoras a la madre, ¿qué sentirás cuando veas al hijo? ¿Qué te dirá cuando te mire con tus propios ojos? Tendrás vivos deseos de intervenir personalmente en su crecimiento, de dirigir sus pasos y desenvolver su alma a tu imagen y semejanza; te notarás cada vez más empujado hacia Amarilis y todo formará una cadena invisible que te unirá a ella.

—Ya lo sé; esa es la tragedia. No puedo pensar sin dolor que pasará sola estos meses, y con todo, prefiero que esté sola a que la acompañe Juan; los celos me atormentan al recordar que él tiene derechos que se me niegan. ¡Y figúrate lo que sentirá el pobre cuando piense en mí!

—Es una situación muy especial; veremos cómo se resolverá con el tiempo.

—Si nace una niña, todo habrá sido en vano.
—No será niña, ya verás. ¿Cuándo tendrás licencia?
—No lo sé; quizás para Navidad, si vivimos.
—¿Y deseas verla para entonces?

—Siempre lo deseo, pero de aquí a Navidad hay cinco meses, y si la veo no sé si podré mantener mi palabra y abstenerme de todo avance amoroso.

—¿Querrás tener noticias de ella?

Siempre.
Guardaron silencio mientras limpiaban la mesa. Verischenszko estaba profundamente pensativo ante aquel caso extraordinario digno del estudio de su gran perspicacia. Sólo una solución le satisfacía: la eliminación de uno de los dos hombres que eran términos del problema, y esto cabía esperarlo en aquellos tiempos. Pero no podía pensar, sin un agudo dolor en la probabilidad que alcanzaba al apuesto y viril mozo que tenía delante, lo mismo que al otro.

—Dios quiera que salga bien de la horrible prueba — pensó elevando al cielo su deseo, y como siempre que se sentía conmovido, apeló a su cinismo.

—Estoy siguiendo la pista de Enriqueta, Denzil. ¿Sabes quién es su nuevo amante? Fernando Ardayre.

—¿Vaya un enredo!

—Si, pero aún no sé quién era el oficial con quien bailó en Ardayre. Estanislao está hecho un lío; se pasa el tiempo en el casino jugando al piquet. Es su única preocupación.

—¿No siente la guerra?

—¿Qué ha de sentir si ya es insensible a todo?

—¿Y qué harás si la coges in fraganti?

—La haré fusilar sin un momento de vacilación. Será un final digno.

—No sé si yo tendría valor para fusilar a una mujer, aunque fuese espía.

Verischenszko rió con un centelleo salvaje en sus ojos de calmuco.

—Mi falta de civilización me servirá, si llega el momento.

Luego hablaron de la guerra, olvidando a las mujeres.

CAPITULO XIV

A la semana siguiente, Amarilis llegó a Londres para despedir a Juan, así es que Verischenszko no fue a verla a su casa de campo.

La marcha de Juan puede señalarse como uno de sus hechos más peregrinos. Incapaz de desprenderse de la capa endurecida de su reserva y ansiando decir algo amable, manifestó su torpeza de expresión cuanto más hondo era su sentimiento. El secreto que guardaba en su corazón no le dejaba que se había operado en ella. En sus ojos, que ya no eran de interesante mientras él no lo hizo, y entonces manifestó deseos de cambiar de conversación. Y apenas a Juan que él mismo fuese el causante de aquella frialdad. Recordó su vida matrimonial, desde el comienzo; la noche pasada en un banco, bajo su ventana, hasta el amanecer; su angustioso sufrimiento, el oprobio que sobre él pesaba y la sospecha de que falta de honradez por callarse lo que podía ocurrir? Oportunamente debió haber ido a recibir una respuesta definitiva de Lemon Bridges, pero perdió la cita y no volvió a ver al cirujano hasta la noche del baile.

—¿Acaso hubiera sido mejor romper todo freno, besando y acariciando a su mujer, sin medida, o hubiese sido peor este fraude? De todos modos era demasiado tarde y debía conformarse con la única satisfacción que le daba la esperanza de tener por sucesor a un verdadero Ardayre.

Habló largamente con su mujer de cómo quería que se edu-

case al hijo, si fuese un niño y él no volviera, y Amarilis escuchó como madre celosa de sus deberes y llena de admiración, sosegada ya tras las tumultuosas emociones por que pasó después de la marcha de Denzil.

En aquel entonces, Amarilis tenía ya clasificados sus recuerdos y sentimientos, por así decirlo. No guardaba rencor contra Juan, que quizá estaba ignorante de «aquello» cuando se casó, y viéndolo sentado frente a ella, en la biblioteca de *Brook Street*, y hablando gravemente del hijo, sólo la intrigaban los sentimientos que anidaban en el alma de él. ¡Qué inmensa influencia debía ejercer en su vida el pensamiento de la familia. Bien lo comprendía, ya que nunca olvidó los consejos de Verischenszko, referentes a sus deberes para con ella y a la misión que como esposa de Ardayre le tenía el cielo encomendada. Y recordaba, como si aún lo estuviese oyendo, cuánto le dijo a orillas del lago, con tal unión que pareció recibir un mensaje que entonces ella no entendió. ¿Sabría ya Verischenszko que Juan no podía tener sucesor y le daba a entender que ella era la única depositaria de la descendencia? Esta idea o algo parecido informó el sentimiento de orgullo de que se notó invadida luego que Denzil la dejó. Quizás se estaba cumpliendo en ella el sino. No debía enojarse con Juan ni cesar en su amor a Denzil. No fue infiel al uno, a sabiendas, y ahora se mantendría fiel al otro... a su amor, a su varón, al padre del hijo que tanto la consoló en aquellos quince días que iban transcurridos. Revivía y gozaba la exaltación que experimentó al principio y que Juan apago. Denzil superaba al amante que había imaginado en Juan. Denzil se convirtió en realidad y Juan en sueño.

Su marido le causaba una gran tristeza; era bastante delicada para comprender sus apuros.

Pero sólo sentía por él un generoso afecto, como si no fuese más que un pariente cualquiera. Toda su alma, todo su ser lo tenía puestos en Denzil, que representaba su ideal.

Procuró ser muy buena con Juan y cuando la besó él, antes de partir, lloró de pena.

¡Pobre Juan! ¡Tan bueno, tan frío!

Y cuando hubo marchado, lady de la Paule, que estaba con toda la familia en *Brook Street*, se admiró del aspecto sereno que ofrecía su sobrina. Le pareció una lástima tan poca efusión; pero, después de todo, el matrimonio había sido un éxito y podían esperar un hijo.

Los dos, Denzil y Juan, partieron a la guerra, y Amarilis quedó sola. Verischenszko, que había vuelto a París sin verla, regresó a primeros de diciembre y fue a la casa de *Brook Street*, donde Amarilis estaba pasando una semana.

Accedió en seguida a recibirla.

La biblioteca presentaba un aspecto delicioso. Eran primorosas las manos de Amarilis en el arreglo de ramos y almohadones; en sus habitaciones siempre se respiraba un aire de reposo casero, y Verischenszko se sintió acariciado por un suave olor y una tibieza gratísima, al pasar de la niebla fría de la calle a este placido ambiente.

Levantóse la mujer para recibirlo, con el rostro alumbrado por una luz ideal, más diáfana que cuando la vio por última vez.

—Parece usted un ángel — dijo el ruso cuando, después del té que le ofreció, se sentaron en el sofá, junto al fuego. — ¿Qué me cuenta? Ya sé que va a tener un hijo. Me interesa mucho todo esto.

Una súbita llamarada encendió las mejillas de Amarilis, y él prosiguió con perfecta calma:

—Se sonroja usted como si hubiese dicho algo inaudito. Todavía la domina la fuerza de la costumbre, porque el sonrojo siempre nos viene de cierta vergüenza y malestar, o de algún descubrimiento que nos sobresalta. La ira, o nos hace enrojecer o palidecer; pero este súbito encandecimiento siempre supone una íntima vergüenza. Los convencionalismos envuelven los actos más naturales y divinos de nuestra vida, con gran molestia para nosotros. ¿No siente usted un profundo agradecimiento porque va a tener un hijo?

—Claro que lo siento — dijo Amarilis, procurando vencer su timidez para hablar con el amigo, según sus deseos. — ¿Quién le ha dado la noticia?

—Denzil.

Amarilis contuvo la respiración. Verischenszko la observaba intensamente.

—¿Denzil?

—Sí; la esperanza de un heredero de Ardayre lo llena de alegría.

—Ciento.

—¿Y a usted qué le hace sentir? Es de una responsabilidad enorme tener hijos.

—Ya lo sé y quiero obrar en consecuencia desde el principio.

—Debe usted cuidarse mucho y mantenerse siempre serena. No se deje impresionar por temores de lo que puede suceder y concentre todos sus pensamientos en el instante en que vive.

Amarilis se turbó. ¿Qué sabía aquel hombre? ¿Se refería a su caso o le daba un consejo aplicable a todos los casos? Y lo miraba con ojos interrogadores y suplicantes. Los del ruso se oscurecieron.

—¿Qué desea preguntarme?

—¿Yo?... No sé. No lo sé.
—¿; desea noticias de Denzil?... ¿no es eso?
—¿; quizás sí...?

—Está bien. Ayer hablé con él y me rogó que la visitase. Su madre está aun en Bath. Denzil tiene grandes deseos de que sean amigas.

—Suavemente, como si no pudiese soportar tan gran emoción, se levantó teniendo las manos hacia delante.

—¡Oh! ¡si al menos comprendiese el sentido de las cosas! ¡Me da miedo el pensar!

—¿Quiere usted mucho a Denzil?

—Mucho.

—Sientese y hablemos de esto, señora de mi alma. Ahora yo soy su madre.—Volví a sentarse junto a Esteban, entre almohadones de seda, y él, respaldándose, la estuvo mirando un rato.

—¿No lo había visto hasta que comimos juntos?

—No.

—No es de admirar que se sintiese inmediatamente empujada a él, porque posee todas las prendas que una mujer pueda desear; pero no sólo es eso..., dígame.

—Es lo que esperaba que fuese Juan; es tan grande la semejanza...

—Eso ya tiene más explicación: la naturaleza la impulsaba de manera inconsciente.

Amarilis ocultó el rostro entre sus manos. Parecía que Verischenszko estaba al corriente de todo. ¿Se lo había dicho Denzil, lo adivinaba ahora con su prodigiosa intuición o no era todo más que una excesiva sensibilidad de su conciencia?

—Los hábitos, los convencionalismos y la falsa vergüenza han desnaturalizado muchas cosas que todo el mundo sabía sin aprender. El hombre está destinado por las leyes eternas a amar a la mujer y a tener hijos, y la mujer a amar al hombre y a desear ser madre. Tales eran los instintos primitivos, de los que dependía la vida de la humanidad, y que han sido falseados y profanados, reducidos por la civilización a la condición de pecados, vicios y excesos de tal manera, que los sometemos a cálculos de conveniencia y los toleramos como buenos sólo en circunstancias especiales; la gente que se precia de delicada los rechaza como cosa indigna. Si hubiésemos suprimido o falseado las otras dos necesidades primitivas de procurarnos alimento y de matar a nuestro enemigo, ya el mundo hubiera acabado hace tiempo. Hemos hecho todo lo posible por falsear estos instintos, pero no en la medida en que ha llegado a envilecerse la nobleza del impulso de procreación.

Amarilis escuchaba con interés, y él continuó:

—Es cosa admitida que necesitamos comer para vivir y que tenemos derecho a matar al enemigo que nos amenaza de muerte; pero nunca se admite que sea tan natural como eso nuestro deseo de reproducir la especie. Bajo ciertas condiciones de juramentos y restricciones, se nos permite tomar a una compañera para toda la vida, y si esa persona resulta un fraude para los fines de nuestra promesa, no podemos tomar otra. Supongamos que a un grupo de salvajes iameicos se les distribuyen platos tapados, en la convicción de que todos contienen comida, y que, al destaparlos, uno de ellos encuentra el suyo vacío. ¿Que haría entonces éste? Se aguantaría mientras el estómago se lo permitiese, pero antes de dejarse morir de hambre pillaría una tajada del plato de su compañero y hasta a los puños recurriría si el otro quisiera oponerse. La civilización ha regulado de tal modo los instintos primitivos, que un hombre «decente» quizá preferiría morir de hambre a matar o robar. Es dueño de sus actos, PERO NO LO ES DE LOS DEFECTOS DE SU ABSTINENCIA. LA NATURALEZA VENDE A SU VOLUNTAD, pues, por fuerte que sea, los resultados naturales de la abstinencia no fallan nunca. Aplique usted el ejemplo a otros casos tan naturales y verá a dónde la conduce su raciocinio...

Amarilis meditó un momento y comprendió la verdad de aquella reflexión.

—Pero durante siglos y siglos han existido sacerdotes, monjes y gran número de ascetas—advirtió como si quisiera objetar.

—También han existido a cientos los lunáticos, y la locura no disminuye. Quien va contra la naturaleza, se encamina recto a la anormalidad.

—Así, considera usted cosa natural que la hembra tenga su macho—y se turbó.

—En absoluto.

—Es más importante que guardar el juramento prestado? —No. La perfidia degrada el espíritu..., pero hay que ser inteligente para comprender a qué precio nos saldrá la felicidad, y entonces hemos de reunir fuerzas suficientes para seguir el derrotero que más convenga a nuestra alma o al ideal para que vivamos. A veces no podemos tomar una decisión sin mostrarnos desplazados; otras, hemos de estar dispuestos al sacrificio de nuestra vida o de todo aquello por lo que vale la pena de vivir; si somos bastante fuertes para mantener un juramento hecho con más ligereza que perspicacia.

Amarilis fijó la mirada en un punto lejano y preguntó dulcemente:

—¿Cree usted que hago mal en pensar en Denzil y no en Juan?

—No; es muy natural. Lo malo sería fingir que piensa usted en Juan.

—¡Es todo tan triste! Los dos están en la guerra... Yo no me atrevo a pensar en nada.

—Pues debe pensar. Debe pensar en su hijo y encaminar todos sus esfuerzos a que entre en la vida limpio de toda influencia que pudieran ejercer en él su debilidad y sus dudas. En este sentido debe usted disciplinarse constantemente. Permanezca serena y procure vivir en un ambiente de nobles ideales y de tranquilidad inquebrantable. Y ahora, escuche, que voy a tocar una sonata para usted.

Nunca oyera ella tocar a Verischenszko; éste empezó por arreglarle los almohadones, para que se sentara cómodamente, y se dirigió después al piano.

Amarilis sintió que su alma se remontaba, mecida en el regazo de una dicha perfecta. Jamás había ni soñado en una música como aquella, que tan bien armonizaba con las más sensibles cuerdas de su espíritu. No preguntó de quién era la sonata, porque le pareció que el mismo Verischenszko le seguía aconsejando, con un lenguaje más sutil y delicioso, calma, valor y sinceridad.

Estuvo tocando por espacio de una hora, y lo último fueron notas suaves, suavísimas, y cuando acabó vio que ella dormía tranquilamente.

Una sonrisa tierna, como de madre, alumbró su tosco semblante, y sin hacer ruido abandonó la biblioteca, suspirando una bendición al pasar junto a la señora de su alma.

CAPITULO XV

Cada día estaba Enriqueta Boleski más disgustada. Ni Inglaterra la divertía, ni Hans la dejaba ir a París. ¡Ya estaba harta de tanta guerra, que así desbarataba sus planes!

Sacó tal partido de su aparente candeidez, que Hans pudo transmitir a su país utilísimos informes, que más de una vez frustraron el plan de los aliados. Aunque los viejos caballeros la fastidiaban, le era más fácil obtener noticias de ellos que de los jóvenes. Su método era irresistible: los endulzaba, los embriagaba de placer y les hacía cantar. Prometió prodigios con la ayuda de Fernando Ardayre, que era su esclavo, si Hans la permitía regresar a París.

Hans, después de resistirse dos o tres veces, accedió a que cruzase el Canal.

Enriqueta participó tan grata noticia a Fernando una tarde que la visitó, en vísperas de Navidad.

—Voy a París, Fernando, y tú has de acompañarme. Es inútil que finjas interésarte por Inglaterra; desde Holanda puedes sernos muy útil. Si yo hubiese visto desde un principio la menor probabilidad de vencer a los alemanes, me hubiera puesto de parte de los aliados, porque en esto no hay más que una solución y Londres es el punto ideal para divertirse; pero tengo informes según los cuales no hay duda de que en la primavera próxima ocuparemos Calais, y que acabe esto acogerse a la protección del Kaiser y que acabe esto cuanto antes. ¡Ardo en deseos de un tango! ¡Ay! ¡Me consume tanto aburrimiento!

En Fernando confiábase casi como en Hans. No tenía que cuidar de sus moniales, porque entrambos estaban a un mismo nivel de cultura y educación. El turco la divertía también de varias maneras.

Mas entonces se mostró uraño. Aquel proyecto no se conformaba a sus actuales propósitos de quedarse unos días en Londres para atender asuntos especiales. Pero si Enriqueta se iba, también él debía marcharse. Estaba loco por ella y sabía que era imposible confiar en su fidelidad.

Iniició una protesta diciendo que ya estaban bien allí, mas ella no permitía que se le contrariase y se limitó a sonreír, replicando:

—Yo marché el sábado. Ya hemos comprometido una serie de habitaciones en el Universal, ahora que el Rhin está lleno, y en un hotel tan grande puedes tú hospedarte sin miedo a que Estanislao te reconozca entre el gentío.

Fernando se conformó a regañadientes en el momento de entrar Verischenszko, quien no había visto a la señora Boleski desde la noche del Carlton, pues se guardó mucho de hacerle saber sus otras visitas a Inglaterra.

Miró a Fernando indiferentemente y cogió a Fou-Chou, que estaba echado bajo una silla; pero no despegó sus labios.

Enriqueta habló por todos y empezó a sentirse nerviosa. Verischenszko sonreía perezosamente como ante un experimento. Aquella visita no podía prolongarse así, y Fernando tendría que retirarse.

Enriqueta no deseaba otra cosa, ahora que tenía a Verischenszko.

En el alma rencorosa de Fernando se agitaron todas las hieles del odio. Se veía ante un rival terrible; nunca había visto a Enriqueta tan nerviosa; cerró pues la boca y decidió quedarse.

Verischenszko continuaba en su desconcertante silencio. Enriqueta tenía ganas de morder del ruso, lo pellizcó cruelmente y gló a Fou-Chou de manos del ruso, lo pellizcó cruelmente y lo tiró al suelo. Ella enjabonó los animales, no los quería, si es lo que podía querer a nadie; más Fou-Chou era un accesorio de que podía querer a nadie; por muchas amigas. Su cuerpo aderezado y un lujo envidiado por muchas amigas. Cuando le servía po delgadito y desmedrado la irritaba, cuando le servía para presumir ante los demás, y siempre se lo quitaba de delante a golpes.

El perro la temía como al diablo y huía al verla, de modo que era necesario que lo recogiese en brazos y lo sujetase cuando quería que lo retratasen juntos.

Verischenszko enarcó sus peludas cejas y asomó a sus labios una sardónica sonrisa.

La señora Boleski comprendió que se había equivocado al descargar su cólera contra el animal y ahora le retorcería el cuello de buena gana.

Los dos hombres, que permanecían como dos estatuas, la ponían fuera de sí.

—¡Pense que ha de volver a la hora de la comida, señor Ardayre—advirtió por fin,—y que deseo me traiga unas gardenias, si es tan amable, y temo que haya de correr luego, porque las tiendas se cierran pronto.

Fernando se levantó con cara de rabia mal disimulada, pero como no tenía otro recurso, se despidió. Enriqueta lo acompañó a la puerta, oprimiéndole una mano fuertemente. Luego volvió al lado del ruso, con ojos llameantes.

—¿Cómo osas alterarme así los nervios? ¡Entrás y te quedas como un tronco! ¡No paso por este trato que me das!

—Pues sientate. ¡Para qué diablos tienes a ese turco?

—No es turco, es un amigo inglés. Nada menos que hermano de tu apreciado Juan Ardayre. ¡Pobre chico! ¡Se han portado vergonzosamente con él.

Aún le duraba el enojo.

—Ni siquiera es un turco decente... algunos son perfectamente caballeros. Pertenecen a la escoria de la sociedad y no tiene una gota de la sangre de Ardayre.

—¡Ya les demostraré algún día si la tiene! ¡Sé que tu mosquita muerta está encinta, y como Fernando asegura que no puede ser de Juan, supongo que será de ti!

La cara de Verischenszko daba miedo.

—Harás muy bien en mirar lo que dices, Enriqueta. No permito que me vengas con advertencias de ese género y sería prudente que aconsejaras a tu amigo que se guarde de semejantes afirmaciones. ¿Has entendido?

El tono en que el ruso pronunció aquellas palabras produjo en Enriqueta cierto desasosiego; pero la dominaba demasiado su estado de ánimo, para acordarse.

—¡Bah!—contestó irguiendo la cabeza.—Si es un hijo, Fernando tendrá algo que decir; y en cuanto a Amarillis...

¡la odio! La mataría con mis propias manos.

Verischenszko se levantó para encararsele, mirándola de un modo que la dejó helada.

—Oye—le dijo con una frialdad de acero—te he advertido una vez y me conoces bastante para saber si hablo a la ligera. De nuevo te repito lo que dices y lo que haces. Ya no te advertiré más... En cuanto vuelvas a extralimitarte en lo más mínimo, daré el golpe.

Enriqueta palideció hasta los pintados labios.

—¿Qué golpe sería aquel? Sin duda Verischenszko no tardaría como Hans, con un bastón, sino que se referiría a un golpe mortal.

Cambió repentinamente de táctica y se echó a reír.

—¡Qué bruto eres, querido!

Viéndola suficientemente alarmada, Verischenszko volvió a sentarse y encendió un cigarrillo con toda calma. Luego se puso a oler el aire.

—Tu amigo usa el mismo perfume que la querida de Estanislao.

—¿La querida de Estanislao?—No caía de momento.

—Sí. No recuerdas que arrojamos al fuego su pañuelo porque no nos gustaba aquel perfume?

Enriqueta volvió a su mal humor por haber olvidado aquel incidente, pero el instinto de conservación, que la libra generalmente de aquellas torpezas, le aconsejó ahora mostrarse lisonjera, y además había en el rostro de Verischenszko una expresión de ferocidad que excitaba poderosamente su lascivia.

Era ridículo perder el tiempo en discusiones, cuando antes de una hora vendría Estanislao, y acercándose al ruso por detrás de la butaca se puso a acariciarle su negra cabellera.

—¡Ya sabes que te adoro, mi querido bruto!

—No lo dudes—dijo él sin volver la cabeza.—¿Ha llenado Inglaterra los deseos de tu corazón?

—Antes de estallar esta guerra estúpida... sí; ahora me aburro miserablemente. Por eso me vuelvo a París.

—Quizás me equivoco, pero creo haberme cruzado en el hall con tu guapo amigo, el alemán.

—¿Amigo alemán?... ¿Quién?

—Tu pareja de baile en Ardayre. No recuerdo su nombre.

—Ni yo tampoco.

En aquel momento apareció María en la puerta, y Fou-chou, saliendo de debajo de la silla donde se había refugiado, buscó su protección con alegre quejido. La doncella miró a la lito había sido maltratado otra vez. Lo levantó en sus brazos y apenas pudo mantener el tono de respeto al anunciar:

—El señor Insborg pregunta si podrá ver a la señora dentro de media hora. Dice que telefonó a la señora y no obtuvo respuesta.

Por un segundo los ojos de Enriqueta la traicionaron, nublandose de turbación; luego dijo serenamente:

—Estaría fuera de su sitio el receptor. No; dígame que comeré pronto para ir al teatro; que mañana a las cinco.

La doncella hizo una inclinación y se retiró en silencio con Fou-Chou, pero su mirada sugirió a Verischenszko muchas cosas.

—¿María quiere al perro y detesta a Enriqueta. Bueno... ya veremos—pensó mientras preguntaba a ésta qué se proponía hacer en París y quiénes fueron sus amantes en Inglaterra.

—¡No digas horrores, Esteban!—se quejó ella moviendo la cabeza.—¡Piensas que porque te tengo a ti he de tener a otros! ¡Bah!... Y si los tengo, como si no; estos ingleses son como agua de borrajas, coleiales que no harían daño a una mosca; pero sólo a ti te quiero, querido bruto, aunque nos hayamos peleado.

—Ya lo sé, mujer, y no estoy celoso, si bien hace tiempo que no me has dado pruebas, y voy a desertar. Vengo a despedirme.

—¿Qué tenía aquel hombre, que así le encendía la sangre? Fernando no era más que un inexperto encenque de mucho ruido y pocas nueces. Como amante no valía el meñique de Verischenszko. Cuánto más la evitaba éste, más crecía su pasión.

—Y ahora, tras una ausencia tan larga, le hablaba de abandonarla para siempre! ¡Aquello era demasiado!

Lo más fastidioso era que no se atrevía a retenerlo, estando allí Hans otra vez. Y odió a su primer marido como le odió la noche del baile en Ardayre.

Verischenszko permanecía inmóvil, sin corresponder a sus caricias ni hablar siquiera.

Enriqueta no sabía cómo vencer la genialidad de aquel hombre, que se le hacía más deseable después de una vida tan monótona y aburrida. En él estaban el ímpetu salvaje, el vigor masculino, la primitiva fuerza sexual, la plenitud que ella deseaba en aquel momento, y si lo dejaba marchar, era capaz de no volver nunca. Valía la pena de retenerlo por todos los medios. Sólo podría lograr alguna muestra de amor, sobornándolo con noticias confidenciales. ¡Bien merecido se lo tenía Hans por haber vuelto tan inoportunamente!

Dejó el respaldo de la butaca, se sentó en las rodillas de Verischenszko y empezó a murmurarle al oído.

—Ahora vuelvo a pensar que me amas—dijo el ruso—, como siempre, encontrarás la recompensa de tu amor.

...

Arrimados al fuego, en sendas butacas, los halló Estanislao cuando regresó del club, a las ocho, para comer. Enriqueta, embriagada por el despertar de su pasión, ni recordaba que tenía que vestirse. Sólo la presencia del hombre amado excitaba sus sentidos: en la ausencia su aturdimiento se enfriaba en seguida. Había experimentado el gozo de una completa sumisión. Lo quería como una leona a su domador, el hombre del látigo, y el hecho de engañar a Hans, al marido y a Fernando añadía un nuevo estímulo a su placer.

—¿Cómo se proporcionaría otra entrevista con Esteban? Esto le preocupaba ahora. Verischenszko quería examinar con más atención a Fernando y resolvió molestarlos quedándose. Estanislao, hecho un manojo de nervios, hablaba de prisa y tantamente; Enriqueta se agitaba en su asiento, y un momento después anunciaron la llegada de Fernando.

Se presentó con las flores en la mano y se puso encarnado de indignación por encontrar aún al ruso.

Enriqueta se las quitó sin una palabra de gracias. ¡Qué cargante resultaba aquel joven pegadizo, y Estanislao, y todos! ¡Parecían estorbarle adrede un rato a solas con Verischenszko!

—¿Cuándo volverá a verme, Esteban?—preguntó, resuelta a no dejarlo marchar sin la promesa de una nueva entrevista.

—Volveré a tomar café con ustedes esta noche—contestó inesperadamente.

Enriqueta se mostró encantada; no podía esperar tanto.

—A nadie le preocupa ahora mucho la etiqueta; quédesse como va.

—Sí, quédate—repitió Estanislao, con timidez, en ruso;—tendremos mucho gusto...

—Bien; comeré pero debo cambiarme. No tardaré mucho. Empiecen a comer; antes del pescado estaré con ustedes.—Y sin más explicación los dejó.

Enriqueta sacó graciosamente a Estanislao del cuarto, dándole prisa, y luego se volvió a Fernando, tendiéndole las manos.

—No estés celoso de Verischenszko, Fernandito—le dijo entre caricias.—Es un negocio. Es preciso que esta noche le hables; sospecha que tú y yo no somos aliados, y debo quitarle ese idea de la cabeza—acabó riendo deliciosamente.

Fernando Ardayre estaba sombrío, devorado por los celos.

—¿Seguirás contando conmigo?

—¡Pues claro! ¡Cómo siempre!

Y después de besarle, desapareció riendo.

Apenas se vió solo, el joven se dió una inyección de morfina y se sentó con los codos en las rodillas y apoyando la cabeza en las manos.

Estaba desesperado de impotencia al no hallar modo de

probar que el embarazo de Amarillis no era obra de Juan.

Su madre le había dicho en cierta ocasión:

—Estos malditos ingleses, siempre nos tumbarán, hijo mío. Tu padre lo hubiese arreglado todo con veneno, mas temo que nosotros no sacaremos nada. Mientras viva el viejo tonto a quien llamas padre, exprímelo cuanto puedas, porque, una vez muerto, no hemos de esperar ni un centímetro.

¿Era esto cierto? ¿Siempre lo tumbaban los ingleses? Recordó la inquina que le mostró Denzil en Eton y la vida perra que allí pasó. Pero ¡ah! ya se las pagarían con creces, cuando se presentase la ocasión. ¡Con qué gozo vería la ruina de los dos Ardayre y a la misma Inglaterra mordiéndolo el polvo, humillada y conquistada! Toda su vida y educación inglesa no habían logrado hacer de él más que un extraño en pensamiento y en porte externo.

Su impotencia lo enfurecía, si bien no desesperaba de hallar ocasión de atormentar a alguien de la familia.

Cuando Enriqueta bajó al restaurante, ya hacía diez minutos que la esperaban en el hall los tres hombres. Aparecía espléndida en sus ropas amarillas, de brocado y luciendo las gardenias. Eran las nueve y casi todos los comensales estaban tomando café.

Allí y en todas partes se respiraba una atmósfera de pesadez y restricción que la tenía en incesante disgusto. Valía la pena arreglarse y acicalarse con algún fin determinado, como cuando había que tomar alguna posición de importancia; pero cansaba seguir la regla durante meses y meses, sin estímulo alguno, sin premio ni recompensa; y a veces estaba tentada de prescindir de toda etiqueta y arrinconar aquellos vestidos demasiado ostentosos para no servir de nada. Deseaba que Alemania venciese pronto, para que se arreglasen las cosas y poder reanudar su vida mundana.

—¿Qué le importa a la gente que desea divertirse, como yo, que un país salga vencido o vencedor? Todo estará como antes; a los seis meses de lucha, las paces; lo que quiero es que el más débil quede cuanto antes fuera de combate. Al fin, París siempre será el almacén de modas y de todo lo que una desea. ¿Qué importa la vieja política?—le había dicho a Fernando.

Experimentó cierto placer al notar que las miradas convergían en ella cuando entró en el restaurante; y realmente estaba bellísima.

Durante la comida se divirtió excitando los celos de Fernando. Lo que pensara Estanislao, hacía tiempo que la tenía sin cuidado.

Antes de salir al hall, para tomar café, ya había descubierto Verischenszko lo que deseaba respecto a Fernando, y como no sacaría más ventaja de otro *tête-à-tête* con Enriqueta, tomó asiento junto a Estanislao y propuso que los dos jóvenes fuesen solos al Coliseum. Enriqueta se vio obligada a ir con Fernando, no sin quedar antes de acuerdo con Verischenszko que le daría noticias tan pronto llegase a París, a donde él había de trasladarse al día siguiente.

Cuando quedaron solos, Estanislao Boleski dirigió a su viejo amigo una mirada melancólica y muda.

—¿Qué? ¿Va bien esto?—preguntó Verischenszko con cierta pena.

Estanislao suspiró profundamente.

—¡Qué! Estoy deshecho y acabado. Ella me ha devorado el alma.

—¿Por qué no la matas? Yo la mataría.

El polaco cerró una mano flaca y transparente.

—No puedo. La quiero aún... es mi obsesión. No trabajo, no me deja tiempo ni ánimo; pero la quiero siempre. Es un tormento abrasador, un volcán, un pecado. El tiempo que he perdido me oprime como una pesadilla, y todo lo olvido en sus voluptuosos brazos. Cada día me muero de celos y de vergüenza. ¡Ella se me niega y yo pagaría con sangre de mis venas por volver a poseerla!

—¿Ya no te queda ninguna ilusión acerca de ella? ¿La consideras un castigo, un vampiro?

Estanislao enrojeció.

—Todo lo que quieras, pero sólo sé que la deseo. ¡Ay, Esteban! Me ha hundido en la degradación. Soy testigo de su infidelidad. Se entrega a ese turco sin tomarse apenas el trabajo de ocultarse. Lo sé. Me muero de rabia y nada puedo hacer. Vuelve a mis brazos y lo olvido todo. Soy el hombre más desgraciado, sólo la muerte puede remediarlo; pero quiero vivir, porque la amo. Cada día me consumo esperándola y cada noche es un infierno, lejos de ella...

Se le quebró la voz de emoción y un torrente de lágrimas brotó de sus ojos de desesperado.

Verischenszko sintió que una ola encrespada de lástima apagaba el desprecio que le inspiró un día su amigo.

Estaba contemplando los horribles efectos de una complacencia adueñada de la voluntad. Pero la red se iba recogiendo y cuando tuviera en su mano todos los cabos, obraría sin compasión.

CAPITULO XVI

Una rara agitación se apoderó de Amarillis cuando supo que Juan iba a pasar con ella las Navidades. A pesar de sus esfuerzos por disciplinar su entendimiento y refrenar sus

emociones, la figura de Denzil se le fué agrandando en la ausencia, y su recuerdo, unido a la idea del hijo venidero, nunca se apartaba de sus pensamientos. Poco a poco fué Denzil llenando su vida e inspirándole un amor más intenso.

Sólo había visto a Juan el día de su salida para el frente y en presencia de la familia de la Paule. Mas ahora debía arrostrar la prueba de vivir con él en una íntima amistad.

Era horroroso pertenecer a Juan ahora que lo consideraba sin ningún derecho sobre ella. Cada semana le escribía respetuosamente, hablándole de sus ocupaciones de la comarca, de todo, menos del hijo que esperaba.

Tuvo que diferir su visita a Bath porque la madre de Denzil estaba enferma, y al cabo de quince días de soledad en Ardayre, donde tenía demasiado tiempo para pensar, volvió a Londres y se entregó a la lectura de un montón de libros cuya lista le aconsejó Esteban.

¿Qué ignorante era! Todos sus conocimientos los adquirió sin orden ni propósito de aplicación alguna. Sabía historias aisladas de Europa, mas nunca se le ocurrió hacer un estudio comparativo. Estaba enterada de un sin fin de cosas, pero jamás había ejercitado su criterio. Le parecía despertar a un mundo nuevo. Decidida a no ser despreciada, no quería mirar adelante; mas, a pesar de sus buenos propósitos, con frecuencia se quedaba absorta, imaginando la dicha de sentirse en los brazos de Denzil.

Pensaba en Juan más con indulgencia que con afecto. ¿Qué era, despojado de la gloria de que ella misma lo cubrió? Positivamente nada.

Percatóse de que su mismo estado la volvía excesivamente sensible y, recordando el consejo de Verischenszko, procuró disciplinarse para calmar sus nervios. La mañana en que era esperado Juan, tuvo una lucha terrible consigo misma. Los nervios la dominaban y en ninguna parte hallaba sosiego. Pero debía portarse con Juan amablemente.

Llegó más moreno, más apuesto, más expansivo y manifestando una gran alegría.

La atrajo para besarla, pero un escrúpulo insospechado hizo mover la cabeza de Amarillis eludiendo la caricia. No la quería. Sus labios eran para Denzil y para nadie más. Ella era esta vez la recalcitrante, la que encauzaba la conversación a los temas triviales.

Los de la Paule fueron invitados a merendar, y pasaron la tarde con ellos; pero llegó la noche y vino la comida *tête-à-tête*.

Juan llamó a la puerta del aposento de su mujer, mientras ésta se vestía. La doncella acababa de peinarla. Amarillis sintió una sofocación de pecado y hubo de vencer el impulso de prohibirle la entrada. ¡Y pensar que antes le hubiesen hecho feliz esas íntimas familiaridades!

Retuvo a la doncella, se puso apresuradamente una elegante bata y se dirigió a la puerta.

Juan había murmurado dos palabras y hundióse en silencio, junto al fuego.

¿Cómo cambiaban las cosas! Antes ella misma le hubiera persuadido de permanecer allí mientras se vestía, y ahora que se le ocurrió él espontáneamente, le desanimaba.

Una duda acuciaba a la joven en aquel momento. ¿Qué le diría si a la mejor le manifestaba el propósito de pasar la noche en su habitación?

El conocimiento de lo sucedido se alzaba como un muro infranqueable entre los dos.

En la mesa no hablaban más que de la vida en el frente. Amarillis escuchaba con interés, pero, aunque no era fría ni insensible, a ratos parecía distraerse siguiendo su imaginación.

Pasaron luego a la biblioteca, molinos y cobizos y cuando se quedaron solos, después de servido el café, Amarillis no pudo resistir más y se sentó al piano. Durante largo rato no estuvo tocando todo lo que más le gustaba a Juan, no con el fin de hacerse agradable, sino para calmarse ella y ganar tiempo. Juan permanecía sentado en una muelle butaca, con la vista en el fuego, como si en las brasas tomaran vida los cuadros de su imaginación.

¿Qué hado inexorable le perseguía, oponiéndose a su felicidad?

Recordaba lo que su madre le dijo en el lecho de muerte, con el corazón lleno de amargura:

—Juan: son impenetrables para nosotros los desdichos de Dios, pero alguna explicación ha de haber, si no puede ser injusto. Sin duda hemos olvidado alguna lección que hemos de volver a estudiar. No te rebelas nunca, hijo mío, y quizás algún día lo comprendas todo.

Le acudió a la memoria un artículo que leyó hacia tiempo ridiculizando la teoría de la reencarnación. ¿Acaso no había algún fundamento para creerlo? ¿No estaría él purgando en esta vida pecados de otra? Esto le explicaría la ferocidad con que se ensañaba en él la desgracia, ya que el sentido común le aseguraba que nunca mereció en ésta tan cruel castigo.

Amarillis vió desde el plano aquel rostro de inmensa tristeza y su corazón se inundó de lástima. ¿Qué hacer para mostrarse amable?

Terminó un acorde y fué a su lado.

Los dos sufrían cruelmente, mas Juan tenía que volver a la guerra y era necesario darle alguna explicación para des-

pedirlo en cierta manera pacificado. Le parecía cobarde ocultarle la verdad, dejarlo volver al peligro sin disparar antes la negra sombra que nublaba sus vidas.

Juan la miró y se levantó.

—Tocas tan maravillosamente—se apresuró a decirle,—que uno se siente transportado. Es muy tarde y estarás rendida; vamos a la cama, niña mía.

Amarilis volvió a su rigidez; el momento temido había llegado.

—Preferiría que durmieses en tu cuarto. Ya ordené que te lo arreglasen.

La miró con asombro. Luego, tomándole una mano, le rogó:

—Dime la verdad, Amarilis. ¿Por qué estás tan cambiada?

—Procuró no estarlo, Juan.

—Tú mismo me has cambiado. Era todo amor y afecto y has puesto hiel en mi alma. Ya no hay remedio.

—Sí, lo hay; ya sabes que te amo.

—Quizás, sí, pero la familia te interesa más que yo y que todo lo de este mundo.

—Antes pudo ser eso; mas no ahora—dijo con voz temblorosa de emoción.

—¡Ay!—suspiró ella, bajando la vista.

Anhelaba Juan persuadirle, pero era demasiado honrado para tratarla como a una niña y su estratagemas se le hacía odiosa. Ahora le parecía aquello un juego en que la ganancia era inferior a la postura. Amarilis y su amor le interesaban más que un hijo.

En su inmensa pena se retorció las manos.

¿Por qué no rompí antes las ataduras de su reserva, amándola siquiera de palabra? Pero le parecía poco honrado. A la larga, debía mostrarse sincero.

—Dime lo que te pasa, Amarilis—imploró cogiéndole las manos y llevándose las al sofá, donde se sentaron juntos.

Ella no pudo contener más su emoción y dijo con voz entrecortada:

—Sé que no fuiste tú, Juan, sino Denzil. De él es mi hijo, y no tuyo.

A Juan se le demudó el semblante. No esperaba oír la terrible verdad que le dejó aniquilado.

—Era horrible pensar que Fernando ocuparía tu puesto si no tuvieses sucesión—continuó la joven procurando recordar la calma;—pero no crees que debías habérmelo dicho? No me negaras que una mujer tiene el derecho de elegir el padre de sus hijos.

No logrando Juan articular palabra, ocultó el rostro entre sus manos.

—¡Ya ves si es lastimoso!—prosiguió ella con voz rota que más bien era un quejido.—Denzil se te parece tanto, que me fue fácil sentirme enamorada, puesto que en ti sólo amo al hombre imaginario. No trato de justificarme ni de dar excusas. Cuando pienso en mi hijo, me veo impulsada a Denzil por una fuerza inexplicable que obra en mí, trayéndome el recuerdo de aquella noche. Lo único que podemos hacer, Juan, es afrontar la situación y procurar hallar algún medio de evitarnos sufrimientos. No sabes cuánto me duele la pena que te causo.

—¿Te lo dijo Denzil?—preguntó el marido, con voz helada.

—No; se me reveló al momento de oírle pronunciar una palabra.

—¿Dulzura!—profirió Juan con ojos encendidos.—¡Te volví a llamar «Dulzura»!

—No me llamó nada. Dijo la palabra hablando de un retrato, pero yo reconocí su voz inmediatamente. Es un poco más fuerte que la tuya.

—¿Cuándo viste a Denzil?

Amarilis contó la verdad de su encuentro, la visita de Denzil a Ardayre y lo fiel que había sido a su promesa.

—Nunca me hubiera hablado. La casualidad me lo dio por compañero de viaje y entonces yo le hice hablar. En cuanto descubrí la verdad se la hice confesar. Denzil no es culpable. Se marchó en seguida y ya no he vuelto a verle ni sé nada de él. Soy yo la interesada en este asunto. Denzil nunca más tratará de volver a verme.

—¡Dios mío!—exclamó.

—Deseo decirte todo, Juan, ahora que hablamos de esto. Amo a Denzil con toda mi alma. Me estremeczo pensando en él, en quien veo al marido y no al amante. No hace mucho cuando sentí el primer latido de vida en mis entrañas, pensé morir de tanto desearlo a mi lado, y me sorprendía gritando su nombre. Puedes figurarte lo que significa esto para mí, tan apasionada como soy. Nunca podría engañarte, Juan. He de ser honrada. Tampoco podría fingirme tu esposa, llevando una vida de farsa.

Por las mejillas de Juan resbalaban lágrimas angustiosas. Harto comprendía el sufrimiento de Amarilis.

Con qué derecho se había casado con una joven tan hermosa utilizándola como instrumento de sus designios, por elevados que fuesen?

—Amarilis, ¡ya sé que no puedes perdonarme. Ahora voy lo mal que obré.

Daba tanta lástima aquel hombre, que Amarilis se dejó vencer por la compasión que le inspiró al contemplarlo desde

el plano. Comprendió que debía sufrir más que ella misma, y renunciando a sus sentimientos le tendió las manos, que él cogió y retuvo entre las suyas.

—Si, Juan, te perdono, pero no puedo dejar de querer a Denzil; esta es la tragedia de mi vida. Soy suya, aunque no vuelva a verlo, y de nadie más; por eso hemos de desear todo fingimiento. Seamos amigos, mi querido Juan, vivamos como tales, y será más llevadera nuestra desgracia.

El infeliz dejó caer las manos de su mujer y se levantó para pasear de un lado a otro. Sufría intensamente. ¿Cómo renuncia, ¿cómo bien al puro gozo de estrecharla entre sus brazos?

—¡Pero es que te amo, Amarilis! ¡Te amo, querida mía!

—¡Ay!—suspiró ella otra vez por toda respuesta.

—Es horroroso el sacrificio que me impones. ¿Pienzas insistir?

Amarilis se puso encarnada como una grana, se levantó y le miró con ojos chispeantes.

—No me conoces, Juan. Te figuras que soy una niña delicada, una muñequita de cera en tus manos, una mansa oveja, pronta a obedecerte al menor mandato, a la menor indicación de tu voluntad. Yo misma me sorprende. Soy una mujer tan instintiva y apasionada como una salvaje.—Y siguió, fandeando de emoción:—No podría pertenecer a dos hombres sin sentirme degradada, y entonces no sé a dónde llegaría. Amo a Denzil en cuerpo y alma, mientras viva, y jamás me tocará otro hombre; ¡para mí el verdadero amor significa fidelidad al objeto amado! El es mi amor y mi vida y huiré de ti para siempre, despreciando el respeto a la familia y rogando a Denzil que me tome cuando regrese, si no aceptas las únicas condiciones que puedo ofrecerte.

Juan dejó caer la cabeza. Le parecía llegado el final de su vida.

Amarilis se le acercó. Se levantó sobre la punta de los pies y lo besó en la frente. Aquella vehemencia quedaba troncada por la inmensa tristeza del desventurado.

—Juan—murmuró dulcemente,—¿no serás siempre mi mejor amigo? Cuando venga el niño tendrá gran valor para los dos; tú lo guiarás por ser hijo mío y de un Ardayre; es el único consuelo que podemos esperar. Creo de veras que lo hiciste todo con la mejor intención; pero es peligroso jugar con la vida de un nuevo ser; quizás por eso he llegado a saber la verdad.

Juan la atraía hacia sí, le apartó los rizos de la frente y la besó también allí. A los labios debía renunciar para siempre.

—Si, Amarilis—dijo con voz de pena;—seré tu amigo y querré a tu hijo. Hice mal en casarme, pero aún no había perdido entonces la esperanza, y tú eras tan joven, tan hermosa y animada, y me inspirabas tanto cariño, que yo acordé lleno de ilusión; y cuando supe que todo era inútil, pensé que hallaría medio de conservarte. No sabía cómo expresar el amor que te tenía; siempre se me entorpecía la lengua, mas creía que satisfaciendo todos tus deseos, acaso... ¡Ah! ¡Qué crueldad! Te amaba y te hubiera dicho la verdad; mas vino la guerra, y al pensar en Fernando me obcecó y me precipité a una resolución.

Ella le miraba con sus dulces ojos, llenos de honradez, decidida a consolarlo, ya que no había de temer más de él.

—Si me lo hubieses contado todo, Juan, no estoy muy segura, pero es posible que nos hubiésemos entendido; porque también yo siento el orgullo de familia y no puedo tan sólo imaginarme a Fernando y sus hijos, instalados en Ardayre. Quizás hubiese consentido voluntariamente. Pero no sé por qué he dado en pensar en las cosas del espíritu..., es decir, en lo que está más allá de lo material, en esas fuerzas que deben de rodearnos, y sospecho que somos aún demasiado ignorantes para torcer o burlar una ley. Quizás soy una necia, no sé; pero he reflexionado mucho, llegando a imaginar que existen corrientes poderosas relacionadas con las leyes, sean buenas o malas, y engendradas a fuerza de girar en torno de ellas el pensamiento de generaciones y generaciones.

Volviéron a sentarse. Juan se notaba aliviado al oírle hablar, o, al menos, lograba dominar su emoción.

—Es posible.

—Si algo le pasara a Fernando, Denzil sería tu heredero directo, y entonces... si el hijo fuese un niño...

Juan se estremeció.

—Ninguno de los dos pensamos en eso.

—Pero no es probable que le pase nada a Fernando; no se alistarán. Sólo vosotros estáis en peligro, querido Juan: tú y Denzil. Y gracias a que la guerra no puede durar mucho.

Juan estuvo a punto de decirle lo que pensaba acerca de esto, si bien juzgó más prudente dejarla vivir esperanzada, porque sería nocivo para su salud cualquier agitación; demasiado dirían los hechos por sí mismos.

Y habló reposadamente de Ardayre, de su niñez y de sus penas, decidido a salir de su reserva. Amarilis le escuchaba con interés, y lentamente parecía ganarles una paz, una dulce calma despejada de las nubes de futuras tormentas. Por fin Juan se levantó cogiéndole la mano.

—Vete a dormir, pobrecita mía, y mañana estaré ya libre de todo sentimiento que pueda molestarte. Mas no olvides nunca que soy tu amigo.

Se le hizo clara entonces la grandeza de aquel sacrificio, la nobleza de aquella alma, y rompiendo en llanto se alejó sin poder pronunciar palabra.

Juan fué a sentarse en la misma silla que ocupó cuando esperaba a Denzil «aquella noche», y, como entonces, ocultó el rostro entre sus manos.

CAPITULO XVII

Desayunaron juntos. Juan, que no pudo dormir, estaba blanco como un muerto; Amarillis denunciaba en la profunda sombra violácea de sus párpados lo mucho que había llorado. Pero los dos hallábanse más tranquilos.

Ella se acercó a Juan, le dejó en la frente un ósculo de ternura y le sirvió el té. Procuraron hablar de una manera amistosa, como cuando aún no había agitado ninguna fuerte emoción el mar tranquilo de sus vidas. Poco a poco, se fué aflojando la tirantez y acordaron ir de compras.

Juan le compró una sortija con una preciosa esmeralda. —El verde es el color de la esperanza, Juan. Me gusta porque me recordará la primavera, los verdeales de nuestro campo y todo lo bello.

Almorzaron en un restaurante, y por la tarde partieron para Ardayre. Juan tenía muchas cosas a que atender y durante todo el siguiente día estaría ocupado.

No celebrarían las Navidades, pero tenían que distribuir aguinaldos y que cumplir varias ceremonias, y Amarillis ayudó a su marido en cuanto pudo, haciéndose admirar por la majestad unida a la dulzura de su trato con los arrendatarios y toda la gente de su señoría.

Transcurrieron los días, lisos, pacíficos y llegó la noche de Año Nuevo.

—No esperes a las doce, querida—le dijo Juan, después de comer.—Te cansarías y es una hora más triste que alegre cuando no estás un acostumbrado a pasarla sin amigos.

Amarillis se retiró, obediente, a su aposento, aunque el sueño había huido de sus ojos. ¿Qué paz podía esperar en su vida, alejada de Denzil? ¿Y Juan? ¿Se mantendría en una serena amistad cuando volviera y hallase al niño? ¿Y siempre tendría ella que estar viendo cómo Juan la amaba y sufría?

Cuanto más pensaba, menos veía la salida y más se espesaba la negrura de su situación.

Se dejó caer de rodillas sobre la blanca piel de oso y empezó a rezar.

Pero cuando dieron las doce y oyó las campanas de la parroquia anunciando el Año Nuevo, la acometió una espantosa opresión, un presentimiento de tragedia.

Trató de rechazarlo, atribuyéndolo a su excesiva sensibilidad, a su estado de hipersensibilidad nerviosa; mas no pudo librarse de la idea; un peligro amenazaba a una persona amada. ¿A quién, a Denzil o a Juan?

Procuró distraerse pensando en lo que haría durante el verano, cuando ya fuese madre; el cuidado del hijo le daría trabajo, pero aún más le daría la obligación de hacer dicho so por su parte a Juan, si por entonces había vuelto.

Hacía la una, oyó que su marido se retiraba a dormir, y sin hacer ruido se metió en la cama.

Juan había permanecido hasta entonces junto a la chimenea de la sala de cedro, tan llena de la gracia de Amarillis, entregado a sus reflexiones sobre el porvenir. Confía en que lentamente se iría mitigando su dolor, pero ¿podría resistir muchos años pensando que Amarillis amaba y deseaba a Denzil? ¿Y qué pasaría si se encontrasen? ¿Cómo permitiría él ver sufrir aquellas dos almas?

No, la perspectiva no era risueña, a menos que interviniese la muerte en el negocio, que era lo más probable, y si le tocaba a Denzil, él debía consolar a Amarillis en su pena; pero si él fuese el elegido, el porvenir quedaría despejado.

Después de mucho pensarlo, resolvió añadir a su testamento una carta, rogando a Denzil que si él moría, se casase con Amarillis sin esperar el año de viudez, porque eran tiempos muy arduos para que una mujer se quedase sin ayuda, sola con un hijo.

Fué al escritorio y redactó la carta, dirigida a su notario, con las siguientes instrucciones:

«Suplico a mi primo Denzil Benito Ardayre, que se una en matrimonio con Amarillis, inmediatamente después de mi muerte. A su cuidado la confío y a los dos ruego que cumplan mis deseos sin retardarlos por respeto al luto. A Denzil le encarezco que ponga todo su celo en la educación del hijo».

Levó lo anterior, borrando las palabras «del hijo» para escribir «de mi hijo», y siguió dando avisos para su educación. Ya en el testamento había dispuesto de su fortuna para que Amarillis no careciese de riquezas durante su vida.

Cópió el escrito y lo dirigió al notario, en pliego lacrado y sellado. Las doce le sorprendieron cerrando la carta.

En el edificio reinaba aquella noche un silencio de tumba, por primera vez en muchos años. Hasta los criados dormían.

Juan notó un bienestar, como si se hubiesen disipado las sombras de aflicción que lo envolvían y se descargase de un peso abrumador. No podía cambiar las cosas, pero tampoco le

causaban tristeza. ¿Era un presagio? ¿Le anunciaba algo grande el Año Nuevo? Una paz divina se derramó en su alma, un sueño placido lo rendía; apagó las luces y se dirigió a su dormitorio.

Un rato después dormía profundamente, para despertar, fresco y sereno, en el primer día del año, cuando el sol iba muy alto.

El día tres de enero acabó su permiso y se marchó a Londres solo, evitando a Amarillis la fatiga del viaje. Se despidieron en Ardayre y ella quedó triste y abatida.

¿Obró bien diciéndole la verdad? ¿No hubiera sido mejor sortear la situación hasta el fin de la guerra? Pero no; era imposible con su carácter. No pudiendo tener a Denzil, debía renunciar a otro hombre.

El buen humor de Juan la aturdió por lo inesperado. O no comprendía a su marido o aquel cambio era efecto de haber llegado al fin de todo fingimiento.

La despedida fué muy afectuosa. Juan, que nunca se había mostrado sentimental, estuvo animador en sus avisos y tierno y valiente en la promesa de su eterna amistad.

—No olvides, Amarillis, que eres lo más precioso que para mí existe en este mundo y que has de pensar también en tu hijo.

Prometió ella seguir sus consejos de permanecer tranquila en Ardayre hasta primeros de abril, en que quizás él obtuviese otro permiso, y entonces se trasladaría a Londres para que naciese allí el hijo.

Juan, mirando a la casa, en cuyo portal permanecía ella con el rostro bañado en lágrimas, la saludó con la mano hasta que el coche se perdió al final de la avenida, después de cruzarse con un ciclista de telégrafos que llevaba contraria dirección.

Comprendió Amarillis que el telegrama no era para Juan y esperó sin moverse. Resultó ser para ella, de la madre de Denzil, anunciándole que estaba en route para Dorchester, en su automóvil, y que pararía si tenía la suerte de encontrarla. Amarillis no pudo dominar su excitación; en cierto modo temía aquel encuentro, tanto tiempo deseado, por las emociones que renovaría en su alma.

A media tarde anunciaron a la señora Ardayre. Amarillis, que la estuvo esperando en el salón verde, tuvo que acogerse al plano para calmar con la música el oprimido desasosiego que la dominaba, y estaba tocando cuando se abrió la puerta y con gran sorpresa vio entrar una mujer joven y de grácil continente. Coleaba un poco y se apoyaba en un bastón. Amarillis pensó de pronto que se trataba de un error y se dirigió a ella, con vaga pero graciosa sonrisa.

La señora Ardayre le tendió la diestra, correspondiendo a la sonrisa y diciendo afectuosamente:

—Supongo que habrás recibido a tiempo mi telegrama. No he querido perder la ocasión de conocerte. Mi hijo estaba ansioso que nos viéramos.

—¡Pero usted... usted no será la madre de Denzil!—exclamó Amarillis.—¡No es tan joven para ser su hijo!

La señora Ardayre sonrió otra vez, mientras Amarillis la invitaba a sentarse y le quitaba las pieles.

—Tengo cuarenta y nueve años, Amarillis, si puedo llamarte así; pero el cuerpo nunca debiera envejecer. Ni es necesario, ni agradable a los ojos.

Amarillis la examinó atentamente. Todo su aspecto juvenil se debía a la peculiar estructura de sus facciones, sin prominencias que hicieran sombra y de una tez suave y ebúrnea.

Sus ojos pardos tenían un brillo de pureza y una expresión alegre y bondadosa que conquistó en un momento la simpatía de la joven.

Hablaron del mutuo deseo de conocerse, de la familia, del señorío, de la guerra y por fin de Denzil; qué hacía, dónde, estaba.

—Es el chico más amable de este mundo—dijo la señora Ardayre.—Siempre hemos sido amigos y ahora no quiere que pase ansia por él. Pienso que aun en medio de los horrores de la guerra está pensando como siempre. Los hombres son así de bravos: la lucha los divierte.

Amarillis preguntó las últimas noticias y escuchó con ansioso interés la contestación.

La caballería no tiene mucho que hacer estos días, afortunadamente—advirtió la joven.—Así me lo ha dicho mi marido, que acaba de marcharse; pero supongo que si faltan hombres en las trincheras, los de caballería serán desmontados.

—Eso creo... y entonces tendremos que apelar a todo nuestro valor para no dejarnos llevar del miedo.

Amarillis volvió el tema a Denzil, mas era demasiado tímida para hacer preguntas concretas con referencia a su hijo. ¿Qué simpática era aquella señora tan joven, tan cordial, tan feliz. ¿Qué hacían de aquella señora tan joven, tan cordial, tan feliz. ¿Qué hacían de aquella señora tan joven, tan cordial, tan feliz.

¿Qué le habría dicho de ella su hijo? Acaso que estaba embarazada y nada más.

Al cabo de media hora de amistosa charla, Amarillis le preguntó si quería ver la casa y especialmente la galería de retratos.

(Continuará).

**SI SU CABELLO
SE CAE...**



"Aplicuese todos los días "TRILYSIN", el único preparado a base científica.
Junto con desaparecer la caspa y terminar la caída del pelo nace una nueva cabellera.
Nada de masajes molestos. Solamente es necesario mojar con "TRILYSIN"
dos veces al día el cuero cabelludo.
En venta en las mejores farmacias del País, al Precio de \$ 24.— el Frasco.

Representantes para Chile:

DROGUERÍA DEL PACÍFICO S. A.
VALPARAISO — SANTIAGO — CONCEPCION — ANTOFAGASTA

Trilysin el tónico biológico para el cabello



BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
- SECCION -
DIARIOS, PERIODICOS Y
REVISTAS CHILENAS

CINZANO

VERMOUTH
M.R.

